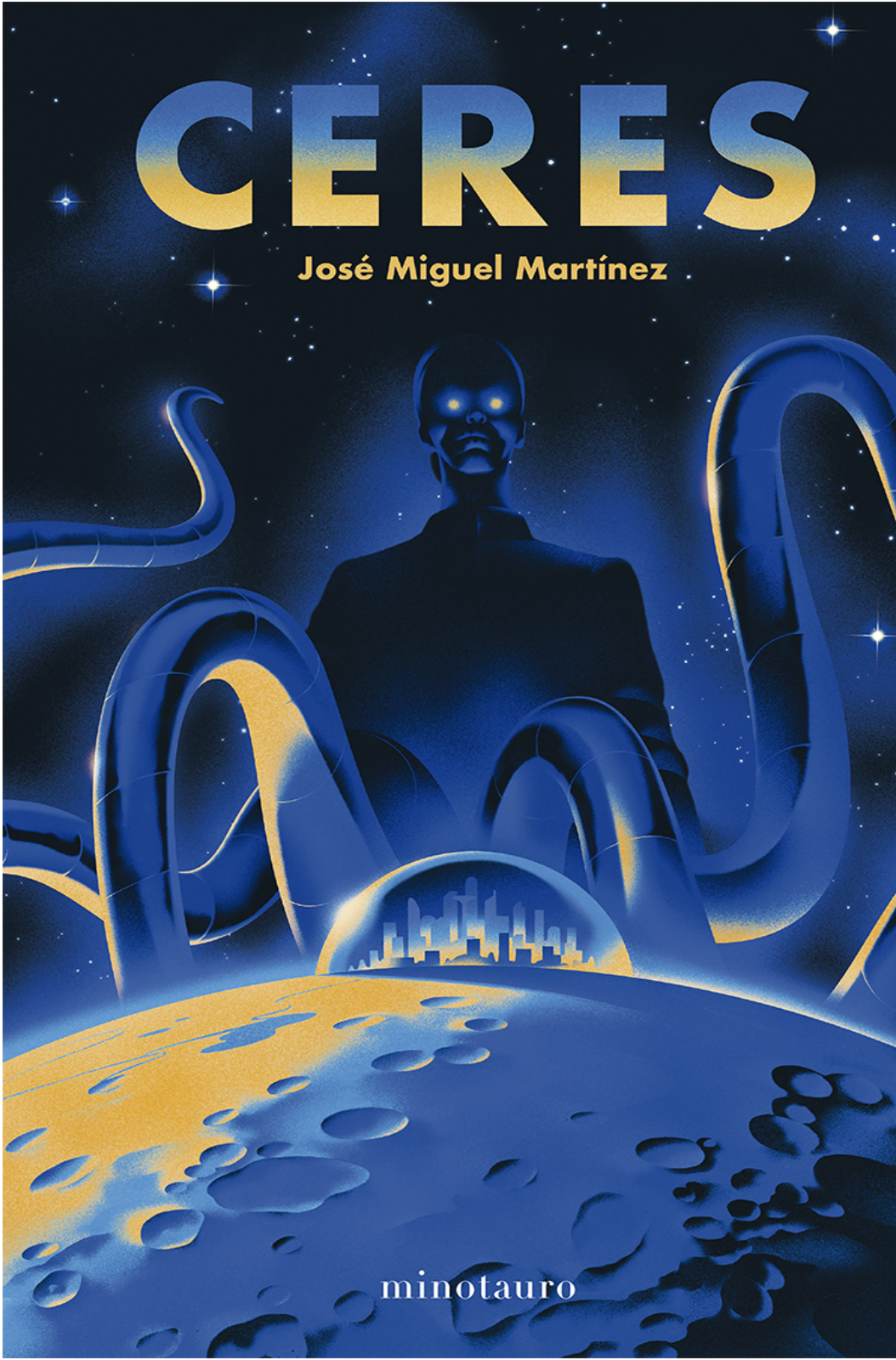
CERES

José Miguel Martínez



minotauro

CERES

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2021, José Miguel Martínez
Derechos exclusivos de edición:
© 2021, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Harold Bustos
Música y códigos QR: Tomás Arriagada Ossa

1ª edición: mayo de 2021

Registro de propiedad intelectual: 2020-A-4375
ISBN edición impresa: 978-956-9957-02-4
ISBN edición digital: 978-956-9957-03-1

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

José Miguel Martínez

CERES

minotauro

A Tomás Arriagada,

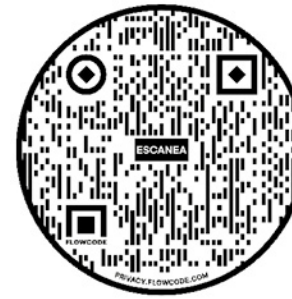
quien me empujó a darle forma a este libro

En algún sitio, allá arriba, descendían las naves con una estela de llamas, dispuestas a civilizar un planeta maravillosamente muerto.

RAY BRADBURY

Ceres, el más grande de esos diminutos mundos.

ARTHUR C. CLARKE



LA GARGANTA DE OCCATOR

Kroeber

La cosmonave se había estrellado justo en la entrada de la mina, a pocos metros del rail en construcción. Minutos antes la había visto como un cernícalo metálico, con propulsores de fuego azul y rojo, cayendo lenta, parsimoniosamente, en espiral, con una trayectoria parecida a la que tendría un avión de papel rasgado, fuera de control. El impacto no alcanzó a afectar el rail, porque fue a dar más cerca del enorme túnel semicircular que daba paso a nuestra bendición o perdición, según como se viera: la garganta de Occator, una boca oscura y colosal que, en pocos segundos, terminó por tragarse a la cosmonave en picada. Heinlein fue el primero en aparecer. Lo vi emergiendo de su asentamiento, avanzando con cuatro soldados armados, dos a cada lado —todos con el mameluco espacial rojizo de la RHMC—, sermoneando a no sé quién (lo sé porque iba con la boca abierta y el casco empañado). Yo todavía no había terminado de calzarme el mameluco, y si bien había pensado en ir acompañado por tan solo dos soldados, dado un posible encuentro con *gorkis*, no me quedó más que igualar en fuerza a Heinlein, y ordené a cuatro de mis subalternos que se prepararan para salir.

—¿Armados, mi comandante? —dijo uno.

—Hasta los dientes —respondí, dirigiéndome a la exclusa, sin esperarlos.

Heinlein

Le había ganado la partida al viejo Kroeber, ese zorro pomposo y honorable. Fue como una patada en la base del estómago, la intuición: lo supe apenas vi esa luz

a lo lejos, todavía una estrella brillante, violácea, y no una cosmonave en colisión. Fue en ese momento cuando empecé a colocarme el traje. Les ordené a los cuatro soldados más experimentados que tenía a mano que me siguieran, y mientras emergíamos de las instalaciones me fijé que Kroeber ya había empezado a calzarse —sin quitarme la vista de encima— el mameluco azul y desabrido de la MAC, disponiéndose a salir a la superficie. *No esta vez*, exclamé en voz alta, cosa que evidentemente él no oyó, pero no me importaba; fuera lo que fuera que trajera esa cosmonave, me pertenecía. Eran pocos los que solían transitar en estas coordenadas y, por lo mismo, les grité a los soldados que me acompañaban: *Autómatas endebles*, *holgazanes de mierda*, *¡de prisa!*, pero a pesar de mi reprimenda igual los iba dejando a la zaga fácilmente, no obstante la diferencia de edad y sobre todo de estado físico.

—¡Espérenos, mi comodoro! —exclamó uno de ellos, el más débil, cuya voz afectada rechinó en el parlante de mi casco.

—Mueve el culo, maricón —lo regañé, sin aminorar el paso.

Xxxxx

Abrí los ojos y me encontré con la mirada azul de una cara regordeta, escrutándome por detrás del sudor de su casco empañado. No había alcanzado a eyectar, y lo cierto es que debía estar muerto, pero solo había sufrido una contusión en algún punto de la cabeza, porque un hilo de sangre me oscurecía la visión en el ojo derecho. Mi casco y mi traje estaban intactos, las astillas de vidrio apenas los habían rozado, no había fugas de oxígeno en ningún lado, pero la nave estaba despedazada; había quedado completamente inutilizable. El tipo que me miraba, esto lo noté después de desabrocharme el cinturón, era un hombre mofletudo de piel rosa y barba pajiza, que venía acompañado por cuatro soldados, todos armados con rifles piroclásticos, todos oscurecidos por los focos resplandecientes que provenían del arco halógeno que enmarcaba este inmenso túnel, que había terminado por atravesar dejando a mi cosmonave destruida. Hora de trabajar, pensé, y me levanté del asiento, no sin sentir un leve mareo; descendí de un salto, sorteando los rescoldos metálicos todavía ardientes, producto de mi estrepitosa caída. Apenas toqué el suelo los soldados me apuntaron con sus rifles: yo no tenía intención de empezar una pelea, al menos no todavía, así que puse las manos en alto y, después de recibir un empujón poco amistoso por parte del líder del grupo, dejé que los soldados, a punta de pistola, me guiaran hacia su campamento.

Kroeber

Vi a un tipo de mameluco negro, sin ninguna insignia distintiva. No pertenecía

ni a la MAC ni a la RHMC; pensé que a lo mejor se trataría de una tercera empresa rival. Pero no: tal vez la explicación más sencilla sería que se trataba de un accidente desafortunado, y que se aclararía en cuanto el extranjero se sentara a conversar con Heinlein. De todos modos, me acerqué a examinarlo a una distancia prudente, porque entendía que Heinlein había dado con él primero, y yo respetaba eso. Y si bien en un comienzo había salido de la garganta de Occator con las manos en alto, no tardó en bajarlas y caminar solapada, teatralmente, con una cojera casi actuada, yo diría, como mostrándose más vulnerable de lo que era en realidad. Detrás de él, además del fondo oscuro que era la garganta —se veía como la boca triste de un rostro deforme, esbozado en el gigantesco muro vertical del cráter—, Heinlein y sus soldados no dejaban de apuntar los rifles a su espalda, sutilmente encorvada. Cuando pasó cerca de mí, creí ver una sonrisa mordaz en sus labios, como si la ojeada que me echó estuviera cargada de una cualidad curiosa, casi divertida. Yo lo miré seriamente, buscando captar sus rasgos: tenía el pelo largo, un poco enmarañado, el rostro horadado por una barba desaliñada de tres o cuatro días, además de una cicatriz que atravesaba verticalmente la ceja derecha como una cruz, por donde bajaba un hilo de sangre hasta el mentón. Cuando pasó de largo en dirección al asentamiento de la RHMC, ese detestable domo rojo de acero y vidrio que se alzaba al otro lado del rail en construcción —obra que, financiada por ambas empresas, separaba virtual y metafóricamente los dos asentamientos—, me encontré cara a cara con Heinlein: venía sonriendo, pero a diferencia del extranjero, la suya era una expresión ácida, burlona. Con un golpe del índice en su casco empañado, me indicó que ajustara la frecuencia de audio de mi casco.

—Alfred —lo oí saludándome por mi nombre de pila después de algunos segundos de estática, acompañados por un cáustico movimiento de cabeza.

—Theodore —le respondí con tono endurecido, sin ironía, pero también sin ningún cariño ni cordialidad.

Heinlein

¡Cómo te quedó el ojo, Kroeber! Conozco tu lado competitivo, lo he visto durante el año que llevo en esta roca muerta y congelada intentando alcanzar el hielo. Noté también, no creas que no me di cuenta, cómo se te arrugaba el bigote de envidia cuando te saludé, y cuando viste cómo el prisionero se dirigía a nuestro asentamiento rojo, más grande y moderno que tu caserío de cajitas azuladas. El prisionero, aunque sereno, también se veía impresionado —era inevitable, cualquiera lo estaría—, sobre todo cuando pasamos al lado de los camiones tolva y las máquinas excavadoras, bestias formidables que dormían apaciblemente esperando el término de las obras del rail para ponerse en acción, y entramos por la exclusa del domo, donde nos sacamos los mamelucos

espaciales. Cuál fue mi sorpresa cuando, no sin un dejo de asco, vi al prisionero sacándose el traje negro y descubriendo un brazo —el derecho— completamente robotizado. Mis soldados también reaccionaron espantados: ese tipo de prácticas antinaturales eran lo último en medicina cibernética, y tenía entendido que, al menos en nuestro Marte natal, solamente las aplicaba el Ejército como un tratamiento experimental ante heridas de guerra irremediables, es decir, que muy pocas personas tenían acceso a ese tipo de operaciones. Esto me daba una noción del posible origen del prisionero, pero no una certeza.

—Llévenlo a mi oficina —les dije a dos soldados.

Minutos después nos encontrábamos en una habitación semicircular contenida en el domo mayor, esfera transparente de quince metros de altura, emplazada hacia el rail que tapaba el asentamiento azul de la MAC, y que, aun más importante, poseía una vista privilegiada hacia la garganta de Occator, el objeto de nuestro deseo. El prisionero, sentado frente a mí con las manos esposadas descansando sobre su regazo, se encontraba a un metro de distancia: tan solo nos separaba la mesa de granito rojo que era mi escritorio. No había pronunciado palabra alguna desde que ingresamos al domo. Dejé a dos soldados de pie, apostados a un costado de la puerta metálica a mis espaldas, mientras el doctor Egan, un jovencito considerado genio por el directorio de la compañía, pero bastante excéntrico para mi propio gusto, le curaba la ceja cortada, que ya había dejado de sangrar. Al mismo tiempo que zurcía la herida, Egan no dejaba de echarle vistazos excitados y furtivos al brazo metalizado del prisionero, con una fascinación que me repugnaba.

—Retírese, doctor —le dije.

—Sí, mi comodoro.

Abriendo un cajón del escritorio, saqué mis cigarros negros; esto pareció llamar su atención, porque si bien tenía una expresión inescrutable, sus ojos, escondidos bajo oscuras ojeras producto de la contusión, y sin que la cara se le moviera siquiera una pulgada, se desviaron hacia la cajetilla.

—¿Tabaco de Fobos? —le pregunté, acercándole uno a la cara.

Xxxxx

Cogí el cigarro con mi mano cibernética, que me permitía mayor movilidad que la orgánica, limitada de movimiento por las esposas excesivamente apretadas que me provocaban un roce molesto cada vez que movía las muñecas. El tipo extendió un encendedor metálico rojo —todo en esta base era rojo, como dejando en claro a qué planeta representaban— con una insignia cincelada con

las siglas RHMC; yo acerqué el cigarro a la lengua de fuego. Le di una primera calada: de inmediato sentí, además de un rasponazo en el pescuezo seco de mi garganta, cómo mis músculos se aflojaban y las esposas se sentían menos opresivas. Asentí en señal de agradecimiento.

—¿Y? —dijo el gordo—. ¿No va a decirme su nombre?

Negué con la cabeza.

—Tengo que llamarlo de algún modo —dijo—. ¿Qué le parece —sonrió perversamente— si le digo "Manco"?

Le di una calada profunda al pucho y exhalé, sintiendo cómo el humo salía de la caverna pastosa que era el interior de mi boca. Sonreí.

—Mucha gente me dice así —dije.

—Bien. Manco entonces. ¿Cómo fue que llegó aquí?

—Usted vio cómo. Mi cosmonave se estrelló.

—¿Y qué hacía sobrevolando nuestra órbita?

No le respondí.

—Nadie se aventura por estos lados sin tener los permisos adecuados —insistió.

—Lo mío fue un accidente —dije.

—¿Qué clase de accidente?

—Un desperfecto en el motor.

Entonces hizo una mueca porcina, arrugando la nariz, escrutándome con la mirada.

—Qué conveniente —agregó.

Como no vi cenicero alguno, dejé caer la ceniza encima de su escritorio. Fue un experimento: quería ver cómo reaccionaba. Probablemente le pareció ofensivo, porque sus ojos se expandieron y su piel enrojeció un poco más de lo normal. Por supuesto, me hice el desentendido, y sin darle chance, le pregunté:

—¿Por qué dice que es conveniente?

El gordo se pasó un pañuelo húmedo por las mejillas coloradas.

—¿Acaso no ha oído hablar de Ceres antes? —dijo.

Me encogí de hombros. Él soltó una risotada.

—¿Pero en qué planeta del sistema solar vive usted?

Hice un gesto difuso con la mano cibernética que todavía sostenía, oprimido firmemente entre el anular y el dedo medio, el pucho a medio fumar.

—Por ahí —le respondí.

—Un hombre escueto, ¿eh, Manco? —y dejando pasar unos segundos, como perdiendo la esperanza de que le respondiera, continuó—. Ceres es el asteroide más grande del cinturón de rocas que hay de aquí a Júpiter, y ciertamente el más cotizado por cientos de corporaciones de Marte y la Tierra. ¿Sabe usted por qué?

—Ni idea —le dije, apenas abriendo mis labios resecos.

El gordinflón abrió otro cajón de su pesado escritorio y sacó dos vasos metálicos. Con un chasquido de dedos, le indicó a uno de los guardias a sus espaldas que trajera algo: el guardia depositó sobre el escritorio una botella de cristal con un líquido límpido, transparente, libre de cualquier tipo de colorante. Sirvió los dos vasos y me acercó uno.

—Beba —ordenó (su tono era así: autoritario y burlón al mismo tiempo). Le hice caso, tratando de no verme demasiado urgido al dejar caer el pucho en el suelo plateado y llevarme el vaso a la boca. La lengua fue lo primero que sintió el golpe dulce del agua helada, humectando su superficie áspera, inundando el túnel marchito de mi garganta. Sentí un alivio inmediato que me produjo ganas de llorar. Por supuesto no lo hice: cuando después del éxtasis provocado por el contacto con el agua dejé el vaso en el escritorio, noté que el gordo me observaba con una expresión depravada en su rostro, como disfrutando mi indudable desesperación por saciar el ardor de la sed.

—Es el hielo, Manco —dijo, extendiendo un brazo hacia la boca oscura donde se había estrellado mi cosmonave—, el hielo que hay debajo de la corteza de polvo de Ceres.

—Ustedes —dije cuidadosamente— son una empresa minera de Marte, ¿no?

El gordo, que se había quedado mirando con un gesto ausente la entrada de la mina, volvió su mirada hacia mí.

—Veo que el agua le soltó la lengua —dijo. Ambos sonreímos, cada uno por su propia secreta razón, que seguramente no compartíamos—. Así es, Manco,

somos la Red Hill Mining Company, y estamos en la carrera hídrica por ser los primeros en explotar el hielo de este asteroide. Nunca antes alguien lo había pisado, somos los pioneros.

—¿Y los de allá? —pregunté, indicando con mi dedo metálico al asentamiento azulado por detrás del rail en construcción, donde dos gigantescas grúas espaciales movían de un lado a otro las vigas metálicas que conformarían el puente que, una vez ensamblado, llevaría las tolvas hacia la mina—. ¿Son de la Tierra?

El gordo asintió.

—Son la Mining Asteroid Corporation. ¿Conoce usted el negocio de las minas?

—Por ahora no —respondí, y deslizando mi vaso hacia la botella de agua, con ambas manos todavía restringidas por las esposas, le dije—: pero planeo hacerlo.

Él se puso serio, de pronto, y como no dijo nada, aproveché de preguntarle:

—Dígame… ¿soy su prisionero o qué?

—Eso va a depender de usted.

—¿En qué sentido?

—¿Tiene alguna habilidad que ofrecer a la compañía?

—Tengo varias —dije, sonriendo—, pero debo advertirle: no cobro barato, y me gusta que me paguen apenas cumplo con un encargo. No obstante, antes de que entremos en negocios, necesito que me diga cómo debo referirme a usted.

—Comodoro —dijo él—. Llámeme comodoro Heinlein. Aquí le agregan el "mi" antes del título; formalidades de los empleados de seguridad, quienes comparten un lenguaje militar que, a mi gusto personal, no debería persistir en la empresa privada.

—¡No me diga! —exclamé—. Me alegro mucho de conocerlo, *mi* comodoro.

—No sea zalamero, Manco —dijo, evidentemente complacido por mi comentario.

—Y mire lo que son las cosas —hice un gesto con el mentón hacia el vaso, indicándole si podía servirme un poco más de agua—. La Red Hill Mining Company aquí, la Mining Asteroid Corporation allá. Y yo, el manco, estrellándome justo en medio de las dos.

Kroeber

Apenas entraron en el asentamiento de la RHMC, decidí ir a investigar a la garganta de Occator. Fue un error amateur dejar los restos de la cosmonave allí tirados. Envié dos soldados a la vanguardia, con linternas infrarrojas en sus rifles piroclásticos, en caso de que hubiera presencias indeseables, aunque lo cierto es que, a esa hora, en que todavía recibíamos los frágiles rayos del sol sobre la superficie del cráter, un combate era muy poco probable. Ingresé con dos más en la retaguardia: las luces del arco de entrada iluminaban con su habitual tonalidad fría a la colosal concavidad, resaltando su calidad cavernosa de textura escarpada, entre múltiples líneas quebradizas y piedras filosas en forma de colmillos. La cosmonave seguía allí: sus alas se habían desprendido y la punta, parecida al pico de un ave, había quedado atravesada por una estalactita gigante de piedra gris, por donde ascendía una humareda negra que daba cuenta de la inexorable muerte del motor.

—¿Encontraron alguna información? —le pregunté a la sargento Vari, líder del pelotón.

—No, mi comandante.

—¿Y los archivos del sistema de navegación?

—Se los llevaron, mi comandante.

Asentí, y evitando los escombros metálicos, me asomé hacia la cabina. No vi nada de interés: el asiento beige de polímero blando estaba hecho trizas, como chamuscado por el fuego, y las puertas abolladas no presentaban ningún tipo de símbolo o ícono que me revelara la más mínima información sobre la identidad o el origen del piloto estrellado. Lo que sí noté es que era un milagro que hubiera sobrevivido al impacto.

—Díganle al jefe de mecánicos que venga con su equipo a buscar los restos de la cosmonave. Quiero que desmantele e investigue la tecnología del motor.

—Pero, mi comandante —dijo Vari—, esa nave, aunque destruida, es propiedad privada.

—Puede ser —le respondí—, pero cayó en nuestra mina. Si el extranjero la quiere, que venga a reclamarla al asentamiento de la MAC.

Heinlein

El manco se veía cómodo, a sus anchas, habiendo saciado su sed después de casi un litro de agua. Bien: así lo quería. Bajando la guardia. No había percibido en

él ningún dejo de sabiduría, pero sí una forma de agudeza —¿cómo decirlo?— disparatada: me daba la impresión de ser un tiro al aire, una bala loca. Transmitía una sensación de caos inminente debajo de su fachada juguetona. No: podría engañar a quien quisiera, podría llegar a engañar a un crédulo como Kroeber, pero a mí no me engañaría.

—Haré buen uso de sus servicios, Manco —le dije, y dirigiéndome a Keno, el jefe de la guardia, agregué—: diles a dos de tus soldados que lo acompañen. Quiero que le den la ropa y herramientas adecuadas para el trabajo que tiene que hacer.

—Sí, mi comodoro.

El manco se puso de pie y con su repugnante mano metálica, acompañado de una sonrisa majadera, me hizo un gesto exagerado, frívolo, llevándose los dedos a la frente a modo de jocoso saludo militar. Exasperado, le indiqué:

—Ya le dije que no somos una organización militar. Solo hay gente que tiene el entrenamiento, pero esto es una compañía minera. Acá también viven familias, civiles.

—Lo sé, mi comodoro, lo sé —respondió—. Pero, al fin y al cabo, todos somos mercenarios.

—Yo no lo llamaría de esa forma —le advertí. Él no dijo nada y, guiñándome el ojo, salió de mi oficina seguido por dos soldados. Keno, que se había quedado de pie, mirando a un costado del escritorio, preguntó:

—¿Confía en él, mi comodoro?

—Por supuesto que no. Pero tengo la impresión de que tendrá su utilidad. Primero necesito averiguar de qué es capaz cuando está relajado; ya veremos de qué es capaz actuando bajo presión.

Manco

Me entregaron dos uniformes: uno escandalosamente rojo, con las insignias de la compañía en cada prenda, y otro azul, genérico, de mecánico, probablemente robado, que era el que iba necesitar para mi primer encargo. Me pasaron además una mochila —una caja de polímero endurecido, color negro, con dos cintas en los extremos—: al abrirla me encontré con un taladro, un martillo, alicates y llaves varias. Mientras era escoltado por dos soldados, me fijé en que el gran domo, a pesar de la sensación que entregaba por fuera, era bastante cerrado en su interior: múltiples pasillos, cada diez metros, lo atravesaban de lado a lado, como si fuera un laberinto ortogonal de acero rojo. Los soldados me

acompañaron hasta la exclusa donde, después de calzarme el mameluco y el casco, me dejaron ir.

—Nos vemos, muchachos —les dije, y ellos me quedaron mirando con el ceño fruncido, evidentemente molestos por todas las facilidades que Heinlein me había proporcionado con tanta desenvoltura, y tal vez contrariados por mi brazo cibernético. Afuera, a pesar del hermetismo del traje, me golpeó el vacío helado de la superficie, provocándome un castañeo involuntario de dientes. Probablemente seguía un poco conmocionado por el accidente, pero no tenía tiempo de detenerme: esta era una oportunidad que no se presentaría dos veces. Mientras avanzaba hacia el rail me fijé en una retroexcavadora que, a lo lejos, se dirigía hacia el asentamiento de la MAC cargando en su enorme pala los restos de mi cosmonave. Esto me llamó la atención, pero no me detuve a cavilar: seguí caminando hacia el rail, esa estructura admirable, de gruesos pilares metálicos que sostenían un carril magnético a casi veinte metros de altura. Cuando estuve a unos pocos metros de distancia, busqué con la vista un pasaje ensombrecido hacia el otro asentamiento. Entonces se me vino a la cabeza una imagen parpadeante que había vislumbrado hacía una hora, cuando mi cosmonave caía en picada a la boca de la mina. Era una vista aérea, como un mapa improvisado de los asentamientos: primero vi el cráter, una hondura monumental con un punto blanco brillando en su centro, y hacia la derecha, cerca del muro oriental, percibí un par de manchas de colores, una azul y la otra roja, divididas por una línea plateada, que era el rail en construcción. La mancha azul se iba haciendo más y más nítida —y no sé por qué me fijé en ella y no en la roja; tal vez porque esta última era más monótona, más circular, más uniforme—, transformándose en un tablero de cajitas azules repartidas aquí y allá; justo en medio de esta suerte de corral para animales, segundos antes de la colisión, mi vista azarosa alcanzó a distinguir el taller donde la MAC guardaba sus vehículos de minería. Ese sería mi destino.

El centro del cráter estaba a algunos kilómetros: avancé en esa dirección por el lado de la RHMC, buscando alcanzar el punto más lejano, donde comenzaba la obra del rail. Media hora después llegué a una enorme plataforma de carga. Se veían algunos hombres y mujeres por ahí, cada uno vistiendo el mameluco rojo o azul, separados por su respectiva jurisdicción corporativa; una línea dividía imaginariamente la plataforma. Los trabajadores movían cajas, cargaban tolvas, algunos operaban grúas. No me acerqué a ellos; crucé por detrás del último pilar del rail, cuyo diámetro debía ser de al menos cinco metros (la estructura, pero también el escenario del cráter, me hacían sentir como un insecto en un mundo de gigantes). Avancé evitando a los trabajadores, y entonces comenzaron a aparecer tímidos bloques metálicos que debían ser los dormitorios de la colonia. Pronto llegué al asentamiento central: una enorme refinería de concreto azul, la cual fui bordeando hasta alcanzar el taller de vehículos. Había un solo guardia, apostado en una caseta azul al otro extremo del corral: me escabullí por entre

los camiones y tolvas, y eligiendo un camión cualquiera, me puse manos a la obra. En la media hora que estuve trabajando, alcancé a sabotear tres máquinas. Luego guardé las herramientas en la mochila, la cargué al hombro y caminé directamente hacia el guardia en la caseta. El tipo, boquiabierto, no reaccionó de inmediato, pero no tardó en despabilar y apuntarme con el rifle piroclástico.

—Quisiera hablar con el encargado de la Mining Asteroid Corporation acá en Ceres —dije, poniendo las manos arriba.

Kroeber

Lo trajeron esposado ante mí. El guardia me dijo que había descompuesto el motor de tres camiones: les tomaría un par de días volver a repararlos. Le pedí que se retirara. Él quedó un poco pasmado ante la orden, pero una mirada grave de mi parte le hizo entender. El guardia salió, y el extranjero y yo nos quedamos solos en la oficina. Lo primero que me llamó la atención fue el brazo robótico: si bien sabía que los implantes cibernéticos se usaban en ciertos círculos de la Tierra y Marte, no era una práctica popular: la gente común y silvestre les tenía miedo, porque implicaban una operación neurológica, a cráneo abierto, pero también porque provocaban una especie de rechazo xenofóbico entre los humanos más puristas. El extranjero, por su parte, no presentaba ninguna cicatriz en el cráneo: tal vez estaba escondida debajo de su pelo desgreñado. Se veía tranquilo, un poco ojeroso, probablemente no había descansado lo suficiente después del accidente. Abrí una cajetilla y saqué un cigarro de tabaco rubio. Le ofrecí uno, que aceptó gustosamente. Encendí ambos, y después de exhalar el humo de la primera calada, le dije:

—¿Y bien? ¿Qué tiene que decir respecto de su acto de sabotaje?

—Heinlein me encargó que hiciera ese trabajo.

Me llamó la atención su frontalidad.

—¿Le está pagando para que sabotee mis máquinas? —dije, incrédulo.

—Así es.

—¿Y por qué me lo cuenta así, tan frontalmente?

El extranjero sonrió.

—Porque me interesa que usted me dé trabajo.

—¿Pero no está trabajando ya para Heinlein?

—Estoy trabajando para el que me ofrezca más dinero.

Esto último me desconcertó. Como no sabía bien qué responderle, le dije sin pensar:

—Tendré que conversar con Theodore lo que usted me ha dicho sobre él.

—No le conviene —dijo, rascándose una comisura.

—¿Por qué no?

—Porque el comodoro lo negará. Se hará el desentendido, dirá que nunca conversó conmigo este encargo, y todo quedará en nada.

—¿Y si usted testificara en contra de él?

—No voy a hacer eso.

—¿Por qué no?

El extranjero le pegó una buena calada al cigarrillo antes de contestar.

—Porque no me conviene —sonrió, dejando salir el humo—. Ya le dije que estoy buscando ganar dinero. ¿Va a hacer uso de mis servicios o no?

Sus palabras me desagradaron profundamente: estaba ante un hombre sin honor. Lo observé unos segundos, tratando de comprender qué se escondía debajo de la superficie; no había nada en él que se viera fuera de lugar. Pero la forma en que él fumaba, con la mirada penetrante detrás de esas ojeras marcadas, y el pitillo colgándole mordazmente de sus labios que esbozaban una sonrisa, como si la vida le pareciera una gran broma, aunque se reservara para sí mismo esa información, lo hacían parecer más joven y, cosa curiosa, también me hacía sentir joven a mí, como nostálgico de una época quizás más irresponsable de mi vida. Era, indudablemente, una sensación peligrosa.

—No —le respondí—, no quiero hacer uso de sus servicios.

—Usted se los pierde —dijo él, y poniéndose de pie, extendió sus manos hacia mí—. ¿Le importaría decirle a su guardia que me saque estas esposas?

—Parece que no está comprendiendo la situación en la que se ha metido. No puedo pedirle al guardia eso: su acto de sabotaje implica que debo llevarlo a prisión.

—No lo creo —respondió.

—¿Cómo dice?

—Lo que escuchó. No crea que no noté cómo una de sus máquinas cargaba los restos de mi cosmonave hacia la base de la MAC. Mi acto de *sabotaje* —dijo,

levantando las manos esposadas, haciendo un gesto de comillas con los dedos de ambas manos— es tan solo una respuesta al hecho de que usted haya confiscado mi cosmonave ilegalmente.

—La estamos reparando —repliqué.

—No —dijo—, eso es imposible. El motor estaba totalmente destruido. Esa nave está más allá de cualquier tipo de reparación.

No pude evitar que se me escapara una risotada. Era hábil, el extranjero.

—Es usted un gran conversador —le dije—. Hace lo que quiere con las palabras.

El tipo sonrió pero no dijo nada. Me quedé observándolo por un momento. El cigarro a medio quemar le colgaba de los labios burdamente.

—Le seré franco, señor… ¿cómo se llama usted?

—El comodoro me dice Manco.

—Esa no fue mi pregunta.

—Digamos que Manco es un nombre que me queda bien.

—Manco —asentí—. Bueno, Manco, le voy a decir la verdad: usted pensará que la mayor de mis preocupaciones es esta absurda guerra corporativa, este combate silencioso e infantil donde cada bando intenta hacerle zancadillas a su rival sin que el otro se dé por enterado, pero lo cierto es que mi cabeza está puesta en otro lado.

—¿Y dónde estaría puesta su cabeza, comodoro…?

—Comandante —lo corregí—. Comandante Kroeber.

—Comandante Kroeber —dijo complacido.

—Si bien es cierto que mi objetivo principal es explotar primero el hielo, esto no ha resultado tan sencillo como había pensado, y no por la aparición de la Red Hill Mining Company en el juego, sino por la presencia de los gorkis protegiendo la mina.

—¿Gorkis?

Apagué el pucho en el cenicero plateado que había sobre la mesa, y suspiré. Por un momento me sentí terriblemente cansado.

—Criaturas nativas —le dije— que viven debajo de la corteza de polvo de

Ceres. Son los custodios del hielo.

El manco se quedó mirándome con los ojos entrecerrados. Parecía cavilar sobre lo que acababa de decirle: a lo mejor pensaba que yo estaba mintiendo, porque lo cierto es que era muy extraño encontrar vida orgánica en otros planetas del sistema solar, por lo que su gesto interrogante era perfectamente comprensible.

—Y estas criaturas —dijo al fin—, estos gorkis, como les llama usted… ¿le han impedido la excavación de la mina?

—Así es. Suelen estar más activos de noche, cuando la luz del sol no toca la cara rugosa del cráter. Les gusta la oscuridad. El frío. Entonces hacen su aparición en la garganta de Occator. Pero también han aparecido durante el día, en las zonas más oscuras de la mina, cuando hemos realizado excavaciones para obtener los bloques de hielo que solemos procesar como agua potable y con los que hemos subsistido hasta ahora. La presencia de gorkis nos impide avanzar en los trabajos durante la noche, reduciendo nuestra capacidad de producción a la mitad, además de provocar la desaparición de más trabajadores de los que me gustaría reconocer ante la compañía. Y Ceres no queda cerca de ninguna estación espacial: las cosmonaves pasan por aquí solo en contadas ocasiones. Así que actualmente estamos con el personal de trabajo justo.

—¿Y por qué no bombardean a estos gorkis y ya?

—¿Y comprometer la estabilidad estructural de la garganta? ¿Y terminar contaminando nuestra fuente de agua, y la eventual fuente de agua de todo el sistema solar? No, eso es imposible, Manco.

Se quedó pensativo, con la colilla y la ceniza todavía colgando de sus labios. Segundos después la retiró de su boca para aplastarla contra el cenicero plateado.

—Bueno, mi comandante —dijo—, le tengo su solución.

—¿Cuál sería?

—Yo me voy a encargar de los gorkis. Pero tengo que advertirle: no le va a salir barato.

—Ya le dije que no voy a hacer uso de sus servicios, Manco.

—Voy a necesitar diez mil créditos solares —dijo, ignorando mi comentario.

—Es mucho dinero para alguien que no conozco.

—No se preocupe —dijo—, se lo cobraré una vez realizado el trabajo.

—¿Y cómo planea usted encargarse de los gorkis? Ni siquiera los ha visto.

El manco sonrió.

—Un mago, comandante, nunca revela sus secretos.

Heinlein

Lo vi venir desde el ventanal de mi oficina, vestido con el mameluco azul que le habíamos facilitado, cargando la mochila negra de herramientas. Parecía una mancha difusa que, en medio de la noche, se camuflaba con la superficie grisácea del cráter. Habían pasado horas desde el encargo de sabotaje y no había tenido noticias de él desde entonces (asumía que la gente de Kroeber lo había capturado *in fraganti*, y que sería el fin del camino para ese manco bribón). De inmediato le ordené a Keno que enviara un par de soldados a buscarlo. No tardaron en traerlo ante mí: entró relajado, sin ninguna preocupación en el mundo, esbozando su habitual sonrisa bobalicona.

—Se tomó bastante tiempo —dije—, ¿no lo cree, Manco?

—Mi comodoro —respondió—, me demoré porque tuve una conversación muy interesante con el comandante Kroeber.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué sería que conversaron?

—De los gorkis, mi comodoro.

Mi ánimo se exacerbó apenas escuché esa palabra.

—¡¿Y usted le creyó a ese Kroeber?! —bramé.

—¿Qué quiere decir?

—¡Los gorkis son una invención de él, Manco! No existe otra forma de vida dominante en el sistema solar que no sea la del ser humano. Me sorprende que un tipo inteligente como usted haya caído en un truco tan evidente.

—¿Una invención? —dijo con tono ingenuo, ridículo; no supe reconocer si el manco era estúpido o se hacía.

—Nadie de la RHMC ha visto un gorki antes. Solo los de la MAC dicen haberse enfrentado con ellos, supuestamente.

—Según Kroeber eso se debe a que ustedes llegaron a Ceres después que ellos. Que solo la MAC ha logrado mantenerlos a raya hasta ahora.

—¡Le encanta sacar en cara a Kroeber que la MAC llegó primero! Déjeme decirle algo, Manco: aquí lo que importa no es quién llegó primero o después; aquí lo que importa es la capacidad tecnológica y el poder económico para explotar la garganta de Occator. ¿Me entiende?

—Por supuesto que lo entiendo, mi comodoro. Pero, ¿me va a decir usted que no han sufrido bajas en las excavaciones de la mina?

—Claro que han desaparecido mineros en las excavaciones, pero por obra de Kroeber, quien hábilmente ha optado por atacarme y luego lavarse las manos, usando como chivos expiatorios ante las autoridades de nuestros respectivos planetas a estos gorkis y su supuesta existencia. ¿Y quién tiene pruebas fehacientes de ello? ¡Nadie! —exclamé, quedándome sin aliento, y luego de respirar, tratando de calmarme un poco, repetí—: nadie.

—Interesante —fue lo único que atinó a decir el manco.

—¿No me va a decir qué hacía usted hablando de gorkis con Kroeber?

—Claro que sí, mi comodoro. Él me ofreció trabajo, para eliminarlos.

Se me escapó una gruesa carcajada, seguida de un golpe en la mesa del escritorio.

—¿Y usted aceptó?

—No, por supuesto que no. Yo trabajo para usted, mi comodoro.

—¿Cómo fue que los dos llegaron a verse las caras?

—Yo pedí hablar con él, para contarle sobre los camiones descompuestos.

Algo en la base de mi estómago hizo erupción cuando grité:

—¡¿Y se puede saber por qué mierda le contó eso?!

—Cálmese, mi comodoro, esos exabruptos no le hacen bien a su salud.

—¡No venga usted a hablarme de mi salud, Manco estúpido! Explíyese ahora mismo.

El manco mantuvo su mueca sardónica en la cara —como si quisiera sonreír pero se aguantara las ganas, manteniéndose siempre en el limbo sempiterno de una expresión seria y al mismo tiempo divertida—, y luego comenzó a explicarme que su interés era medir a Kroeber, ver cómo reaccionaba, y que si le había contado lo que le había contado era simplemente para ganarse la confianza de mi rival, y así obtener información para mí. Cuando le pregunté

por qué Kroeber no lo arrestó por lo de los camiones, me respondió que había hecho una suerte de trueque con él, cambiándole su cosmonave destruida a modo de pago por el sabotaje de las máquinas. Indudablemente no le creí, pero ese no era el punto: por ahora me convenía mantener al manco cerca de mi facción, tenerlo oficialmente de mi lado, para poder observarlo mejor.

—Además, mi comodoro —remató—, le tengo la solución a sus problemas.

—¿Solución a qué problemas? ¿De qué me está hablando?

—Voy a exponer la mentira de Kroeber.

—¿En qué sentido, Manco?

—Voy a conseguir pruebas irrefutables de que los gorkis no existen. Esto le servirá a usted para usarlo en contra de Kroeber, colgándole las desapariciones de sus obreros en la garganta de Occator. Pero tengo que advertirle una cosa.

Ya más calmado, limpiándome el sudor de la cara con un paño humectado, le pregunté:

—¿Qué cosa tiene que advertirme?

—Que no le va a salir barato, mi comodoro. Y que, si quiere que empiece a trabajar desde ya, voy a necesitar, además del pago que me debe por el sabotaje de los camiones, y de un salvoconducto para proceder con total libertad, que me dé un anticipo de diez mil créditos solares.

—¡Diez mil créditos solares! ¿Se ha vuelto loco?

—Ya le dije que no le iba a salir barato, pero créame, será la solución que necesita para deshacerse de la MAC. Tómelo o déjelo, mi comodoro.

El manco me había puesto en una interesante disyuntiva: no tenía sentido darle tanto dinero a un tunante que apenas conocía, pero por otro lado, ¿y si efectivamente cumplía con el trabajo? También cabía preguntarse: ¿a dónde más podría ir él? No tenía los medios para escapar de Ceres y, por lo demás, si yo quisiera recuperar mi dinero, era cosa de arrestarlo y meterlo en la prisión de la RHMC de una vez por todas. De modo que, desde todos los puntos de vista, era una situación de ganancia para mí.

—Está bien —le dije, y sacando la llave que guardo en el bolsillo interior izquierdo de mi chaqueta, siempre cerca del corazón, abrí el cajón inferior de mi escritorio y retiré un fajo de diez mil quinientos créditos solares (los quinientos extras eran por el trabajo de sabotaje), que dejé encima de la mesa—. Aquí tiene, Manco. No vaya a decepcionarme.

—Por supuesto que no, mi comodoro —dijo él, con una mueca arrebatada, los ojos muy abiertos y los dientes a la vista, como un niño maravillado por un juguete nuevo, mientras recogía todos los billetes y se los metía en ambos bolsillos del mameluco.

Manco

Apenas salí de la oficina de Heinlein pregunté por la ubicación del pabellón médico. Tuve que atravesar hasta el otro extremo del domo, que de noche iluminaba sus pasillos con una luz más tenue, unas líneas anaranjadas y brillantes que, embutidas en el suelo metálico, corrían en paralelo a los muros. El pabellón médico era una sala blanquecina, con olor a talco, de cinco por cinco metros, donde de inmediato pillé al hombre que buscaba: el doctor Egan, un tipo de lentes, con ojos saltones, que tendría unos treinta años. El doctor me saludó, sorprendido, y me preguntó cómo seguía la herida de mi ceja.

—No puedo quejarme —le dije—, usted hizo un buen trabajo.

—Gracias —dijo—. ¿En qué puedo ayudarlo, señor…?

—Manco —aclaré rápidamente—. Es el nombre que me puso el comodoro. Vaya carácter tiene el tipo, ¿no lo cree?

—El comodoro es un hombre extraordinariamente vigoroso —me respondió, no sabía si en serio o no.

—Es una manera de decirlo —repliqué.

—Bueno, Manco —dijo el doctor, reticente de seguir hablando sobre Heinlein —. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Necesito información sobre los gorkis.

La expresión afable del doctor cambió por una mueca sombría.

—Los gorkis… los gorkis no existen.

—Ya sé que esa es la opinión del comodoro, pero a mí me interesa su opinión científica.

El doctor tomó asiento, como si sintiera la cabeza pesada, en una silla tan blanca como los muros del pabellón.

—Bueno, si quiere mi opinión honesta… yo sí creo que hay algo extraño allá en la garganta de Occator. Algo fuera de nuestra comprensión.

—¿Por qué piensa eso?

—Hace meses me tocó ir a investigar con un pelotón de soldados la desaparición de unos mineros de la RHMC, y si bien no dimos con ninguna prueba concluyente, es decir, no encontramos ni un cadáver ni nada que explicara las desapariciones, sí encontramos algo insólito en el hielo.

—¿Qué cosa?

El doctor se levantó y, haciendo un leve movimiento de cabeza, me indicó que pasáramos a la sala contigua. Luego anotó una larga clave en el tablero de números —me parece que era, pero tendría que corroborarlo, 21091929— y la puerta metálica se deslizó a un costado. Entramos a otro mundo, una sala de muros plateados con iluminación ligeramente verde, llena de computadores, cables, frascos y contenedores. El doctor se detuvo frente a uno de los contenedores más grandes y presionó un interruptor. De inmediato se encendió una luz cenital al interior del tubo cilíndrico donde, en medio de un líquido verdoso que acentuaba el tono de la sala, flotaba una suerte de colmillo o garra plateada del tamaño de mi cuerpo, pero ligeramente curvada en tres nervaduras distintas.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es parte de un gorki. Qué parte, no lo sé exactamente. Solo sé que le pertenece.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque lo estudié: corresponde a una criatura de origen orgánico. Y no es un fósil: usé radiocarbono para datar su antigüedad. Es relativamente nueva.

—¿Y le mostró esto al comodoro cuando volvió de su expedición?

—Por supuesto que sí.

—¿Y aun así no le creyó?

—No —dijo el doctor, sacudiendo la cabeza—. Él está convencido de que esto es un truco más de Kroeber. Lo detesta con todo su ser.

—¿Por qué tanto?

El doctor no respondió. Me miraba gravemente, con el ceño fruncido.

—¿Puedo confiar en usted? —preguntó.

—Por supuesto —respondí.

—En el fondo —dijo el doctor, rodeando el cilindro donde flotaba el pedazo de gorki—, yo creo que es porque sabe que jamás podrá ser como Kroeber. Y eso no puede soportarlo.

Nos quedamos en silencio por un momento, como digiriendo la información que el doctor acababa de entregarme.

—Bueno, doctor —dije al fin—, muchas gracias. Solo me queda una última pregunta.

—Dígame.

—¿Qué opina usted? ¿Cree que los gorkis podrían llegar a atacarnos?

—No estoy seguro —respondió—. No sé lo suficiente de estas criaturas como para entender su funcionamiento. Ceres, además, no alberga una atmósfera respirable, por lo que si los gorkis fueran seres orgánicos como los que conocemos habitualmente, no podrían acercarse a los asentamientos; no obstante, también es cierto que, en teoría, ellos habitan en el hielo, y tal vez el vapor de agua sublimada, me refiero al hielo acuoso de la superficie, pueda permitirles acercarse a nuestras bases.

Se detuvo por unos segundos, sacándose los lentes y pinchándose el tabique de la nariz con los dedos, como si tuviera un dolor de cabeza.

—Yo soy de la opinión —dijo, poniéndose los lentes otra vez— de que por ahora los gorkis han estado calmados, en hibernación, *dejándonos ser*, pero que apenas termine la construcción del rail y comiencen las excavaciones a gran escala en la garganta de Occator, ellos podrían llegar a emerger de su escondite.

—Gracias, doctor, era lo que necesitaba saber —le dije, y me disponía a salir del pabellón, cuando él me agarró del brazo cibernético, reteniéndome.

—Oiga —dijo—, no vaya a decirle a nadie lo que acabo de contarle. Usted sabe lo que opina el comodoro: podría, además de sembrar el pánico, costarme mi trabajo.

—Por supuesto que no —le respondí.

—Algún día me gustaría examinar ese brazo suyo —susurró, palpándolo por encima de la tela elástica del mameluco, con un tono extraño, un poco brusco, que no me agradó—. Me interesa mucho la robótica cibernética. He hecho algunos experimentos acá que si…

—Claro, claro —le dije, sacándome su mano de encima—, algún día, doctor.

Salí del pabellón médico y lo primero que hice fue buscar el bar del

asentamiento, un antro de planta circular y luces violáceas donde, además de beber un par de cervezas, me dediqué a hacer correr el rumor de un posible ataque gorki avalado por la opinión científica del doctor Egan. Los mineros —un grupo variopinto y popular de hombres y mujeres de todas las edades— reaccionaron de distintas maneras: algunos incrédulos, otros impactados; no faltaron los que me dijeron que siempre lo habían sabido, que Heinlein solía manipular los hechos con el fin de dominar a gusto el ánimo de sus subalternos. Antes de irme les pedí, al igual que el doctor a mí, que no le contaran a nadie, que podría llegar a costarme mi trabajo. Por supuesto, ninguno de esos borrachos sabía quién era yo, ni cuál era mi trabajo. Inmediatamente después salí del bar y me dirigí, preguntando direcciones antes, al lugar donde guardaban los vehículos de la RHMC: el hangar norte. Le solicité a la encargada una motoruga, un traje espacial y un casco, además de un rifle piroclástico.

—¿Dónde está su permiso? —preguntó la vieja, con voz ronca de fumadora.

—Aquí tiene —le dije, entregándole el salvoconducto firmado por Heinlein.

—Espero que la devuelva tal como se la llevó —me dijo ásperamente, indicando la motoruga.

—No se preocupé —le sonreí, haciéndome el lindo—. Una consulta: si vuelvo en un par de horas más, ¿me debo comunicar con usted para que me abra la compuerta de la exclusa?

—Así es —dijo ella, un poco más blanda—. Puede tocar el citófono exterior o, si lo prefiere, me llama por el intercomunicador de su casco al anexo que sale en el panel de control de la máquina.

—Muchas gracias.

Una vez equipado y ya montado en la motoruga —una motocicleta roja que ocupaba un sistema de tracción de rodaduras contenidas en una oruga metálica, ideal para desplazarse a través de una superficie tan irregular como la de Ceres —, la señora encargada del taller me abrió la exclusa, donde arranqué en dirección al asentamiento de la MAC. Dejé mi vehículo y el rifle escondidos en la sombra espesa de un pilar del rail, y desde allí caminé hacia la base principal. No fue difícil escabullirme en medio de los guardias y sus rondas de patrones casi matemáticos, y después de sobornar a un portero —un viejo borracho bastante amable, que no se sentía representado por ninguna empresa privada—, logré ingresar por una exclusa de servicio. Le pagué también para que me cediera su traje azul de custodio, con gorro incluido, ya que el mío de mecánico —por lo que pude observar cuando me llevaron ante Kroeber— no era habitual en la base central de la MAC, y después de cambiarme de ropa le pedí direcciones para llegar al bar. Avancé por el edificio, otro esquema de pasillos

ortogonales, con la vista gacha, escondiendo los ojos bajo la visera del gorro, tratando de evitar el contacto visual con la gente que se cruzaba.

El bar, ubicado en un subterráneo cerrado con olor a axila, era una cantina popular, de mineros, muchísimo menos elegante —si es que elegante es la palabra correcta para describirlo— que el bar de la RHMC. Me senté casualmente, soltando una risotada, entre un grupo de hombres y mujeres que se reían a carcajadas. Nadie se fijó demasiado en mí. Al poco rato, con los créditos proporcionados por el comodoro Heinlein, invité a una ronda y, algunos minutos después, invité a otra más. Para la cuarta ronda ya era el hombre más popular del salón, y entonces comencé a esparcir los rumores, preguntándoles si estaban al tanto de las mentiras de Kroeber. ¿Qué mentiras?, preguntaban intrigados los mineros. Que los gorkis, decía yo, eran solo una invención para esconder los asesinatos subrepticios llevados a cabo en la garganta de Occator, impulsados además por un afán comercial de ganar a cualquier costo la carrera hídrica y, por lo mismo, de total responsabilidad del comandante. La gente reaccionó de forma muy similar al otro bar (los grupos humanos se parecen mucho en eso, independiente del color social): por un lado estaban los incrédulos, por otro lado los impactados y, por supuesto, no faltaban los que sabían todo, que decían siempre haberlo sospechado; solo hubo un minero al que tuve que convencer un poco más de lo presupuestado. Este hombre, un caballero colorado por el vino, de barba encanecida, terminó indignándose ante mis comentarios, y quiso partirme una botella en la cabeza mientras me gritaba que su hermano menor había desaparecido en esa mina, y que le parecía una broma de mal gusto que yo anduviera esparciendo ese tipo de rumores cizañeros. Era, qué duda cabe, un hombre íntegro, en términos morales quiero decir; aun así no me costó demasiado desarmarlo —literal y metafóricamente, porque primero tuve que arrancarle la botella de las manos, para luego desarticular su obstinación—. Una vez que lo persuadí para que aceptara mi invitación a otra ronda, y así explicarle mejor que esto no era un vil rumor sino algo que yo había oído de primera fuente, de los labios del mismo comandante Kroeber, el borrachito terminó por aceptar como honestas mis palabras. Cuando la segunda botella de licor me empezó a trapear un poco la lengua, decidí que ya había sido suficiente: me retiré del bar, despidiéndome de abrazo con todos los presentes, y después de desandar el camino salí por la misma exclusa por la que había entrado en un principio. No tardé en llegar otra vez a la motoruga y, tras comprobar que el rifle piroclástico estuviera cargado, manejé a toda velocidad, cobijado por la noche, en dirección a la garganta de Occator.

Kroeber

Desperté con el llamado por intercomunicador de la sargento Vari, que me decía que había problemas. Me vestí de inmediato y después de lavarme la cara, salí al

vestíbulo donde me esperaba ella con una mueca de malas noticias.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hay un motín, mi comandante.

Mientras nos dirigíamos al escenario del conflicto, ella me iba explicando los detalles: a eso de la madrugada un grupo de trabajadores, hombres y mujeres en estado de ebriedad, había comenzado una pelea en la taberna del asentamiento. Esto no habría sido un problema, o algo necesariamente inusual, de no ser porque después de dejar completamente destrozado el lugar —sillas y mesas partidas, botellas quebradas, algunas cabezas sangrantes—, habían canalizado toda esa energía en avanzar hacia mi oficina con la intención de destrozarla con palos y garrotes, que habían obtenido de las sillas y mesas despedazadas. Cuando los soldados los enfrentaron, intentando disuadirlos verbalmente, los mineros se volvieron aun más locos, y gritando consignas en mi contra —exclamaban "Kroeber mentiroso", me hizo saber la sargento Vari—, se habían lanzado a un encarnizado combate cuerpo a cuerpo con los soldados que, superados en número, tuvieron que retirarse, ya que no podían usar sus armas de fuego, no sin mi autorización al menos. Un grupo de veinte soldados me esperaba en la antesala al hall donde se encontraban los mineros, todos armados con escudos, cachiporras y escopetas antimotines. Les pedí que no dispararan a menos que yo diera la orden. Apenas abrí la puerta, una muchedumbre furibunda se me abalanzó, y tuve que empezar a repartir golpes: mis soldados reaccionaron de inmediato e hicieron lo suyo con las cachiporras. Alcancé a contar unos treinta mineros, todos con los ojos enrojecidos de alcohol y furia. Los soldados, a cachiporrazos, lograron hacerlos retroceder: cuando volvimos a ganar control de la situación, quiero decir, cuando pude separarme de ellos y alzar la voz, los mineros ya se encontraban acorralados por mis soldados, y si bien tenían los garrotes en alto, ya no contraatacaban con el mismo ímpetu.

—¡Vamos a conversar! —exclamé, pero no me oyeron, por lo que saqué mi revólver piroclástico de servicio y descerrajé una bala al cielo—. Vamos a conversar… —repetí, más calmado. Los mineros, impresionados por el ruido de la detonación, guardaron silencio—. ¿Qué sucede aquí? —pregunté—. ¿Por qué me llaman mentiroso?

Uno de ellos, un minero viejo y endurecido por la vida, llamado Leonel, me gritó:

—¡Usted nos ha estado mintiendo! ¡Usted me dijo que mi hermano murió por culpa de los gorkis! ¡Y ahora resulta que los gorkis son una invención suya! ¡Para esconder los asesinatos perpetrados entre una empresa y otra!

A medida que Leonel iba profiriendo cada una de sus exclamaciones, las

voces a su lado iban subiendo también en intensidad. Intenté decir algo, pero el ruido se volvió ensordecedor rápidamente. Disparé otro tiro al cielo. Se callaron.

—¿De dónde sacaron que los gorkis no existen, que son invención mía? ¿Quién les dijo esa ridiculez?

Durante algunos segundos, el hall fue inundado por un silencio inusual: nadie quería revelar la identidad del informante.

—Déjenme adivinar —dije—: fue un tipo con una mano robótica.

Se empezaron a oír susurros y cuchicheos entre las filas de mineros.

—Los gorkis sí existen, y yo se los voy a demostrar, pero primero tienen que soltar sus armas y entregarse. No puedo permitir este tipo de comportamiento en la empresa.

Los susurros y cuchicheos se intensificaron.

—¿Cuál es el punto…? —dijo Leonel resignado, dejando caer su garrote. El resto, malhumorados, lo siguieron, arrojando sus armas al suelo, donde repiquetearon contra el latón frío de las planchas metálicas.

—Sargento Vari —dije—, llévense a estos mineros al calabozo. Que terminen de pasar la borrachera allí. Déjenlos salir cuando ya estén sobrios. Entonces envíelos a conversar conmigo otra vez.

La sargento y sus hombres esposaron uno a una a los mineros y mineras, y luego fueron avanzando en fila india por el pasillo que remataba en la prisión. Apenas desalojaron el lugar, entré a mi oficina. El ventanal que miraba al hall presentaba pinchazos y magulladuras producto del ataque. En el intercomunicador, pulsé el anexo de Ramole, el jefe de mecánicos.

—¿Sí, mi comandante?

—Necesito saber si ya analizaste el motor de la cosmonave del manco, Ramole.

—Así es, mi comandante. Justo ahora estaba transcribiendo mi reporte.

—¿Y? —le dije impaciente— Anda al grano.

—Es… es curioso, mi comandante.

—¿Qué?

—El motor. No pertenece a tecnología ni de la Tierra ni de Marte.

Me quedé en silencio por un momento.

—¿Qué estás tratando de decirme, Ramole?

—No lo sé, mi comandante. No es que el motor sea excesivamente disímil, pero la forma en que opera es diferente a la de nosotros, es más… eficiente. Posee cualidades cibernéticas que nosotros recién estamos desarrollando en la Tierra. Quienquiera que haya financiado la construcción de esta cosmonave tenía grandes recursos a su disposición.

—Gracias, Ramole —dije, antes de cortarle. Inmediatamente después llamé a la sargento Vari y le pregunté si los mineros ya estaban en detención.

—Sí, mi comandante —respondió.

—Bien, Vari. Necesito pedirte una cosa más: ve a la oficina de comunicaciones e investiga en las cámaras de seguridad si el manco visitó nuestra base en las últimas horas. También, si puedes, necesito que averigües en dónde se encuentra él ahora, y que lo traigas a mi oficina. Si no quiere venir voluntariamente, lo traes esposado. ¿Está bien?

—Lo que usted diga, mi comandante.

Heinlein

Soñaba plácidamente con mi mujer y mi hijo esperándome, estancados en Marte mientras yo terminaba de domar esta roca helada llamada Ceres, para venir a formar parte de nuestra incipiente colonia minera, cuando el intercomunicador comenzó a chirriar. Abrí los ojos: a través del domo transparente se cernía un cielo oscuro plagado de asteroides. Salí de la cama muy malhumorado, sin ponerme las pantuflas acolchadas. El suelo estaba helado.

—¡¿Qué mierda pasa?! —rugí apenas pulsé el botón para contestar la llamada.

—Hay un motín, mi comodoro —dijo Keno. Su respiración se oía agitada.

—Cómo, ¿un motín? ¿Qué quieres decir?

—Lo que oye, mi comodoro: hay un motín en la antesala de su oficina. Los mineros… —dijo Keno, y su timbre de voz, sinuoso, titubeó, sin terminar la frase.

—¿Qué cosa?

—Los mineros —dijo, tratando de recuperar el aliento— reclaman que usted

les mintió al declarar que los gorkis no existían. Que el doctor Egan ha develado la verdad, y que hay que estar alerta de un posible ataque alienígena. Los ánimos están muy caldeados, y si bien pudimos contenerlos momentáneamente, la cosa se está saliendo de control, mi comodoro.

—¿Y para esto interrumpiste mi sueño, Keno? Hazte cargo.

—Eso estoy haciendo, mi comodoro, pero quería saber qué ordenaría usted en caso de…

—Pues que los maten —dije, sin permitir que terminara su frase.

—¿Cómo dice? —su voz, inestable, volvió a titubear.

—Que los maten a todos, Keno. Abran fuego y terminen con la insurrección. Enviaré una solicitud a primera hora de la mañana para que la compañía mande nuevos mineros.

—Pero mi comodoro, nosotros…

—Nada de peros —lo interrumpí—. Haz tu trabajo.

—S-sí, mi comodoro.

Me disponía a cortar la llamada, para volver a acostarme, cuando me acordé de algo.

—Espera, Keno.

—¿Sí, mi comodoro?

—En tres horas más, cuando yo ya esté levantando, envía al doctor Egan a mi oficina. Necesito explicaciones de su parte. Y averigua dónde anda ese manco agitador. Manda a un par de tus mejores soldados a buscarlo. Encubiertos. Que uno vaya a la MAC y otro a la mina. Quiero que lo maten. ¿Ok? Y me traigan los créditos solares de vuelta.

—Como usted diga, mi comodoro.

Manco

Me encontraba en la garganta de Occator, esa caverna gigantesca y fragosa, coronada por un inmenso arco halógeno que esparcía una luz brillante hacia los rincones más inhóspitos de la gruta, pero que no alcanzaba a tocar el inicio de los túneles mineros en el extremo opuesto de la apertura. Dejé estacionada la motoruga detrás de un peñasco lo suficientemente grande como para que

permaneciera encubierta bajo su sombra, acentuada por la luz artificial, y me cargué el rifle al hombro. Miré el indicador de oxígeno: tenía de sobra para casi cuatro horas más. Me encaminé, entonces, hacia la entrada de la mina, encendiendo la luz de mi casco para alumbrar lo que tenía por delante. No se oía nada: solo mis pisadas emitían un eco estremecedor, que no dejaba de ponerme un poco nervioso. No tardé en darme cuenta de que no bromeaban cuando decían que el hielo dominaba este lugar: los túneles de piedra pronto comenzaron a tornarse gélidos, muros congelados y serpentinos donde colgaban pequeñas estalactitas de sus arcos, que resplandecían cada vez que yo levantaba la vista y el brillo del casco se derramaba sobre ellas. Mientras avanzaba el túnel se iba estrechando poco a poco para luego volver a ensancharse: tenía un diámetro de dos metros aproximados, y una altura igual de fluctuante cuyo tamaño sería de tres metros y medio, tal vez de cuatro. Veinte minutos después, el túnel desembocaba en una caverna descomunal, un palacio gélido donde, a la derecha y a la izquierda, arriba y abajo, se alzaban sólidos témpanos. El foco de mi casco apenas alcanzaba a abarcar una decena de metros ante mí: los muros de la cueva iban apareciendo como grandes despeñaderos congelados en el tiempo, de colores blancos y celestes que me deslumbraban si concentraba demasiado la luz, como si un sol brotara súbitamente dentro de ese palacio de hielo eterno y mis ojos no tuvieran la capacidad de soportar tanto fulgor. Busqué una bajada: encontré una ruta demarcada por los mineros, una suerte de rampa circular delimitada por una baranda de puntales metálicos, enterrados cada tantos trancos y unidos a través de una cuerda negra, muy precaria, que habían amarrado de poste en poste. Me agarré de la cuerda y comencé a avanzar: debajo de mis pies, la resbalosa rampa de hielo y piedras sueltas se extendía por algunos metros, descendiendo en espiral hasta alcanzar la base de la mina, donde numerosos túneles se abrían paso hacia quizás qué lugares. Por un momento me detuve a recuperar el aliento. De pie en medio de esta enorme cúpula de hielo, cerré los ojos e intenté calmar mi respiración agitada. En un comienzo no percibía ningún sonido más que el de mis jadeos, pero unos segundos después oí dos ruidos: uno de pisadas sobre mi cabeza, en la parte superior de la rampa por donde había venido, y otro muy lejano, un raspado sutil que provenía del túnel principal, el cual, al ser iluminado por mi casco, se había vuelto de un blanco tan intenso que terminó por obligarme a entrecerrar los ojos, adoloridos por el brillo del hielo. Ignorando el primer ruido avancé por allí, tratando de ordenar las ideas en mi cabeza. Del otro lado de este túnel, el segundo ruido se fue haciendo más y más nítido, y una inquietud interna comenzó a apoderarse de mi cuerpo cuando un susurro formó una palabra de dos sílabas que ya había escuchado antes, y que fue aumentando a medida que avanzaba. Pasaron quince minutos en los que aminoraba el paso cada vez que el ruido se hacía más fuerte, e intentaba percibir si se oían pisadas más cercanas. Pronto desemboqué en otra cúpula de hielo: esta era más lóbrega que la anterior. Bajé la vista hacia el margen inferior de esta caverna: aquí y allá, en los

montículos colmados de piedras cristalinas y en las pendientes y bordes de la superficie de hielo, se asomaban cientos de moles ovaladas, quietas, de tono platinado; y en el centro de la meseta, de donde provenía el espantoso ruido, creí percibir un movimiento. Iba a enfocar en esa dirección, cuando una voz a mis espaldas dijo:

—¿Dónde guardó los créditos, Manco?

Me di vuelta y me encontré frente a frente con un soldado que llevaba unos lentes infrarrojos, un mameluco negro y un rifle piroclástico que me apuntaba al pecho.

—¿Y cuál de los dos sería el que te mandó a buscarme? —pregunté, tratando de hacer tiempo. En el fondo sabía quién había enviado a este soldado de uniforme neutro.

—Dónde están los créditos solares —repitió el tipo, quitándole el seguro al rifle.

—No los tengo conmigo —dije—, pero si me sigue le muestro dónde los oculté —y levantando las manos por tercera vez en menos de un día, me acerqué hacia él, lentamente, moviéndome por su flanco izquierdo.

—Con cuidado… —dijo él, cuando iba pasando a su lado. Nos separaban unos pocos centímetros y, debido a la estrechez del túnel, la punta del rifle me rozaba la cara.

—Por supuesto… —le respondí, al mismo tiempo que, con un movimiento repentino de mi mano cibernética, agarré la punta del rifle y la doblé en un ángulo recto, como si fuera de plasticina. El tipo, impactado, boquiabierto, soltó el arma, sacó un cuchillo del costado izquierdo de su chaleco antibalas, que llevaba por encima de su traje espacial, y lo proyectó en el aire, formando un movimiento curvilíneo con el brazo, tratando de enterrarlo por debajo de mi casco. No se lo permití: bloqueé el ataque con la misma mano, y comenzamos a forcejear. Nos dirigíamos peligrosamente hacia el borde de la boca del túnel, donde un acantilado daba paso al vacío. Trastabillando, oprimí su muñeca con mi mano metálica hasta que se oyó el crujido del hueso. El tipo, agarrándose el miembro fracturado con un quejido lastimero, dejó caer el cuchillo y se apartó de mí, jadeando de dolor, dando un par de pasos hacia atrás. De un instante a otro, como un parpadeo, lo vi desaparecer del círculo de luz de mi casco: por unos segundos me quedé expectante, con la respiración agitada. El raspado sutil que había escuchado antes de entrar al túnel ahora se oía con una nitidez espeluznante, acompañado por el ruido de unas pisadas duras, firmes; por un momento pensé que el tipo había sobrevivido. Me acerqué hasta el borde —y al mismo tiempo que lo hacía, comencé a oír unos chasquidos estridentes—, y

apunté la luz hacia abajo.

Entonces lo vi.

Una criatura insectil, de un color blanco lustroso, casi plateado, se daba un sanguinario banquete con los restos del soldado. Al lado del cadáver, la criatura denotaba más de tres metros de altura. Soportada sobre cuatro patas zigzagueantes, en su espalda llevaba una especie de caparazón alargado, de cristal, con forma ovalada, y desde el extremo superior de esta elíptica armadura se alzaba un cuello voluminoso que tendría un tercio del largo de esta coraza. Antes de que el pescuezo diera paso a la cabeza —un triángulo coronado por dos ojos saltones en sus esquinas superiores, esferas semitransparentes con un minúsculo punto negro en el centro, como si no miraran a nada— se veían unos colmillos en la esquina inferior parecidos a estalactitas, y de donde ahora colgaban las tripas del soldado. Me fijé que desde el cuello sobresalían un par de extremidades, como unos brazos morrocotudos más gruesos que las otras patas, los cuales se doblaban agudamente en tres nervaduras muy distintivas, imagen que ya había visto antes en el laboratorio del doctor Egan. Estos brazos, como enormes navajas, se enterraban ágilmente en la carne del cadáver, cortándola en rebanadas sin esfuerzo alguno. Con la punta de los brazos, la criatura desprendía de un tirón cada trozo —he ahí el crujido que había oído segundos antes— y, acercándolo a sus colmillos, se lo zampaba grotescamente en un par de segundos. Absorto, me quedé mirando cómo devoraba por completo el cuerpo, y apenas terminó —se había tragado hasta los huesos—, la criatura levantó la cabeza hacia la luz que la escrutaba, hacia donde yo estaba parado. Examinándome con sus ojos traslúcidos, comenzó a rozar sus brazos entre sí, emitiendo un ruido que se elevó con una ferocidad insoportable. En ese momento comprendí el nombre con que los habían bautizado en la base: el grito, metálico, se oía claramente como un “GOOOR-KII”, repetido una y otra vez, subiendo en intensidad hasta transformarse en un chillido penetrante, a medida que el grotesco bicho rozaba con más y más fuerza sus brazos. No tardé en caer en la cuenta de que era hora de retirarme, porque las moles plateadas, antes quietas, comenzaron a desmontarse, crujiendo con cada movimiento que hacían al emerger de sus corazas. No esperé un segundo más: me puse a correr de vuelta, no sin antes echar un último vistazo hacia atrás. Presencié, con horror, cómo la primera criatura ensangrentada, seguida ahora por decenas más, escalaba con una agilidad pavorosa los muros acantilados de la caverna.

Kroeber

—¿Cómo que no se ha sabido nada? —pregunté.

—Lo que oye, mi comandante —dijo la sargento Vari, con cara de cansancio

por el motín, que la tuvo en pie toda la noche—. Nadie ha visto al manco, no en nuestra base por lo menos. Tal vez se encuentre en el domo de la RHMC. Lo que sí está claro es que fue él quien incitó a los mineros: las cámaras muestran claramente que estuvo bebiendo con ellos anoche durante un par de horas en la taberna del asentamiento.

—Hay que averiguar cómo logró entrar. La seguridad se está poniendo endeble… —dije, pensando en voz alta, rascándome el bigote. La sargento no dijo nada—. Bueno, Vari, si no hay más novedad, le recomiendo que se tome la mañana libre para dormir una merecida siesta.

El rostro de ella se iluminó.

—Muchas gracias, mi comandante.

—Ya nos tocará vernos las caras otra vez con el manco ese.

—Así es, mi comandante —dijo ella, y se disponía a irse, después de hacer el saludo militar, cuando dos soldados ingresaron a mi oficina con semblante alarmado.

—Mi comandante —dijo uno de ellos—, necesitamos su presencia ahora mismo en el puesto de comando. Es urgente.

—¿Qué sucede?

—Gorkis, mi comandante…

Minutos después nos encontrábamos observando, en una pantalla holográfica, la cámara de seguridad que miraba hacia la entrada de la mina. A través de los parlantes, lo primero que se escuchó fue el ruido: un rumor de chillidos metálicos provenientes de la oscuridad, amplificados por la concavidad natural de la garganta de Occator. Y luego, cientos de figuras albinas, refulgentes, como un río brillante de plata, que confluían desde la penumbra de la mina hacia la superficie del cráter, moviéndose con una rapidez desbocada, precipitándose, como un enjambre o como una plaga, en dirección a los asentamientos.

—Levanten la empalizada de seguridad —ordené de inmediato.

Uno de los soldados pulsó el comando en el computador y desde el perímetro comenzaron a alzarse lentamente los gruesos muros metálicos que había mandado a construir un año antes (y cuyo gasto el directorio de la compañía había vetado en dos ocasiones previas, hasta que logré ganarme sus votos).

—Activen la cámara de seguridad del muro oriente —dije.

La imagen que se proyectó en las pepitas holográficas mostraba una vista desde el muro de la empalizada más cercano a la garganta de Occator. Un chispazo brillante se proyectó desde el extremo inferior derecho de la cámara.

—¿Qué fue eso? —pregunté.

—¡Mi comandante! —exclamó el soldado que operaba las cámaras, haciendo caso omiso de mi pregunta—, ¡mire allí…!

Los gorkis, acercándose, se movían como una sola entidad plateada, y sus cuerpos, extáticos, agitaban sus miembros con movimientos tan flexibles que parecían articulaciones artificiales. Gritaban y chillaban su mantra característico, "GOR-KI, GOR-KI, GOR-KI", y apenas alcanzaron el muro de seguridad, se aferraron a él con sus garras superiores, tratando de escalarlo unos encima de otros, hasta asomarse por encima de la empalizada. De sus cabezas triangulares, de sus ojos abultados, se desprendía algo impalpable, monstruoso, algo parecido a la locura.

—Activen los drones de defensa —dije.

Una decena de ametralladoras emergieron desde la parte superior de los muros y comenzaron a disparar, reventando certeramente, cabeza a cabeza, a los gorkis cristalinos que iban asomándose por encima de la empalizada. Una especie de sangre blancuzca, viscosa, se desprendía a chorros de sus molleras reventadas.

—¿Cuánto tiempo podemos contenerlos así? —pregunté.

El soldado que comandaba el computador tecleó algo y la pantalla proyectó en números azules la cantidad de munición disponible y el tiempo estimado en que se terminaría.

—Media hora hasta que se acaben las municiones, mi comandante.

A mi alrededor veía ojos temerosos, brillantes, esperando un comentario de mi parte.

—Media hora será más que suficiente —afirmé en tono seguro, intentando apaciguar la turbación de mis soldados, aunque sin estar seguro de si lo decía más por subirme la moral a mí mismo que por darles coraje a ellos. Por un momento, diría que, por casi cinco minutos, nos mantuvimos quietos, en silencio, sin pronunciar una sola palabra mientras contemplábamos cómo las balas disminuían con una rapidez apabullante. Entonces un soldado dijo:

—Hay una llamada, mi comandante. Proviene de la Red Hill Mining Company.

—Póngala en pantalla —dije.

El rostro de Manco, iluminado por una tonalidad verdosa que acentuaba sus ojeras, apareció proyectado en la pantalla holográfica. Se veía cansado, pero el agotamiento no minaba su habitual mueca cáustica.

—¿Cómo va todo, mi comandante? —dijo, sardónico.

Heinlein

Desperté con unos chillidos penetrantes. Abrí los ojos: sobre mi cabeza, un centenar de bicharracos blancuzcos oscurecían los ventanales transparentes del domo. Solté un grito; por un momento pensé que seguía soñando, que me encontraba en medio de una pesadilla, hasta que Keno se precipitó en la habitación, vestido con armadura de combate, y me dijo:

—Hay que levantarse, mi comodoro: estamos bajo ataque.

Salí de la cama y, aparte de las pantuflas, solamente alcancé a calzarme una bata roja de vestir, que me cubría el pijama del mismo color. Nos dirigimos al puesto de mando: los chillidos no cesaban, y a medida que avanzábamos por los pasillos podía oírse nítidamente, como un martilleo constante, el repiqueteo de los insectos azotando con la punta filosa de sus patas la cubierta semiesférica del domo. Afuera del puesto de mando se amontonaban casi todos los soldados del asentamiento, expectantes ante mi llegada.

—¡Fuera de mi camino! —rugí—. ¡Y que alguien me traiga un café negro, sin azúcar!

Minutos después, con una taza humeante en la mano, examiné las grabaciones de las cámaras de seguridad, las cuales proyectaban el momento exacto en que los bicharracos habían emergido de la garganta de Occator: luego de abrirse paso, como un río que destruye una represa, inundando la superficie superior e inferior del rail, arrasando con todo a su paso —volcando grúas, camiones y tolvas, todas anegadas de insectos—, se habían dividido en dos grupos que, arrebatadamente y al unísono, comenzaron el ataque en ambos asentamientos.

—¿Qué hacemos, mi comodoro? —preguntó un cabo.

—Tráiganme al doctor Egan —dije, y como vi a los soldados indecisos ante la orden, bramé—: ¡Ahora, mierda!

Dos soldados salieron corriendo angustiados en busca del doctor. Mientras esperaba que lo trajeran, pregunté:

—¿Quién sabe cuánto puede durar el vidrio de nuestro domo antes de quebrarse?

—Yo, mi comodoro —dijo el jefe de ingenieros, un muchacho de bigote ralo —. Ese vidrio es antibalas y, en teoría, podría llegar a soportar incluso la explosión de un misil. Pero no está diseñado para aguantar un ataque de rigor constante, de manera que, si calculo al voleo que la fuerza de cada golpe de los gork…—el muchacho, prudente, se detuvo ante mi mirada asesina; yo odiaba esa palabra—, decía que, si calculo la fuerza con que estos seres impactan nuestro domo, haciendo la equivalencia con la fuerza de un arma de fuego, podría asumir entonces que tenemos por lo menos una hora antes de que el cielo del domo colapse, cayéndose a pedazos… y dejándonos sin oxígeno.

—Una hora —me dije a mí mismo, aturdido por la información.

—Así es, mi comodoro.

—Activen las torretas de defensas —ordené.

—Un momento, mi comodoro —dijo el jefe de ingenieros—. Si usted ordena a las torretas que disparen contra esos seres, podrían llegar a impactar al domo también, y por ende acelerar el tiempo de colapso.

Me quedé rumiando sus palabras en silencio. Todos me miraban expectantes, pero yo, indeciso, no sabía bien qué ordenar. Aliviado, vi cómo entraban a la sala los dos soldados que había regañado antes, escoltando al doctor Egan.

—Justo el hombre con el que quería conversar —dije.

El doctor se veía pálido, evidentemente aterrorizado, no sabía si por mí o por los cientos de bicharracos que se apiñaban sobre el domo. Era un estado ideal para interrogarlo.

—Dígame, doctor, ¿es cierto que usted anduvo esparciendo rumores entre nuestros mineros sobre la posible inminencia de este ataque?

—Mi comodoro… —dijo con la voz quebradiza— no es lo que parece.

Sosteniendo la taza de café entre él y yo, hice un gesto mirando hacia arriba, para que el doctor levantara la vista hacia el cielo de acero y cristal oscurecido de siluetas repugnantes.

—¿No lo es? —pregunté.

—Lo que quiero decir, mi comodoro —el doctor se aclaró la garganta—, es que si bien es cierto que le di mi opinión al señor Manco sobre la alta posibilidad de este ataque, no fui yo quien anduvo esparciendo esos rumores

entre los mineros.

—Me imagino —dije—. Pero, ¿se puede saber por qué andaba usted conversando con el "señor Manco" sobre la existencia de estos bichos?

El doctor se arregló los lentes y, después de aclararse la garganta, dijo:

—Él vino a consultarme al pabellón médico, mi comodoro… —y ante mi mirada grave, penetrante, agregó—: y me pilló volando bajo… no debería haberle dicho lo que le dije.

—¡Por supuesto que no debería haberlo hecho, doctor! —exclamé—. Por culpa de su incompetencia, treinta mineros han perdido su vida.

—¿Cómo? ¿Por qué? —exclamó, evidentemente turbado.

—Y ahora… —añadí, ignorando su pregunta, acercándome a él hasta quedar a pocos centímetros de su cara— tenemos que lidiar con esta situación. Así que hágame el favor de pensar en ideas creativas de cómo podemos derrotar a estas putas alimañas.

—Claro que sí, mi comodoro. Si usted me permitiera volver a mi oficina, yo podría elaborar allí un…

—Mi comodoro —lo interrumpió el operario que se encargaba de las cámaras de seguridad—, tenemos una llamada entrante. El sistema de posicionamiento indica que viene del asentamiento de la Mining Asteroid Corporation.

Confundido, me volteé con el café todavía firme en mi mano.

—Pase la llamada —dije fríamente.

La escabrosa cara del manco se proyectó, verdosa, fragmentada por miles de pepitas holográficas, ante todos los presentes.

—¿Cómo va todo, mi comodoro? —dijo sin perder un ápice de su cínica actitud.

Manco

Corría. A mis espaldas, el clamor "GOR-KI, GOR-KI!" se amplificaba junto al ruido insoslayable de sus maratónicas pisadas, abriéndose paso por el túnel de hielo. Ni siquiera me detuve a disparar el rifle piroclástico: sabía que no tenía posibilidad. Ascendí el camino en espiral dando grandes zancadas, agarrándome con cada salto de las piedras incrustadas en la rampa congelada para no resbalar, y justo antes de entrar en el último túnel, que desembocaba en la

garganta de Occator, sentí el filo de algo cortando el aire por encima de mi cabeza. No miré atrás: seguí avanzando a toda velocidad, el corazón martillándome el pecho, el sudor empañándome el casco. Sin aliento, alcancé de un salto la silla de la motoruga y presioné el acelerador al mismo tiempo que cinco gorkis se me abalanzaban, tratando de detenerme. No lo lograron: la motoruga salió disparada a través de la gigantesca apertura, y a medida que me alejaba podía ver, en el espejo retrovisor, cómo la mancha plateada se iba haciendo más y más grande, derramándose como un vómito conformado por cada vez más gorkis emergiendo hacia la luz. Tenía una decisión por delante: o me resguardaba en el asentamiento de la MAC o buscaba refugio en el de la RHMC. ¿A dónde me darían una bienvenida más cálida? Kroeber no confiaba en mí y Heinlein había mandado a asesinarme. La respuesta era clara: me apoyé con el cuerpo ligeramente hacia la derecha y la motoruga se dirigió hacia el asentamiento de cajitas azules. Entonces pasó algo inesperado: a menos de medio kilómetro del primer edificio de la MAC, pesados muros de concreto comenzaron a brotar desde la superficie del cráter, bloqueándome el paso. Como no podía frenar —apenas les sacaba cien metros de distancia a los gorkis—, me apoyé con todo el peso del cuerpo hacia la izquierda de la motoruga, modificando la trayectoria de mi destino, llegando a raspar la esquina sur del muro con la rotadura de la máquina. Un destello se proyectó a la derecha de mi casco, acompañado por un chasquido estridente. No importaba: aceleré en diagonal, sintiendo la inestabilidad del sistema de tracción, que traqueteaba quejumbrosamente, soltando gemidos mecánicos, y pasé a toda velocidad por debajo del rail, observando por el contorno del ojo el ataque de los gorkis, que parecía una avalancha de nieve a punto de engullirlo todo. Accioné el intercomunicador del casco y pulsé el primer anexo que había en el panel de la motoruga.

—¿Dígame? —dijo una voz ronca de fumadora.

—¡Señora! —exclamé—, ¡en un minuto más voy a entrar por la exclusa, de modo que esté preparada para cerrarla apenas haga mi ingreso!

—¿Se puede saber qué le pasa? Usted no…

—¡Abra la puerta y ciérrela apenas yo entre! ¡Le traigo su motoruga de vuelta!

Escuché el clic del intercomunicador cortando la llamada. No sabía si la vieja me haría caso o no, pero no me quedaba otra: era una apuesta. Di un largo rodeo hacia el extremo norponiente del domo —un par de gorkis casi rozaban la rotadura trasera con sus brazos afilados—, donde se encontraba el taller del que había salido unas horas antes. La puerta se veía entreabierta: me lancé hacia allá sin dejar de presionar el acelerador. Medio segundo antes de cruzar el umbral de la exclusa giré bruscamente el manubrio, dándome un costalazo contra el suelo

metálico y golpeándome el casco con el borde superior de la puerta. La motoruga, por su parte, había caído sobre su costado izquierdo con el giro, y comenzó a deslizarse por el suelo arrojando tuercas y piezas metálicas.

—¡Pero qué le hizo a mi máquina! —exclamó indignada la mujer, con su timbre áspero. Parecía increíble que se fijara en ese detalle… digo, un detalle en comparación al enorme gorki que la exclusa, al cerrarse apenas hice mi escandaloso ingreso al taller, había partido limpiamente por la mitad, dejando una explosión de líquido espeso, casi gelatinoso, de un tono tan blanco como la lustrosa fachada de la criatura que, agonizante, ahora se retorcía en el suelo.

—El comodoro se encargará de los gastos —le dije levantándome a duras penas, sacándome el casco trizado y turbio de sudor condensado. Ignorando sus gritos, recogí el rifle piroclástico y me dirigí de inmediato hacia el pabellón médico del doctor Egan. Los gorkis ya comenzaban a agolparse sobre la cubierta del domo, de manera que tenía pocos minutos para improvisar un nuevo plan. Apenas alcancé el pabellón, resguardado en la esquina del pasillo, pude ver cómo dos guardias se llevaban al doctor a punta de empujones. Imaginé de qué se trataba, pero no me importó. Lo que a mí me importaba eran sus computadoras: si lo que Egan había dicho sobre su interés por la robótica cibernética era cierto, entonces tendría algún computador con la capacidad de ser hackeado por los cables de mi brazo artificial, dándome la ventaja de poder usar un par de cartas que todavía me quedaban, literalmente, bajo la manga. Entré al pabellón: nada de lo que había en la sala me pareció de utilidad. Me acerqué al panel cerrado de la puerta contigua: el tablero de números brillaba sutilmente con una luz violácea. Presioné la clave según la recordaba —21091929— y la puerta metálica se deslizó ante mí. Entré, ignorando la garra del gorki que flotaba en el recipiente verdoso, cuya luz teñía con la misma tonalidad los cuatro muros de la habitación, y me dirigí al computador principal. Con un atornillador abrí el costado de la torre, dejando al descubierto sus circuitos internos, y luego procedí a hacer lo mismo con mi mano robótica. Con mucho cuidado retiré dos cables de mi antebrazo —uno rojo y otro azul—, dos finas venas cibernéticas que conecté al tablero del computador. Una vez dentro del sistema, hice la primera llamada.

—¿Cómo va todo, mi comandante? —dije apenas vi el rostro de Kroeber en la pantalla. Se encontraba en la sala de comando de la MAC, rodeado por un grupo de soldados, todos con expresión acongojada.

—Manco —dijo Kroeber, fastidiado—. ¿Qué es lo que quiere?

—Ayudarlo, mi comandante. Escuche: no tengo mucho tiempo. ¿Se acuerda de mi propuesta? ¿Por la que le cobraría diez mil créditos solares?

—Tiene que estar bromeando.

—Lo digo en serio. ¿Se acuerda de mi propuesta?

Kroeber, molesto, hizo una mueca.

—Sí, me acuerdo —dijo.

—Pues bien, le tengo buenas noticias: todavía sigue en pie.

—No sea ridículo, Manco. ¿Planea usted solo enfrentarse a todo el ejército de gorkis?

—Planeo hacerme cargo de su problema por diez mil créditos solares —le respondí—. Es una gran oferta, y necesito saber si la va a tomar o no, si tengo su palabra de que me va a pagar en caso de que lleve a cabo este trabajo.

—Usted está loco.

—Sí o no, mi comandante. Ya le dije que no tengo mucho tiempo.

Kroeber se quedó en silencio por un momento.

—Sí —dijo al fin—. Pero solo bajo la condición de que usted cumpla a cabalidad con el trabajo, que efectivamente logre eliminar a los gorkis. Solo entonces usted podrá pasar a cobrar sus créditos en mi oficina.

—Perfecto —le dije, cortando la llamada. Inmediatamente después procedí a hackear el sistema de posicionamiento, modificando mi ubicación a unos kilómetros de distancia, como si estuviera situado en el asentamiento de la MAC. Entonces hice la segunda llamada.

—¿Cómo va todo, mi comodoro? —dije al ver el rostro porcino de Heinlein. Detrás de él podía apreciarse un panorama similar al anterior: soldados afligidos, encrespados, echando medrosos vistazos a la pantalla con una vaguedad desconcertante. A un costado, como un niño castigado, Egan miraba de reojo con una expresión turbada, por sobre el hombro del comodoro. En ese momento pensé que él podría llegar a reconocer el lugar desde donde cursaba mi llamada, pero mi esperanza era que no dijera nada: como muchas de las cosas con las que me había tocado lidiar en Ceres, esto también sería una apuesta.

—Manco… —dijo Heinlein, con el mismo tono endurecido con que alguien pronunciaría un insulto—. Ahora no tengo tiempo para sus estupideces.

—¿No? Porque tengo un problema, mi comodoro, y solo usted puede darle solución.

—En caso de que no haya mirado hacia la superficie del cráter, yo tengo cientos.

—De eso mismo quería hablarle, mi comodoro. Pero antes, para que podamos proceder con transparencia, necesito despejar una duda. ¿No sabrá usted algo de un soldado de uniforme negro que trató de asesinarme hace un par de horas?

Heinlein se mantuvo serio, pero ambas comisuras de su barba dorada revelaron el esbozo de una sonrisa reprimida.

—¿Alguien intentó asesinarlo? —dijo—. Qué lamentable, Manco. ¿Quién cree usted que querría liquidarle?

—No me lo imagino —dije.

—¿No lo han herido?

—No.

—Bien, me alegro muchísimo —manifestó con fingida cordialidad, apoyando una taza de café que apretaba firmemente con la mano encima de su panza.

—Ahora que sé que usted no tiene relación con mi intento de asesinato, procedo a relatar la razón de mi llamada, es decir, el problema que usted debe solucionar para que yo pueda ayudarlo. Verá, mi comodoro: usted me contrató, pagándome la suma de diez mil créditos solares, para que yo expusiera a Kroeber, para que yo consiguiera pruebas irrefutables de que los gorkis, a quienes él atribuía la desaparición de decenas de mineros, no existían. Pero usted me mintió, mi comodoro, y ya ve cómo está la cosa. De modo que…

—Espere un momento —dijo Heinlein levantando la voz, comenzando a enfurecerse.

—De modo que tenemos que modificar nuestro contrato —proseguí, sin permitir que me interrumpiera con sus arrebatos—; si bien usted ya me había adelantado diez mil créditos, estos se quedan cortos ante este nuevo panorama, así que voy a necesitar otros diez mil más si es que quiere que haga un trabajo de "fumigación" y le ayude a eliminar de una vez por todas la amenaza que estos gorkis representan para usted.

—¡Cómo se atreve! —bramó—. ¡No pienso pagarle nada!

—Cálmese, mi comodoro. Piense: usted sabe que el domo de la RHMC no durará mucho tiempo bajo el ataque constante de los gorkis. Y yo sé cómo detenerlos.

—¡Dígame cómo! ¡Ahora!

—No —respondí—, ya le dije que esa información vale otros diez mil

créditos solares.

—¡Qué es lo que pretende, manco desgraciado!

—Pretendo obtener su palabra de que me pagará diez mil créditos más una vez que me haya hecho cargo del ataque de los gorkis.

—¿Y se puede saber cómo hará eso?

—Ya le dije que no. Y ahora, tome una decisión: no tenemos mucho tiempo.

El comodoro me miraba colérico: su nariz, redonda, arrugada, lo hacía parecer un jabalí a punto de atacar. Bebió un sorbo de café, como si tuviera todo bajo control, y respondió:

—Si usted realmente puede hacerse cargo de este problema, entonces obtendrá otros diez mil créditos de mi parte. Pero tiene que venir a cobrarlos personalmente, ¿eh, Manco?

—Así lo haré, mi comodoro —respondí—. Ah, y voy a necesitar una última cosa.

—No faltaba más —dijo irónico, e intentando transmitir una falsa sensación de seguridad.

—Necesito discutir con el doctor Egan mi plan de acción. ¿Podría pedirle que me llame apenas vuelva al pabellón médico?

—¿Y no pueden conversar aquí? —dijo Heinlein. A sus espaldas, Egan se movía nerviosamente, apoyándose en un pie y luego en otro, como si tuviera ganas de mear.

—Ya le dije el precio de esa información, y usted accedió. Así que no, no puedo conversarlo aquí. Tiene que ser en privado. Envíelo al pabellón y dígale que me llame.

Heinlein sonrió.

—Está bien —dijo con un tono perverso que me llevó a cortarle la llamada. Era evidente que los gorkis no eran los únicos de los que debía cuidarme.

Minutos después, oí el chirrido de la puerta del pabellón abriéndose, y luego el ruido de unos pasos acercándose al laboratorio. Me escondí a un costado de la puerta, con la espalda pegada al muro. Se oyó el pitido de las teclas en el tablero y la puerta metálica deslizándose a un costado. El doctor Egan entró resoplando al laboratorio, y después de dar un rodeo al cilindro verdoso, se sentó en el computador. Todavía no se percataba de mi presencia a sus espaldas cuando

comenzó a teclear rápidamente y se oyó un ruido de engranajes. En ese momento, uno de los muros del laboratorio se abrió de par en par, dando paso a un compartimiento secreto: una cámara cúbica de tres metros, parecida a una pecera, donde flotaba —en medio del mismo líquido verdoso que conservaba intacto el brazo del gorki—, una mujer desnuda en posición fetal, repleta de cables de colores que brotaban desde su columna y se conectaban a la parte superior del cubo, donde una corona cibernética, controlada por la computadora, alimentaba al tanque a través de una serie de mangueras que filtraban y transportaban más del preservante verdoso hacia el gran recipiente.

—Llegó la hora, Úrsula —dijo Egan, extendiendo un brazo hacia la cámara y apoyando su palma en el vidrio. Entonces, llevando la otra mano hacia el tablero en el muro, pulsó un botón y el líquido verdoso empezó a vaciarse del tanque. La figura de la mujer fue descendiendo de a poco hasta rozar el suelo, y los cables en su columna comenzaron a desprenderse uno tras otro hasta que ella, liberada de sus ataduras, cayó de golpe y quedó tumbada. Mientras esto sucedía, yo me movía sigilosamente por la habitación hasta quedar a menos de un metro de distancia de él.

—Tenemos que hablar, doctor —le dije presionando la punta del rifle en su nuca.

Úrsula

01001001 01101110 01101001 01100011 01101001 01100001 01101110 01100100 01101111 00100000 01110011 01101001 01110011 01110100 01100101 01101101 01100001 01110011

Iniciando sistemas. . .

ACTIVANDO SENSORES

ACCESO A BASE DATA…

Veo pasar información: una serie de cifras y comandos.

Abro los ojos. La claridad me deslumbra por un instante. Dos hombres discuten ante mí. Uno le apunta al otro con un… *Buscar en base de datos… Rifle piroclástico*. El otro habla rápidamente. Intento procesar los conceptos.

—Todos vamos a morir —dice uno de ellos—. Ella es el futuro, la esperanza

de esta colonia minera; nuestro mecanismo a prueba de fallos.

—Creía que Heinlein detestaba la cibernética —responde el otro. Veo que tiene un brazo diferente al resto de su cuerpo. Experimento un sentimiento de… *buscar en base de datos… Interés. Empatía.*

—Yo respondo a un directorio que está muy por encima de la mera autoridad del comodoro —dice el primero—. Y ellos me pidieron que llevara a cabo este plan B, en caso de que él arruinara la misión. Si todos los demás mueren, al menos Úrsula permanecerá.

Úrsula. Reconozco mi nombre. Vuelvo a sentir *empatía*.

—Ceres debe ser colonizado —agrega el hombre—, y su hielo extraído por la RHMC.

Siento como un dolor nuevo, nunca antes experimentado. Quiero expresarlo. Abro la boca y pruebo si funciona el movimiento de mi lengua:

—Frío.

—¿Tiene frío? —dice el hombre del brazo diferente. El otro hombre, de lentes, me cubre el cuerpo húmedo con una bata roja y me ayuda a levantarme del suelo. Luego me sienta en una silla y conecta unos cables a los puertos de entrada de mi antebrazo—. Necesito examinarte —dice revisando la pantalla del computador. Después retira de un cajón una botella de un líquido negro y lo sirve en un vaso que hay sobre la mesa—. Bebe —me dice.

Lo bebo. Una sensación de alivio recorre todo mi cuerpo.

—¿Para qué es el aceite? —pregunta el hombre del brazo diferente.

… *Aceite.*

—¿Quiere dejar de apuntarme con ese rifle? —dice el hombre de lentes—. Gracias. Ayuda a que su cuerpo funcione suavemente y dure más tiempo, optimizando su rendimiento. Una vez al día Úrsula tendrá que consumir un vaso de aceite que, a través de su sistema digestivo artificial, lubricará todos los engranajes y sistemas mecánicos de su cuerpo. Luego, porque el funcionamiento normal del aceite en contacto con sus partes creará impurezas debido a la acumulación de humedad, tendrá que eliminar el líquido ya utilizado a través de un proceso bastante conocido: orinando.

—¿Orinando? —el hombre del brazo diferente levanta una comisura de su labio.

Ambos siguen hablando. Escucho las frases que ellos estructuran, intentando

asimilar toda la información. El hombre del brazo metálico dice de pronto:

—¿Y cómo sabe que los gorkis no la van a despedazar apenas logren traspasar el domo?

—Es una posibilidad, sí, pero usted, Manco, debería saberlo mejor que nadie: las habilidades de Úrsula son superlativas. Cuando digo que ella es el futuro, no lo hago gratuitamente: el mañana de la minería en Ceres, o en cualquier otro asteroide, será realizado por androides. Piénselo: es menos riesgoso y, por ende, menos costoso para la compañía. El cuerpo de Úrsula presenta una fuerza un cincuenta por ciento superior a la de cualquier ser humano común y corriente, es capaz de sobrevivir sin alimento por más tiempo, sin sufrir enfermedades, de pisar la superficie de Ceres sin un traje espacial, de respirar en la capa de vapor de agua sin un casco que…

—Todo esto es muy interesante, doctor —dice el hombre del brazo, que ha sido nombrado como "Manco"—, pero, a menos que usted tenga un ejército de Úrsulas, no tenemos tiempo para su parloteo. Y hablando de la capa de vapor de agua… recuerdo que usted dijo que la sublimación del hielo acuoso en la superficie era un ambiente apropiado para que los gorkis pudieran llegar hasta los asentamientos, ¿no es cierto?

—Así es —responde el que Manco ha llamado "Doctor".

—En ese caso, ¿no sería correcto afirmar que, si lográramos elevar la temperatura de la superficie exterior, podríamos eliminar a los gorkis?

Doctor parece meditar la información entregada. Mi sistema, puedo sentirlo, ya se encuentra completamente operativo. Ahora mi mente se siente más ligera, más clara y ordenada. Decido hablar, habiendo tomado los datos del problema planteado por Manco.

—En teoría —digo—, sí. Sería correcto.

Ambos hombres me miran.

—Hola, Úrsula —dice Doctor—. Ya estás incorporando y correlacionando la información del ambiente; mucho más rápido de lo que hubiera pensado.

—Hola —digo, todavía analizando el problema a resolver—. La pregunta a continuación es cómo elevar lo suficiente la temperatura de la superficie.

—Muy fácil —dice Manco—: volamos con explosivos el rail en construcción.

—¿Está usted loco? —replica Doctor.

—No es el primero que me lo dice hoy.

—Estamos hablando de una inversión irrecuperable, de millones de créditos solares. El comodoro jamás aprobaría algo así.

—El comodoro Heinlein y el comandante Kroeber me contrataron para eliminar a los gorkis. Y es lo que planeo hacer.

—No se lo permitiré. Usted no puede…

—Disculpe, Doctor —digo—. Mi intención no es interrumpirlo, pero sí informarle que, según los datos recopilados en su computador respecto a la disposición geográfica de las edificaciones en el cráter Occator, la solución propuesta por Manco sí sería viable.

—Gracias por el voto de confianza, Úrsula —dice Manco, cerrando un ojo. Intento poner a prueba mi gesticulación cerrando un ojo de vuelta. Mi expresión no debe ser natural, porque él me mira haciendo una mueca con los labios que no sé interpretar todavía. Debo practicar más.

—Es una locura… —dice Doctor.

—¿Quiere o no quiere sobrevivir? —pregunta Manco.

Doctor se saca los lentes y, hundiendo la cabeza entre los hombros, lleva ambas manos a su cara y se restriega los ojos. Sin retirar las manos del rostro, pregunta:

—¿Qué opinas, Úrsula? ¿Hay alguna otra posibilidad de elevar la temperatura de la superficie exterior en poco tiempo? ¿Algún plan de acción menos invasivo?

Busco en mi base de datos.

…*Análisis completo*.

—No —respondo—. Según mis cálculos, el plan de Manco es el más efectivo, con un setenta y cinco por ciento de probabilidad de funcionar si se ejecuta correctamente. Ninguna otra opción llega al veinte por ciento.

Doctor, levantando la cabeza, se pone los lentes otra vez y me mira con los ojos muy abiertos. Su expresión denota asombro, estupefacción. Para alentarlo, le guiño un ojo. Esta vez debe haber funcionado, porque sonríe ruborizado.

—Está bien —dice—. Vamos a volar ese rail.

—Una última cosa —dice Manco.

—¿Sí? —pregunta Doctor.

—Si vamos a hacer esto, necesito oídos. ¿Puede usted hackear las comunicaciones para escuchar las llamadas que entren y salgan por el intercomunicador del comodoro?

Doctor permanece en silencio por un momento.

—Eso es ilegal —responde.

—También lo es volar el rail.

Doctor se queda callado.

Es una respuesta lógica ante la paradoja planteada por Manco.

Kroeber

Las municiones se habían acabado y los gorkis habían traspasado la barrera de los muros exteriores, dejando a los drones de defensa hechos jirones de metal. Ordené a todos mis soldados, e incluso a los mineros que no tenían entrenamiento militar, que se calzaran el mameluco espacial, se armaran con rifles y se movilizaran a posiciones estratégicas dentro del asentamiento. No le pedí a ninguno que saliera al exterior de las edificaciones: aquello sería enviarlos a una misión suicida. Todavía en el puesto de comando, acompañado por la sargento Vari y tres soldados más, contemplábamos el asedio de los gorkis a través de las cámaras de seguridad con un estupor adecuado al sombrío panorama que nos esperaba. Los alienígenas azotaban el acero con sus garras persistentemente; sabíamos que apenas rasgaran una de las planchas, además de abrirse paso, la diferencia de presión nos dejaría sin oxígeno en pocos minutos. Solo nos quedaría el de los trajes, insuficientes para todas las personas que vivían en el asentamiento.

—Vamos al hangar oriente —ordené a los soldados—. Es el punto donde más se han concentrado los gorkis. Si entran por allí, la colonia caerá rápidamente —los soldados, sobrecogidos, asintieron—. Síganme —les dije, insertando un cargador en el rifle.

Nos internamos por los pasillos de la base, donde la alarma resonaba entre los muros metálicos y la luz parpadeante de las señales de emergencia anunciaban que todos aquellos que no pudieran combatir —enfermos y niños, los hijos e hijas de los mineros— se dirigieran al búnker subterráneo del edificio principal, el único lugar que permanecería presurizado e inaccesible, al menos durante un tiempo acotado, para los gorkis. Los destacamentos de soldados y mineros, posicionados en tramos vitales, tal como se los había ordenado, me saludaban con sus voces ateridas, diciendo “mi comandante” a medida que yo

iba pasando delante de ellos.

—¡Coraje, muchachos, coraje! —les dije, avivándolos, sin detenerme. Una ola de adrenalina se había apoderado de mis sentidos, y solo me quedaba aprovecharla hasta el fin del camino: una digna muerte en combate.

Llegamos al hangar oriente, un galpón abierto, de acero azul, lleno de cajas y vehículos que al menos servirían para cubrirse. Otro destacamento de diez soldados, parapetados detrás de unas cajas de un metro de altura, me esperaba allí.

—Mi comandante —dijo uno de ellos—, están a punto de derribar el portón de acceso.

—Necesito a dos pelotones en ambos flancos —dije—. Vari, usted y sus soldados vayan por la derecha. Yo y dos más iremos por la izquierda, ubicándonos detrás de esa tolva. El resto, que mantenga su posición aquí.

Cada grupo se movilizó hacia el lugar que yo había indicado. Desde mi nueva posición tenía una vista más directa al portón que, si bien era de un grosor considerable, presentaba abolladuras aquí y allá producto del traqueteo insoportable de los gorkis, que no dejaban de apalearlo, con el único objetivo de abrir una entrada y devorarnos a todos.

—¡Prepárense! —grité. Me fijé que un soldado a mi lado, con el rifle temblando en sus manos, estaba a punto de apretar el gatillo—. ¡No disparen todavía! —ordené levantando la voz, para que todos me escucharan por encima de la contaminación acústica—. No dispares todavía —le dije, más calmado, a un soldado cuyo dedo trepidaba en el gatillo. El chico, con los labios arrugados, tiritones, asintió. —¿Cuál es tu nombre, hijo? —le pregunté.

—Randall —dijo el muchacho.

—Randall —repetí apuntando mi rifle hacia el portón, donde una abolladura estaba a punto de ceder—. Todo va a estar bien, Randall —le mentí, en un tono amable y alentador—. Mantente a mi lado durante el combate, ¿ok? Todo va a estar bien.

—Claro que sí, mi comandante —dijo el chico, controlando el temblor de sus manos.

El ruido de los golpes, acompañado de la terrorífica exclamación de las criaturas, “GOR-KI, GOR-KI, GOR-KI”, había aumentado en intensidad: parecía provenir desde el interior de mi cabeza. De pronto, no obstante, el ruido cesó de golpe y el galpón se llenó de un silencio que resultaba incluso más escalofriante que el clamor previo. Entonces empezamos a oír un golpeteo seco detrás del

portón de acceso. Los soldados, desconcertados, me miraron esperando instrucciones.

—Un momento… —dije, al mismo tiempo que sonaba el pito agudo que anunciaba cuando alguien ha pulsado el tablero exterior para abrir el portón de forma manual. Entonces, chirriante, pesada, la compuerta se comenzó a abrir, y por un segundo, en medio de la vorágine de la despresurización, alcancé a ver los ojos brillantes y traslúcidos de cientos de gorkis quietos, agolpados en la entrada, ignorando el viento oxigenado que era succionado hacia el exterior, esperando sosegadamente a que terminara el proceso de apertura.

—¡Aprendieron a abrir puertas! —chilló un soldado en el flanco derecho. En el instante mismo antes de que se desa-
tara la batalla, antes de que el soldado trastornado chillara aquella frase para luego apretar el gatillo, alcancé a comprobar que efectivamente un grupo de gorkis se encontraba concentrado enfrente del tablero de acceso, un pilar metálico de metro y medio de altura a un costado del portón, y que uno de ellos tenía un extremo de la pata posado sobre el panel de apertura. La imagen duró eso, solo un instante, porque entonces se desató una balacera descontrolada y los gorkis comenzaron a desbordarse hacia adentro como una tormenta de arena viva que inundaba grotescamente la entrada del hangar.

—¡Ataquen! —exclamé, disparando certero, cabeza a cabeza, a los gorkis que iban apareciendo por el rectángulo negro del acceso. Al otro extremo del galpón, la sargento Vari y sus soldados disparaban enardecidos a las criaturas que ahora avanzaban aferradas a los muros, obligándolos a retroceder. Los gorkis, violentos, salvajes, se arrojaban con todo el cuerpo a las balas, sin conciencia de sí mismos: uno de ellos se abalanzó hacia nosotros y, a pesar de que Randall le atinó en una pata y en su coraza de cristal, el gorki le dio de lleno al chico, enterrándole una de sus garras en la tripa, metiendo y sacando punzadas rapidísimas, para luego hundir sus horribles dientes cristalinos en el frágil cuello del muchacho. Randall alcanzó a soltar un aullido breve, fugaz, antes de que la criatura le arrancara la tráquea, silenciándolo de golpe. Contemplando las hilachas sangrientas que pendían de la boca del enorme y pálido insecto, le partí la cabeza de un balazo; con un ojo colgante, expulsando chorros de un moco gelatinoso desde la cuenca reventada, el bicho cayó de espaldas sobre su armadura, que apenas había logrado ser perforada por los tiros de Randall. De inmediato fue reemplazado por otro bicho que venía justo por detrás, que se me arrojó encima con la mandíbula abierta. Caí hacia atrás y el gorki cerró la quijada, pero yo proyecté mi rifle hacia él, a modo de escudo. Sus dientes afilados, aferrados al acero, comenzaron a machacarlo, y una baba densa, de olor agrio, como a vómito descompuesto, se deslizó hasta mis manos. Dos disparos le volaron los sesos a la criatura, que no gritó ni emitió ninguna expresión de dolor: no parecía percatarse de que su vida ya había terminado. La

lluvia blanquecina que chorreó del impacto en la sien del bicho estaba helada, era tan fría como el hielo —incluso por encima de mis guantes pude sentir su gélida temperatura mientras el gorki permanecía mordisqueando el canto del rifle por unos segundos más, todavía buscando pegarme un mordisco en la cara, antes de desplomarse—. Sentí a alguien asirme por el sobaco, obligándome a ponerme de pie.

—¡Vamos, mi comandante! —dijo la sargento Vari, alzándome con una mano al mismo tiempo que disparaba su rifle con la otra—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Retrocedan! —ordené a los pocos soldados que iban quedando. El hangar era un cementerio lechoso y hediondo a un olor profundamente ácido que despedían las langostas reventadas y esparcidas caóticamente; parecía haber sido remodelado con brochazos azarosos de pintura blanca y uno que otro manchón de rojo, producto de mis soldados que ahora ofrecían un grosero festín con sus restos. A pesar del panorama, los gorkis seguían ingresando por el vano oscurecido del portón. Miré a la sargento y le dije—: Parapetémonos en el centro de comando; tenemos que buscar refuerzos y contactar a la RHMC, a ver si juntos podemos salir vivos de esto.

Heinlein

Me enclaustré en mi oficina, el lugar más protegido del asentamiento debido a que poseía una capa de acero extra, una gruesa cortina metálica que, al ser activada, cubría por completo mi gajo del domo donde los bichos seguían aglomerados, apaleando y azotando el cristal, lleno de piquetes, a punto de abrirse. Me sentía más seguro allí, acompañado de mi revólver piroclástico y luego de haber posicionado a diez soldados por fuera de la puerta de acceso a mis espaldas. Desde el escritorio, me dediqué a solicitar avances y reportes: Keno me informó que nuestros drones habían captado a los bichos ingresando al asentamiento de la MAC. Bien, pensé: que se los coman a todos.

—Y Keno —dije, disponiéndome a cortarle, levantando la voz para que me escuchara por encima del ruido de la cubierta aporreada—, avísame si hay novedades del doctor Egan; quiero saber si ya logró dar con alguna forma de eliminar a estas cosas.

—Sí, mi comodoro. ¿Qué hacemos con el manco?

—El manco es historia. Su llamada provenía desde la MAC, así que no tardará en ser devorado. Mejor así. Lo que más lamento es haber perdido los diez mil créditos solares que le entregué, pero bueno: no se puede tener todo en esta vida.

—Claro que no, mi comodoro.

—Y no te olvides de llamarme apenas esté lista mi cosmonave. No planeo estar aquí cuando estos bicharracos logren entrar al domo.

—Así lo haré, mi comodoro.

Pulsé el botón de cortar. Según los cálculos de mi jefe de ingenieros, nos estaría quedando una media hora antes del punto de quiebre del cristal. Mi orden había sido ubicar a todo el mundo —soldados, personal auxiliar, los mineros que me iban quedando, incluso a los niños que estuvieran en edad de cargar un rifle— en los diversos puntos de acceso del domo, de manera que pudieran atrincherarse y combatir desde allí a los insectos. Para pasar el rato, e ignorar ese traqueteo continuo e insufrible que apenas me dejaba oír mis propios pensamientos, me puse a limpiar el revólver, y en eso me encontraba, cuando recibí un llamado que provenía de la MAC. Manco, pensé.

—Hola, Theodore —dijo otra voz, la de Kroeber, cuyo semblante bigotudo se proyectó desde la base de mi escritorio en la pantalla holográfica. Tenía la cara cubierta de costras blancuzcas.

—¿Qué tal, Alfred? Veo que los bichos han logrado ingresar a la MAC. Qué lamentable.

—Escucha, Theodore —dijo Kroeber ignorando mi tono punzante—, tenemos que trabajar juntos. De lo contrario estos gorkis van a…

—¿Me crees imbécil? —lo interrumpí.

—No, Theodore, lo digo en serio: los gorkis son criaturas inteligentes, me da la impresión de que incluso han aprendido a abrir puertas…

—No sigas, por favor —le dije, levantando más la voz—. No necesito que me llamen para este tipo de artimañas. Seguramente piensas sacar provecho de la situación.

—Pero, Theodore, no estás entendiendo la gravedad…

—No hay nada que entender más que esto, amigo mío: los bichos se encuentran en plena destrucción de tu asentamiento, y en un acto infantil, desesperado, cargado de envidia, tú me llamas para…

Una luz intermitente de alerta se encendió en el monitor holográfico.

—Debo irme —le dije a Kroeber—; suerte tratando de sobrevivir.

No alcancé a oír su respuesta: corté la llamada y, apenas me disponía a

atender la señal de alerta, esperando que fuera Keno avisándome que mi cosmonave estaba lista para partir, me di cuenta de que el ruido de los insectos, vapuleando el cristal del domo, había cesado por completo. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando pulsé el botón para contestar la llamada de emergencia.

—¿Está lista mi cosmonave, Keno? —dije, inquieto.

Se oyó una batahola de disparos y gritos desgarradores del otro lado.

—¡M-mi comodoro! —dijo la voz rasgada de Keno—. ¡Los gorkis han entrado al asentamiento! ¡Repito: los gorkis han entrado al asentamiento!

Algo lo interrumpió: un zarpazo agudo, cortando el aire, seguido de un gorgoteo parecido a cuando alguien escurre un trapo húmedo sobre una superficie metálica.

—¿Keno? —dije—, ¡¿Keno?!

De fondo ya no se oía el ruido de disparos: solo persistía un golpeteo de pisadas crujientes contra el hierro, internándose por los pasillos del asentamiento.

Manco

El doctor Egan, Úrsula y yo avanzábamos por el domo buscando dar con la armería, con la esperanza de encontrar allí los explosivos plásticos que precisaríamos para hacer detonar el rail. Los pasillos —amplios, los principales de casi tres metros de ancho— parecían una zona de guerra, con soldados y civiles histéricos construyendo barricadas con mobiliario y cajas metalizadas, acuartelándose en los distintos accesos del asentamiento. La imagen de niños y niñas, algunos menores de diez años, cargando rifles desmedidamente grandes para su tamaño, me evocó a ciertas escenas de mi propia infancia. No me detuve a cavilar demasiado al respecto, porque no hay nada más patético que un hombre que, encaminado hacia la muerte, pierde la cabeza en sus recuerdos de niñez. Había que verle el lado positivo: el caos de la escena me ayudaba a pasar desapercibido. Lo mismo aplicaba para Úrsula: minutos antes, ella se había vestido con un uniforme rojo de la RHMC, y posteriormente, contra la voluntad del doctor —Egan había dicho que ella no lo necesitaría, que era capaz de respirar en la atmósfera acuosa del cráter, pero yo le dije que si ella era capaz de sentir frío, ¿para qué torturarla con la temperatura bajo cero de la superficie exterior?—, se había calzado un mameluco espacial y un casco, al igual que nosotros dos, a la espera de la inevitable despresurización que provocaría la caída del domo desgarrado. La luz del casco, por encima de la chasquilla castaña

de su corte de tazón, que exudaba un estilo pueril, de varoncito, le ensombrecía los pliegues contrastados bajo sus ojos; y sus cejas enarcadas, separadas por una nariz filosa de dorso recto, resaltaban el talante ovalado de su rostro. Era una androide, sí, pero su boca de comisuras apretadas y sus pómulos marcados despedían una cualidad divertida, como una invitación ligera, momentánea, al diálogo. Supuse que esto último era algo que Egan había hecho a propósito, como parte de su diseño; solo los ojos de Úrsula, un poco bizcos, bastante separados entre sí, producían una sensación de… no imperfección, pero de cierto misterio inaccesible, como de un vano intento por parecer humana, porque al mirarlos fijamente se hacía evidente que ella pensaba las cosas con mucha rapidez, analizando con una precisión inusual lo que a un humano le pasaría por encima en su trabajo intelectual cotidiano. Era como si no tuviera ese estado mental que a veces nos arrastra hacia otros lados —ensoñaciones, anhelos, remembranzas—, separándonos del presente, y eso la hacía parecer perpetuamente en el aquí y ahora. Aquello terminaba por perturbar: al mirar esos ojos excéntricos, yo podía sentir de forma palpable mis propias limitaciones como ser humano.

—¿Cómo te sientes, Úrsula? —le pregunté.

Ella no dejó pasar ni medio segundo, antes de contestar.

—Bien, Manco, gracias. ¿Cómo está usted?

—No me trates de usted, por favor.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque solo me tratan de usted aquellos que desconfían de mí.

—¿Está… —se corrigió de inmediato— estás diciendo que puedo confiar en ti?

—Por supuesto —le mentí.

La armería era un espacio en el centro del domo, cuya cúpula retumbante —que además del ruido de los gorkis aglutinados, como una masa albina sobre nuestras cabezas, ahora sumaba un perturbador crujido del vidrio trizándose, cediendo más y más con cada segundo que pasaba— era un campo abierto, con habitaciones aisladas y circulares de metal escarlata. Eran nueve domos pequeños, de tres metros de diámetro por tres de alto, donde la RHMC guardaba los distintos armamentos. Egan nos llevó al domo central, donde se almacenaban los explosivos, y presionó una clave en el tablero. Una luz rojiza se activó apenas entramos: el lugar, excepto por un solo explosivo plástico que alguien había dejado tirado, estaba vacío.

—¿Dónde están los explosivos, doctor? —pregunté.

—Se los deben haber llevado para los preparativos de defensa —dijo él.

—¿Y ahora qué hacemos? Uno solo no va a hacer el trabajo —dije, recogiendo el único bloque que quedaba y guardándolo en el bolsillo lateral del mameluco.

Egan permaneció en silencio.

—Tal vez —dijo Úrsula, con esa mirada bizca que revelaba cuando se encontraba analizando una situación— podríamos ir al garaje norte. Según los planos que usted, doctor, tenía en su computador, allí hay disponible un mekatanque, cuyo cañón posee la capacidad de disparar misiles piroclásticos de alta capacidad explosiva. El impacto, en puntos específicos de los pilares del rail, tendría el mismo alcance detonante que los explosivos plásticos que buscábamos, además de ser más seguro, porque no tendríamos que llegar a pie hasta los pilares para instalarlos.

—Empiezo a ver tu utilidad, Úrsula —le dije. Ella de nuevo me guiñó un ojo, en un gesto antinatural, apretando el párpado con demasiada fuerza, sacándome una sonrisa.

—Vamos —dijo Egan enderezándose los lentes sobre el tabique, fastidiado por mi reacción. No le gustaba que interactuara demasiado con su androide.

Nos encaminábamos al pasillo norte cuando escuché en el parlante de mi casco —que el doctor Egan había intervenido para que me llegaran los audios de la oficina de Heinlein— una llamada bastante pasivo-agresiva entre el comodoro y Kroeber. Segundos después, mientras terminaba de oír la implacable despedida del comodoro —"suerte tratando de sobrevivir"—, me percaté de algo extraño.

—El ruido… —les dije a mis compañeros—. Se detuvo.

Un silencio pesado, violento, se había posado sobre el cielo traslúcido, henchido de trizaduras como telarañas, del domo, ahora libre de gorkis.

—¿Se habrán ido? —dijo Egan.

Entonces se oyeron los balazos, una batería de metralletas abriendo fuego, seguida de un coro de gritos y chillidos desgarradores.

—Quiten los seguros de sus rifles —dije.

Nos internamos por el pasillo norte, una vía principal del asentamiento, de tres metros de ancho, donde todavía persistía un pelotón de soldados atrincherados detrás de una improvisada barricada de cajas metálicas.

—¿A dónde creen que van? —dijo uno de ellos.

Iba a inventar algo cuando Úrsula se adelantó.

—Al garaje norte —dijo ella, ingenuamente.

—¿Están locos? —dijo el soldado—. Es un área restringida. Vengan acá y ayúdennos en el combate.

—No tenemos tiempo para esto —les dije a mis compañeros—. Vamos.

El soldado me apuntó con el rifle.

—Dije que vinieran acá.

Le hice caso: fui hacia él y, desafiante, sonriente, me puse a unos pocos centímetros de su casco. Los demás soldados —unos nueve o diez— se volvieron hacia mí, apuntándome.

—Ahora escuche —le dije, retirando un documento del bolsillo del mameluco—, el comodoro Heinlein me contrató para eliminar a estos gorkis, y eso pienso hacer. Aquí tengo un salvoconducto que me permite total libertad de acción, así que, o nos deja ir o…

—¡Cuidado! —chilló un soldado.

Me di vuelta: una avalancha deslumbrante de gorkis, ávidos de carne humana, venía hacia nosotros desde el otro extremo del pasillo. Miré a Úrsula y a Egan.

—Por ahí —les dije, indicando una vía perpendicular.

Los soldados abrieron fuego. Mientras nos alejábamos por el pasillo auxiliar, Úrsula se volvió a mirar por sobre su hombro.

—No mires atrás —le dije, empujando ligeramente la base de su espalda con mi mano cibernética, en el instante mismo en que una estampida de gorkis se abalanzaba sobre los soldados—. No hay nada que ver.

—¿Por qué no los ayudamos? —me preguntó ella, sin dejar de correr.

—No podíamos hacer nada por ellos: ya estaban muertos. Es solo que aún no lo sabían.

Úrsula me miró con una expresión perpleja, no computando lo que yo acababa de decir.

Seguimos avanzando cuidadosamente a través de otro corredor, más acotado,

de orientación norte. En cada esquina nos deteníamos, asomándonos, para ver si el camino estaba despejado. Los gorkis preferían las vías principales, no solo por el ancho de los pasillos, que permitían un ataque más desenvuelto para sus patas soportantes, sino también porque allí era donde se había atrincherado la mayor parte de los destacamentos de soldados, es decir, sus presas. De tanto en tanto nos cruzábamos con un pelotón de hombres y mujeres descuartizados, algunos con los intestinos al aire, otros despedazados, como maniquís tullidos y empapados en sangre rojiblanca. Si bien este cruento panorama no me importaba demasiado, me vi obligado a detenerme cuando me crucé, en medio de un pasillo, con la cabeza desmembrada de una niña. Llevaba dos coletas rubias, sobresalientes, al interior de un casco espacial salpicado de sangre, que terminé pateando lejos, en parte porque la imagen me irritó profundamente, en parte porque parecía una bola de cristal que contenía una pelota amarillenta hecha de trapos.

—Según el plano en mi base de datos —dijo Úrsula, sacándome de mis pensamientos—, vamos llegando al garaje norte.

Nos detuvimos ante la puerta de entrada, una lámina de acero, cerrada, que nos separaba del mekatanque.

—Prepárense —dije inspeccionando mi rifle, sacando y poniendo el cargador —. No sabemos qué hay del otro lado.

Egan se veía pálido, despavorido; Úrsula mantenía la compostura, con esa seriedad tan campechana de androide. Ambos revisaron sus rifles y se dispusieron a cada lado de la puerta.

—Adelante —dije pulsando el botón de apertura en el tablero.

Un tirón invisible nos arrojó al interior del garaje despresurizado: el portón de la exclusa, que salía a la superficie del cráter, se encontraba abierto, y el galpón, una espaciosa planta libre con dos vehículos de combate y tres de minería, ya había sido arrasado por los gorkis. Solo tres criaturas permanecían allí, cada una devorando los cuerpos de un par de auxiliares y de la señora que, una hora antes, se había indignado conmigo por el estado en que le había devuelto su motoruga. Al menos no necesitaría hacer uso otra vez de ese estúpido salvoconducto, pensé.

—¿Qué hacemos? —susurró el doctor Egan, apoyándose contra el muro para no ser arrastrado por la corriente de la despresurización.

—Usted, doctor, vaya a encender el tanque. Úrsula y yo nos encargaremos de los gorkis.

El doctor se movió sigilosamente por el extremo derecho del galpón,

parapetado por las cajas y vehículos. Yo avancé, seguido por Úrsula, por el flanco contrario, caminando mansamente, con el ojo puesto en la mira del rifle, apuntando a los gorkis que no se percataban de otra cosa más que de su alimentación. A diez metros de distancia, fijé el centro de la mira en el cráneo del bicho que masticaba el intestino grueso de la señora —un tubo largo, rosado, salpicado en puntitos rojos—, que se desprendía de su vientre abierto, entre otras tripas desparramadas como gusanos paliduchos.

Esperé un segundo, conteniendo el aliento, antes de apretar el gatillo.

La bala chocó contra la carne blanca del rostro triangular y la penetró hasta que se oyó un crujido, seguido por la detonación de la mollera. El impacto alertó de inmediato a los otros dos gorkis, quienes, alzando la cabeza, se dirigieron con sus movimientos arácnidos a inspeccionar el cadáver de su compañero. Le hice un gesto con los dedos a Úrsula, indicándole que ella se encargara del bicho de la derecha, mientras que yo iría por el de la izquierda. Ambos disparamos al mismo tiempo: el gorki de Úrsula recibió cinco balazos certeros —su puntería era demencial: le reventó las articulaciones en cada una de sus patas, además de darle un tiro en medio de los ojos—, mientras que yo fallé en darle a la cabeza de mi objetivo, que se movió en el último segundo, esquivando mi disparo para luego abalanzarse sobre mí como un caballo desbocado, enterrándome una de sus garras en el muslo izquierdo. El dolor, agudo, penetrante, me dio un golpe de adrenalina, y en un breve instante de lucidez alcancé a agarrar con la mano cibernética la parte superior de la mandíbula del bicho, evitando que me engullera la cabeza de un solo mordisco. Pero mi fuerza no era suficiente, y la repugnante cara de mantis se acercaba con la quijada abierta, proyectando sus afilados dientes de cristal manchados con grumos de sangre, muy cerca de mi casco. Entonces, por el contorno del ojo, vi cómo una de sus garras se desprendía de golpe, soltando un chorro espeso de crema nacarada, y luego esa misma garra le traspasaba el cráneo triangular de lado a lado. El bicho se desplomó pesadamente sobre mí, su cabeza helada, inerte, apoyándose en todo el pecho de mi mameluco espacial, y su panza apretándome la herida, donde se escapaba, además de la sangre, el oxígeno del traje.

—Estás herido, Manco —dijo Úrsula como una aseveración, sosteniendo por un extremo la garra segmentada con la que había atravesado la cabeza del gorki.

—Ayúdame con esto —le dije, intentando sacarme de encima el cadáver del insecto.

Úrsula, usando como palanca el brazo del bicho, removió la cabeza de mi pecho. Luego se puso en cuclillas ante mi pierna herida y la examinó con sus ojos bizcos, antes de pegarle un parche de emergencia para contener la fuga de aire respirable.

—No puedo tratarte aquí —dijo—. La atmósfera… —indicó, levantando la vista hacia la superficie rugosa del cráter—. Pero sí en el tanque.

Entonces me agarró del brazo, alzándome y arrimándome a su hombro. El doctor ya había encendido el mekatanque, un vehículo cuadrúpedo, pintado de rojo con líneas negras, de veinte metros de largo por diez de ancho, el cual cargaba un extenso cañón en la parte derecha de su hombro, que abarcaba toda la extensión de su férrea espalda, coronada por una torreta y un lanzallamas, además de una cúpula transparente en el centro, que parecía el ojo de un cíclope. Úrsula me ayudó a subir a la plataforma: una vez adentro de la cabina presurizada, después de abrir el botiquín, desinfectó la herida, la zurció, me inyectó un antiinflamatorio y la vendó ágilmente, vulcanizando además un parche de caucho sobre el tajo abierto del mameluco.

—Yo no tengo idea de cómo mover esta cosa —dijo Egan—. Úrsula, intenta conectarte.

Ella se sentó en la cabina, apoyando los brazos y piernas en los cuatro pedales. Presionando suavemente su antebrazo, levantó una pequeña apertura, una especie de ranura escondida entre los pliegues de su carne, que daba paso a sus circuitos internos y, retirando un cable rojizo, lo conectó al panel de controles. Después de unos segundos, dijo:

—Ahora sé cómo conducirlo. Pero voy a necesitar que alguien se encargue del cañón balístico. Este es un vehículo que debe ser operado por dos personas.

—Yo lo hago —dije, adolorido, tomando asiento en el compartimiento superior, por encima de Egan y de Úrsula, ubicado en la cúpula transparente misma. Y aferrándome de la palanca de control lateral, montada en el reposabrazos del lado derecho, apunté el gatillo para probar la efectividad de la torreta, que disparó una ráfaga de metralla, desmenuzando en pequeños trocitos el cadáver del gorki que me había enterrado su garra en el muslo—: Acelera —le dije a Úrsula—. Tenemos un rail que destruir.

Úrsula

Conduzco el mekatanque: un patrón repetitivo de brazo, pierna, brazo, pierna, que hace avanzar a la máquina como una bestia somática cuadrúpeda. La superficie del cráter presenta múltiples enemigos, “gorkis”, como les llaman Doctor y Manco, los cuales se abalanzan sobre el tanque apenas atravesamos la exclusa abierta del garaje norte. *Combate. Lucha. Riña. Contienda. Pugna. Pelea. Reyerta.* Muchas palabras que implican lo mismo: conflicto violento, intencional, destinado a establecer el dominio sobre el oponente.

—¡Hacia el rail, Úrsula! ¡Ve directo al rail! —grita Manco desde su cabina superior, moviendo de un lado a otro los mandos y palancas del armamento, la torreta que dispara metrallas y el lanzallamas que carboniza a los gorkis que se encuentran a menos de tres metros de nuestro radio de acción.

Comienzo a mover los pedales de brazos y piernas con más fuerza, y la máquina acelera hacia el inicio del rail, un puente elevado, sin terminar, con vigas de acero sobresaliendo en la losa a medio construir, la cual no alcanza a llegar todavía, a pesar de estar muy cerca, a la boca de la mina: "la garganta de Occator", como le llaman Manco y Doctor. Los gorkis, como una manada consciente de su peligro, aparecen en números más elevados, algunos incluso abandonan los asentamientos de la Red Hill Mining Company y de la Mining Asteroid Corporation. ¿Será porque presienten nuestro plan? ¿O es que están protegiendo otra cosa? Analizo ambas preguntas: patrón de movimiento —individual y colectivo— de los gorkis, registro de cambios aleatorios, dirección y posicionamiento, mezcla de distribuciones, función de probabilidad estadística, radio de giro y destino final de sus desplazamientos.

…*Análisis completo.*

—Están adoptando una posición de defensa —anuncio en voz alta—, cercando la garganta de Occator.

—¿Qué están protegiendo? —pregunta Doctor, en el asiento del copiloto—. ¿Será que piensan que vamos a atacar su hormiguero?

—No —respondo—, según mis cálculos, por la forma en que se comportan, asociado a referentes análogos de otros insectos en los archivos de vida orgánica que posee mi base de datos, no estarían protegiendo algo. Están protegiendo a alguien.

El mekatanque recibe impactos en sus costados, y en la cúpula traslúcida donde Manco está posicionado, uno de ellos se monta, frotando sus patas y atacando con su mandíbula, intentando quebrar el cristal. Me deshago de los gorkis que se aferran a la máquina con un movimiento de sacudida y pisoteo a aquellos que se caen por delante de la cabina, reventándoles la masa encefálica, que despide un fluido claro.

—¡Solo unos metros más! —exclama Manco.

Corro. El mekatanque corre conmigo. La cabina apenas se mueve, la máquina posee un sistema de amortiguación magnético en todas sus articulaciones: delante de nosotros, en el arco gigantesco de la garganta, los gorkis se agolpan unos encima de otros, construyendo un muro orgánico, una red blanca que cubre casi por completo la entrada de la mina. Incluso aquellos que atacaban al

mekatanque hace unos segundos ahora han abandonado su ofensiva y se unen al muro defensivo en la garganta de Occator.

—Voy a apuntar a los pilares más cercanos a la malla de bichos —dice Manco—; así aprovecho de matar dos pájaros de un tiro.

No comprendo lo que dice Manco. ¿Qué pájaros?

Dos pájaros de un tiro. Dicho popular referido a una misma y única acción que puede conseguir dos o más efectos diferentes y deseados por quien actúa.

—Entiendo —digo en voz alta—. De esa forma se optimiza el esfuerzo de la explosión, para alcanzar más de un…

No alcanzo a terminar la frase. Delante de mí, los misiles piroclásticos hacen estallar cinco pilares del rail. Un ruido súbito, acompañado de múltiples vibraciones en los mandos del mekatanque, dan paso a un conjunto de bellos cumulonimbos anaranjados —y apenas la voz en mi cabeza piensa estas palabras, *belleza*, me doy cuenta de que poseo la capacidad de apreciación estética—: una densa cortina dorada, vehemente, de estallidos vivos, que se hinchan y vuelan en innumerables fragmentos más pequeños, casi imperceptibles, de acero fundido, material que solía conformar la base que soportaba la mitad del rail que, hasta hace unos segundos, desembocaba en la entrada de la mina, y que ahora se hunde como un animal cansado.

—¿Estás bien, Úrsula? —dice la voz de Doctor— …Estás llorando.

Miro hacia Doctor, pero él desvía su mirada.

—Estoy bien —respondo con certeza.

—Miren —dice Manco—. Están desplomándose.

Vuelvo la vista hacia adelante y veo cómo se desarma la malla de gorkis, chamuscados por la explosión, desmontándose pedazo a pedazo a medida que los cadáveres van cayendo libremente y se apilan en la base de la garganta.

—Como un castillo de naipes —dice Manco, sonriendo.

En ese momento, junto a un remezón violento, diferente al de la explosión, más gutural y que se me hace ininteligible, los restos de la red son empujados bruscamente hacia el rail en llamas, disparados como proyectiles, y una cabeza triangular inmensa, nívea, del tamaño de la garganta de Occator, se asoma desde la boca de la mina. Sus ojos y sus dientes, a diferencia del gorki habitual, son de un tono morado, y apenas la criatura emerge de su madriguera —calculo que, de pie, le saca el doble de altura al rail, es decir, posee casi cuarenta metros de alto

— comienza a frotar sus brazos, emitiendo un ruido estentóreo, una vibración más aguda y penetrante que la de la misma detonación, la cual, si bien a mí no me afecta, provoca un malestar intenso en Doctor y en Manco, haciendo que frunzan el ceño y se lleven las manos a las orejas.

—¡Es la reina! —grita Doctor tapándose los oídos.

—Solo me quedan dos misiles piroclásticos —anuncia entonces Manco.

—Esta criatura gigantesca —digo, después de un breve análisis— parecería ser la única hembra fértil de los gorkis, la que pone huevos fecundados y, por ende, la encargada de regular a toda su especie. Posiblemente, como en otras comunidades de insectos, la colmena de gorkis no podría sobrevivir sin ella.

—Y por eso tenemos que destruirla —dice Doctor.

—¿Por qué? —pregunto.

—Para deshacernos de esta amenaza de una vez por todas —responde.

—Pero eso implicaría extinguir a toda una especie, Doctor.

La reina se sacude y un líquido violáceo, seguido de numerosos cristales ovalados, se desprenden de la parte trasera de su abdomen acorazado. Son huevos muertos; nunca fueron fecundados. Entonces, después de dejar salir un bramido intenso, agudo —su mandíbula triangular se abre dejando entrever múltiples arcos de una dentadura filosa como estalactitas moradas—, comienza a avanzar en nuestra dirección. Las pisadas retumban en el cráter como efímeros y controlados sismos.

—Tienes que tomar una decisión, Úrsula —dice Manco—. Viene hacia nosotros.

Camino en reversa, apartándome de la reina, mientras pienso en voz alta:

—Usted, Doctor, me programó para promover el uso y regulación sustentable de las especies existentes, permitiendo su continuidad indefinida en el espacio que habitan.

—¡Maldita sea, Úrsula —grita él—, también te programé para obedecer órdenes!

—Si bien eso es correcto —digo—, mi programación posee la capacidad de aprendizaje y pensamiento crítico, de manera que…

—¡Cállate y hazme caso —chilla Doctor bruscamente—; no solo te programé para obedecer, sino también para actuar en pos de los intereses de la Red Hill

Mining Company!

—¿Está diciendo que eliminar a la reina gorki se encuentra dentro de los intereses de la compañía? —digo, contrariada.

—¡Por supuesto que sí! —dice, rojo de cólera.

—En ese caso… —digo, e intento escuchar la voz de mi cabeza para tomar una resolución analítica. Curiosamente, la voz no se encuentra allí, en el lienzo oscuro: es como si me hubiera abandonado para que yo tomara una decisión, para que ejerciera una forma incipiente de libre albedrío—. No sé cómo proceder —expreso honestamente.

Doctor comienza a berrear, furioso, desatando una tormenta de insultos sobre mí. Incorporo el audio de su voz a mi programa mental y, luego de identificar el tipo de onda sonora, le bajo el volumen, para no oír más la reproducción de ese sonido. La reina alcanza a rozar con una garra un costado del mekatanque, haciendo que el espacio de la cabina se sacuda frenéticamente. Entonces escucho la voz ronca de Manco:

—Úrsula —dice aferrándose a la palanca de los misiles—, de seguro que en tu programación también sale algo respecto al instinto de supervivencia.

La primera entrada de "supervivencia" dice: *acción y resultado de sobrevivir o supervivir, mantenerse con vida, seguir existiendo.* La segunda entrada añade: *conservación de la vida, especialmente cuando es a pesar de una situación difícil o tras un hecho o un momento de peligro*.

—¿Esto significa que puedo defenderme en caso de que mi vida peligre? —digo, consciente de que es una pregunta retórica: en el fondo sé la respuesta, pero quiero escucharla de la voz cordial de Manco.

—Así es —dice él—. Precisamente esa es la situación actual en la que te encuentras… en la que nos encontramos todos nosotros.

Otro latigazo enardecido envía al mekatanque lejos de la reina: veo cómo después del golpe, a la deriva, en el aire, nos alejamos rápidamente de ella hasta impactar contra los escombros del rail. La sacudida esta vez es más agresiva que la anterior: Doctor se ha dado un golpe en la cabeza, provocando que sus lentes se quiebren y, además de una herida abierta en la frente, que pierda el conocimiento.

—¿Estás bien, Úrsula? —pregunta Manco.

—Estoy bien —respondo, y de inmediato acciono la palanca del modo bípedo del mekatanque. La máquina cruje en sus coyunturas y engranajes a medida que

se transforma en un vehículo vertical con brazos y piernas; la cabina gira, mirando hacia el frente, alzándose sobre sus dos piernas traseras, dejando la parte de la cúpula, donde Manco opera las armas, como el punto más alto de la estructura. Así, de pie, el mekatanque alcanza una altura de veinte metros, prácticamente la mitad de la altura de la reina gorki. Entonces presiono con fuerza los pedales, agitando mis piernas y brazos, que permiten que la máquina se mueva a la par con la articulación de mis miembros. Adelante, la reina vuelve a sacudirse, desprendiendo más líquido violeta; y soltando un rugido feroz, se lanza contra nosotros.

—Buena chica —escucho decir a Manco antes del primer embate de frente con la reina.

Kroeber

Estábamos acorralados. Me acompañaban la sargento Vari y cinco soldados más —los últimos cinco en todo el asentamiento—, parapetados en la parte superior de la escalera que descendía hacia el búnker subterráneo, refugio de los pocos sobrevivientes que iban quedando en la colonia minera de la MAC.

—Prepárense —dijo la sargento Vari a sus soldados, incrustando su último cargador en el rifle piroclástico. Ante nosotros, un pasillo abierto, oscurecido por las luces estropeadas, cubierto de sangre roja y blanca e impactos de bala y artillería pesada, que habían dejado su marca chamuscada en las planchas metálicas de muros y pisos. Y desde el fondo, aproximándose estrepitosamente, el ruido hipnótico e insufrible de los bichos —"¡GOR-KI, GOR-KI!"— rebotando como un eco feroz a lo largo del pasillo.

—Escúchenme —dije, y la sargento y los soldados se volvieron a mirarme—. Sé que están asustados, pero… —cogí mi rifle piroclástico, examinando que estuviera cargado y listo para disparar—, la verdad, muchachos, es que me importa un bledo la carrera hídrica de la Mining Asteroid Corporation. Nunca me importó demasiado… —sonreí, acariciándome el bigote como un viejo que, ante la muerte inminente, chochea una última confesión—. Acepté este trabajo, cual mercenario, porque quería una buena jubilación, un retiro abundante en capital para no tener que preocuparme de nada, para cosechar tranquilamente el pedazo de terruño que me esperaba de vuelta en la Tierra, junto a mi mujer y mis hijas. De manera que si este es el fin… —la sargento Vari y los soldados, a través del policarbonato pulido de sus cascos, me miraban estupefactos—… quiero que sepan que ha sido un honor servir con ustedes.

Ellos asintieron, firmes, alzando sus manos hacia sus frentes.

—Ahí vienen —les dije, y todos apuntaron sus rifles hacia la cerrazón del

pasillo. Oíamos el ruido de sus brazos frotándose, sentíamos los pasos acercándose—. Esperen, no disparen todavía… esperen un poco más… —me fijé que los gorkis habían cruzado la primera barricada, a medio camino de nosotros —. ¡Ahora! —exclamé, y los rifles estallaron al unísono, vaciando sus cargadores en menos de diez segundos.

—Hay que pelear con lo que queda —dijo la sargento Vari, aferrándose a su cuchillo de combate. Los demás nos armamos con improvisados garrotes. Entonces ocurrió lo inesperado: los bichos, que galopaban a toda velocidad hacia nosotros, se detuvieron repentinamente a unos pocos metros de la desembocadura y, prestos, dándose media vuelta, desandaron ágilmente el camino por el que habían llegado.

—¿Qué mierda…? —dijo la sargento Vari, pasmada.

—No lo sé, vamos a investigar —dije yo.

Minutos después, habiendo recuperado algunos cargadores frescos de los rifles de camaradas caídos, seguimos la pista de los gorkis, que habían abandonado el asentamiento. Llegamos hasta el hangar oriente, el mismo galpón donde habíamos tenido nuestro primer enfrentamiento con ellos. Como todavía nos quedaba oxígeno suficiente, nos formamos en una escuadra de combate y, cubriéndonos las espaldas unos con otros, avanzamos hacia el exterior. En el cráter nos encontramos con un panorama desolador: el rail, desplomado, derruido por completo, se había convertido en una montaña de escombros ardientes, y cada ciertos tramos se levantaban inmensas columnas de humo, que ahora indicaban el lugar donde, consumidos por las llamas, descansaban los antiguos soportes de su estructura. Pero aquello no era lo más impactante. Los gorkis achicharrados formaban un cerro de cadáveres en la base de la mina, y por detrás de las lóbregas columnas de humo se podía divisar una imagen abrumadora: la de un gorki gigantesco, una monstruosidad incluso más grande que el punto más alto de la garganta de Occator, luchando mano a mano con un mekatanque rojo, que solo poseía la mitad de su tamaño.

—¿Qué es esa aberración? —preguntó Vari.

—Usemos un camión para acercarnos —ordené.

Nos subimos a una máquina estacionada por fuera del hangar que, si bien estaba abollada por los gorkis, seguía en perfecto estado de funcionamiento, y vadeamos un sector libre de escombros, donde un pilar se mantenía en diagonal, destruido pero todavía ejerciendo una forma de soporte enclenque. Cruzamos —por debajo de la única losa del rail que no se había derrumbado— hacia el lado de la RHMC, donde podríamos observar mejor la batalla. El monstruoso gorki parecía un gato jugando con su presa cada vez que golpeaba de aquí para allá al

mekatanque, que apenas se sostenía en pie ante cada impacto.

—¿Podemos activar uno de los misiles de la base? —dijo la sargento.

—No desde este camión —dije—. Deberíamos ir volviendo, en caso de que…

Un estruendo súbito impidió que terminara mi frase. El monstruoso gorki había arremetido contra el mekatanque, pero este había alcanzado a agarrar con ambos brazos su formidable hocico, manteniendo a duras penas su posición. Sus pies se hundían en la superficie del cráter, deslizándose ante cada embate del coloso que, encrespado, obligado a mantener la mandíbula abierta por la fuerza hidráulica de los brazos del mekatanque, soltaba chillidos atronadores; entonces la máquina disparó dos misiles desde su cañón, que ingresaron limpiamente por la garganta de la bestia y que, segundos después, explotaron en algún lugar de la tráquea, provocando, además de un estallido de numerosos fragmentos de carne blanca y espesos chorros de sangre violácea, que su cabeza se desprendiera de su cuerpo, quedando enganchada apenas por unos pocos filamentos, sosteniéndola como si el cuerpo fuera el amo y la cabeza un perro ansioso por salir corriendo. El colosal gorki se tambaleó como un borracho segundos antes de desplomarse, originando un temblor repentino que remeció frenéticamente la cabina del camión, mientras que el mekatanque, que no había podido librarse del impacto de la explosión, fue arrojado por los aires hasta caer a unos pocos metros del domo de la Red Hill Mining Company.

Nos dirigimos hacia la máquina, en busca de sobrevivientes.

Cuál fue mi sorpresa cuando, a unos pocos metros del mekatanque machacado, vi que de su interior descendía el manco, acompañado por una mujer y por el doctor de la RHMC. Tanto el manco como el doctor se veían bastante magullados —el primero cojeaba y el segundo, detrás de su casco, tenía la cara ensangrentada producto de una contusión en la frente—, pero la mujer parecía ilesa. Íbamos bajando del camión cuando me percaté que desde uno de los accesos del domo emergía la figura oronda y autoritaria de Heinlein, armado con un revólver piroclástico y escoltado por no menos de diez soldados. Los tres grupos —liderados por Heinlein, Manco y yo— avanzamos tensamente hasta encontrarnos en medio del campo ceniciento que, contenido entre el domo trizado y los restos del mekatanque, atestado de despojos de gorkis y de trozos fundidos del rail, se extendía ante nosotros como una invitación al diálogo o al duelo.

Heinlein

Mi base era un desastre, llena de cadáveres repartidos de hombres, mujeres y niños, además de esos repugnantes bicharracos que yacían en todos los pasillos

del asentamiento. Los guardias, posicionados afuera de mi oficina, me hicieron saber cuándo era seguro salir, y apenas lo hicieron presioné el botón en mi escritorio, que retiraba las cortinas de acero que protegían mi sección del domo. A medida que iban descendiendo comenzó a asomarse el horroroso escenario que había afuera: mi rail estaba siendo cañoneado por uno de los mekatanques de mi propia compañía, haciendo estallar cinco de sus soportes, los cuales se derrumbaron con un estruendo inexorable, para luego prenderse en llamas y dejar desahuciada aquella inversión de millones de créditos solares, ahora irremediablemente perdidos. Me puse a gritar como un energúmeno, y solo pude calmarme minutos después cuando, atónito, divisé más allá de los cientos de gorkis reventados que adornaban la superficie del cráter, a una criatura titánica que ahora combatía al facineroso mekatanque que había destruido el rail. Observé la batalla desde la seguridad que me proporcionaba la distancia y el espacio todavía calefaccionado de mi oficina, y no puedo negar que, a ratos, en arrebatos incontrolables de cólera, grité a favor del bicharraco; así de frustrado me encontraba. No obstante, independiente de mis emociones particulares, el mekatanque era un vehículo de guerra marciano y, como tal, su capacidad de combate era indudablemente de una calidad bélica superior, de modo que en muy poco tiempo se encargó de eliminar al coloso, usando dos misiles piroclásticos que le metió de lleno por la garganta, volándola en repugnantes trozos que terminaron por decapitar a la bestia.

Apenas finalizó el combate, después de ajustarme el casco espacial, les ordené a mis diez soldados —tal vez los únicos que iban quedando en todo el asentamiento— que me siguieran, que íbamos a salir al exterior para hacer rendir cuentas por el rail arruinado a los responsables. Estábamos abandonando la protección del domo cuando noté que —¡oh, sorpresa!— el baboso de Kroeber también se encontraba allí, a unos pocos metros del tanque abollado, bajando de un camión de la MAC, seguido por seis soldados más. No importaba: yo iba con diez soldados de escolta, y todos con sus rifles piroclásticos listos para disparar apenas emitiera la orden. Por otro lado —y tal vez esto no debería haberme asombrado, pero evidentemente sí lo hizo—, del mekatanque emergió el manco, cojeando, seguido del doctor Egan —¡ese perro traidor!— y de una bella muchachita a la cual no reconocí. Todos iban con sus mamelucos espaciales, sus cascos y sus rifles, y todos, apenas nos encontramos cara a cara, formando un triángulo entre las tres facciones reunidas en ese descampado mugroso del cráter, nos sentíamos excitados, electrizados por el eventual resultado de ese encuentro. Les indiqué a los presentes, golpeando suavemente el cristal de mi casco con un dedo índice, que ajustaran la frecuencia de audio de sus cascos respectivos para que pudiéramos conversar.

—Theodore —dijo Kroeber acompañado por un crujido de estática, molesto a todas luces por cómo había terminado nuestro último diálogo.

—Alfred —respondí, perfectamente tranquilo.

—Mi comodoro, mi comandante —dijo el manco, satisfecho de sí mismo, asintiendo con desfachatez hacia nosotros dos.

—Manco —respondimos al unísono, cada uno con su propio tono personal de desprecio.

Nos quedamos en silencio por un momento, antes de reanudar el intercambio.

—Veo que además de manco y cojo —dije, indicando su pierna herida—, usted también es estúpido. ¿Se puede saber qué carajo estaba pensando cuando voló el rail?

El manco sonrió burlonamente (¿podía ser de otro modo?) y dijo:

—Solo estaba cumpliendo con el encargo por el que usted contrató mis servicios.

—¿Ah, sí? —dije.

—Sí, mi comodoro. Y no solo eso: el comandante Kroeber y usted ahora me deben, cada uno, diez mil créditos solares, por haber eliminado a cabalidad la amenaza de los gorkis.

—¡Vaya bocaza que tiene, Manco! ¡Yo no le debo nada de nada! ¡Usted acaba de destruir una inversión de millones, *mi-llo-nes*, de créditos solares!

—Un momento, Theodore —dijo Kroeber, interviniendo—, el muchacho no es santo de mi devoción, pero lo que dice es cierto. De no ser por él, ni uno de nosotros seguiría vivo.

—¿Acaso no te importa perder esa suma de dinero, entregársela a un farsante?

—Me importan una mierda los créditos solares —respondió Kroeber, bravucón—. Manco nos salvó la vida, eso es un hecho, y yo me comprometí a pagarle si efectivamente cumplía con eliminar a los gorkis. Mi intención es mantener esa promesa.

—¡Pero qué senil te has puesto, Alfred! ¿No te das cuenta de que fue él quien desató el ataque de los gorkis en un comienzo?

Todos miraron hacia el manco.

—¿De qué está hablando, mi comodoro? —dijo Manco, haciéndose el

desentendido.

—¿Acaso lo va a negar? —dije—. Antes de que usted eliminara al soldado que había enviado a la mina en su búsqueda…

—Para asesinarme —replicó, arrogante.

—¿Lo mandaste a asesinar? —dijo Kroeber, incrédulo.

—…Él me llamó por intercomunicador —continué, ignorándolos a ambos—, y me informó que usted se había internado en lo profundo de la garganta de Occator, buscando provocar a los gorkis.

—¿Es cierto lo que dice Theodore, Manco? —preguntó Kroeber.

—Responda —lo incité.

—Caballeros, caballeros —dijo Manco, desvergonzado—, hay que hacer las cosas bien. No nos pondremos de acuerdo si no ponemos la verdad por delante: nos arriesgamos a acabar peor de lo que empezamos. Primero que nada, *provocar* no es la palabra que yo usaría. A mí solo me interesaba corroborar la existencia de los gorkis, pero de ahí a que yo hubiera sido el que los provocara… del dicho al hecho hay mucho trecho. Fue su asesino a sueldo el que armó un escándalo allá abajo, disparando sin dominio de sí mismo, avivando a las bestias y posteriormente causando su estampida. De manera que si usted no hubiera intentado asesinarme, nada de esto —dijo, alzando los brazos, como ilustrando su punto con el macabro escenario que nos rodeaba— hubiera sucedido. En consecuencia, podríamos llegar a decir que quien desató el ataque de los gorkis fue usted, mi comodoro.

—¡Cómo se atreve! —exclamé, sintiendo cómo la rabia se apoderaba de mis sentidos; de inmediato apunté el revólver piroclástico hacia él. Mis soldados, siguiendo mi ejemplo, también levantaron sus rifles, y entonces Kroeber y los suyos hicieron lo mismo. Todos nos apuntábamos entre todos, nerviosamente: el único que permanecía imperturbable era el manco, quien, además de no ir armado, prosiguió hablando cómodamente, como si no tuviera un revólver apuntándole en la cara.

—Y ya que las cartas están sobre la mesa —dijo—, y estamos hablando con la verdad, sería bueno que usted aclarara, mi comodoro, por qué me envió a sabotear esos camiones de la MAC en un principio. Es evidente que su interés era ganarles en la carrera hídrica, pero…

—¡Qué importancia tiene eso ahora! —bramé.

—Importa —continuó Manco, con una calma exasperante—, porque así como

disfrutaba haciéndole zancadillas a la empresa rival, tampoco tuvo reparos en abandonarlos a su propia suerte durante el ataque de los gorkis, aun cuando el comandante Kroeber lo llamó, de buena fe, para pedirle que unieran fuerzas contra ellos.

Sentí la mirada lacerante de Kroeber posada sobre mí, como una mano que me estrujaba los ojos. La ignoré. Aunque la cólera me ahogaba, traté de controlarme al responder:

—Usted no tiene idea de lo que está hablando, Manco.

—Claro que la tengo —replicó atrevidamente—: lo que usted quería, en el fondo, era eliminar de una vez por todas a la Mining Asteroid Corporation de Ceres, de modo que la Red Hill Mining Company fuera la única empresa encargada de la explotación del hielo en este planeta enano. Y vaya que le sirvieron los gorkis para ese cometido. ¿O me equivoco?

El revólver me temblaba de furia. Lo amartillé.

—Para, Theodore —dijo Kroeber—. Lo que Manco dice es cierto. Podríamos haber evitado muchas muertes si me hubieras escuchado…

Solté un chistido, menospreciando sus palabras.

—…Y hubiéramos unido fuerzas contra la amenaza común —remató.

—Esos niños y niñas no tendrían por qué haber muerto —dijo Manco, con un tono melodramático, teatral, y un dejo de ironía no disimulada en sus labios mordaces—. Usted no tendría por qué haberlos enviado a combatir una contienda tan sanguinaria. Muchos no habían cumplido ni siquiera los diez años.

—¿Enviaste a niños pequeños a luchar contra los gorkis? —dijo Kroeber, indignándose de verdad, con los ojos muy abiertos y levantando la voz. Evidentemente Manco le había tocado una fibra. Mis soldados y los soldados de la MAC, inquietos, movían la punta de sus rifles piroclásticos de un lado a otro, sin saber bien a quién apuntar. Esperaban con el alma en un hilo la orden de descarga.

—Cualquiera diría que usted tiene interés en provocar una balacera, Manco —le dije, sin prestarle atención a Kroeber—. No es el dinero lo que usted quiere, sino el caos.

—Se equivoca, mi comodoro —dijo Manco—. Lo que yo quiero son ambas cosas.

Lo que sucedió a continuación sobrevino con demasiada rapidez: el

mekatanque, a mis espaldas, estalló súbitamente en mil pedazos, dando paso a la confusión del tiroteo. No sé quién disparó primero: solo sentí que una bala me aguijoneó un costado de la panza, y luego, mientras me desmoronaba, alcancé a entrever el caos de las balas que, volando de una facción a otra, surcaban la leve neblina que provenía de la humareda del rail, y laceraban los mamelucos y el cristal de los cascos de mis soldados y de los soldados de Kroeber, quien también, producto de un balazo en el pecho, se había desmoronado sobre esa corteza inestable que era la superficie de este maldito asteroide.

Manco

—Se equivoca, mi comodoro —le dije apaciblemente, al mismo tiempo que tanteaba con los dedos un aparato pequeño, casi imperceptible, que había ocultado en la palma de mi mano cibernética—. Lo que yo quiero son ambas cosas.

Pulsé el botón y el explosivo plástico que había dejado en el mekatanque, a varios metros de distancia, por detrás de Heinlein y de Kroeber y de todos los soldados, estalló estruendosamente, lo que provocó que uno de los soldados de la RHMC disparara su rifle piroclástico hacia los soldados de la MAC. En ese instante todos los presentes comenzaron a disparar caóticamente, descargando sus rifles contra cualquier figura que se encontrara de pie en ese descampado neblinoso. Por supuesto, apenas accioné el dispositivo explosivo, agarré a Úrsula de un brazo y, arrojándola conmigo hacia el suelo, la escondí junto a mí detrás del caparazón endurecido de un gorki, cuyo cuerpo había sido descuartizado una hora antes por la torreta del mekatanque, ahora destruido.

—¿Estás bien? —le pregunté a Úrsula apenas dejaron de oírse los balazos.

—Estoy bien —respondió con su indiferencia pasmosa de androide.

Dejé pasar unos segundos de silencio antes de ponerme de pie. Sumándose a los cientos de cadáveres despedazados de gorkis, los soldados de la RHMC y de la MAC yacían acribillados, cada uno en el área de su facción respectiva, extendidos como borrachos apáticos que durmieran tras una noche de violenta tomadera. A mi lado, el doctor Egan gemía de terror: también había tenido el buen tino de arrojarse al suelo apenas comenzó la balacera. Los únicos sobrevivientes eran Heinlein, que había recibido un tiro en el costado de la tripa, y Kroeber, que agonizaba. Me acerqué a este último.

—Manco… —dijo con un hilo de voz. Había recibido un balazo en el pecho, muy cerca del corazón. Se le escapaba el oxígeno, y la vida también.

—Comandante —le respondí, arrodillándome a su lado, presionando la

herida. Él soltó un gemido lúgubre, mientras me agarraba débilmente la mano.

—No… —dijo—, es demasiado tarde…

Retiré la mano cuidadosamente.

—Lo sé —le dije—. Pero, comandante: que esté muriendo no significa que no me vaya a pagar los diez mil créditos que me debe.

Kroeber dejó salir una risa dolorosa de dientes ensangrentados.

—Tendrá sus diez mil créditos, no se preocupe… —dijo, escupiendo sangre —. Vaya a mi oficina y retírelos usted mismo de mi escritorio… Ahora dígame... —tosió, agonizante—. ¿A q-quién… a quién representa usted… en todo este entuerto?

Pude notar cómo el brillo desaparecía de sus ojos. No le debía nada, es cierto, pero igual decidí darle ese pequeño consuelo.

—A Júpiter —le respondí con un susurro.

Segundos después, el comandante Kroeber contemplaba con sus ojos sin vida el cielo brillante del cinturón de asteroides. Me alejé de su cadáver y caminé hacia Heinlein, no sin antes recoger su revólver piroclástico, que no había alcanzado a descargar ni siquiera un tiro. El comodoro, en el suelo, se quejaba del balazo recibido con jadeos roncos y exagerados.

—No sea melodramático, comodoro —le dije apuntándolo con el revólver—. Es solo una herida superficial.

—Manco —dijo con una voz cargada de humillación y desprecio. Y volcándola hacia un tono repentinamente burlón, agregó—: no le conocía esa debilidad por Kroeber.

—Me debía diez mil créditos solares —le respondí—, y necesitaba que me dijera dónde obtenerlos. Por suerte para mí, usted también me debe la misma cantidad.

—Es usted un hijo de puta… —dijo—. ¡No pienso pagarle nada!

Amartillé el revólver.

—¿Seguro?

Se quedó callado.

—Póngase de pie —le dije—. Ahora.

Minutos después, avanzábamos en fila india hacia el domo trizado de la RHMC. A la cabecera iba Heinlein, apretándose con una mano la herida, conteniendo a duras penas la sangre y el oxígeno; lo seguía yo, el revólver con su espalda en la mira, y más atrás Úrsula y Egan, que no había pronunciado palabra alguna desde que acabó el enfrentamiento.

—Dígame una cosa —dijo Heinlein, todavía con un tono despectivo, pero un poco más calmado—. El accidente de su cosmonave, ¿fue de verdad o fue montaje?

—No le conocía ese lado de vieja chismosa —respondí.

—¡Maldito sea, Manco! —vociferó, sulfurándose otra vez—. No le haría daño hablarle con más respeto a un hombre que podría ser su padre.

—Y que me maldice y se defiende con su edad.

Me miró por sobre el hombro. La ira le había enrojecido el rostro, pero casi enseguida rompió a reír.

—Es usted un tunante muy mal hablado —dijo—, pero no puedo decir que no haya cumplido con lo que le encargué. Es más: de paso, con sus argucias, ha eliminado para mí al resto de la Mining Asteroid Corporation.

—Y vaya ayuda que recibí de usted.

—¿Necesitaba una niñera? Le di dinero y libertad de acción. Eso es lo que usted pidió. ¿Qué otra cosa más quiere?

—Que mueva el culo —le dije presionando la punta del revólver contra su espalda regordeta. No dijo nada más.

Apenas ingresamos al hangar del domo, le pedí al doctor que presurizara los accesos. Nos quitamos los cascos y mamelucos: Heinlein sangraba con profusión, pero la bala le había entrado y salido limpiamente, solo impactando un trozo de grasa. Seguimos avanzando hasta llegar a la entrada de su oficina, donde tuvimos que rodear el cadáver de un gorki descuartizado. El cerdo de Heinlein se derrumbó en la silla de su escritorio, soltando un suspiro cansado, dándole la espalda a la puerta de entrada, donde Úrsula y Egan esperaban de pie, callados, a que yo finiquitara de una vez por todas mi negocio con el comodoro. Delante de él, más allá del cristal del domo, el sol se asomaba tímidamente, iluminando la devastada superficie del cráter.

—¿Y bien? —dije apuntándolo con su propio revólver.

Heinlein sacó una llave del bolsillo interior izquierdo de su chaqueta, e

insertándola en el cajón inferior de su escritorio, retiró un fajo de diez mil créditos solares.

—¿Seguro no quiere un poco más? Usted sabe… —dijo con una mueca perversa—, por la muerte de Kroeber.

—¿A qué se refiere?

—Con él muerto —sonrió porcinamente—, usted y yo no tenemos razón para pelear.

—Cállese y págueme lo que me debe —le dije—. Ni un crédito más.

Heinlein extendió los fajos a través de la superficie de su escritorio. Los cogí y los guardé en un bolsillo. Luego puse el revólver en un bolsillo trasero del mameluco. Me disponía a salir de su oficina, cuando Heinlein, provocador, me dijo:

—¿Me va a dejar así, sangrando? ¿No me va ayudar que sea a zurcir la herida?

—Ahí tiene a su doctor —le respondí. Egan tenía la mirada perdida, posada en algún punto de la espalda del comodoro. Úrsula me miraba bizqueando, analizando la situación.

—Usted y yo podríamos hacer grandes cosas en este asteroide —me dijo Heinlein, con una mirada llena de rencor y algo más, que no supe reconocer.

—Váyase a la mierda —le respondí, apartándome de él.

Había salido de su oficina, rodeando los restos del gorki, cuando escuché que gritaba:

—¡Dese prisa, doctor! ¿No ve la cantidad de sangre que he perdido?

Entonces oí al doctor gruñendo, como si hiciera un gran esfuerzo. Me detuve y miré hacia la oficina, y vi que Egan había recogido la garra desmembrada de un gorki, y que se lanzaba a toda velocidad, como un atleta con una jabalina, hacia la espalda de Heinlein. La garra, acompañada de un gorgoteo jugoso, se enterró en el lomo del comodoro, atravesándolo con silla y todo; apenas Egan, sin aliento, se percató de que la punta, empapada de sangre, sobresalía de la panza de Heinlein, soltó el brazo del gorki y cayó al suelo metálico, apoyándose contra el escritorio de granito rojo. Me acerqué a él, con el muslo todavía adolorido, y me detuve en el vano de la puerta.

Nos miramos a los ojos, sin decirnos nada.

Volví a alejarme por el pasillo.

Lo último que oí de él fue su voz tenue, quebradiza, diciendo:

—Tenemos mucho trabajo por hacer, Úrsula.

Seguí caminando, sin vacilar. Me dirigí, rengueando, hacia el hangar por el que habíamos entrado. Me puse el traje espacial y el casco, y salí por la exclusa con la intención de ir hacia la MAC a recobrar los diez mil créditos que Kroeber me debía. Había avanzado algunos metros, caminando entre el humo y la ceniza que, difusa, imprecisa, se había disipado un poco con la aparición de los frágiles rayos del sol, dejando entrever los lúgubres restos del sanguinario combate contra los gorkis, cuando me di cuenta de que alguien me seguía. Me volví: mis ojos se toparon con los ojos bizcos, amables, de Úrsula. El cansancio me hizo aflojar los brazos —incluso el cibernético se sintió, de alguna manera, lánguido —, y mis pies parecieron clavarse al suelo mientras esperaba a que ella me alcanzara y se encontrara conmigo allí, entre los escombros todavía escaldados del rail, a mitad de camino de ambos asentamientos, de pie en medio del cráter Occator.

ESTUDIO DE LAS SOMBRAS

Era la noche y la sordera del tiempo.

MARCELO COHEN

I. Como si te pusieran una venda en los ojos, o como si perdieras la visión repentinamente, el ingreso al CPC es una experiencia única, quizás la más emocionante que vivirás en años. Algo ocurre cuando se cruza el límite: una breve irrupción del sistema eléctrico, un apagón inesperado, como si el peso de las sombras fuera una cosa pegajosa que se adhiriera incluso a los circuitos internos de la cosmonave. Es inevitable mirar por la ventanilla, es inevitable *desear* ver algo, pero es imposible: allá afuera no hay nada. Solo adelante, como una ilusión borrosa, oprimida por el manto de oscuridad, se alza el pabellón: un rectángulo alargado, parecido a un tren, cuyas ventanitas lejanas tintinean tímidamente, desprendiendo temerosos parpadeos de luz que se pierden en la negrura absorbente de la zona oscura.

II. El peso de la noche es discernible en el cuerpo: una suerte de molestia existencial que se posa en la cabeza y en los hombros, como un sopor desfasado o una ligera jaqueca, tan pronto la cosmonave ha ingresado al puerto del pabellón y apaga sus motores. La luz —imprecisa, artificial— regresa al ojo como un ataque apenas uno desciende por la rampa. El puerto, de muros reflectantes, no presenta sombra alguna: no bien se cruza el umbral de la nave al edificio, uno es golpeado instantáneamente por el tufo de la atmósfera apática que contienen esos muros de acero cromado. En medio de la indiferencia metálica resalta un holograma que proyecta números rojos, indicando la hora y la temperatura interior y exterior del pabellón (20° i / -105° e). Antes de que un celador me dé un empellón amistoso en la espalda, instándome a que avance, me

quedo mirando los números como si fueran jeroglíficos de una época que, es una intuición, estoy próximo a abandonar.

III. En el pabellón las sombras son difusas. Muros blancos, inmaculados, conforman el soporífero espacio que compartimos —difusamente alumbrados por un manto de luz pálida que chorrean cuatro tubos fluorescentes— los cinco moradores del bloque S. Las cenefas, ocultas bajo pliegues imperceptibles, apenas evidentes en las esquinas, aportan un tono ligeramente ámbar, casi sepia, al ambiente cotidiano del pabellón. Pero afuera: oscuridad. Inalterable. Ocho ventanales, de vidrios gruesos, siempre escarchados, dan paso al todo o la nada de la zona oscura: el hemisferio sur del asteroide que, congelado en el tiempo de una noche sempiterna, jamás recibe la caricia afable del sol. Este bloque será mi hogar en los próximos años. Los ojos, involuntariamente, se aferran a la luz artificial.

IV. Los primeros días me siento desorientado. Sin la noción del sol, la carencia de iluminación natural me ofusca y me impide llevar una cotidianeidad *normal*, es decir, me impide concretar una rutina ordenada o congeniar con mis pares que, con los meses (¿o años?), irán rotando: caras partirán, caras vendrán, todas con la misma indolencia viscosa que, asumo, llegarán a reflejar mis ojos también. Entablaré algo parecido a un trato de colegas con casi todos los reos, pero sin llegar al afecto, pues en el fondo existirá un desprecio inherente que nada tendrá que ver con nosotros, sino más bien con el efecto invisible que ejerce en el espíritu la influencia de la zona oscura. Habrán, eso sí, caras que permanecerán por un tiempo prolongado: con ellas lograremos llegar a un equilibrio que, en el fondo, será una indiferencia no exenta de odios esporádicos, casi necesarios.

V. Algunas caras: Bali, cara redonda, es la más joven del bloque S. Usa unos lentes bifocales de marco púrpura que esconden, bajo la sombra perpetua de sus cejas, unos ojos tenues, grises, casi graciosos (espejos de una aparente personalidad que no es tal); bajo ellos, una línea vertical azulina, cibernética, le parte la nariz en dos: parece la vista aérea de una isla desértica que, separada por un cercado eléctrico, conforma dos islotes rosáceos, carentes de sustancia. Su cuerpo es compacto, un poco chato; transmite una sensación grata pero tediosa que, de no ser por las lecturas que los celadores nos proveen, contemplaría mucho más de lo que quisiera, porque su camastro de polímero se ubica a unos pocos centímetros del mío, pero de forma perpendicular.

VI. (Lecturas de los celadores: cada reo posee un pad holográfico que se entrega el primer día, el cual presenta un archivo repleto de versos, y nada más que versos, a modo de distracción. Muchos reos ni siquiera se animan a encender el pad. A mí me llevó un par de semanas —quizás menos— encender el mío. Mi primera lectura fue este haikú:

Se ha ido el sol, sin dejar epitafio

Todavía está cálido en las sombras

Pero no es suficiente.

VII. Yiorch, cara ovalada, es el que me produce más apatía entre mis compañeros. Es un cíborg torpe, un poco tímido, que usa una ridícula barbita de candado —¿quién le habrá dado la idea?— y lentes menos voluminosos que los de Bali. Su boca, por lo general, permanece abierta cuando está relajada, exhibiendo la hilera superior de sus dientes, de un amarillo ceniciento similar al de la luz de la cenefa. Por su forma de hablar, se nota que carece de educación: eso explicaría cómo terminó en el CPC. Alguna vez traté de acercarme a él de la única forma que sé: haciéndole bromas pesadas respecto a su apagada energía anafrodisíaca. Por supuesto no funcionó: no tardamos en agarrarnos a gritos, que luego llevaron a los golpes, y a pesar de que yo era uno de los más antiguos del pabellón, Yiorch no tuvo reparo alguno en acertarme dos manotazos metálicos, que terminaron por congelar definitivamente nuestra incipiente relación.

VIII. Romo, cara arrugada, me cae bien: no somos compadres, pero nos reímos de vez en cuando. Llegó un tiempo después que yo a este lugar: es un tipo bajito, fibroso, lleno de tatuajes en los brazos. Apenas le queda pelo en la cabeza y, a pesar de ser un poco más viejo que yo, tiene un carácter inmaduro, casi pueril. Le encantan las bromas al punto que a ratos llega a ser casi irritante. Es, lo he notado, el orgánico al que más le afecta en el ánimo la frialdad de la luz artificial del pabellón, pero sobre todo la perenne opacidad de la zona oscura. Un día puede despertar con el ánimo por el techo y otro día amanece —aunque aquí no amanezca nunca— cascarrabias, irascible, dispuesto a reñir con quienquiera que se le cruce. En esos días prefiero evitarlo.

IX. Turbina, cara angulosa, es una incógnita para mí: se trata de mi compañera más cercana en este limbo brumoso y cristalino, pero eso no implica que estemos libres de rencillas absurdas. Por lo mismo, es a quien tengo más confianza de insultar sin repercusiones, lo cual a veces provoca un distanciamiento de días, o incluso semanas. Su condición de embarazada —lo que me da la certeza de que es una orgánica de raza pura— determina mucho de su estado de ánimo, y en ocasiones me parece que también afecta al mío. No tengo idea de quién es el padre de su(s) futuro(s) vástago(s): un día nos percatamos de que su estómago parecía más hinchado de lo habitual, pero nadie quiso decir nada. Como muchos otros asuntos en el CPC, lo dejamos ser, tácitamente: solo persistió como un rumor de pasillos, como un susurro silencioso que, estancado, parecía flotar en el resplandor difuso del pabellón.

X. La razón de nuestro silencio no se debe solo al tedio: también son los medicamentos, que tomamos de tanto en tanto en forma de batidos, los cuales

nos permiten ignorar ciertos temas —como la libido— con mayor facilidad. Esto no significa que el sexo esté prohibido: simplemente se ve deteriorado, aplacado por la falta de motivación. A veces hay encuentros fortuitos, libres de emoción, entre seres orgánicos y pseudo-orgánicos (los androides, con su programación habitual, no se ven regidos por estos actos), pero estos encuentros son más para darle una sacudida al tiempo, del que no tenemos noción, que para satisfacer una necesidad animal.

XI. Curiosamente, tardé bastante en darme cuenta de que la puerta del bloque no tenía cerradura. Los reos son *libres* de ir y venir por donde gusten; no obstante, no es recomendable detenerse mucho rato cerca de los celadores. Poseen una cordialidad edulcorada que termina por hostigar: te tratan de usted, te preguntan cómo va tu día (y recalcan esa palabra, *día*, pero no de forma burlona: lo hacen para subirte el ánimo, como tratando de transmitir el recuerdo de una luz natural, que alguna vez produjo vitamina D en tu organismo). A veces, por las noches, ingresan silenciosamente en los bloques a cubrir con mantas sintéticas a los presos orgánicos que se han destapado, para que no despierten con un resfrío inesperado. Algunos, incluso, se toman la molestia de acariciar las cabezas intranquilas de los reos que parecieran batallar, en sus sueños, con los caprichos de una sombra esquiva y opresiva.

XII. El único espacio regulado, que no es de libre tránsito, es la salida a la zona oscura. Un portón metálico, de espesor gravitante, es el preámbulo a la oscuridad; este portón, si bien no es custodiado por ningún celador, permanece con cerradura siempre. Durante los ratos libres (es decir: todo el tiempo), guiados por el aburrimiento, un grupo de reos de los bloques más cercanos suelen aglomerarse en torno a esta salida. Juegan cartas, hacen apuestas, se miran las caras descoloridas. Es un lugar de estancia, como si esperaran su apertura sin angustia ni emoción. Sin embargo, el rito de paso a la zona oscura no es un enigma: todos los reos, a ciertas horas determinadas por la administración, tienen la oportunidad de visitarla. Pero hay que animarse, juntar coraje.

XIII. Así es el proceso de salida: un celador pasa bloque por bloque, con una sonrisa entusiasta, invitando a los reos a “estirar las piernas en la penumbra”. Aquellos que se animan se ponen de pie —a duras penas, pues es difícil despegar la espalda de esas suaves camas de polímero esponjoso— y avanzan sin hablar por el pasillo principal del pabellón hacia al portón ahora abierto: un túnel metálico, de luces duras, que transmite una sensación en blanco y negro, donde cuelgan a los costados los mamelucos espaciales necesarios para salir a la intemperie. Un celador supervisa que el traje quede bien ajustado, sin fugas, y luego, con una palmada cordial en la base de la espalda, invita al reo a caminar. No bien se avanza unos pocos metros, la goma interna del mameluco empieza a rechinar como una advertencia. Intranquilo, el reo que vuelve la vista hacia el

celador, de aspecto rumiante, con las mejillas sudorosas y sonriente, siempre sonriente, recibe de su parte un categórico movimiento de cabeza que, misterioso, pareciera indicar una elusiva forma de aquiescencia.

XIV. El túnel, de arco elíptico, tiene un kilómetro de distancia: mientras se avanza, al alcanzar los trescientos metros, sus muros de tonos monocromáticos comienzan a brillar repentinamente, proyectando imágenes chillonas de naturaleza saturada. Árboles enormes, que se curvan en el cielo del túnel, envuelven al reo que avanza embelesado por un bosque cargado de esperanzas, al mismo tiempo que dentro de su casco se oye el trino de los pájaros. Pero ni árboles ni pájaros son un consuelo: solo pueden apreciarse en un par de colonias del asteroide, destinadas a habitantes con mayor poder adquisitivo. Muchos reos desconocen su existencia, les parece un lenguaje de imágenes alienígenas. Por lo mismo, se hace difícil alcanzar el final del túnel; la mayor parte del grupo sufre un ataque de pánico antes de la mitad y deben ser rescatados por los celadores. Aquellos que logran llegar al final, donde las imágenes desaparecen y la oscuridad consume la visión de las luces, se encuentran con otro portón. Más allá de este umbral, es visible a través de sus gélidas ventanas, la noche permanece impasible como una invitación al desasosiego.

XV. Primero se siente un sopor parecido al efecto del sueño sobre el cuerpo; la cabeza, ligera, pareciera estar cargada de helio, y los brazos y piernas, alelados, se estremecen involuntariamente. Algunos reos se asustan y otros se avergüenzan de sentir miedo. Pero hay que avanzar. Los espasmos mioclónicos no tardan en cesar, siempre y cuando el cuerpo —que entonces se empieza a sentir oxidado, como si un ligero achaque neuronal consiguiese modificar el comportamiento de los miembros— se mueva, y no deje de moverse en dirección a la noche. Un par de celadores de trajes con luces verdes reflectantes, aparentemente acostumbrados al efecto, siguen de cerca al grupo, pero nunca se acercan demasiado: permiten que los reos posean una cierta independencia al experimentar la zona oscura. Por supuesto, no hay hacia dónde ir: de no ser por el traje fosforescente de los celadores, el ojo del reo ni siquiera percibiría su propia mano. A partir de entonces, como nadie lo prohíbe, el reo se mantiene quieto, aturdido, ligeramente drogado, abrigando en algún lugar de su cuerpo el silencio del tiempo que resuena en las tinieblas.

XVI. Siempre hay un guardia operando el portón de salida, manteniéndose en ese espacio neutro entre la vida y la muerte, la luz y la sombra. Esto, para recordarte por altavoz el momento en que debes regresar. Es fácil quedarse pegado, perderse en el espacio atemporal de la zona oscura: mirar por mucho tiempo la noche eterna provoca una leve conjuntivitis. Uno quiere retirar la vista, pero, por alguna razón, es difícil dejar de mirar: el ojo comienza a arder al mismo tiempo que el regreso a la luz se posterga, como queriendo dilatar esa sensación de no existir, de no ser. Solo el picor del ojo te recuerda que debes

volver al pabellón, pero al mismo tiempo te sientes adicto al escozor de la oscuridad. Es lícito preguntarse entonces, cuando el reo tiene la cara húmeda por las lágrimas que corren desde el ojo, que no parpadea, y, fundido con la noche, se encuentra recogido sobre sí mismo, qué es este territorio imantado que te atrapa con la fuerza de un delirio soberano, y si acaso, además de un límite, la zona oscura representa una posibilidad de libertad.

XVII. Es difícil volver a la luz. El retorno por el túnel —que ya no presenta imágenes colorinches sino un albor atenuado en blanco y negro, que lentamente va volviéndose más potente— se hace lento y agobiante. El cuerpo y la mente están exhaustos, y alcanzar el portón metálico del otro lado significa un alivio, sí, pero también una reprimenda. En ese momento el reo entiende qué significa ser un reo: es volver a esas relaciones cotidianas, indiferentes, a esas jerarquías absurdas que se forman de bloque en bloque, cada uno con su propio caudillo ridículo, al apego exasperante de los celadores que, cual hijo pródigo, te acogen con los brazos abiertos, bajo el artificio de las luces fluorescentes. Entonces, es inevitable, comienzan a crecer ideas de emancipación en la cabeza del reo, pero estas ideas desaparecen tan pronto los celadores traen los batidos macilentos cargados de sedantes, que no solo anulan la fuerza de voluntad, sino también generan una leve amnesia que, como las hormonas de una mujer en el parto, te hacen olvidar los grandes malestares de tu tránsito hacia la noche.

XVIII. ¿Cómo sé yo todo esto? Porque un día dejé de tomar los batidos. Yacía acostado, leyendo unos versos de mi pad, cuando me crucé con estas palabras:

Todo lo que podría haber sido realidad

Como el roce de la luz en el tacto de mi mano,

Preferiría no experimentarlo.

Me detuve más de lo debido en ese último verso: *preferiría no experimentarlo.* Más allá de las letras holográficas, proyectadas ante mí como pepitas luminosas, se alzaba el cuerpo incómodo de Bali y, detrás de ella, cargados con la monotonía propia de la temperatura bajo cero, los ominosos ventanales que contenían la oscuridad me hicieron darle vuelta, una y otra vez, al significado de esos versos. Un celador se paseaba de cama en cama ofreciendo los jarros pétreos de medio litro que contenían un líquido espeso y verdoso, de un sabor salado, casi metálico; al acercarme el vaso a la altura de mi boca, lo miré desde mi posición horizontal, a través de los versos en el aire, y le dije:

—Preferiría no experimentarlo.

El celador no pareció comprender el peso de mis palabras. Volvió a insistir, con una sonrisa sosegada, inclinando ligeramente el jarro para que bebiera el

batido. Negué con la cabeza y volví a repetir:

—Preferiría no experimentarlo.

El celador me quedó mirando, evidentemente desconcertado, como si tal respuesta no formara parte de su programación. Como no tenía protocolo alguno para proceder ante mi negativa, el tipo —de un rostro tan blanco, patinado, como su uniforme inmaculado— retrocedió, pestañeando forzosamente, y se dirigió a la puerta. Antes de salir del bloque, con un gesto endeble, sin perder una pizca de cordialidad, me dijo:

—Es por su propio bien, señor Jolx.

Yo asentí desde mi cama y, sin moverme, sin levantarme, le respondí:

—Preferiría no experimentarlo. Y llámeme *doctor*, doctor Jolx.

El celador, inexpugnable, se retiró del bloque en silencio, con el jarro de batido todavía enganchando a su mano metálica de androide.

XIX. Mi protesta de beber los batidos no tuvo mayores repercusiones. Algunos reos —muy pocos— notaron que existía la posibilidad de *elegir*; otros siguieron con los ritos propiciados por los celadores. Recibí la visita del alcaide, un viejo bajito, delgado y bonachón, de piel cargada de rosácea, quien me explicó de forma muy didáctica que los batidos eran para contrarrestar los efectos negativos de la zona oscura en la psiquis de los reos. Me dijo que no tomarlos podría llevarme a la locura. Le expliqué, con similar pedagogía, que yo había sido el director del más grande laboratorio de farmacéutica cibernética de Cerealia y que, como tal, me incomodaba profundamente entumecer mi intelecto con fármacos y otro tipo de sedantes. El alcaide me miró reflexivamente, como tratando de sobrepasar las barreras de mi argumento, y dijo:

—Tenga cuidado. La zona oscura opera de forma impenetrable para el rigor de la razón.

—¿En qué sentido? —pregunté.

El alcaide se demoró unos segundos en contestar.

—Sus procedimientos son… caprichosos —dijo.

Nuestra conversación terminó ahí. Un rato después, mientras caminaba por el pabellón sintiendo un espesor nebuloso en la cabeza y en los hombros —¿los primeros efectos de no haber bebido los batidos?—, una sola pregunta rondaba en mis pensamientos con la insistencia febril de un virus que inflama tu temperatura corporal: ¿qué cosa era la zona oscura?

XX. Algunas teorías de los reos (oídas de pasada al caminar entre los bloques): *la zona oscura es un narcótico para la mente. La zona oscura es un perímetro, cargado de cráteres congelados, que no se ven. La zona oscura no es hoy, la zona oscura es ayer, y ayer siempre es mañana. La zona oscura es un cíborg prostituto de Cerealia. La zona oscura es un trance, arduo y espinoso. La zona oscura te enseña disciplina, porque es una ilusión eficaz que hay que soportar, constantemente. La zona oscura es el brazo cibernético de un celador. La zona oscura es una calentura filosófica. La zona oscura es una insurrección que no estalla nunca. La zona oscura es un precipicio, una concavidad insólita, una realidad lóbrega y etérea. La zona oscura es el misterio de la piel que, incómodo, tú habitas. La zona oscura es tu propio cuerpo, que supura tedio como una herida emponzoñada.* ¿Mi teoría favorita?: *la zona oscura no es otra cosa que un salto de fe.*

XXI. ¿Hacia dónde imaginar la huida, cuando la luz lo es todo? No tardé en vislumbrar a qué se refería el alcaide respecto a los batidos. Si bien mi mente presentaba una claridad aguda, inusual, había como un cansancio en mí, un cansancio en la motricidad concreta de mi cuerpo. Era como si el espesor de la existencia hiciera que mi cuerpo se sintiera letárgico, sus movimientos ralentizados, como si él —mi cuerpo— comprendiera mejor que mi mente el peso de la zona oscura. La verdadera cárcel, pensé en ese momento, no era el CPC, no eran las relaciones con reos y celadores, sino la nebulosidad soporífera de tu propio organismo, compuesto por innumerables concavidades moleculares que son, en última instancia, infinitos reinos de oscuridad. *Deberás decir adiós, y recogerte al espacio de tu cuerpo*, decían unos versos en mi pad. En ese momento lo comprendí: si quería escapar de la prisión, iba a necesitar la ayuda de alguien más.

XXII. Por supuesto, tenía que ser alguien operativo, que estuviera bajo la influencia de los fármacos (un par de días antes un reo petulante, del bloque contiguo, que había seguido mi ejemplo de no beber los batidos, terminó por sacarse la escafandra del mameluco espacial en plena visita a la zona oscura. Murió de hipoxia en menos de treinta segundos, y entonces se oyó una voz en el casco de los reos que, absortos en la oscuridad, se encontraban cerca del finado: *se invita cordialmente a los reos a que se aparten del señor Emerson y, de forma ordenada, abandonen la zona oscura; les pedimos las disculpas pertinentes por los efectos negativos que esto pueda ocasionar en su experiencia. Atentamente: los celadores.* Luego un celador de traje fosforescente se ocupó de cargar el cuerpo del reo de vuelta al pabellón. No hubo funeral ni ceremonia alguna; no tengo idea de qué habrán hecho con su cadáver. Pensé, por ende, en Bali o Turbina; a Romo lo descarté por malhumorado y a Yiorch lo descarté por su estupidez. Turbina, si bien era la más cercana a mí, podía resultar contraproducente debido a su embarazo, que de cierta forma la limitaba tanto como a mí me limitaba la carencia de sedantes —recordé el fastidio que me produjo verla detenida a los pies de una escalera, sobándose con las dos manos su panza gigantesca, juntando

valor para subir los escalones—. Una persona así no me servía; tendría, entonces, que convencer a Bali.

XXIII. Acostado patéticamente en el camastro de polímero, como si la gravedad del pabellón se hubiera acentuado en esos días sin los fármacos, le expliqué a Bali mi plan para escapar del CPC. Ella me oyó, con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo, alzando sus ojos grises por sobre los lentes bifocales.

—¿Y por qué no lo hace usted mismo, Jolx? —me preguntó.

Le expliqué la condición en la que me encontraba, y los pros y contras de no consumir los batidos. Le hice notar que ella era muchísimo más joven que yo. Y le pedí, además, referirse a mí como *doctor* Jolx. Ella se ajustó en el tabique los lentes de marco púrpura, ensanchando sus ojos.

—¿Pero, Jolx —dijo, ignorando mi solicitud—, y si volviera a tomar los batidos?

Insistí en que me llamara *doctor*. Le dije, también, que probablemente recuperaría mi motricidad, pero con el costo de olvidar en unas pocas horas mis anhelos de libertad. Ella se quedó quieta un momento, sin pestañear, como rumiando mis palabras. La línea azulina que dividía su nariz me incomodaba, pero no podía dejar de mirarla.

—Lo voy a ayudar —dijo—, pero con un par de condiciones.

Le pedí que las nombrara.

—Primero que nada, no quiero llamarlo *doctor*. Y segundo, lo voy a ayudar solo en caso de que su plan de escape sea factible de realizar. ¿Qué sabemos, en definitiva, de la zona oscura? ¿Hasta dónde se extiende su dominio?

Le dije, un poco encrespado, que ya lo averiguaríamos, que dejara todo en mis manos. Y no volví a insistir, a pesar de mi irritación, en lo de *doctor*.

XXIV. Trabajar con Bali resultó más complicado de lo que esperaba. El problema no era ella: eran los batidos. Cada vez que los bebía teníamos que volver a tener la misma conversación sobre mi plan de evasión. Con los días, comencé a economizar mis palabras, buscando el discurso justo y necesario para que accediera a ayudarme. Evité, por ejemplo, pedirle que me llamara doctor. Y decidí, en un arrebato de eficiencia, enviarla a realizar encargos apenas accedía. Descubrí que su momento de mayor lucidez era la hora antes de tomar los batidos; usaba ese momento para nuestro diálogo. Descubrí también que había una frase, leída en los versos de mi pad, que actuaba como un catalizador ante su pregunta, ¿y por qué no lo hace usted mismo, Jolx?, y que servía bastante para no perder mucho tiempo en tratar de convencerla. Era como si le activara

un interruptor del pensamiento entumecido por los fármacos. De manera que, inmediatamente después de exponerle mi idea inicial, minutos antes de solicitarle el encargo de ese día, siempre respondía a su pregunta con la frase: *porque en las sombras, Bali, hay que actuar con aquella hidalguía de la individualidad, que consiste en insistir una y otra vez ante la vida.*

XXV. Algunos encargos que le pedí a Bali: que se internara en la cocina del pabellón e investigara qué compuestos conformaban los batidos. Que averiguara cuánto duraba el oxígeno en el traje fluorescente de los celadores. Que dibujara un plano del pabellón o, en su defecto, consiguiera un mapa en la oficina del alcaide. Que si tenía la oportunidad de revisar ese espacio —la oficina—, investigara si el viejo guardaba en algún lado apuntes o textos informativos sobre la zona oscura; necesitábamos saber cuál era su extensión en kilómetros cuadrados. Le entregué mi pad (una tortura para un hombre paralizado en su propia cama), que contenía un programa de grabación, para que tomara notas verbales de manera de no olvidar la información que iba levantando. Esperaba con ansias, aislado en mi estado de inmovilidad, a que ella volviera de sus exploraciones. Cuando lo hacía, yo notaba en sus ojos marchitos la necesidad de ingerir un batido. En ese instante, consumida por el agotamiento de mi encargo, me devolvía el pad y, si lo recordaba, me contaba un resumen de lo averiguado, que lentamente se iba desvaneciendo de sus pensamientos a medida que engullía groseramente el líquido espeso, colmado de sedantes, que un celador le había dejado en el velador metálico a un costado de su cama.

XXVI. Algunos datos recabados por Bali: la composición química completa de los batidos, cargados de inhibidores enzimáticos y neurológicos; el tiempo de duración del mameluco espacial de los celadores —nueve horas—; una representación verbal de la distribución del pabellón; y el título y descripción general, en una de sus grabaciones, de un cuaderno escrito a mano que pertenecía al alcaide. *Estudio de las sombras*, decía la voz grabada de Bali, leyendo el título en su habitual tono nasal; *un ensayo sobre texturas deliberadamente relajantes, diseñadas para brindarle al reo un espacio donde encontrar quietud y colapsar en el descanso de las sombras, es decir, para desaparecer completamente y fundirse con la poesía intrínseca de la zona oscura.* Intrigado, le pedí que me trajera ese cuaderno. Me dijo que no se atrevía a hurtarlo, pero que sacaría fotografías con mi pad en su próxima visita. Mi decepción fue enorme cuando, unos días después, Bali trajo las imágenes, y las hojas del cuaderno, proyectándose holográficamente desde mi pad, me mostraron en la primera página la letra curvilínea y elegante del alcaide que decía:

Se ha ido el sol, sin dejar epitafio

Todavía está cálido en las sombras

Pero no es suficiente.

XXVII. No hay como la imagen del reo que, dentro del límite corporal que lo aprehende, rasca el muro de las ideas hora tras hora, con el borde filoso de su mente, buscando la forma de alcanzar su propia libertad. No sé cuánto tiempo pasé en cama, acongojado, tratando de superar la depresión que me causó descubrir que el autor de los versos que tanto había disfrutado no era ni más ni menos que el alcaide del CPC. Y como si él supiera de mi decepción, ya fuera por ayudarme o por humillarme, cada cierto tiempo enviaba un celador a limpiarme el cuerpo con una toalla húmeda, y a cambiarme los pantalones meados o cagados, dependiendo de mi actividad fisiológica. Como no podía ir al casino a alimentarme de las papillas nutricionales que servían de almuerzo y cena, un celador me traía la bandeja hasta el velador y, como a un anciano o una guagua, me daba de comer con una cuchara pequeña. Había dejado de pedirle encargos a Bali, y ella también había olvidado —por la influencia de los batidos— nuestro plan de evasión. Ese estado taciturno fue complejo, pues, sumado al cansancio del cuerpo, sentía como un cansancio de la inteligencia abstracta, el más terrible de los cansancios quizás, ya que es el cansancio de un hombre que se sabe derrotado por la conciencia del sistema penitenciario.

XXVIII. Pero no por nada yo había armado el imperio de farmacéutica cibernética más grande de Ceres. Un día cualquiera, más por aburrimiento que por otra cosa, decidí aunar la información levantada por Bali. Empecé a hilvanar puntos y, entonces, logré dilucidar cómo debía proceder: alternaría, día por medio, el consumo de los batidos; en los días en cama, en que no consumiera los sedantes, dejaría en manos de Bali los encargos, mientras yo dejaría grabaciones en mi pad de manera que, en los días amnésicos, yo mismo pudiera recordarme cuál era mi misión. Como había calculado el tiempo en que los batidos tardaban en hacer efecto en el organismo promedio, dejaría programada una alarma en el pad para que, una vez pasadas las dos horas de consumo, que es cuando empiezan a actuar las drogas en el sistema nervioso, la grabación de mis palabras se activara automáticamente.

XXIX. Y así estaba, caminando una mañana —¿o una tarde?— por los pasillos blanquinegros del pabellón, tratando de evitar el contacto repelente que me producía la presencia de reos y celadores, sobre todo de celadores, cuando en el pad conectado a mi antebrazo comenzó a sonar una musiquita de sintetizadores ridículos. Y fue apenas acerqué el pad a mi cara que mi propia voz, emergiendo desde sus parlantes, me dijo:

—Para el hombre que investiga la zona oscura, para aquel que se ha adentrado en la noche eterna y conoce sus profundidades, la oficina del alcaide es la solución. Revisa el listado, y no olvides tu plan de evasión.

Me fijé en la pantalla del pad: había una serie de tareas, algunas tachadas y

una, en particular, subrayada en rojo, que debía llevar a cabo. Me dirigí, con la dulce determinación de un autómata, a la oficina del alcaide. No sabía bien lo que buscaba, pero mi propia voz no tardó en recordármelo:

—*Averigua la superficie de la oscuridad.*

XXX. La oficina del alcaide era un espacio amplio, de seis por seis metros, cuyas luces cálidas, de un amarillo verdoso, iluminaban un enorme y pesado escritorio del más fino mineral nacarado, y una mesa de reuniones al costado donde, por lo general, los bloques contenían sus ventanales que miraban hacia la zona oscura. Pero en vez de ventanales, la oficina del alcaide presentaba una serie de pantallas holográficas, una al lado de la otra, que proyectaban un paisaje tropical, de tupido follaje, cuyo suelo estaba cruzado por las sombras conformadas por un entramado de hiedras, lianas, y la robustez cetrina que los árboles imprimían con el verdor de sus copas chasconas. El paisaje me produjo un vértigo inesperado que me hizo retroceder, aterrado, contra el escritorio del alcaide. Evitando las náuseas, comencé a remover sus cajones: no encontré nada sustancial. Su cuaderno, titulado *Estudio de las sombras*, era lo único que podía contener alguna información importante. Revisé mi pad, buscando señales de este cuaderno en el índice del listado. Mi propia voz me recordó que el cuaderno no servía: solo eran los delirios seniles de un funcionario penitenciario. Seguí buscando, angustiado, revolviendo documentos administrativos, cuando escuché la voz jocosa del alcaide a mis espaldas:

—Usted, señor Jolx, es un hombre testarudo.

—Es *doctor* —le respondí, enfrentándolo—, doctor Jolx.

XXXI. El alcaide, que parecía representar mejor que nadie el espíritu de los celadores, no se molestó. Al contrario: me invitó a tomar un té con golosinas en la mesa de reuniones. Un celador de pinta particularmente hermafrodita nos trajo una bandeja metálica con dos bollos, una tetera plateada con dos tazas similares y, después de verter el líquido fino y dorado, se retiró de la oficina. El alcaide me preguntó qué estaba haciendo allí, y yo no tuve reparos en responder con la verdad: quería aprender más sobre la zona oscura. ¿Se trata de un experimento?, pregunté. El viejo, perfumado, cuyo rostro particularmente rosado estaba lleno de arrugas tersas, lisas, sonrió, plegándolas aún más.

—No, no es un experimento —dijo—. Siempre me preguntan qué es la zona oscura, pero yo no sé qué responder. La única respuesta posible a la que he llegado, después de años de administrar este lugar, es que la zona oscura es un compromiso; una especie de rito que los habitantes de este planeta enano hemos inventado para traer aquí a aquellos condenados que han cometido crímenes de lesa humanidad, y para imponer en ellos una falsa idea de esperanza. No por crueldad, no, sino más bien como una provocación a la cara del mundo material,

que solo puede ser correspondida con un acto de reivindicación no apto para espíritus endebles. Porque, para aquellos espíritus que creen, que dominan férreamente su destino, lo imposible siempre será posible. ¿No lo cree así, *doctor* Jolx?

—Lo creo —respondí, incrédulo—. ¿Pero qué tamaño, qué superficie abarca la noche?

El alcaide, sin perder la sonrisa, resopló.

—Usted todavía no lo entiende. En la zona oscura, la única regla, que aparece correspondida por su propio entorno físico, es la de la mezcla, la de la mutabilidad de todo. El elemento que administra el cambio y que disuelve las formas, que lava, decae y refunda, es la oscuridad, que todo lo invade, incluyendo al espacio y al tiempo. Nada es estable en la zona oscura y, según el ángulo y el tiempo de observación, todas las materias, que no pueden verse, se perciben engañosas; un campo de cráteres duros, congelados, con polvo arremolinado encima, pareciera ondular por efecto de las irregularidades de la noche y convertirse en una ciénaga agitada, con una superficie móvil y polvorienta, una cáscara de hielo acuoso que ha sido inutilizada por la oscuridad, confinada al estatuto de mero motivo plástico. Lo que quiero decir, doctor Jolx… —y aquí su sonrisa se desvaneció, pero no por un intento de severidad inesperada, sino por la pesadumbre que le provocaba tener que decirme lo que iba a confesar a continuación— es que *nadie* escapa de la zona oscura, y no porque el CPC o sus funcionarios intenten impedirlo. ¿O acaso no se ha fijado que las naves que arriban aquí nunca retornan a la capital?

XXXII. Las palabras del alcaide rechinaron en mí, y seguirían rechinando cuando las escuchara en la grabación de mi pad durante los días venideros. Sabía que tenía poco tiempo para actuar, por lo que comencé a preparar mi salida. Exhortado siempre por mi voz en las grabaciones, robé, sin grandes dificultades, dos trajes espaciales de celadores, con sus tanques de oxígeno completos y las baterías totalmente cargadas para prolongar al máximo el tiempo de su luz fosforescente. También me interné en la cocina del pabellón —quizás el espacio más tétrico y elegante del CPC, un salón grisáceo de luminarias atenuadas, cuyos perímetros estaban constituidos por enormes ventanales permeados de oscuridad — y llené dos cantimploras con los restos de batidos. Cambié, además, mientras los cocineros no se encontraban allí, la nomenclatura de la próxima tanda por salir. Lo curioso es que algunas de mis acciones las realicé a vista y paciencia de los celadores, y ni uno hizo grandes esfuerzos por detenerme. Quizás el alcaide les había pedido que me dejaran tranquilo, quizás su forma de ser, de una ingenuidad empalagosa, no tenía límites. No importaba. Lo importante era que estaba listo para mi travesía hacia la emancipación de mi cuerpo y alma, pero para eso debía cruzar primero a través del vórtice más misterioso y peligudo de

todos: la zona oscura. Esa noche —la misma noche permanente de los últimos años— grabé en mi pad las últimas instrucciones, modificando ciertos aspectos de mi escafandra, y exporté los audios al disco duro dispuesto en el núcleo de mi mameluco espacial.

XXXIII. El pasado deviene en presente. Mis ojos están cerrados. Suena la alarma en mi pad: es la hora de los batidos. Los celadores comienzan a aparecer, con su amabilidad habitual, por los bloques, repartiendo el bebestible. Yo rechazo, como lo hago día por medio, el mío; en cambio, retiro mi cantimplora y bebo su contenido al seco. Procuro que a Bali no le entreguen su batido: no es difícil amedrentar a un celador. Bali, extrañada, me mira con su mirada pasmosa, repantigada sobre su cuerpo pastoso. Le ofrezco la otra cantimplora. Ella bebe sin entender, pero sin hacer preguntas. Miro de lado a lado el bloque S: el resto de mis compañeros bebe los batidos que han traído los celadores. Es lamentable, pienso, pero lo cierto era que no los extrañaré (sobre todo a Yiorch). Retiro por debajo de las camas los dos mamelucos espaciales y le digo a Bali: vístete.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunta.

—Solo vístete y sígueme —le digo—. No tenemos mucho tiempo.

La veo dudar por un momento, luego se ajusta la escafandra en su cabeza redonda.

XXXIV. Los batidos, de nomenclatura modificada, comienzan a hacer su efecto: primero un lamento de gemidos parvos, seguido de un clamor de aullidos y alaridos que resuenan furiosamente por todo el pabellón.

—Pase lo que pase —le digo a Bali—, no dejes de avanzar.

Nos internamos, con nuestros mamelucos refulgentes, por el pasillo principal que se dirige al portón metálico del túnel. Si he calculado correctamente, hace diez minutos deberían haber retirado la cerradura para el paseo del primer turno. Los reos, como zombis, se desbordan desde los bloques: frenéticos, se agarran las cabezas, las panzas, chillando como alarmas. Es un despertar impetuoso que destranca una energía contenida, deletérea, detonando en forma de vómitos, sacudidas violentas, acciones aviesas, como arañazos sin coordinación en los miembros o choques clamorosos de almohadas, mientras los celadores deambulan, dislocados, de bloque en bloque, tratando de contener la batahola desatada. No podría llamarse un motín, porque no es la conciencia lo que actúa sobre los reos; más bien la subconsciencia.

—*La verdad quema* —escucho decir a mi propia voz, activándose en el audífono interno de mi escafandra—. *Pero tú, Jolx, doctor Jolx, tú no dejes de avanzar.*

XXXV. Alcanzamos, abriéndonos paso entre la muchedumbre de reos encrespados, el portón: está abierto. El túnel se vislumbra borroso, con sus luces en blanco y negro, y el final, apenas discernible, se alza ante nosotros.

—*Avanza* —escucho a mi voz—, *no mires hacia atrás.*

No puedo evitarlo: miro hacia atrás. Más allá del caos delirante de reos y celadores, al otro extremo del pasillo, veo a través del visor de mi escafandra al alcaide, de pie, mirándome de vuelta. Activo el zoom del visor y la imagen aumenta diez veces su tamaño: efectivamente, el alcaide me mira, y la expresión en su rostro es de una tristeza tremebunda; sus ojos, enrojecidos, están próximos al llanto, y sus labios se curvan hacia el mentón, dejando entrever un puchero infantil que me produce una sensación escalofriante, dado el contexto habitual del CPC, donde todo es indolencia o júbilo, dependiendo de qué lado de la ley te encuentres. No sin un dejo de sorna, levanto la mano en señal de despedida; él, descalabrado, hace lo mismo. Entonces me vuelvo nuevamente y, haciéndole un gesto fehaciente a Bali con la mano, comienzo a avanzar por el túnel.

XXXVI. El cruce del túnel nunca fue fácil y ahora tampoco lo es, pero aquí estamos. A medida que avanzo y las imágenes alborotadoras del bosque comienzan a proyectarse, invadiendo con su fulgor colorinche la perspectiva del arco, los batidos ejercen sobre mí su efecto desmemoriado y entonces me detengo.

—¿Qué pasa? —dice Bali, trémula, despavorida, apretándose contra mi espalda.

—No sé… —respondo, genuinamente desconcertado, a medio camino del bosque. El peso de la naturaleza y su gama verdosa es gigantesco, y puedo oír a través del audífono de mi escafandra el jadeo de Bali intercalándose con el mío. Entonces escucho mi voz:

—*Avanza. Estás en una misión de libertad. Avanza hacia la noche, doctor Jolx.*

Los pájaros comienzan a trinar, pero yo los ignoro. Me enfoco en el mantra susurrante de mi propia voz, que resuena en la cúpula etérea de la escafandra: *avanza.* Y avanzo, dando trancos determinados hacia lo que, difuso, más allá del vigor enardecido de la arboleda, se vislumbra al final del túnel: la salida a la zona oscura. Escucho cómo la respiración de Bali se acelera, pero no miro atrás: avanzo. Nada puede detenerme ahora y, como si hubiera calculado a la perfección el cronometraje de mis acciones, al mismo tiempo que alcanzo el portón esmerilado y el bosque comienza a ser absorbido por la oscuridad, escucho a mi voz exhortándome, diciéndome, como una cachetada, que es una invitación a despertar:

—*Estás en el umbral, doctor; este es el momento más importante de tu vida.*

XXXVII. Bali, jadeante, se detiene a mi lado mientras yo activo la apertura del portón. El metal no suelta ni una resonancia: la atmósfera oscura fagocita todos los sonidos. Delante de nosotros: la noche imperecedera. Un escalofrío de emoción me recorre el espinazo.

—*Es hora* —digo, dice mi voz en la escafandra.

Estoy a punto de iniciar la marcha cuando Bali, sin moverse, me pregunta:

—¿Qué estamos haciendo, Jolx?

Me doy vuelta. No quiero hacerlo, pero lo hago.

—Escapando, Bali.

Ella permanece inmóvil, medio trastornada por las luces reflectantes de mi traje.

—No —dice después de un momento—. No pienso salir allá afuera.

—¿Por qué no? —le digo, irritado.

—Porque... prefiero la luz.

Me quedo quieto, en el vano del portón, a un paso de la oscuridad.

—¿Aunque sea un artificio? —le pregunto.

—Aunque sea un artificio —dice ella.

Una quietud inextricable contiene mi rabia y solo me nace decirle:

—Como quieras. Ya conoces el camino de vuelta.

Bali no lo piensa dos veces y, con una voluntad endurecida que no había percibido antes en ella, mucho menos en su cuerpo achatado e incómodo, corre, escapa, de vuelta, dando grandes zancadas ralentizadas por la falta de gravedad del túnel, sin presurizar. Yo tampoco lo pienso dos veces y luego de pulsar en el tablero el cierre del portón, ignorando el sopor de mi cabeza y el temblor incipiente de mis miembros, me vuelvo a enfrentar a la noche, mi destino, y me dirijo hacia ella con un ánimo eléctrico y, por qué no, bastante existencial.

XXXVIII. Avanzo, y todo lo que veo es la nada. La fosforescencia de mi traje no ilumina más allá de un radio de diez centímetros y apenas puedo advertir las texturas incoloras del terreno congelado a mis pies. Tengo miedo y, tan pronto percibo un ligero escozor en la base de mis ojos, los cierro, apretados, sin dejar

de avanzar.

—*Camina en línea recta* —dice mi voz.

Camino en línea recta. Mis ojos permanecen cerrados, y la noche, indeleble, me provoca espasmos esporádicos. En ese vacío irreal, de una espesura truculenta, sofocante, intento concentrarme en mi respiración, para no gastar oxígeno de más. El cansancio del cuerpo y la mente es enorme, la cabeza siente como una presión, un hormigueo hipnótico que emana de la zona oscura, un letargo barroso que, imposible de ignorar, me impide llevar un ritmo constante de marcha. Pero intento concentrarme y percibo otra sensación: el frío, agudísimo, bajo los cien grados Celsius, me cala la piel, y si bien el traje es perfectamente hermético, una brisa que no es viento comienza a golpearme por ambos costados. Entonces pierdo el equilibrio, caigo en un vacío que no veo y mi cuerpo, alelado, rueda sobre sí mismo mientras se desploma hacia la vorágine de lo que pareciera ser un cráter.

—*Camina en línea recta* —repite mi voz en la escafandra.

Colapso sobre algo, un terreno que parece firme, y con mucho esfuerzo me pongo de pie. Por un instante breve, abro los ojos: es un error. Me arden furiosamente y los cierro, pero es tarde: la noche ha entrado en mi percepción visual. Comienzo a desesperar, solo unos segundos, porque entonces recuerdo que el día anterior he modificado mi escafandra y doy la orden verbal de que el dispensador de agua oxigenada me aplique dos chorros en los ojos. Funciona, el ardor se atenúa por un instante, y después de tomar aliento, emprendo nuevamente mi peregrinaje. Si bien el terreno a mis pies se siente firme, posee una cualidad mínimamente resbalosa que, es inevitable, me perturba, y desacelero el paso.

—*Camina en línea recta* —dice mi voz, una vez más, como si percibiera que no estoy avanzando a la velocidad que mis cálculos han determinado como necesaria. Ignoro mi propia voz, pero no puedo olvidar las palabras del alcaide respecto a la mutabilidad de la zona oscura; aun así, a pesar de que a veces las texturas del suelo me hacen trastabillar, no me detengo. Una indolencia vibrante se ha apoderado de mi cuerpo y, a medida que las imágenes de chispas amarillentas se van desvaneciendo en el lienzo de mis párpados cerrados, empiezo a sentir la ausencia de mí mismo. Percibo a mi cuerpo como un mecanismo ingrávido que, con cada paso que da, palpita, se tensa, se relaja y sigue avanzando, pero no por la voluntad de mi mente. Es como si me hubiera convertido en un androide, o algo peor, como si mi espíritu se hubiera desfasado de su contenedor y contemplara con estupor curioso, como detrás de él, sus acciones. Mi espíritu ve, aunque ver es un decir, porque no *ve* precisamente, sino más bien percibe, no al mameluco fluorescente que no deja de avanzar, alejándose, sino a la gran *claridad* de la noche, toda ella notable, un repositorio

inmortal de negrura embriagadora que también mira de vuelta, machacando oscuridad sobre ese cuerpo que se aleja, borrando sus huellas invisibles de ese desierto nocturno, congelado e infinito.

—*Camina en línea recta* —dice una voz lejana, que ya no reconozco.

XXXIX. Estoy caminando, encorvado; eso es lo primero que percibo al recuperar la conciencia. Las baterías de mi traje fosforescente ya se extinguieron, lo mismo que el audio de las grabaciones; solo queda la carga de emergencia que, con gran esfuerzo, me muestra lo más urgente: el marcador de oxígeno. Aparentemente he caminado durante mucho tiempo: no sé cuánto con exactitud, pero el nivel de oxígeno —que había calculado para nueve horas— está bajo, bajísimo, apenas queda un cuatro por ciento. Me cuesta reconocer si existo o no; todavía sigo ligeramente separado de mí mismo, funcionando a destiempo. Pero existo, creo: mis ojos comienzan a arder apenas los enfoco en las tinieblas. Pido un chorro de agua —mi voz se escucha débil, como un quejido ronco y susurrante—; la tibieza del líquido logra despabilarme un poco más. Entreabro los ojos y me fijo otra vez en el visor: tres por ciento de oxígeno. Vuelvo a cerrarlos y sigo caminando, pero entiendo: voy a morir, si es que no he muerto ya, y esto es la muerte; una eterna caminata por la zona oscura. Hay oscuridad a mis espaldas y oscuridad delante de mi torso; sin cuestionármelo, sigo avanzando hacia ella, hacia la nada, porque no me queda otra cosa por hacer. A través de la rendija de un párpado, vislumbro que me queda un dos por ciento de oxígeno. Cierro los ojos y camino. Dejo pasar un lapso de tiempo indefinido antes de volver a revisar el marcador del oxígeno: uno por ciento. Me detengo, entonces, porque, aunque no estoy pensando coherentemente, presiento que, en términos netamente psíquicos, no tiene mucho sentido expirar durante el acto de caminar. También abro los ojos: ya no me importa el escozor de la oscuridad. Mis ojos arden por un instante; pido, con la última bocanada de aire oxigenado, un chorro de agua. El visor indica un cero por ciento. Mis ojos, abatidos, miran alrededor: no hay nada. Ningún horizonte, ningún terreno, ningún cielo. Nada en absoluto. Solo un vacío negro en el que me encuentro suspendido, sin oxígeno, sin esperanza. Empiezo a sofocarme lentamente. La tráquea se me aprieta, mis pulmones se esfuerzan por alcanzar algún residuo de aire fresco inexistente.

—*Camina en línea recta* —dice una voz que no es la mía, pero que también lo es. La escucho por fuera de la escafandra, pero también por dentro de mi cuerpo. Sin aire, más ligero que las tinieblas, avanzo, asfixiándome, dando bocanadas inútiles, con la lengua afuera como un perro. Doy un paso y siento que he avanzado un año entero. Y es quizás por eso, porque genuinamente *creo* que con cada paso que doy avanzo años, que de pronto me encuentro con la luz, una mota brillante, lejana y difusa, que me estremece, porque en un comienzo me parece una ilusión, una ilusión tan real que, por el horror de la asfixia, me

exaspera al punto de no poder mantener un paso firme hacia ella; pero después, a medida que sigo gateando en esa dirección, la mancha luminosa se va ensanchando en medio de la seda negra, crece como un punto originario de la materia, el espacio y el tiempo, aumenta hasta tomar la forma, primero, de un pabellón cruzado por haces de luz que lo traspasan, en sus innumerables aperturas, y luego en la boca abierta de un túnel de luces duras, en blanco y negro, donde, antes de perder el conocimiento, alcanzo a distinguir las letras enormes que la coronan, y que dicen: *Centro Penitenciario de Ceres.*

XL. Abro los ojos. Un fulgor verdoso me deslumbra y por un momento me hace arrugar el entrecejo y plegar los párpados, hasta que puedo volver a abrirlos de par en par. Me encuentro de espaldas, bajo las ramas húmedas y los troncos resinosos de un bosque que se viste de un magnífico resplandor de luz. Una onda de júbilo crece como un torrente en mi interior; entonces levanto la cabeza y miro al alcaide y su séquito de celadores, formados a mis pies, como un ejército de figuritas acarameladas. Gélido, despavorido, me pongo de pie, y mientras me estoy parando, lo noto: me han quitado el mameluco espacial y estoy semidesnudo. El alcaide, perfumado, enrojecido de rosácea, me echa un vistazo serio, que no parece real; entonces su cara sonrosada, conmovida, se frunce de emoción y sus brazos se abren ante mí. Yo me acerco a él y, como un niño que ha perdido la inocencia, lo abrazo con la misma fuerza con que un hijo abrazaría a su padre, o un muerto abrazaría a un vivo, y lloro, lloro grotesca, desconsoladamente, lloro sobre su hombro, y mientras lloro, el alcaide me da palmaditas suaves en la espalda, diciéndome *shhh, no pasa nada*, y yo sigo llorando, no puedo dejar de llorar, y no sé cuánto tiempo pasa hasta que me calmo al fin, y de pronto siento un alivio dulce, inesperado, un alivio muy parecido a la luz del sol.

LOS ESCOMBROS

—Este es un asunto serio —dijo Tello meneando la cabeza.

Yo asentí sin entender del todo.

—Alguien tiene que ir a hablar con él —insistió, acariciándose el bigote.

Todos callaban. Yo también. Nadie quería ofrecerse.

—¿Y por qué no vas tú? —dijo la Chancha revolviendo la olla. Se sentía un leve olor a curry en el aire. La madre de Tello, ante el comentario de la Chancha, dejó escapar una queja, y Tello, estirando la palma de su mano en dirección a la vieja, la hizo callar de golpe. Luego posó su mano quieta en el mentón, un par de dedos sobre los pelos rubios encima de su boca, y habló con firmeza:

—¿Estás hablando en serio, Chancha de mierda? Yo no puedo ir: soy el que organiza las cosas acá. ¿O se te olvida?

—Yo me puedo hacer cargo… —lo interrumpí, sin querer fijarme directamente en Valery—. Tú podrías ir —miré a Tello a los ojos—, eres el que tiene más bla blá.

—¿Cómo *bla blá*, Turroncita? —sus dedos se deslizaron de su mostacho a mi cara, luego presionaron mis mejillas. Tello me miró con los ojos entornados. Me asusté por un segundo, pero me repuse de inmediato. No me gustan los diminutivos.

—No me digas Turroncita. Me llamo Turrona.

—Eres una mujer, ¿y quieres quedarte a cargo? —el tono de Tello era burlón

—. El que manda acá soy yo. Quizás deberías ir a hablar tú.

Silencio.

Miré los rostros expectantes: todos ojos sin pestañear, caras fúnebres, estúpidas en su medida, todas excepto la cara luminosa de Valery, su boquita roja hacia delante, sus ojos brillantes escondidos bajo las espesas matas rubias de su chasquilla, y sus pechos, inevitables a la vista, dibujándose debajo de la camiseta deshilachada. Pasó una luz amarillenta por entre la enfierradura de un muro desmembrado. Algunos muchachos se sobresaltaron.

—Bueno —dije al fin—, yo voy. Pero solo si alguien me acompaña.

Escuché un suspiro proveniente de alguien de pie detrás de Tello. Pensé en Valery, quería que fuera Valery, pero no.

—Yo voy contigo —dijo la Chancha, limpiándose las manos en la polera andrajosa—. Alguien que se quede revolviendo la comida.

Tello la miró serio, como si nadie más supiera cómo revolver una olla.

—Bueno —dijo—, ¿alguien más se ofrece a acompañarlos? ¿Un hombre? No pueden ir solas dos mujeres, él no las va a tomar en serio.

Vi algunos ojos parpadear, otros se cerraron por completo. La oscuridad hacía que todo fuera más difuso.

—Yo también voy —dijo el Manchego tratando de ponerse de pie, trastabillando en el proceso. Todos los presentes dirigimos nuestras miradas hacia él: el Manchego dejó caer el bidón de parafina que usaba para volarse. Se tambaleó un poco, luego apoyó su mano sobre el hombro de la Chancha—. Yo también voy —dijo otra vez, como para darse ánimos a sí mismo.

—Tres son más que suficiente —dijo Tello sin dejar de acariciarse el mostacho—. Ya conocen sus demandas… Que alguien traiga el bolso.

Uno de los presentes, no pude reconocer quién, caminó hacia los escombros. Al pasar cerca de la olla casi le dio una patada a la cocinilla. Nadie dijo nada: todos estábamos nerviosos, yo más que cualquiera. Revolvió un poco los pedazos metálicos de muro que había en el suelo, recogió un bolso azul de marca deportiva. Caminó hacia nosotros y se lo alcanzó a Tello, quien lo depositó en el suelo con cuidado y abrió el cierre.

—Están recién lavados —dijo, y sacó uno a uno los trajes del bolso.

*

Miré hacia abajo y vi postes y escaleras, todo completamente vertical. El aire se sentía arenoso y había un tinte amarillo en el cielo. Estábamos rodeados de ceniza. Desde la altura que proporcionaban los escombros del Gran Hotel solo se podían apreciar siluetas difusas de otras edificaciones alrededor. Del lago artificial, nada.

—Cuidado con ensuciar los trajes —dijo Tello mientras la Chancha se acomodaba para bajar por la primera escalera. Después el Manchego la siguió y, a continuación, yo me agarré de los tubos de metal. Me detuve un segundo: Tello dio media vuelta y caminó hasta el borde del enorme hoyo que había al centro de la losa. Valery lo siguió: se detuvo en el límite y miró al vacío de losas perforadas, un espacio de aire que atravesaba los restos del edificio verticalmente, hasta alcanzar el nivel de la calle, donde yacía una enorme roca negra escupida un par de semanas antes por el volcán. Antes de empezar mi descenso, buscando forzosamente su mirada, alcancé a verla tirando piedritas volcánicas por ahí. Ella no miró de vuelta.

*

Caminamos por una amplia avenida, las tres vestidas de blanco (las dos más el Manchego). La corbata me pegaba en la cara, por el viento: tuve que meter la punta dentro del pantalón. En los bordes, naves partidas, algunas volcadas, varios árboles quemados, difusos, sus troncos cafés y borrosos. Nos amarramos las pañoletas sobre la boca y la nariz, y nos pusimos los lentes para protegernos del polvo de ceniza.

Miré a la Chancha, que iba al medio: se veía bastante gruesa en su traje, la chaqueta y los pantalones le quedaban cortos, y en la camisa resaltaban sus enormes pechos. Un poco más atrás, el Manchego caminaba con estilo, estirando con soltura los brazos y piernas. Ese viejo drogo era el único que no se percataba de la situación en que estábamos metidas y el único sin ningún tipo de protección en la cara.

Pasamos lentamente una vitrina que había sido una tienda de ropa más bien cara en su momento. Tienda para turistas. El ventanal estaba quebrado y la tienda había sido saqueada. Me fijé en el reflejo de los vidrios que quedaban: los tres caminábamos desparramados, vestidos impecablemente de blanco. Ninguno resaltaba por sobre los demás: parecíamos una banda de música pop.

El Manchego, que moquilleaba hacía rato, se acercó a uno de los pocos árboles que, a pesar de su condición destartalada, todavía tenía algunas hojitas. Se detuvo frente al árbol, posó suavemente su mano en el tronco. Luego escupió sobre la corteza.

—¿Para qué le escupes al árbol, viejo estúpido? —se detuvo molesta la Chancha.

El Manchego no se inmutó. Simplemente dobló el cuello, dirigiendo su vista hacia el vaporoso fondo de la calle, y siguió caminando. La Chancha y yo lo seguimos. Iba a decir algo, pero luego me quedé callada al ver un cepillo de dientes derretido por la lava seca a un costado de la vereda.

*

Un resplandor fugaz, como un rayo antes del trueno. Y luego explosiones en el cielo. Corrimos a escondernos en los escombros, detrás de la carnicería del barrio: el olor era putrefacto. Me puse la mano en la pañoleta, apretándome la nariz, y volví a mirar hacia arriba. El polvo apenas dejaba pasar el sol, pero el calor era insoportable. El Manchego cerró los ojos, se tapó los oídos con las manos y comenzó a tararear una canción.

—¿Qué pasa? —dijo la Chancha.

Yo no respondí: ambas teníamos claro qué pasaba.

Distinguí los chispazos del volcán Ahuna Mons que, a pesar de su altura kilométrica, no se veía por la gruesa neblina que cubría a la colonia. Las partículas de ceniza, sobrevolando en el aire, apenas dejaban entrever su tercer pulso eruptivo.

Vimos sobrevolar por entre los árboles quemados una cosmonave que pasó tronando como un buey. Era gris metálica, y la visión de las rocas volcánicas cayendo sobre ella me produjo un turbulento placer estético. La nave era seguida por tres navecitas más pequeñas, que disparaban ráfagas de agua tratando de aplacar inútilmente el fuego de los incendios provocados por la erupción.

Vi cómo una turbina de la nave explotaba, y luego cómo esta descendía diagonalmente hacia la tierra. En su caída pasó a llevar cables y postes: estos se derrumbaron sobre algunas edificaciones, provocando la destrucción de la calle más abajo de la carnicería donde nos estábamos escondiendo. Un helicóptero emergió, sobrevolando el sitio de la explosión: de sus costados aparecieron unas siluetas que saltaron hacia el suelo. Entonces el helicóptero volvió a elevarse y, en el proceso, quedó enganchado de un cable que estaba unido a algo más. Yo miré al cielo y vi pasar volando una bicicleta, amarrada del helicóptero a través del cable.

La Chancha me llamó la atención: unos soldados, que llevaban cascos

gastados parecidos a nueces ennegrecidas —como oscuros cerebros casposos—, corrían calle abajo. Sus cabezas crujían cada vez que parecían mirar algo: una nave volcada, un poste destruido, una paloma muerta, el cepillo de dientes derretido.

Nos quedamos en silencio, aguantando la respiración. Me fijé en el Manchego: tenía la boca abierta y la baba le escurría por las comisuras, goteando en el hombro de la Chancha.

—Deja de tirar saliva —le dijo la Chancha, susurrando.

*

Cuando los soldados pasaron de largo, salimos de la carnicería. Nos sacudimos, sacándonos el polvo de los trajes. Habían perdido su color blanco inmaculado.

—Puta madre —dijo la Chancha.

—A lo mejor no se da cuenta —dije yo—. Dicen que está medio ciego.

—Claro que se va a dar cuenta, Turrona. Por algo pedía que fuéramos vestidas así.

—Hay que ir igual —respondí.

Ambas asentimos, fúnebremente.

Seguimos caminando por entre los escombros con cierta sincronía entre las dos. El Manchego iba un poco más atrás. Llegamos hasta el fondo de la calle, luego viramos a la izquierda, pasando por edificios residenciales que habían sido carcomidos por la naturaleza muerta. Ramas de árboles caídos, como gruesos tentáculos negros, apresaban los balcones y ventanas. En los muros, los tentáculos parecían gruesas líneas que dibujaban trazos orgánicos sobre los tabiques de acero.

—Los últimos vestigios de terraformación de la colonia —dijo la Chancha.

Nos movimos cautelosamente, pasando de un muro caído hacia el patio de una casa. El Manchego trastabillaba, porque no levantaba mucho los pies al pasar por los obstáculos. El verdor aparecía gradualmente en el suelo y en los muros, desde el patio de las casas hasta el fondo de un condominio. Se veía la luminosidad difusa proveniente de un árbol al fondo del pasaje —era un roble, el único árbol vivo en esa calle—. Apenas apareció ante nuestros ojos nos detuvimos, sin aliento, a contemplar. La Chancha y yo nos guardamos las pañoletas y los lentes, tratando de ponernos más decentes para nuestro

encuentro.

—¿Qué hacemos? —dije.

—Vamos —dijo la Chancha, pero no se movió. El Manchego fue el primero en avanzar hacia el roble; la Chancha y yo lo seguimos, caminando detrás de él.

*

Fritz Heinlein estaba delante del roble, escoltado por dos soldados.

Parecía dormir de pie, sin moverse, apoyado en el tronco. Vestía un traje elegante, color granate, como si todavía se encontrara en plena alcaldía, en su lujosa oficina del municipio. Su figura en general era fornida y su ponchera enorme llamaba muchísimo la atención. Nos acercamos lentamente, como sin querer llegar al final del pasaje. A los costados, hileras de casas del estilo clásico —que tanto agradaba a los orgánicos— conservaban la frescura de sus mejores días. Los muros todavía estaban compuestos, sus enchapes de tejuelas metálicas aún inmaculados.

Nos detuvimos a una distancia prudente: desde nuestra posición, dejando un espacio de tres o cuatro metros del viejo Heinlein, se podía distinguir la única parte de su pinta que no pegaba con el conjunto: sus pies. Llevaba de calzado un par de pantuflas negras, esponjosas y peludas. Nadie dijo nada. Yo pensaba que el Manchego, que era el más imprudente de todos, iba a decir algo estúpido, pero el viejo se puso a salivar otra vez, dejando su barba babeada y llena de mocos, que le corrían de la nariz. Como la Chancha no decía nada, yo abrí la boca:

—Venimos a dialogar.

El viejo Heinlein, que parecía sacarnos el doble de tamaño, se estiró. Su espalda firme soltó un ruido de descontractura, un crujido duro y seco. Abrió sus ojos como la puerta de un reloj cucú, revelando la cara molesta de un gorila que había sido despertado de su siesta. Sus ojos eran grises, su piel rosada y arrugada; había algo de sabiduría en la expresión firme de su boca.

—Ya era hora —dijo Heinlein. Su voz rugió sobre nosotras como un bramido feroz. Los soldados a su lado no se movían. La Chancha y yo nos miramos. A mí me temblaban los pies, la Chancha tenía las mejillas sudorosas. El Manchego, lo noté por el olor, se orinó un poco los pantalones del traje de etiqueta blanco.

—Nos estamos quedando sin provisiones y… usted… —dijo la Chancha, trabándose con un trago de saliva—… Usted mandó a pedir representantes de nuestro grupo, para hablar…

Un brazo del viejo Heinlein se levantó pesadamente, interrumpiendo a la Chancha, y la mano derecha se abrió por completo, mostrándonos el dorso. Luego el tipo resopló e hizo un gesto con la mano, aleteando cuatro dedos juntos, de atrás para delante, como indicando que nos acercáramos.

—¿Qué es lo que quiere? —susurré a la Chancha. Un escalofrío me corría por la espalda. Ella agarró del brazo al Manchego, quien, inconscientemente, se reía con un carcajeo sutil. Luego me miró, hizo un gesto afirmativo y caminamos lentamente en dirección al viejo alcalde, quien se mantenía de pie, estoico, esperándonos.

*

—Es como si mis pies tuvieran guantes, como si pudiera, como si pudiera soportar la tierra por la que camino. Siento el hielo, siento la roca, siento la grava de este asteroide. Siento la ceniza y la lava reseca. Nunca me resbalo, nunca, yo no, yo no tropiezo. Puedo seguir un rastro en la oscuridad, y nunca me salgo del camino, yo vivo, yo vivo en esta colonia, no con esta colonia, no solo estoy en ella: yo *soy* esta colonia, eso es lo que trato de decir —dijo el viejo Heinlein apuntando con los dedos a sus pantuflas. Con la Chancha nos miramos de reojo. Traté de procesar sus palabras, pero no saqué mucho en limpio. Nos quedamos heladas, todas excepto el Manchego, que había pasado de las carcajadas a una risilla nerviosa y aguda. Seguía baboseando.

—Pregúntale —le dije a la Chancha, apenas abriendo la boca— qué es lo que en definitiva quiere de nosotras.

La Chancha tragó saliva, muy notoriamente. Sus mejillas estaban rojas y sudorosas.

—Lo que nos gustaría saber —dijo pasándose la manga por la boca, limpiándose el sudor—, es qué es lo que usted quiere de nosotras…

El viejo Heinlein nos miró, sus ojos grises brillando sutilmente como dos luces centelleantes en una ciudad lejana, las fosas nasales abriéndose y cerrándose; yo creí sentir su respiración como una corriente intermitente de viento a medio metro o menos de mi cara. Heinlein dejó escapar un par de bufidos y luego tronó:

—¡Quiero orden en mi colonia!

Dejamos pasar unos segundos. Después del momento de mutismo reglamentario, que se daba cada vez que el viejo decía algo, me fijé que en las ventanas de las casas blanquecinas se podía notar el movimiento casi

imperceptible de los soldados, de las siluetas de los soldados, cada uno con su rifle de rigor, apostados en las ventanas de esas casas de suburbio abandonadas, apuntándonos silenciosamente. Eché un vistazo de lado a lado, y fue en una de esas ventanas donde mis ojos se detuvieron y vieron a un muchacho pequeño, delgado, con lentes de culo de botella y mirada ausente, presenciando el espectáculo. Entonces escuché la voz del viejo Heinlein, más calmado, que nos decía:

—¿Quieren provisiones? Primero tráiganme la cabeza de Tello.

*

Nos dejó ir. Fritz Heinlein dejó que nos fuéramos: pensábamos que no saldríamos con vida, pero salimos de allí vivas, con una misión.

Llevarle la cabeza de Tello.

Antes de que partiéramos, el alcalde mencionó que sabía de los escombros. Sabía lo que pasaba en los escombros ("esa casa de putas", dijo, "la Sodoma y Gomorra de todo Ceres"), y sabía la ubicación exacta de los escombros. Eso fue lo último que dijo, antes de despacharnos. Después se dio media vuelta, enfrentando el roble al final del pasaje, y la luz de las ventanas se apagó de golpe: el lugar se volvió sombrío, de una tonalidad blanca, blanca y negruzca, y nosotras retrocedimos, sin darle la espalda al viejo Heinlein y sus soldados, hasta llegar a una esquina, donde empezamos a correr. Y mientras corríamos, yo pensaba en los escombros, pensaba en Valery.

Sí, el volcán Ahuna Mons había causado estragos en la colonia de Neo-Cerio. Fundada al sudeste de Ceres, lejos del resto de la civilización, alguna vez fue promovida como el último paraíso de los orgánicos, un lugar donde podrían vivir tranquilos, imitando las antiguas costumbres rurales, sin la presencia antinatural de cíborgs y androides. Se decía que era lo más cercano al arrasado planeta Tierra: un oasis de terraformación verdiazul, repleto de árboles y con su propio lago artificial, con una atmósfera gaseosa más pura que cualquier otra colonia del planeta —21% de oxígeno, 78% de nitrógeno, 0.93% de argón, 0.04% de dióxido de carbono, entre otros gases menores— gracias a la tecnología de vanguardia de su cúpula atmosférica. Ahora era zona de catástrofe; todas las comunicaciones cortadas con el resto de las poblaciones. El gobierno —desde Cerealia, la capital— no tenía autoridad alguna en Neo-Cerio: éramos una isla, el escenario de un panofilme postapocalíptico. Los pocos soldados de la región estaban al servicio de un alcalde que había perdido la razón, que nos tenía bronca porque, es cierto, en la erupción inicial los de la Villa fuimos los primeros en saquear la colonia, en tomarnos el Gran Hotel, en asesinar, en algunos lamentables casos, por órdenes de Tello.

Si el sentimiento de pesadumbre era grande antes de visitar al viejo Heinlein, ahora era aun mayor.

*

No pude evitar recordar esa noche, la noche en que todo cambió.

Creo que fue la noche después de la segunda erupción. Estábamos celebrando en los escombros. Ese día Tello había matado a tres soldados, él solo, con sus propias manos: todos rodeábamos a Tello alrededor de la fogata mientras nos contaba la crónica de su acto heroico, lleno de pormenores inverosímiles y exagerados. La gente vitoreaba con los detalles más morbosos, como el de Tello masacrando a golpes, con su propio casco, la cabeza de un soldado.

Una suave y polvorienta brisa cruzaba de lado a lado ese edificio sin muros en el que estábamos instalados.

Yo no tenía ganas de seguir escuchando tanta tontera.

Bajé un piso por los tubos verticales que colgaban de los bordes de la losa. Había ido a la parte oscura de los escombros a mear.

Estaba terminando cuando escuché un ruido. Me sobresalté, el hilito de meado se entrecortó y, todavía goteando, me subí los pantalones. Me apoyé, agachada, en los restos de metal y de muebles destrozados y apilados (que proporcionaban, junto con las sombras del espacio, cierta intimidad a ese lugar que todo el mundo consideraba el baño). De fondo se escuchaba, todavía, el rumor de la voz de Tello, que seguía con la narración de sus aventuras. Asomé la cabeza por detrás de los pedazos amontonados y pude divisar una silueta: era sutil y graciosa, curvilínea, redondeada en las caderas, un poco angulosa en los hombros más bien pequeños.

Valery.

Respiré aliviada: caminé hacia ella, reconociendo a medida que me acercaba los rasgos toscos de su cara, sus paletas desiguales en esos labios rojizos, carnosos, siempre abiertos, algunas pecas oscuras en los pómulos, sus ojos azules escondidos bajo la mata rubia de pelo chascón.

Cuando ya estábamos paradas muy cerca la una de la otra, me fijé en sus pechos enormes, redondos, puntiagudos al final, proyectados como dos volcanes blancos bajo su polera sucia, uno de ellos más grande que el otro, el izquierdo.

Quise morderlos.

No lo hice.

En cambio, la besé. Acerqué rápidamente mis labios temblorosos, sin titubear, e introduje mi lengua en su boca. Su lengua golpeó la mía con dureza, con una firmeza que no esperaba sentir. Con mi brazo izquierdo la pegué contra mi cuerpo, sintiendo la exquisitez de sus pechos contra los míos, y mi mano derecha le apretó el culo con fuerza, con rabia, mientras nuestras lenguas seguían entrelazadas.

Entonces escuché a Tello llamándola desde arriba.

Sentí un golpe de respiración en mi labio superior cuando ella separó sus labios de los míos.

—Perdón —dije, echándome para atrás.

—No hay nada que perdonar —se pasó una mano por un mechón de la frente, dejando entrever el sutil brillo de sus ojos azules. Y luego agregó, pero no para mí—: ¡Estoy meando, imbécil! ¡Ya voy!

Valery pasó a mi lado, caminando en dirección al baño como si nada hubiera sucedido entre nosotras, y yo me quedé de pie, húmeda, entumecida, pensando qué lugar de los escombros era lo suficientemente oscuro como para poder masturbarme.

*

Ya estábamos pasando por los tajamares del antiguo río, esa concavidad seca y embarrada que alguna vez fue el flujo de agua que alimentaba desde el volcán a nuestro lago artificial, cuando vimos una vaca muerta varada allí: sus cuatro patas enterradas en la arena, su lomo café y su cola retorcida sobresaliendo del barro, y su cabeza, hinchada y repugnante, hundida bajo tierra. Nos detuvimos a contemplar.

—Al menos no nos dijo nada por los trajes sucios —dijo la Chancha, apoyada en la baranda. Yo dejé de mirar a la vaca.

—Lo de los trajes era una estupidez —dije—. Una forma más de demostrar su autoridad. Lo que importa ahora es otra cosa. ¿Qué mierda vamos a hacer con lo que nos pidió?

—No tengo idea… podríamos llevarle la cabeza de otro y hacerla pasar por la de Tello. ¿Se lo creerá? ¿Qué opinas, Manchego?

El Manchego no respondió. Tenía las rodillas apoyadas en el suelo, su cabeza

entre los brazos, sobre la baranda. Dormía.

Con la Chancha nos miramos, cómplices; a ella las mejillas le sudaban, las tenía rojas y apretadas. Yo sabía exactamente en qué estaba pensando. Pero fue ella quien reaccionó primero, quebrando la incomodidad absurda de nuestros pensamientos.

—Es el Manchego —dijo—. Turrona, es el Manchego. No podemos.

—Nadie ha dicho que vayamos a hacer eso —respondí.

Nos quedamos mirando y, en un acuerdo mutuo y silencioso, ambas dirigimos la vista hacia la vaca, hundida en el barro volcánico.

*

Apenas volvimos a los escombros fuimos interrogadas, en privado, por Tello.

Le dijimos la verdad. Le contamos todo.

Tello, sentado sobre un gastado colchón en el suelo, se rascaba el bigote con un dedo, pensativo.

—Salgan todos de mi oficina —dijo después de un rato. Su oficina era un espacio, como el baño, escondido tras restos apilados de desechos, muros quebrados y pedazos de muebles. La única diferencia era que la oficina de Tello no tenía un olor putrefacto, el olor nauseabundo de la mierda y la orina acumulada.

—Salgan todos —agregó—, excepto Turrona.

La Chancha miró extrañada a Tello, después dobló su cuello hacia mí. Se puso la chaqueta al hombro y el Manchego la siguió, sin cuestionar, caminando por un largo pasillo hasta llegar a los despojos, y luego bordeándolos para salir de allí. Probablemente, pensé, el viejo iría directo al bidón de parafina, a drogarse.

—Bueno, Turroncita —dijo Tello. Me molestó que me dijera Turroncita (como los trajes blancos del viejo Heinlein, el diminutivo era la forma que tenía Tello para demostrar superioridad), sin embargo, no dije nada: Tello tenía los ojos entrecerrados, como un gato con sueño, y esa mirada siempre lograba intimidarme—. ¿Qué se te ocurre hacer?

—No sé —respondí—. Supongo que habrá que buscar un cadáver y…

—Eres inteligente, niñita. Eso mismo estaba pensando yo. Pero, ¿de quién?

Ambos nos quedamos callados en la oscuridad de su oficina, uno de los pocos espacios de los escombros con muros incólumes, que apenas dejaban pasar la luz amarillenta y polvorosa del exterior.

—Dime, Turrona. ¿Tú sueñas?

—¿Cómo?

—Que si sueñas.

Tello parecía particularmente quisquilloso. Tenía sus ojos entornados, a veces parecía pestañear. Se acariciaba el mostacho rubio con la punta del dedo índice.

—Yo… no sé. A veces.

—Pues yo sí. Siempre.

—Bueno, eso…

—De vez en cuando —me interrumpió— sueño con estaciones de trenes.

—¿Sí?

—Sí. Enormes estaciones de trenes subterráneos, edificaciones de la Tierra y Marte, que pueden verse en arcaicos libros de la biblioteca municipal. Y anoche, anoche soñé que un grupo de soldados con hachas y espadas, bajo órdenes de Heinlein, me perseguían a través de unas montañas de lava seca. Yo me escondía en una estación de tren bajo tierra, en medio de un desierto de cenizas. Dentro, la estación era una bóveda vacía que contenía una cámara solamente, en medio de la cual colgaba del techo un acotado cubo de cristal, que contenía una vaca en su interior. Con un cuchillo, yo le cortaba a la vaca la piel del lomo y descubría que escribiendo indicaciones en su espalda descuerada podía controlar a los soldados de Heinlein…

Cuando terminó de hablar, Tello entreabrió sus ojos. Tenía la respiración agitada. Esperaba que yo dijera algo respecto de su sueño, pero no se me ocurrió qué.

—¿No te das cuenta? —preguntó.

—No…

—Es un sueño profético. Se me está revelando un detalle importante de cómo ganar esta guerra.

—Tello… —dije. Quería decirle que esto no era una guerra. Era supervivencia, sí, pero no una guerra. Ese era el problema de Tello: antes de la

erupción había tenido un cargo menor, de baja jerarquía, en el municipio. Ahora, al sentirse a la misma altura de Fritz Heinlein, se le habían subido los humos a la cabeza.

Me miró sin interrumpirme, esperando lo que iba a decir, pero no dije nada.

—Turroncita —dijo entonces Tello, despectivamente, poniéndose de pie—. ¿No lo ves? Yo estoy destinado a grandes cosas.

No me interesaba seguir escuchando su delirio: apoyé mis manos en la losa metálica, para ponerme de pie, y ya me estaba levantando cuando Tello puso una bota en mi hombro y de golpe me empujó de vuelta al suelo. Mi espalda crujió con el contacto frío del metal y Tello volvió a apoyar su bota en mis pechos, con fuerza, con presión.

—¿Qué te pasa? —le dije tratando de zafar, agarrando con ambas manos su bota. Fue imposible moverla, su pierna estaba plantada demasiado firme.

—¿Crees que no te he visto, puta de mierda? ¿Crees que no te he pillado mirando a mi mujer? —Tello se levantó el pantalón, y del interior de su bota sacó un cuchillo. No era muy grande, era una navaja mariposa. La blandió, moviéndola de un lado a otro, con mucha habilidad, y después se agachó, depositando la punta del filo en mi cuello, sin hacer presión.

—Sacrificar a alguien —dijo Tello, sonriendo—. Pero ¿a quién?

*

—¡¿Qué estás haciendo?! —exclamó la Chancha, que había entrado a la oficina de Tello. Se había encontrado con esa escena, Tello de pie, apoyando su pierna en mis pechos, levemente inclinado hacia mí, con una navaja en mi cuello, sonriendo; y yo en el suelo, inmóvil, a punto de ser el sacrificio, la supuesta cabeza que pedía el viejo Heinlein.

—Ayúdame con esto —dijo Tello—, Turroncita ofreció su cabeza; si la tajeamos lo suficiente, a lo mejor no se nota la diferencia de sexo.

—¡Hijo de puta! —exclamé apenas, ahogada por la presión de la bota.

La Chancha corrió hacia nosotros y agarró a Tello de los brazos, empujándolo hacia un muro. Al liberarme de su pisada, una bocanada de aire entró en mis pulmones comprimidos y me puse a toser descontroladamente. Me fijé cómo la Chancha y Tello forcejeaban, ambos agarrando la navaja, bailoteando de un lado a otro, hasta que la Chancha tropezó con una barra metálica y Tello la agarró de la papada, apretándole con furia el cuello.

—¡No, Tello, para! —gritó la Chancha cuando Tello elevó el cuchillo, con el filo hacia abajo, apuntando a la yugular. No alcanzó a enterrarlo: lo último que sintió, antes de perder el conocimiento, fue la barra metálica, la misma con que la Chancha había tropezado antes, dándole de lleno en la cabeza.

Dejé caer la barra al suelo: todavía mi respiración no se normalizaba. La Chancha se puso de pie, sobándose la papada sin quitar los ojos de Tello.

—¿Qué carajo vamos a hacer, Turrona?

Respiré con mesura, meditando mi respuesta.

—Ser consecuentes —respondí—. Seguir adelante con lo que nos pidieron.

—Pero, ¿cómo vamos a justificar este desastre con la gente de los escombros?

—Tello… —dije con cierta reticencia—, Tello es un héroe.

—¿Ah?

—Tello es el héroe de los escombros. Tello se sacrificó por todas nosotras. ¿No te das cuenta? —me agaché a recoger el cuchillo mariposa—. Tello estaba destinado a grandes cosas.

—Turrona… —dijo la Chancha.

—¿Qué? —mi mano sostenía el cuchillo, apoyado en la base del pescuezo de Tello.

—Él todavía respira… —la Chancha me miraba con horror.

—Ya sé —respondí, y con ímpetu, sin dudar, le hundí la navaja en el cuello.

*

Hubo llantos. La madre de Tello gritaba de dolor. No lo entendía. Valery fue la única que reaccionó con estoicismo. No pude ver la expresión de sus ojos bajo las mechas rubias, pero su boquita roja apenas se movió con la noticia.

Llevábamos la cabeza de Tello en una mochila, pero luego, en la calle, la pusimos en una carretilla: nadie quería cargarla en su espalda. La mochila todavía conservaba manchitas de sangre, pero también relucía con segmentos brillantes, como si le hubiéramos echado agua.

La Chancha y yo llevamos la cabeza hasta el viejo Heinlein.

Nos hizo pasar a un llano que había detrás del roble donde estaba parado,

detrás de las casas, un llano café, desértico, que parecía un gran estacionamiento sin aeromóviles. Más allá de este plano arenoso había un corral enrejado; la granja, llena de ganado. Vacas escuálidas, negras y cafés, se paseaban alrededor del corral.

—Por ahora —dijo el viejo Heinlein— llévense dos.

Les pusimos la soga al cuello a dos de las vacas. Temblábamos de miedo, no sabíamos bien por qué, y en el camino de vuelta a los escombros nos fuimos sin hablar, sin decir nada, solamente echando puteadas a las vacas, porque había que pegarles un buen empujón de tanto en tanto.

*

—Valió la pena —dije apenas llegamos a la base de los escombros. Nunca me había fijado en el ángulo del edificio, levemente inclinado hacia el flanco sur.

—¿Valió la pena? No lo creo, Turrona. Esto eventualmente se transformará en un círculo vicioso. Por ahora el viejo Heinlein quedó satisfecho, pero pronto va a querer más. No sé si aguantemos hasta que lleguen las autoridades de Cerealia. O hasta que se calme el volcán.

Me quedé callada, dejé pasar un segundo. Abrí la boca para replicar, pero me di cuenta de que la Chancha tenía razón.

—¿Viste? —dijo. Tenía los sobacos de su camisa mojados, oscuros, malolientes—. Y al final, Turrona —miró a los escombros—, todas las molestias que te tomaste, ¿para qué?

Yo no respondí. Subimos las escaleras del Gran Hotel, en silencio, sin correr, y en el cuarto nivel nos topamos con el velorio. Desde el descanso de la escalera alcancé a ver el cuerpo decapitado de Tello, quietísimo, helado. Arriba del cuello le habían puesto un paño que apenas cubría planamente la parte donde debería haber estado la cabeza.

Una mujer gorda y pintarrajeada, su madre, lloraba desconsolada junto al cuerpo, dispuesto de forma horizontal sobre una mesa blanca. Al verme, se levantó lloriqueando y avanzó hacia mí. Se apoyó en mi brazo, esperando que dijera algo; yo seguí subiendo las escaleras en silencio y ella me siguió, diciendo entre suspiros y lágrimas una especie de discurso moralista, dirigido a mí, pensé, pero también dirigido a todos, a los del velorio y a los que sollozaban abatidos, sentados en los escalones. Decía algo así como que el viejo Heinlein, algún día, no ahora, pero en años por venir, recibiría su merecido. Yo la dejé de escuchar: pensaba en las palabras de la Chancha, *y todas las molestias que te tomaste, ¿para*

qué?, y al llegar a los despojos acumulados de la oficina de Tello, me detuve y la madre de Tello siguió de largo hablando sola.

Sin apuro, rodeé los pedazos amontonados que separaban ambos ambientes y caminé a través de los restos de ripio y metal, en un pasaje amplio donde los rayos de luz amarillenta se colaban por entre las rendijas y los hoyos en los muros despedazados, denotando el exceso de ceniza al interior. Sin apuro avancé hasta encontrarme con Valery, quien esperaba, eso pensé, acostada en un colchón gastado, sin dormir, con las matas de pelo rubio revueltas y los ojos azules bien abiertos; *y todas las molestias que te tomaste, ¿para qué?*; para acercarme por fin a ella, subirle la polera blanca, sucia y deshilachada, y morderle suavemente el pezón, el pezón del pecho izquierdo, el más grande de los dos.

EL ANDROIDE

Zapato I

Mi zapato izquierdo solía tener un tajo, que lo hacía parecer la boca de un pescado. Y todos los días yo terminaba con el calcetín izquierdo lleno de tierra en la punta.

Pero ya no.

Sótano

Hay un androide trabajando en mi sótano. En realidad miento: no es un androide, es un pseudo-orgánico, un cíborg que habla muy poco, con un marcado acento deimita. A veces habla sobre una guerra, una guerra fría, secreta, distante, entre Fobos y Deimos. Yo hago como que escucho cuando, en realidad, estoy pensando en otra cosa.

Relación

Yo venía saliendo de una relación larga e intensa, y me comportaba de la manera en que un orgánico se porta cuando sale de una relación así. Comía tallarines con salsa de tomate todos los días y veía muchísima pornografía inorgánica, imágenes de cuerpos cibernéticos entrelazados no solo por sus miembros sino también por cables y puertos electrónicos y compuertas de piel falsa que se abrían en lugares que uno jamás hubiera imaginado.

A veces comía tallarines y veía porno entre dos androides o más al mismo tiempo.

Demonios

No creo exagerar cuando digo que conocerlo era lo que más necesitaba en ese momento. ¡El androide salvó mi vida! (Perdón: el cíborg). Él me enseñó a reconocer mis demonios, a comprender mis fetichismos e incluso a sentir cariño por ellos. Yo no aprendí de sus enseñanzas: era su presencia la que me calmaba. El simple hecho de que él estuviera ahí, en mi sótano, arreglando zapatos, era suficiente para poder seguir adelante.

Templo

Nos conocimos en Neo-Cerio. Yo estaba trabajando en la restauración de un templo que había resistido la erupción volcánica de unos años antes. El templo se encontraba trizado en partes esenciales de su estructura. Había quedado inutilizado durante mucho tiempo: pedazos de lava endurecida se soltaban de los enormes muros de acero, y partes elementales habían tenido que ser reforzadas con paneles elastómeros laminados.

Expertos

Éramos tres expertos, y yo era el de menor jerarquía. Todos oriundos de Cerealia, la capital. Sago Emjen, arquitecto, era el principal responsable del levantamiento de datos. Él era bajo, de un metro sesenta, y tenía cejas frondosas sobre sus ojos alicaídos. Era unos diez años más viejo que yo y siempre andaba muy serio, muy mal genio, esa era mi impresión: Sago Emjen vivía para el trabajo.

Maya, calculista, era otra cosa. Estaba encargada de las muestras de acero para comprobar el estado de la estructura; ella me doblaba en edad y también en entusiasmo. Tenía el cabello violeta y su cara estaba llena de líneas. Vestía una falda de mezclilla, camisa color crema y usaba unos gruesos lentes que envolvían —pero no tapaban— sus grandes ojos azules con un toque púrpura, indicio de un implante cibernético para optimizar una visión deteriorada por los años. Siempre estaba sonriendo. Tenía un tono agudo al hablar y, a su edad, todavía era una mujer atractiva.

Androide

Estacionamos la aeronave en la parte trasera del templo. Un hombre pequeño, de complexión delgada pero con un vientre redondo —casi esférico— y de tamaño considerable, nos abrió el portón. Ese hombre era el androide. Por supuesto, en ese momento yo pensaba que él era completamente inorgánico.

Pero después me enteraría, se sabe ya, que no lo era.

Zapato II

Ese día yo usaba mi zapato malogrado. Era blanco, de caña corta, con unas rayas rojas (más bien burdeos) a los costados. Tanto el derecho como el izquierdo estaban sucios, pero el derecho estaba en perfecto estado mientras que el izquierdo tenía aquel tajo que lo hacía parecer la boca de un pescado. Y cada vez que caminaba, el pescado abría y cerraba la boca, y la gente miraba con ocurrencia cuando yo pasaba por delante. Fue así como me miró el androide por primera vez: con ocurrencia. Sonrió cordial, me dijo buenos días y luego, sin más, en un acento deimita muy estereotipado, agregó:

—*Caballelo*. Su zapato está defectuoso.

—Usted lo ha dicho —le respondí, mirando mi zapato.

Árboles

Mientras tomábamos medidas y muestras metálicas, el androide se paseaba por el templo con aire taciturno. Yo tomaba panofotos y observaba de reojo su ir y venir por los pasillos del lugar. A veces lo veía pasar por el patio principal, atravesado por ríos de lava seca y piedra volcánica en medio de árboles muertos. El androide se movía silenciosamente, sin tocar el esqueleto de los árboles. A veces lo veía pasar por detrás de las mamparas metálicas: caminaba levantando apenas los pies, como si estuviera levitando. Su ropa era simple: pantalones cafés y una camisa beige de líneas poligonales. De calzado, usaba alpargatas.

Rasgos

Durante la primera mitad de la mañana se ocupó en hacer sus tareas, pero no tardó en empezar a seguirnos. Entonces me fijé mejor en él: su piel artificial, cruzada por líneas azules brillantes, artificiales, lo hacían parecer de la edad de Maya, y su pelo, mal cuidado, tenía unos pocos mechones desteñidos de tono rojo o levemente anaranjado. Sus ojos eran muy rasgados, como uno imaginaría a un deimita, pero se veían aun más estirados debido a las patas de gallo que tenía a cada lado. Su nariz era pequeña, fina, al igual que la contextura de su cuerpo —exceptuando la panza—, y sus orejas eran grandes e incómodas. Poseía, además, dos grandes paletas metálicas que sobresalían de su dentadura inorgánica. La expresión habitual de su rostro, calmada pero deforme, no escondía el hecho de que probablemente consumía el aceite más barato del mercado.

Sentí, en ese momento, una cierta afinidad con su presencia silenciosa.

Partida

Cuando ya habíamos terminado nuestro trabajo y decidimos irnos, el androide se acercó a nosotros mientras cargábamos nuestras cosas en la nave.

—¿*Podlían llevalme* a *Celearia*? —dijo.

Sago Emjen y Maya se miraron, y no supieron qué decir.

—Por supuesto —dije yo—. Hay un asiento atrás para usted.

Ellos me miraron, más que indignados, yo diría sorprendidos. Maya no tardó en reaccionar.

—¡Claro! —dijo—. No hay problema.

El androide se subió a la aeronave y yo me senté a su lado.

Maya encendió el motor y ascendimos, alejándonos del templo. En pocos minutos atravesamos la salida norte, un túnel enorme de un kilómetro de largo, donde todos los días entraban y salían naves desde el ambiente oxigenado por la cúpula de terraformación de Neo-Cerio hacia la atmósfera congelada e irrespirable del planeta enano.

Viaje

Yo iba callado en el viaje de vuelta: a veces me quedaba dormido, para luego despertar, y entonces contemplaba las grietas, cráteres y montículos grises, repartidos como manchas azarosas en la superficie de Ceres. Después volvía a quedarme dormido.

A veces abría los ojos, y pensaba en el plato de tallarines con salsa de tomates que me esperaba en casa.

A veces abría los ojos, y pensaba en qué panofilme de pornografía inorgánica vería esa noche.

A veces abría los ojos, y pensaba, y también me fijaba en los murallones verticales del cráter Occator, que anunciaban la proximidad de Cerealia: parecían la deforme columna vertebral de un animal prehistórico, gigantesco, que había muerto enrollado sobre sí mismo. Alguna vez, hace más de un siglo, esos cráteres contuvieron los primeros asentamientos mineros del planeta. Con los años, con la rápida extracción del hielo, esos asentamientos se transformaron

en una colonia urbanizada, y pronto llegaron los edificios, repletos de cíborgs e androides desempleados por el exceso de mano de obra, quienes, aburridos, vagabundos, no tardaron en atiborrar los sectores más empobrecidos de esa ciudad que eventualmente pasó a ser la capital. Entonces nació el comercio sexual y el tráfico de chatarras, donde un orgánico como yo podía regodearse entre tanta oferta inorgánica.

A veces abría los ojos y pensaba que así, abusando de androides que vendían sus cuerpos cibernéticos a precios ridículamente bajos, fue como llegué a conocer a mi mujer.

Sago Emjen, lo notaba al despertar, iba indignado por el exceso de velocidad con que Maya conducía la aeronave. Cuando alcanzaba los trescientos kilómetros por hora, Sago Emjen le llamaba la atención. Ella, con su timbre agudo y parsimonioso, se limitaba a decir como respuesta:

—¡Ay! Es que se me queda pegado el zapato.

El androide iba sentado a mi lado y, como yo, miraba el cráter Occator por la ventana.

Cerealia

Llegamos a Cerealia quince minutos más tarde. Me despedí de todos, cordialmente, y me bajé en una estación de la periferia. El androide se bajó unos segundos después. Al principio pensé que tenía un destino claro en mente, pero luego lo vi parado a un costado de la rotonda, contemplando las naves pasar por sobre su cabeza. No sabía si partir o no, así que me acerqué a él y le pregunté a dónde se dirigía.

—No sé —dijo.

—¿No tiene dónde alojarse en Cerealia?

—No —respondió escuetamente.

—¿Pero a dónde se dirige?

—No me *dilijo* a ni un lado —respondió. Me miraba muy serio.

—¿Y para qué vino a la capital, entonces?

No respondió.

—¿Por qué se vino usted a Ceres? —agregué con tono casi molesto.

Él se encogió de hombros y me miró con expresión inalterable.

Zapato III

Yo estaba dispuesto a pagarle un navelox de vuelta a Neo-Cerio, pero él me dijo:

—Hay una cosa *plofundamente* dañada en usted.

—¿Cómo?

—Su zapato —dijo—. Su zapato está muy dañado. Yo *ro* puedo *lepalal*.

—¿Cómo? —pregunté otra vez, sin entender que había dicho.

—*Lepalal*.

—Lo siento, no le entiendo.

El androide sacó una pequeña libreta roja del bolsillo de su camisa. Abrió la libreta y anotó con su dedo en la pantalla holográfica. Luego me mostró lo escrito. En letras grandes y temblorosas se proyectaba la palabra: *R E P A R A R*.

Yo asentí.

—Vamos a mi casa —le dije.

Tallarines

Esa noche, ambos cenamos tallarines con salsa de tomate, pero no vimos ningún panofilme de pornografía inorgánica.

Cena

El androide se quedó en mi casa y no tuvo que pedirme permiso. Instaló un taller de zapatería en el sótano y, por las noches, cuando yo llegaba del trabajo, lo saludaba en tono amistoso:

—¿Qué pasa, androide?

Solía comer lo que él preparaba de cena. A veces había sopa de fideos, a veces había carne de soya acompañada de legumbres sintéticas, unas pocas veces cenaba barras de proteína condensada que él mismo me cocinaba, rodeado de zapatos, en el sótano de la casa. Yo comía en silencio, él apenas tocaba el aceite refinado que yo le traía a casa, y después de terminar la cena hacíamos

sobremesa y conversábamos de nuestros temas, es decir, de mis temas, porque generalmente yo declamaba largo rato en un soliloquio introspectivo sobre las cosas que solían obsesionarme. La respuesta del androide se limitaba a sonrisas y monosílabos.

Preguntas

El androide solo decía lo justo y necesario. Eso al menos en un comienzo. Pronto empezó a soltar un poco más la lengua. Una noche se me ocurrió hacerle la pregunta, esta vez más meditada, de por qué se había venido a Ceres. Fue un retroceso: no obtuve respuesta. En otra ocasión le pregunté cómo había llegado al templo de Neo-Cerio. Tampoco respondió: era como si ignorara las preguntas que no le interesaban. No volví a preguntárselo: pronto comprendí que, con él, era mejor no tocar cuestiones personales. Nuestra relación, entonces, se desarrolló a partir de la carencia de presiones en cuanto a temas de conversación. En otras palabras, si el androide decía algo sobre él, yo decidía no ahondar en lo que había dicho. Entonces, yo podía responder o no diciendo algo sobre mí, y él asentía y decía, si le daba la gana, otra cosa sobre él, y así avanzaba la conversación, sin preguntar nada al respecto, sin profundizar nunca en temas personales.

Chocolate

A veces él llegaba durante la noche y se sentaba en la silla del escritorio que hay en mi habitación. Yo me despertaba y ahí estaba él, mirándome en silencio, fijamente. Entonces decía cosas como:

—*Encontlé* un *chocorate* en la despensa.

Yo lo miraba adormecido y asentía. Pero esto, por lo general, no lo hacía reaccionar. Entonces, aunque en ese momento no sabía para qué el androide querría un chocolate, le decía:

—Puedes sacarlo si quieres —y él se ponía de pie y se retiraba de mi habitación, y yo me quedaba pensando en sus zapatos amontonados en el sótano (no sé por qué esa imagen me producía un efecto soporífero) antes de volver a quedarme dormido.

Salvación

Sí, el androide salvó mi vida.

Pseudo-orgánico

Fue en este periodo cuando me enteré de que él era pseudo-orgánico, pero nunca pude integrar bien este asunto (pasé meses, después de todo, pensando que era un androide). Me mostró, como de pasada, un pasaporte de la luna de Deimos. Fueron apenas unos segundos: ni siquiera recuerdo su nombre oficial. Lo que sí recuerdo era lo distinto que se veía en la fotografía: sonreía, se veía muy joven y vital, sin ni un tipo de implante cibernético, sin líneas azules en la cara ni dientes metálicos, y llevaba el pelo más frondoso y desparramado. Lo usaba teñido, y eso fue lo que mayor impresión causó en mí, lo que más recuerdo de ese vistazo: el tono naranja-eléctrico de su cabello. También me contó algunas historias de cuando llegó a Ceres, de los empleos que tenía entonces. No empezó como zapatero: primero había trabajado de limpiador —el androide era un ejemplo de reinvención—. Y mientras me contaba estas cosas yo lo dejaba hablar y me abstraía en el murmullo suave y metálico de su voz, y me quedaba escuchándolo como si fuera un zumbido placentero, que se diluía lentamente en mi cabeza.

Pestillo

Tengo un recuerdo muy nítido que grafica el momento preciso en que descubrí que no era del todo un ser mecánico. Yo había llegado a casa después de un día largo de trabajo y el androide —¿o a estas alturas debería decir pseudo-orgánico?— se encontraba en el baño, pero yo no lo sabía. Quería mear y traté de abrir la puerta: estaba cerrada con pestillo. Él hizo un ruido extraño, como de un gato que trata de maullar, pero no puede porque su hocico está pegado con cinta adhesiva: *ese* ruido.

—Hola, ¿hay alguien? —dije.

—Sí… estoy yo —dijo él.

Y cuando él dijo esto, yo sentí cómo me había respondido mientras pujaba, el tono de voz algo trabado, como si estuviera haciendo un esfuerzo mayor por responder, y yo me alejé de esa puerta, perplejo, porque en ese momento comprendí a cabalidad que el androide efectivamente era bastante orgánico, más de lo que yo hubiera querido creer, y entonces retrocedí a la puerta de entrada y salí, y no volví a casa sino hasta una hora después, una vez que estuviera seguro de que el baño ya se había desocupado.

Retorno

Sin que yo tratara mucho, cuando ya me había olvidado de ese asunto, mi mujer

regresó. Cuando ya había dejado atrás su pérdida, cuando ya había restaurado mi situación, cuando ya hacía mucho que no comía tallarines con salsa de tomate y había dejado la pornografía inorgánica, cuando ya no recordaba qué relación había entre la columna vertebral de un animal prehistórico y los murallones verticales del cráter Occator, ella regresó.

En menos de un día ya había instalado todas sus cosas en la casa.

Paréntesis

(Lo cierto es que sí hice esfuerzos por recuperarla. Me esforcé, y mucho. ¿Por qué los orgánicos somos tan hipócritas? Todos los días, después del trabajo y antes de volver a casa, en parte gracias al impulso de energía de los últimos meses, solía llamar y asediar a mi mujer. Ella se mostró reticente en un comienzo, pero luego, de a poco, comenzó a ceder. Comprendió que yo había cambiado, que había dejado atrás mis malas costumbres. Mi querida androide terminó por creerme.)

Arriendo

Ella —era de esperar— no comprendió mi relación con el androide deimita: de cierta forma se sintió traicionada. Por lo mismo, no soportó que él viviera en nuestro subterráneo. Yo ya sabía que reaccionaría así: había decidido no contarle sobre él sino hasta que volviera a instalarse en casa. Ella me dijo que la única forma de que el androide pudiera quedarse era si le cobraba arriendo por el taller de zapatería, pero yo no era capaz de eso. Sabía que él tampoco tendría el dinero para pagarlo. Pensé en pagar el arriendo del taller de mi bolsillo, pero saqué cuentas y no era sostenible. En el fondo, tenía claro lo que significaban mis acciones, el hecho de haber perseguido nuevamente a mi mujer, de pedirle que volviera conmigo: había sido una forma de sacar a ese androide, que nunca lo fue, de mi casa. Medité todas las posibilidades y, cuando ya la discusión no daba para más, decidí que lo sensato era pedirle que se fuera.

Despedida

Bajé al sótano para darle la noticia: el androide no se inmutó. Más bien le pareció natural, esa impresión me dio. Así que, aliviado, me despedí de él y le agradecí por mi zapato izquierdo, el zapato que arregló para mí. Eso fue lo más personal que llegué a decirle. No nos dimos un abrazo, tampoco un apretón de manos. Fue una despedida más bien fría, para alguien que había sido elemental en un periodo decisivo de mi vida.

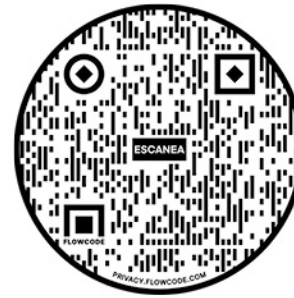
Pero él seguía mirándome, espalda derecha como un maniquí, sin inmutarse, con la misma ropa que la primera vez que lo vi. Sentí pena: como nunca he sido bueno para este tipo de cosas, me despedí otra vez, apresuradamente, y comencé a subir las escaleras. Él me dijo algo, pero fue casi un susurro. Me di la vuelta.

—¿Qué cosa? —pregunté.

El androide subió la voz y me dijo casi gritando:

—Deimos se fue a la *mielda*, y mi *mujel* pensó que yo estaba *muelto*.

Eso fue lo último que le escuche decir, sus últimas palabras. Me quedé así, de pie en la mitad de las escaleras del sótano, y abrí un poco la boca; sin embargo, las palabras no salieron. Asentí silenciosamente con la cabeza, evitando sus ojos rasgados, y apoyando mi zapato izquierdo en el siguiente escalón, continué subiendo las escaleras.



EL CUERPO DE PAUL VARLOTTA

¡Quién es usted!, me pregunta él, y yo le respondo:
¡Soy tu cuerpo, carajo!

Soy tú, soy yo, soy aquello que soy y tú lo sabes.

JAIME SÁENZ

1

Me encerré en este cubículo tratando de estar a la pesca de mí mismo. Me senté en la cama y miré alrededor: el catre estaba encajado entre dos muros metálicos. A un lado, al borde de la cabecera, había un escritorio de acero corroído. Al otro extremo, una mesita vacía con dos estanterías. Abrí el bolso y puse los manuales encima de la mesita. En la estantería inferior dispuse las cajas de circuitos en orden. También puse una botellita de aceite y un frasquito de silicona líquida. De la ventana entraba un suave viento: pensé que no sería bueno para mi condición.

2

La razón de mi encierro tiene relación con una realidad que no logro explicar: desde hace un tiempo que siento que mi cuerpo no es mi cuerpo. Ayer, por ejemplo, mientras caminaba desorientado por las calles de Cerealia, me paré en seco frente al reflejo de una vitrina. El sol —amplificado por la cúpula de terraformación— pegaba fuerte, y la cabeza se sentía pesada sobre los hombros. Cuando me vi ahí, reflejado en el ventanal de esa tienda de repuestos, supe de

inmediato que aquella piel que me contenía no era mía, sino de otro.

3

Sentí pánico, angustia, pero nada más. Fue solo un indicio, por ello, no desesperé. Traté de poner mis asuntos en orden. Llené mi bolso con ropas indispensables, manuales y las cajas de circuitos, y me metí a un sitio que tenía módulos de Noósfera, el espacio virtual donde las conciencias cibernéticas (y algunas orgánicas que pueden conectarse a través de computadores) se encuentran y comparten información entre ellas. Comencé a buscar un espacio donde resguardarme: de inmediato encontré un cubículo en arriendo, cerca de la zona donde sentía que el cuerpo quería llevarme. Realicé la llamada todavía conectado a la Noósfera. La señora que contestó —oía su voz desde alguna profundidad de mi cerebro sintético— me dijo que tendría el cubículo listo para la noche. Había que esperar. Caminé con ese cuerpo que no era mío, siempre tratando de mantenerme a la sombra. Busqué un sitio fresco para esperar el atardecer: una fuente de aceite justo a la salida de una estación. Pedí una botella bien lubricada y, mientras esperaba que el mesero la trajera a la mesa, traté de pensar en la ola de calor que no me dejaba pensar bien.

4

Cuando llegó la botella, la cabeza ya se encontraba llena de pensamientos impropios. Estos pensamientos divagaban desde un severo y exabrupto cambio meteorológico hasta actos de violencia inconcebibles. Tuve la certeza de que esos pensamientos inmorales no me pertenecían. Tomé un sorbo largo, esperando que desapareciera aquella sensación, pero el aceite no logró atenuarla; tan solo me causó un empacho en los circuitos que tampoco sentí mío. Cuando el sol empezó a desaparecer, me levanté sin esperar al mesero y fui a pagar la cuenta en la caja. Yo debo haber hecho un gesto particular con las manos, porque la cajera me miró como ofendida al darme el vuelto.

5

La situación se acentuó aun más al caminar por el eje central de ese subnivel de Cerealia y toparme con una androide enana, que no había sido construida en esa escala, sino que había perdido la mitad inferior de su cuerpo. Tenía el pelo largo y la voz chillona; se movía rápidamente sobre una patineta azul metálico, arrastrando los cables de colores que sobresalían por debajo de su cintura. Me pregunté si no habría salido de otra dimensión. Tres o cuatro muchachos, todos con patinetas bajo los brazos, la rodeaban impresionados. Uno de ellos,

agachado, movía los brazos de arriba abajo, alabándola. Pensé que a lo mejor la enana era poseedora de alguna verdad que yo no tenía cómo saber, la resolución de un enigma que solo ella y nadie más conocía. Me alejé asustado, con la sensación de que alguien me venía siguiendo. Había comenzado a sentirla casi al mismo tiempo que empecé a sentir la pérdida de mi cuerpo.

6

La sensación de asedio se hizo más aguda. Me dirigí a la torre donde arrendaría el cubículo. Mis circuitos chirriaban por la viscosidad del aceite ingerido. Un tipo se cruzó conmigo y me pidió repuestos. Fue cordial, pero yo respondí que no tenía. Dos androides jóvenes comían la chatarra —nanomáquinas, elastómeros, microchips— de un basurero, sentados en un pasaje oscuro entre dos torres. Se sentaban de frente, el basurero en medio de ambos. Yo pasé caminando y sentí que me miraban. Al salir del pasaje, las luces de neón me cegaron con su resplandor. Caminé más rápido; me crucé con un cíborg cojo que usaba bastón de un metal rojizo. Traté de evitarlo y por ello me topé con un artista callejero, un tecladista que había visto antes: usaba el pelo largo, liso, y tenía la boca de caballo. Él me miró sonriendo (una sonrisa horrible de dientes de acero oxidado), yo corrí la vista y seguí avanzando. Los fenómenos, pensé —o más bien pensó esa mente que no era mía—, salen de noche, porque entonces no son fenómenos. Son la gente común y corriente que, como este cuerpo, camina una noche cualquiera en las calles de Cerealia.

7

Llegué horrorizado a la torre en cuestión. Se ubicaba en una calle que se bifurcaba; la torre quedaba justo al centro y partía ambas calles con su forma triangular, como si fuera una cosmonave. Toqué el timbre del cuarenta y uno, me contestó una señora con voz cortante que me hizo pasar. Subí las escaleras, la señora me recibió en la entrada. Era rubia teñida, llena de arrugas, tenía el pelo amarrado con una cinta. Se veía amable. Me habló con monosílabos. Antes de mostrarme el cubículo que ofrecía, se detuvo ante la puerta metálica y, escrutándome, me preguntó si yo era pseudo-orgánico o inorgánico. Me pareció muy frontal: le mentí. Ella asintió y me hizo pasar. Era un espacio pequeño, adyacente a la cocina. Lo acepté de inmediato. Después de ordenar mis cosas, apoyé la cabeza —que ya se sentía pesada en exceso, como si cargara una mochila llena de microchips— y cerré los ojos.

8

Soñé (o no soñé, más bien vi) la siguiente imagen: tres grupos de personas distintas corrían hasta chocar entre sí, explotando desaforadamente al entrar en contacto. Circuitos y cables volando, chorros y estallidos de sangre sintética, eso fue lo que vi. Al abrir los ojos, supe de inmediato que esa visión no me pertenecía. Me levanté confundido y entré al baño. Me mojé la cara y, una vez que consideré que estaba más despabilado, oriné el aceite ingerido. Al sacudirme me sentí tan ajeno, como si las manos —que las veía moverse solas— sostuvieran un manual, o cualquier otra clase de objeto. Salí del baño y me senté en la cama, perplejo. Estaba amaneciendo.

9

Por la ventana abierta empezaron a entrar polillas. Las ignoré. Me vestí, sin ducharme, y salí a la calle. Caminé sin rumbo, dejando que los pies me guiaran. Ellos caminaban a su propio ritmo y yo no tenía nada que hacer al respecto. Las luces de neón comenzaron a apagarse, pero el sol todavía no asomaba sus primeros rayos cuando llegué a una edificación chata, grisácea y descascarada, de cinco pisos. Me acerqué a la caja escala. Debajo había una puerta de acero gastado. Las manos golpearon tres veces: clanc, clanc, clanc. Abrió una mujer rechoncha vestida de portera, con pantalones grises y camisa celeste. Hola, Paul, dijo ella, como si me conociera. Se hizo a un lado de la puerta y los pies entraron solos al lugar.

10

Era un acotado cubículo subterráneo. La mujer presionó un botón y la puerta se cerró; luego caminó hasta una mesa donde había una cartera y una lámpara fluorescente roja. Me daba la espalda: los ojos se posaban en los pliegues arrugados de su camisa teñida de rojo por la luz. La mujer se bajó los pantalones y, apoyándose en la mesa donde tenía el bolso, me miró doblando el cuello, con el culo levantado. De sus enormes nalgas se abrían dos compartimientos cuadrados que dejaban entrever sus circuitos internos. No decía nada: yo sabía que ese era el gesto para que me acercara. Me hice el desentendido, quería salir de allí, pero las manos bajaron mis pantalones involuntariamente, y los pies caminaron por cuenta propia hacia la mujer.

11

Salí de ese edificio sintiendo vergüenza por mi comportamiento. *Este no es mi cuerpo*, escuchaba en mi cabeza. *Yo no soy así*, decía mi voz mental, cada vez más lejana. El cuerpo se movía solo, caminando a gusto por las calles cargadas

de esa neblina azulada habitual de Cerealia, acentuada por las primeras luces del sol que se asomaban por entre las torres. Después enfiló hacia el distrito más denso. A veces sentía un leve control sobre el cuerpo, y trataba de desandar el camino, pero luego el cuerpo mantenía su poder sobre mí y seguía su ruta sin detenerse. Llegué a una torre de viviendas de esas nuevas, blancas y altísimas. El cuerpo entró a la torre y avanzó hasta al ascensor. Apretó el piso veinticinco. Al salir, la mano golpeó con firmeza la primera puerta hacia la derecha. Se escuchó un gruñido desde el otro lado. Abrió un cíborg moreno, de barba desordenada. Tenía los ojos rojos y un arito en el labio inferior. Una mano agarró el arito y de un tirón lo arrancó de su boca. La otra mano ahorcó al sujeto con inusitada fuerza (él era muy grande en comparación conmigo, pero la fuerza de la mano era mayor). ¡Yo no soy así!, me escuché gritar, antes de que el cíborg cayera, sin vida, sobre el piso de polímero.

12

Desde la ventana entraban los rayos fulgurosos del sol, diluidos por las persianas, azotando a Cerealia con su fuerza. El cuerpo entró y cerró la puerta. Se sentó en una silla metálica que había en la cocina y observó el cadáver. Por dentro, yo sentía horror y quería decir algo, pero no me atrevía. No sabía cómo reaccionaría ese cuerpo ajeno ante mis palabras. Pero el cuerpo se mantuvo quieto, con los brazos cruzados, por largo tiempo. No sé cuánto exactamente. De pronto sentí un ruido detrás. La vista se dirigió hacia la entrada. Alguien abrió la puerta. Me llamo Paul, dijo un hombre que entraba con *mi* cuerpo al cubículo; Paul Varlotta, agregó. Y usted, señor, dijo cerrando la puerta con delicadeza, tiene algo que me pertenece.

13

Señor Varlotta, dije, tiene que ayudarme. Varlotta avanzó hasta una silla enfrente de donde yo (o su cuerpo) estaba sentado. Extendió un brazo y dio vuelta la silla, sentándose con las piernas abiertas, apoyando el pecho y los brazos en el respaldo del asiento. Usaba lentes fotocromáticos que no me permitían ver la expresión en sus ojos. Los labios recogidos, algo sueltos, dejaban entrever parte de los dientes. Varlotta hizo un chistido y soltó una risita como si estuviera tosiendo. Se ve ridículo, dijo, ensombreciendo la expresión en la cara, y luego suspiró, repitiendo: se ve ridículo con mi cuerpo.

14

Puedo ayudarlo, dijo Varlotta encendiendo un cigarro. ¡Oiga!, grité, pero el

cuerpo no reaccionó para quitarle el pucho de la boca. Me dio asco que ensuciara mi cuerpo con nicotina y alquitrán. Paul Varlotta sonrió. Fumaba con fruición, la mano derecha sosteniendo con distinción el cigarro, el codo del brazo derecho apoyado sobre la mano izquierda. Cuando ya llevaba la mitad, le pegó una buena fumada y, sin dejar salir la humareda, se alzó y caminó hasta la puerta. Sígame, dijo, y el cuerpo se paró del asiento y avanzó hacia él. Y una vez que pasó a su lado, Varlotta dejó salir el humo del cigarro, dándole de lleno a su propia cara con una nube de círculos, que me hizo toser.

15

En el pasillo había un grupo de hombres vestidos de negro. Algunos se apoyaban en los muros, otros conversaban entre ellos, parados cerca del ascensor. Varlotta se dirigió hacia allá, y uno de los hombres apretó el botón. Cuando las puertas se abrieron, todos entraron. Yo también entré: el cuerpo seguía las instrucciones de aquellos estímulos externos. Las puertas se cerraron; quedamos muy apretados en el ascensor. La cara quedó muy cerca de mi cara —quiero decir: cerca de la cara que ahora le pertenecía a Paul Varlotta—. Estaba tan cerca que podía sentir su respiración, pasada a tabaco y licor fino. Sonó la alarma de sobrepeso, pero la máquina no se detuvo. Llegamos al primer piso, las puertas se abrieron y nos dirigimos a la salida, todos en perfecta sincronía. Una vez en la calle, avanzamos en dirección norte, siempre mirando al cerro más alto del cráter Occator, que contenía a la ciudad de Cerealia. Paul Varlotta dirigía el séquito: parecíamos una bandada de cuervos.

16

En el trayecto, el cuerpo se topó en línea recta con una viejita adorable que caminaba pausadamente. Su mirada era dulce y desprendía grandeza de su rostro. La mano se movió sola y le mandó un fuerte cachetazo en la cara. La viejita cayó al suelo y sus ojos grandes, aumentados por unos lentes gruesos, dieron vueltas como dos estrellas desorbitadas. Los hombres no se detuvieron ante el incidente, mucho menos el cuerpo, que después del golpe siguió caminando como si nada. ¡Perdón, yo no soy así!, me escuché gritar, pero la viejita no pareció darse cuenta de mi disculpa. Después cerré la boca y empecé a sentir culpa por lo que había pasado. Quise ponerme a llorar, pero el cuerpo no me lo permitió. Cuando sentí que acaso podía recuperar el control por unos segundos, nos detuvimos ante una gigantesca torre en construcción. Un cartel, que colgaba de una de las losas, decía en letras enormes: INMOBILIARIA VARLOTTA. Uno de los hombres de negro abrió el portón de la construcción con una llave magnética, y entramos al sitio.

17

Nos metimos en otro ascensor, esta vez un montacargas más rudimentario. La maquinaria hacía un chirrido molesto al ponerse en marcha y su velocidad era mucho más lenta que la del ascensor anterior. El montacargas ascendía paralelo a una enorme grúa robótica, cuya torreta desembocaba en una cabina que separaba el lado más extenso del contrapeso. La torreta se emplazaba en medio del espacio central del edificio: cada losa era una cinta circular, metálica, intersectada verticalmente por un enorme cilindro invisible, un colosal vacío de aire que atravesaba todo el edificio. La grúa ascendía en medio de este vacío.

18

Cuando llegamos a la punta, Paul Varlotta caminó con soltura por el extremo más largo de la grúa, que sobresalía más allá del perímetro de la obra. El edificio invitaba a mirar al vacío, pero Varlotta, avanzando con gracia felina, no parecía temer al abismo. Tomó asiento al final de la grúa y contempló los distintos focos de humo y luz que se vertían por entre las monumentales torres de Cerealia. El tono azul, contaminado, de la ciudad, se fundía con el pesado sol de la tarde. Varlotta, vestido con una chaqueta de cuero negra, sus lentes fotocromáticos empañados, comenzó a afilar un cuchillo. Su séquito se paró a los costados de la grúa. Algunos de ellos se amarraron con arnés.

19

Pásenle el cuchillo, dijo Varlotta sin darse la vuelta. El séquito veía su espalda. Yo solo veía las sombras de los surcos de su chaqueta. Uno de los hombres de negro sacó un cuchillo que tenía colgando en una funda de cuero y extendió el brazo en mi dirección. Tómalo, dijo Paul, todavía dándonos la espalda. La mano se estiró sola y, tratando de no cortarse con el filo, agarró el cuchillo por los costados de la hoja. Luego, con un movimiento certero, lanzó el cuchillo al aire y lo tomó con rapidez del mango. Paul Varlotta se levantó y se dio media vuelta, manteniendo firme el soporte de sus pies entre las vigas de la plataforma. La mano, extendida hacia él, presionaba con fuerza el cuchillo.

20

El sol le llegaba en la cara, mi cara, revelando dos firmes líneas entre el pómulo y el mentón. El cuerpo de Paul Varlotta, es decir, mi cuerpo, era alto, esbelto, y solo parecía tener músculos en los hombros levantados. Se erguía con afectación. Comprendí, en ese momento, que Varlotta me había *hackeado* de alguna forma,

traspasando mi conciencia a su antiguo cuerpo, un repositorio de músculos sintéticos gastados y circuitos cibernéticos corroídos. Comprendí también que lo que él buscaba en ese momento era dar de baja a su antiguo cuerpo. Déjenlo pasar, dijo entonces Varlotta. Los hombres se hicieron a un lado, algunos se encaramaron a los costados de la grúa, otros se sentaron entre las vigas de acero pintadas de amarillo. Se escucharon risotadas cuando los pies, de los cuales yo no ejercía control alguno, comenzaron a avanzar por el entramado de acero en dirección a Varlotta.

21

Él reía cada vez que el cuerpo trataba de alcanzarlo, trazando líneas curvas con el cuchillo. Las manos se sentían ligeras y, de vez en cuando, lanzaban punzadas rectas. Los hombres gritaban; sus voces se escuchaban como un murmullo general, como el crujido de un androide en desuso tratando de procesar información inútilmente, como el zumbido de las cúpulas de terraformación que permitían la vida en Ceres. Yo sentía un apretón en el pecho cada vez que el cuchillo de Varlotta me rozaba. Él saltaba de una viga a otra mediante ágiles y cortos movimientos. Entonces lo comprendí: quien movía ese cuerpo no era él; yo pensaba sus movimientos, esos saltos de viga en viga, y el cuerpo los llevaba a cabo, de la misma manera que él había pensado y realizado mis movimientos durante todo este tiempo.

22

Me encontraba inmóvil: el cuerpo, estancado entre dos vigas de acero, no quería moverse. Probablemente Varlotta pensaba en quedarse quieto, por eso el cuerpo estaba así. Contraataqué: obligué a Varlotta a saltar, de una viga a un metro de distancia, hasta la viga donde me encontraba detenido. Nuestros cuerpos colapsaron, yo sentí un desequilibrio, seguido de un corte en el brazo y luego, por reacción, pensé en un movimiento sólido, certero: vi a Varlotta retroceder y luego atacarse a sí mismo con el puñal que tenía en la mano. El cuchillo se enterró con crudeza en el cuello, mi cuello, atravesándolo; Varlotta se tambaleó entre las vigas con la mano firme en el mango del cuchillo, enterrado de lado a lado. No alcanzó a decir nada —cayó en línea recta al vacío.

23

Fue una caída larga, se demoró en tocar el fondo: visto desde arriba, Varlotta parecía un punto que iba atravesando círculos concéntricos hasta desaparecer en la oscuridad de los primeros pisos. Cada vez que cruzaba una losa podía

escucharse un leve silbido de viento, que iba haciéndose más y más débil. Entonces se escuchó un chasquido lejano, agudo, y ya no hubo más silbidos. El sol se había escondido y solo quedaba una tenue línea anaranjada —un color inusual en Cerealia, que solo había podido experimentar por la altura excesiva en la que me encontraba en ese momento— sobre el horizonte oscuro del planeta enano. Los hombres vestidos de negro miraban inertes hacia abajo. Yo dejé de mirar. En cambio, me alejé sigilosamente, con mucho cuidado, tratando de no tropezar entre viga y viga, tratando de controlar el vértigo, respirando agitado ante cada salto que daba, equilibrándome. El séquito de hombres dirigió su mirada hacia mí: yo en ese momento supe que, junto con haber recuperado el control, había perdido para siempre mi cuerpo original.

24

Retrocedí hasta el montacargas, tratando de no dar un paso en falso entre las vigas, esperando que alguno de los hombres —que no dejaban de mirarme— se abalanzara sobre mí, pero eso no pasó. Presioné el botón de bajar: el descenso fue lento, casi agónico, pero logré llegar hasta la calle y me encaminé hacia el cubículo que había arrendado. Era medianoche cuando llegué. Entré a la pieza y encendí la luz. Tomé el frasquito de silicona y pegué la piel sintética del brazo que el cuchillo de Varlotta había cortado. De la ventana abierta comenzaron a entrar polillas. Traté de echar a una. Era escurridiza, se escabullía. Mientras tanto, mi pieza se llenaba de más polillas. Tuve que cerrar la ventana. Tres quedaron dentro. Una era enorme y parecía un pájaro de circuitos grisáceos. No importa, pensé; me hacían compañía. Finalmente me acosté. Una de las polillas se posó en el escritorio a mi lado. La otra, la enorme, se acomodó en el muro de enfrente. Escuché más polillas chocando contra la ventana iluminada. Me quedé dormido.

25

Desperté con un rayo del sol a los pies de la cama. Las polillas ya no estaban. Alguien, que no era yo, pensó: *¿adónde van las polillas cuando amanece?* El cuerpo se puso involuntariamente de lado. De la almohada apareció volando una polilla gigantesca. Pegué un grito, pero sentí que el grito no era mío. Las palmas manotearon en el aire. La polilla voló hasta el baño. El cuerpo la siguió. Una mano la aplastó contra el muro. La polilla cayó al wáter, en cámara lenta, como la caída de Varlotta: apenas vi eso, tuve la certeza de que él, no sabía cómo, seguía vivo. La misma mano que pegó el golpe tiró la cadena. El cuerpo salió del baño y se sentó rígido en la cama. Se quedó así, sentado, tratando de calmar la respiración. Pensé: tengo que ir a buscarlo. Tengo que terminar lo que empecé. Me fijé que los circuitos de repuesto estaban en la estantería inferior de la

mesita. Quise alcanzarlos, pero no me pude mover. Pasé un buen rato así, inerte; entonces me di cuenta de que la cadena del wáter seguía corriendo en el baño. No sé cuánto tiempo habrá pasado, solo sé que mis circuitos soltaron un crujido hambriento, anhelando un vaso de aceite de cualquier tipo, y que pude observar el recorrido del sol por la pequeña ventana de mi habitación: era un polígono rectangular luminoso que, a medida que la mañana transcurría, cambiaba de forma y posición. Quise gritar, pero el cuerpo no me lo permitió. De fondo, cada vez más fuerte, el ruido del estanque, como un grito imaginario, no dejaba de sonar.

LA MÁQUINA DE HEINLEIN

El oficio había sido la gota que rebalsó el vaso. Bajé, indignado, por las escaleras, hasta el subterráneo, hasta la puerta del sucucho donde lo habían desterrado, sin tocar, entrando de golpe, gritando su nombre: ¡Heinlein!, ¡Heinlein!, botando violentamente algunos archivadores de las repisas al suelo, y ahí estaba él, con sus ojitos de perro atropellado, detrás de sus lentes gruesos y su pelada sudorosa; Christopher Heinlein, inocente, incólume, sin entender lo que pasaba.

Me fijé que tenía unos cables pegados en la cabeza, pero los ignoré espontáneamente. Le dije, en cambio: vas a arreglarlo, ¿me entendiste, idiota? Vas a arreglarlo, no sé cómo, corrigiendo el oficio, con otro decreto, no tengo idea, pero vas a arreglarlo. Heinlein no cambió de expresión: en cambio, se puso a hablar de asuntos que en un principio me dejaron bastante aturdido, pero que luego empezaron a resonar en mí, dentro de mi cabeza, haciendo cada vez más sentido como una posible solución a mi dilema.

¿Cómo explicar lo dicho por Heinlein?

Primero me habló del tiempo, de cómo el tiempo no existía, no realmente. Me dijo que lo que nosotros, muertos en vida, llamábamos tiempo, era tan solo una forma de entender el movimiento de la materia o, más bien, la velocidad del movimiento de la materia que nuestro cerebro percibía. Luego habló de la paradoja temporal entre razón y emoción. Me dijo que en el punto en que ambas confluían se formaba esa paradoja. Habló de dos flechas enfrentándose, que apuntaban a sí mismas. Me dijo: en ese vínculo se encuentra el viaje en el tiempo (no exagero nada de esto: él, Heinlein, hablaba de esa manera).

—¿Cómo? ¿Viaje en el tiempo? —pregunté, todavía sin estabilizar mi

respiración agitada.

—Tengo una máquina del tiempo —dijo Heinlein.

Pensé en mandarlo a la mierda. Quería mandarlo a la mierda, pero no lo hice. Incrédulo, dije en cambio:

—¿Y funciona?

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE
NEO-CERIO

ORD. Nº 0464
ANT: Ord. 5031. Solicita restitución de recursos.
MAT: En respuesta a solicitud de restitución de recursos.

DE: Fritz Heinlein S.
Alcalde Colonia Neo-Cerio
A: Davor Posavac S.
Intendente Asteroidal de Cerealia

Junto con saludarlo cordialmente, y en respuesta a su solicitud de restitución de recursos, le informo que debido a algunos inconvenientes administrativos, los Estados de Pago del proyecto "Ejecución Nuevo Edificio Ilustre Municipalidad de Colonia Neo-Cerio" quedaron fuera de los plazos del Convenio de Transferencia de Recursos. En ese sentido, se solicita realizar una prórroga del convenio, de manera de poder pagar y rendir las obras del proyecto en ejecución.

Se adjuntan documentos de respaldo a lo planteado.

Atentamente se despide,

Fritz Heinlein s.
Alcalde colonia neo-cerio

ILUSTRE MUNICIPALIDAD
ALCALDE
NEO-CERIO

Walter Molina

fhs / wmm / chs
Distribución
Destinatario
Archivo

Oriundo de Cerealia, llegué a esta colonia por los clásicos anhelos de naturaleza que se sienten desde la capital. Esos ridículos, idílicos anhelos de un citadino que busca escapar de la frialdad del metal y de las estridentes luces de neón, y que solo ha estado en Neo-Cerio en esos pocos días del año en que hay un paisaje de postal, o en un fin de semana en que, posiblemente, llueve o hace algo de frío húmedo, y se respira olor a corteza mojada. Pero, como ni el frío ni la lluvia se sienten al calor de una arcaica y romántica cocina a leña —cocina que uno no encendió, por cierto—, el cerealino siente que se la puede, que lo necesita, que Neo-Cerio es donde debe estar.

Esos anhelos.

Claro, tampoco los habría llevado a cabo sin un mínimo impulso: la Intendencia Asteroidal promovía la migración a Neo-Cerio, que ya llevaba algunos años en reconstrucción, mediante una serie de incentivos económicos y laborales bastante atractivos. Entré a la Municipalidad a reemplazar al antiguo administrador municipal: decían que el día de la erupción de Ahuna Mons este administrador había tomado una aeronave municipal y, cigarro en boca —así lo vieron volando por última vez—, se había lanzado de lleno hacia los lahares del volcán. En realidad, no entré a reemplazar a *ese* administrador en particular, sino más bien a la seguidilla de administradores que entraron y salieron durante un par de años por las puertas del municipio: la duración de su estadía variaba entre una o dos semanas hasta tres meses, como máximo. La razón del efímero paso de esta camada de endebles funcionarios se debía al carácter despiadado e inestable del alcalde de Colonia Neo-Cerio: el mítico Fritz Heinlein.

El antiguo administrador era hombre de confianza del alcalde, y lo había acompañado en ese cargo desde el comienzo de su primer periodo hasta el día del fin, cuando se lanzó a toda velocidad hacia la lava del volcán. Consecuentemente, se abrió el cargo de administrador municipal, pero ni uno de los recién llegados satisfacía el temperamento del viejo Heinlein. Como por juego o deporte, el alcalde les hacía la vida imposible (había quienes decían que después de la erupción del volcán se había chalado), y uno a uno iban cayendo mientras el resto de los funcionarios jugaba a apostar cuánto tiempo duraría cada uno de estos pobres administradores en el cargo.

Cuando el antiguo administrador falleció, Fritz Heinlein intentó darle un nuevo aire al cargo y, en consecuencia, a la administración del municipio: buscó tecnócratas en Cerealia, y así fue como yo llegué. Si bien no estuve presente durante toda la parafernalia del volcán y sus estragos, fui elegido precisamente porque traía una suerte de aire renovador a una institución viciada en extremo por la ceniza. Pero, por lo mismo que se buscaba un aire distinto en el municipio, me costó ser aceptado por mis pares más antiguos. En la oficina no

muchos querían relacionarse conmigo: las antiguas secretarias se comportaban como hienas, y los directores y jefes de departamentos, a su manera, me ignoraban. Fuera del municipio, en la colonia, no tenía amigo alguno. Todos los días iba del trabajo a mi casa y de mi casa al trabajo. Apenas me detenía a mirar los escaparates de las tiendas del centro, evitando siempre el contacto visual con los peatones.

El trabajo tampoco ayudaba. Soy de esos hombres que, desde tiempos inmemoriales, han interiorizado el hecho de que la vida es una gran batalla contra el tedio. En ese sentido, cada día en la Municipalidad tenía su fin. Pasaba largas horas frente a la pantalla holográfica, cuando no trabajando, haciendo como que trabajaba, mientras leía el diario o hacía crucigramas. El tiempo en esos momentos parecía no transcurrir: era una sustancia pastosa, espesa. La gran batalla del día a día era, entonces, hacer andar la rueda del tiempo, una rueda desinflada, detenida por defecto.

Por lo mismo, era una batalla perdida.

Todos los días yo miraba por la ventana de mi oficina y veía, enmarcado bajo el alero de la terraza y el muro del edificio de enfrente, el camino en subida que iba hacia la cabaña que arrendaba en Neo-Cerio. El camino era curvo y estaba rodeado de una franja colorada de árboles verdes y casitas rojas con enchapes de tejuelas metálicas. Por lo general, la imagen se veía grisácea, opacada por la lluvia o la humareda de las cocinas a leña. Era una postal diaria que reflejaba el estado de mi espíritu. A veces, los días más movidos, veía a una viejita con bolsas de feria subiendo por el camino. Pero también había días despejados en Neo-Cerio, días donde, a la hora del amanecer, camino al trabajo, un manto morado parecía flotar sobre el pueblo, haciendo de ese camino en subida un espacio etéreo, metafísico, y entonces sentía en mi interior que las cosas podían salir bien, que un hombre aburrido podía encontrar momentos como ese, que lo sacaran de esa red pegajosa que era el tiempo, que lo salvaran de sí mismo.

Una forma de esperanza.

Fue en ese adverso escenario cuando lo conocí.

Su oficina (si es que se podía llamar así) tenía un cartel pegado en la puerta: vía de evacuación. Y esa evasiva entrada era una clara representación de lo que Heinlein era. Un ser elusivo, escurridizo. Por ese mismo cartel fue que me lo topé accidentalmente. Me hallaba en el pasillo que daba a la Secretaría Comunal de Planificación, cuando vi pasar a una de las secretarias, a quien yo no le agradaba, una muchacha de pelo negro azabache y cara de búho. No quería saludarla, quería hacerme el desentendido. Pensando que podría evadirla, intenté abrir la puerta del baño: estaba trabada con cerrojo. Se venía acercando desde el otro extremo del pasillo como un ave de rapiña, por lo que me di la

vuelta y pulsé el botón que abría la puerta que decía vía de evacuación, pensando que era una salida a la escalera de emergencia. Pero no había ninguna escalera: solo Heinlein, quien me miró impresionado con sus ojos azules expandidos detrás de los lentes culo de botella. Tenía la taza de café a medio camino entre la mesa y su boca, y se quedó así, quieto, congelado, cual conejo encandilado por los focos de una aeronave.

—¿Café? —me dijo.

Ante mi silencio, Heinlein dejó su taza en el escritorio y tomó el termo humeante, acercándolo a otra taza que había sobre un estante.

—Café —repitió—. Si usted pertenece al servicio público tiene que tomar café en la mañana, al mediodía y en la tarde. Y ahora son las doce.

—No, gracias —hice un gesto negativo con la mano—. ¿Por qué me dice eso?

—¿Usted no viene llegando del sector privado de la capital?

Me quedé pensativo.

—¿Cómo lo sabe?

—A mí me llegan los currículos de todos los postulantes.

—Ah —dije, y miré de reojo por la puerta. La secretaria ya había pasado. Quise desentenderme de Heinlein, pero no pude evitar echarle un vistazo más detenido a su oficina: era un lugar estrecho, rectangular. No había ventanas, solo estantes metálicos, todos repletos, no quedaba espacio por llenar. Sobresalían archivadores y baterías de impresoras holográficas, además de resmas, grandes rollos de papel higiénico, toalla absorbente e interminables hileras de carpetas de variados colores ocres, repartidas entre claro y oscuro, de forma intermitente, hasta rellenar todo el estante, el cual remataba con una cortina que cerraba virtualmente el espacio.

—Christopher Heinlein —me dijo, estirando su mano.

Le di un apretón —su mano estaba sudorosa— sin decir mi nombre, pues asumía que él ya lo sabía por mi currículo.

—Tengo que irme —le dije, y salí antes de que él pudiera decir otra cosa.

Ese mismo día en la tarde, conversando con Olga, mi secretaria —otra señora que me detestaba—, le pregunté por Christopher Heinlein, su cargo y su poco ortodoxa oficina.

—Es un puesto fantasma —me respondió—. El viejo Fritz le inventó ese

cargo para tenerlo cerca. Usted debió haberlo notado, Christopher es... especial. Medio autista. Ha cometido muchas faltas.

—Pero, ¿cómo se llama el cargo?

—No tiene nombre. O si lo tiene, creo que es algo con personal, algo con adquisiciones, algo con recursos… no lo recuerdo.

—¿Y por eso lo tienen en esa... oficina?

—El viejo Fritz no quería que anduviera molestando por ahí al resto de los funcionarios —dijo, dando por finiquitada la conversación con un leve manotazo de desprecio al aire.

Después de ese primer encuentro, me olvidé de Heinlein por un tiempo. Pero no tardé en volver a encontrármelo. Había pasado la tarde leyendo palabras inocuas, como *decrétese* y *licítese*. Cuando alcé la vista desorbitada y me fijé en el reloj —cuyo holograma se proyectaba en la pared de enfrente—, noté que estaba pasado con creces de la hora de salida. Me sentí ridículo, puesto que una de las cosas que el alcalde me había explicado el día de mi entrevista de trabajo era que acá las horas extras no se pagaban, por lo que, si bien había que asumir siempre una posición más allá de la línea del deber, poner el pecho a las balas, ese esfuerzo extra no sería recompensando, al menos no por los canales convencionales.

Salí de la oficina. Los pasillos, oscurecidos, se veían como derretidos, como decadentes en exceso, un edificio venido a menos y sin luz: la Municipalidad. Lo habían parchado como mejor pudieron después de la erupción, pero el edificio estaba en pésimas condiciones (por eso se estaba ejecutando la construcción de uno nuevo).

Tenía ganas de mear antes de irme. Pasé al baño del pasillo. Antes de salir, me mojé la cara. La luz del baño titilaba. Entre parpadeos, observé mi rostro gastado, aburrido, en el espejo. Quise gritar. No lo hice, por supuesto.

Al salir del baño, escuché un ruido en la puerta adyacente. Era el sucucho de Heinlein. El ruido era sutil, casi mecánico, una suerte de arrullo persistente. Pensé en mi trabajo de administrador municipal; pensé en que tenía que cuidar los recursos de la oficina. Imaginé que Heinlein se quedaba hasta tarde usufructuando de las impresoras o de otros servicios del municipio: abrí la puerta estruendosamente. Miré hacia todos lados. La luz estaba apagada y no pude ver nada. El ruido que escuché, no obstante, seguía allí en el ambiente. Entré con cuidado, siguiendo el camino del sonido. Se escuchaba debajo de la mesa. Me asomé: descubrí a Heinlein, lleno de cables pegados en su cabeza rapada, durmiendo, roncando —he ahí el arrullo enrarecido—. Había

acomodado una suerte de colchón hecho de mantas junto a una almohada roñosa, todo esto debajo de su escritorio.

Salí sin hacer ruido.

Al día siguiente, quise hablar con el alcalde por esta situación. Me recibió en su despacho.

Esa mañana, Fritz Heinlein estaba borracho. A primera vista no se le notaba: mantenía una posición estoica en su asiento, con las palmas apoyadas sobre la mesa y el estómago inflado como un palomo gigante. Pero los ojos, turbios, enrojecidos, los ojos lo delataban.

—Tome asiento —me dijo—. ¿Un estimulante? —preguntó casual, abriendo un cajón del escritorio, mostrándome la botella de licor.

—No, no... —dije, contrariado—. Vengo a hablar de su hijo.

Fritz Heinlein guardó la botella en el cajón y me miró seriamente, sin pestañear. Era un desafío, lo entendía: sus ojos, antes desorbitados, ahora se posaban en mí con inusual fijeza, determinación. Me puse nervioso.

—¿Usted sabía que su hijo se queda a dormir en su... oficina?

El alcalde sonrió.

—Lo que haga o no haga mi hijo me deja indiferente.

—¿A qué se refiere?

—Él es libre de hacer lo que quiera. Mi mente, mis convicciones, están abocadas a las chatarras de esta comuna.

—¿Y por chatarras usted se refiere a...?

—Los pellejudos.

Lo miré interrogante.

—Los inorgánicos —aclaró—. Usted sabe: después del incidente de hace algunos años, la Intendencia Asteroidal me obligó a aceptar la inclusión de cíborgs en la colonia. Y ellos —sonrió— son mis votantes más fieles, por supuesto.

—Ah... —respondí. No supe qué más decir. Con un movimiento de cabeza, me retiré de la oficina del alcalde.

En el camino a mi oficina, me detuve frente a la puerta cerrada de Heinlein.

Miré el letrero de vía de evacuación. Toqué dos, tres veces.

Heinlein abrió y, con un aleteo del brazo, me hizo pasar.

Me senté delante de él: el espacio era muy apretado para dos personas. Heinlein me miró interrogante. Decidí ser frontal.

—Su padre —le dije—, ¿se puso alcohólico después de la catástrofe del volcán?

Heinlein no pareció sorprenderse con la pregunta.

—No, no —respondió—. Él siempre ha sido así, desde mucho antes de la erupción.

Luego procedió a contarme que el trago predilecto de su padre era el licor pétreo, primer alcohol sintetizado en Ceres, un líquido incoloro, volátil, de sabor a piedra y de olor ardiente que se obtenía de la fermentación de la petreamina, un cristal azucarado que se extraía del cráter Dantu —y que algunos drogadictos de la capital consumían fumándolo sin procesar—. Desde que él era niño, tenía la memoria de su padre bebiendo LP. Y desde su primer periodo como alcalde, Fritz Heinlein solía beberlo en horario laboral, incluso a tempranas horas de la mañana. Decía que el LP lo mantenía activo y concentrado. Y claro, allá él: nadie le decía nada. Era dueño y señor del municipio y, debido a los grandes inmuebles y terrenos de los que era propietario, de alguna manera también era dueño y señor de la colonia. Fritz Heinlein siempre andaba con un leve tufillo a alcohol y con un bronceado de cantina.

—Antes del volcán —agregó—, mi padre solía ser sensato. Ahora es como usted ve.

—¿Racista? —dije.

—Oh, no, mi padre no es racista —dijo Heinlein—. Solo le gusta la emoción del racismo.

Volví a mi oficina ignorando a Olga; ella, de alguna manera, ignorándome primero. Me senté en el escritorio pensando en Fritz Heinlein, orgulloso y alcohólico descendiente de colonos orgánicos que llegaron a probar suerte en Ceres, y en su hijo, Christopher Heinlein, al que nadie trataba por el nombre, solo por el apellido: Heinlein, a secas, con la indiferencia con que se habla de una corchetera o una perforadora.

Miré por la ventana: llovía. El humo de las chimeneas se colaba en medio de la lluvia, se unía a ella y formaba una atmósfera espesa de líneas verticales y volutas horizontales.

Abatido, mirando hacia abajo, dejé que mi cabeza se hundiera entre los hombros.

Entonces vi el oficio que Olga había dejado en mi escritorio.

La Intendencia Asteroidal exigía de vuelta el dinero del proyecto del nuevo edificio municipal —un proyecto emblemático, cuyo presupuesto no se había rendido y cuyo convenio se había vencido hacía bastante rato—. Indicaban que su oficio era la respuesta a un oficio ordinario anterior enviado por el municipio, cuyo número era el 464, con fecha de una semana atrás. Me pareció extraño: no recordaba que tal oficio hubiera pasado por mis manos. Me acerqué a los archivadores en busca de una copia. No encontré nada.

Un poco agitado, fui a consultar a Finanzas por el oficio: no había ninguna copia.

Nervioso, pasé por SECPLA: nada.

Finalmente, después de dar vueltas por las escaleras y laberintos de la Municipalidad —el tiempo, lo sentí, se movía, pasaba un poco más rápido—, encontré una copia del oficio 464 en oficina de partes. Me fijé en su contenido: se solicitaba una prórroga de extensión para el convenio ya vencido, de manera que pudiéramos rendir los fondos. La respuesta del Intendente, recibida en el oficio que vi en mi oficina, era evidente: no habría tal prórroga, querían los créditos de vuelta, amenazaban con hacernos un sumario y meternos a prisión.

Nada de esto me habría importado realmente de no ser porque, me fijé, yo había visado el oficio enviado por el municipio —tenía mi nombre y mi visto bueno—. Pero el oficio nunca pasó por mis manos: mis iniciales, rayadas con mi nombre, habían sido falsificadas. Me fijé en el contenido anexo enviado con el oficio: boletas, decretos, todos visados por mí.

Esto implicaba que quien caería en el sumario, antes que el alcalde, sería yo.

Me di cuenta de que bufaba, con el oficio temblando en la mano.

La chica de partes me miraba asustada.

Respiré grandes, lentas bocanadas de aire.

Traté de enfocarme.

Me fijé en quién había redactado el oficio: chs.

¿Chs?

Christopher Heinlein Schmidt.

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE
NEO-CERIO

ORD. Nº _____
ANT: Ord. 5032. Rechaza prórroga al convenio de transferencia.
MAT: Informa viaje en el tiempo.

DE: Fritz Heinlein S.
Alcalde Colonia Neo-Cerio
A: Davor Posavac S.
Intendente Asteroidal de Cerealia

Junto con saludarlo —no cordialmente, en esta ocasión—, en el marco del proyecto "Ejecución Nuevo Edificio Ilustre Municipalidad de Colonia Neo-Cerio", y en respuesta a su negativa frente a la prórroga solicitada al Convenio de Transferencia de Recursos, además de la delirante amenaza de sumario que incluye su Oficio Ord. Nº 5032, le informo que, al intentar someter a este alcalde a su absurda solicitud, no me deja otra opción más que la realización de un viaje en el tiempo, enviando a uno de los funcionarios de este municipio al pasado, de manera de revertir las infortunadas consecuencias que ahora se han producido debido al mal manejo administrativo y la supuesta malversación de los fondos de este proyecto.

Se despide, insisto, sin la cordialidad ni la atención habitual,

Fritz Heinlein s.
Alcalde colonia neo-cerio

fhs / wmm / chs
Distribución
Destinatario
Archivo

Agité el papel en mi mano, sin entender la magnitud de la ridiculez que me estaba pidiendo.

—¿Y esto… hay que enviarlo? —pregunté.

—Es la única manera —dijo Heinlein. Y viendo mi cara de extrañeza, agregó —: es parte del proceso del viaje en el tiempo. Para que la máquina funcione, debe ser enviado, como una advertencia al tiempo, como un aviso de que lo atravesaremos.

—¿Y la firma del alcalde? —le dije.

—Usted no se preocupe por la firma de mi padre —respondió—. De eso me preocupo yo.

La máquina no era tal. Se trataba de una serie de cables y parches que se conectaban al cráneo. No era necesario pelarse a lo Heinlein: con pegar los parches a la parte superior de la frente, la máquina funcionaría. Además, había que ponerse lentes de sol para atenuar la luz de la habitación. Yo estaba nervioso y pregunté si dolía. Él me dijo: sí, claro que duele. Pero, como todo en la vida, se acostumbrará. ¿Al dolor?, pregunté, redundante. Al dolor, me dijo, y también a dormir. Le expliqué que yo sufría de insomnio. Me dijo que lamentablemente la única forma de viajar era durmiendo. Habló de inyecciones, elementos que inducen el sueño. Yo cerré los ojos y luego los volví abrir. Miré más allá de sus lentes gruesos y su pelada: me fijé en un cartel detrás de él, donde decía:

Tiempo presente y tiempo pasado

Están ambos presentes quizás en el tiempo futuro

Y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.

Le pregunté si los versos eran de él. Se rio. Un poeta del devastado planeta Tierra lo vio antes que nadie, dijo. Hace más de tres siglos. Pero no fue el primero en entenderlo. El primero fue un sofista, del mismo planeta, quien dijo que el tiempo no era una realidad, sino un concepto, o una medida. Otro se aventuró a decir que el tiempo, movimiento y cambio eran solo ilusiones. Yo comparto este pensamiento, dijo Heinlein sonriendo.

Esa noche viajé en el tiempo.

Heinlein me había preparado: me encontraba reclinado sobre una de las sillas de oficina, lleno de parches pegados en la frente. A mi lado, la cortina que

Heinlein tenía usualmente cerrada ahora estaba abierta: más allá del escenario habitual, repleto de archivadores y cajas con baterías de impresoras holográficas, se extendía un espacio de cristal contenido, como una pecera, llena de computadores y cables enredados; a un costado de esta pecera había una puerta acostada sobre unos caballetes metálicos, donde Heinlein tenía un computador de pantalla antigua, de esas curvas, de baja resolución, como de otra época. Sobre el computador colgaba del muro un enorme monitor donde se proyectaban holográficamente varias pantallitas: eran cámaras de vigilancia, las cuales mostraban todas las oficinas del edificio. El sucucho de Heinlein era un mundo distinto, un mundo paralelo al resto de la decoración decadente de la Municipalidad.

Las luces estrambóticas de los computadores a mi lado tintineaban, eran luces rojas, azules y verdes, que terminaron por marearme. El lugar se volvió, repentinamente, demasiado apretado para ambos.

—Relájese —me dijo, con una jeringa llena de un líquido ambarino en su mano. Heinlein, guantes puestos, golpeó la aguja, que soltó un par de chispazos líquidos.

—Estoy relajado —dije, sintiendo que mi voz me delataba.

Heinlein se inclinó hacia mí, muy cerca de mi cara, y dijo:

—No miremos la respuesta, sino repitamos la pregunta. ¿Qué sucedió con la pregunta? Se ha transformado. La cuestión de *qué* es el tiempo se ha convertido en la pregunta: ¿*Quién* es el tiempo? Más en concreto: ¿Somos nosotros mismos el tiempo? Y con mayor precisión todavía: ¿Soy *yo* mi tiempo?

—¿C-Cómo? —dije, y no alcancé a escuchar ninguna respuesta, porque Heinlein me inyectó la jeringa en el cuello y, seguido de un dolor punzante, que duró una milésima de segundo, perdí el conocimiento.

Fue tal como él lo había planteado: soñé que estaba en la oficina. Solo que, según sus palabras, lo que yo veía no era un sueño. Era el viaje en el tiempo.

Mi cuerpo se movía con fluidez por los pasillos y oficinas del municipio, los atravesaba como la vista suele cruzar, mediante flechazos esporádicos, los cráteres y montículos que se forman en la superficie de Ceres cuando uno viaja entre las colonias.

Los pasillos se deformaban ante mí.

Llegué a mi escritorio. En él se apilaba una torre de papeles, todos referentes al proyecto en cuestión: el Nuevo Edificio de la Ilustre Municipalidad de la Colonia Neo-Cerio. Todos los papeles, me fijé, estaban visados por mí. Los tomé:

sentí como se deshacían en mis manos, y los pedacitos de papel que caían al suelo se transformaban en polillas que salían volando por la ventana que daba al balcón. Mi firma parecía una polilla diminuta, que iba desapareciendo a medida que mis manos hacían trizas, uno por uno, los papeles sobre el escritorio.

En algún momento del sueño, no recuerdo cuándo, me vi en el balcón de mi oficina, parado en el borde del murete, desnudo, mirando hacia la calle. Llovía, y yo sentía como las gotas se acoplaban a mí, se hacían uno con mi cuerpo, me formaban.

Yo era la lluvia.

Desperté con un punzante dolor de cabeza.

Me encontraba en mi cama, desnudo.

Lo primero que hice al levantarme fue darme una ducha caliente. Me tambaleé hasta el baño, apenas tuve fuerzas para encender la llave del agua. Tiritaba.

En mi cama había un terno gris, doblado ordenadamente, con una corbata morada. Me vestí y bajé, agotado, al primer piso. Miré la hora: era mediodía. Había dormido toda la mañana.

Desayuné solamente un café. En el camino al trabajo evité toparme con las personas. Me sentía débil, vulnerable, enfermo. A pesar de que era un día soleado, hacía bastante frío.

Llegando al municipio, Olga, mi secretaria, me saludó con indiferencia, levantando un poco el mentón como una leve reprobación; supuse que su reproche se debía a la hora. No la saludé de vuelta.

Me fijé en que mi escritorio estaba inusualmente ordenado.

Tuve una enrarecida sensación de *Déjà vu*.

Al encender mi pantalla holográfica, lo primero que noté fue el orden de los íconos en el escritorio: normalmente, estaban llenos de archivos y documentos en proceso, repartidos, cubriendo el fondo de la imagen. Ahora no había nada.

Había perdido todo el trabajo de meses.

Me alarmé.

Corrí a la entrada a encarar a Olga. Ella me miró perpleja, sin entender.

Le exigí que me dijera si alguien había entrado anoche a mi oficina.

—¿Su oficina? —dijo—. ¿Acaso usted es el nuevo administrador?

Me quedé mirándola en blanco, sin saber qué decir.

—Sí, soy yo… —respondí, después de unos segundos, y luego volví a mi escritorio.

Miré el reloj con la fecha en el computador: aparecía un día que ya había pasado, el día de mi entrevista de trabajo en Neo-Cerio. Solté una carcajada nerviosa.

Me conecté a través del computador a la Noósfera: las páginas de los diarios locales, todas, eran de ese día en el pasado, ese día de hacía meses. Solté una carcajada frenética.

Noté que Olga me miraba con desconfianza desde su escritorio en la entrada.

Corrí por el pasillo.

Entré al sucucho de Heinlein, desesperado.

Me topé con el otro Heinlein: su padre, el alcalde.

Estaba sentado muy cómodamente, los pies arriba de la mesa, donde había un vaso lleno de bebida. Noté, de inmediato, que al lado del vaso había una botella de licor pétreo añejado, a medio tomar.

—¿LP? —dijo Fritz Heinlein.

—No… gracias —respondí.

—Tome asiento —dijo mostrándome con la palma la silla enfrente suyo—. Por favor.

Me senté. Él bajó los pies de la mesa y se giró hacia mí. El viejo Fritz parecía ralentizado en sus movimientos. Me fijé que detrás de él la cortina estaba cerrada.

—Usted está postulando al cargo de administrador municipal —dijo.

—Así es.

—Imagino que está preparado para enfrentar los retos.

—Claro… —respondí.

—Disculpe que le pregunte esto, pero… —sorbió un trago y adoptó un tono burlón— no entiendo la razón usted llegó a este espacio en vez de dirigirse a la

alcaldía para su entrevista.

—Me equivoqué de puerta. Pensé que era el baño.

—Bueno. Estando ya aquí… podríamos hacer la entrevista ahora mismo.

—Si usted así lo prefiere… —dije, dubitativo.

El alcalde alzó un brazo y los números se proyectaron holográficamente desde su reloj.

—Prefiero que no —dijo—. Ya es hora de almuerzo. Mejor dejarla para la tarde. Acá las horas extras no se pagan, por lo que, si bien hay que asumir siempre una posición más allá de la línea del deber, poner el pecho a las balas, ese esfuerzo extra no será recompensando, al menos no por los canales convencionales —agregó, guiñándome un ojo.

—Como usted diga —respondí.

Fritz Heinlein sonrió. Luego tomó el resto de su trago, lentamente, saboreándolo, y dejó el vaso muy cerca del borde de la mesa, alejado de la botella de LP. No me miraba: tenía la vista fija en el muro, detrás mío, lleno de archivadores. Parecía cansado, como si el cuerpo le pesara en exceso. Suspiró profundamente y luego dijo:

—La vocación municipal es una de las cosas más dignas que hay. Pero un exceso de vocación… puede llevar a un hombre a la locura.

Y habiendo dicho esto, el viejo Heinlein se levantó, agarró el vaso a punto de caer, se puso la botella de LP bajo la gruesa aleta de un brazo y salió sin decir nada más, sin dar ninguna explicación de qué cosa hacía o esperaba allí, en ese sucucho olvidado.

Por la tarde hablé con Christopher Heinlein: no parecía reconocerme.

—La última vez que nos vimos fue anoche —le dije.

—Lo siento… —Heinlein se veía muy incómodo—, no sé quién es usted.

Abatido, me apoyé en un muro de archivadores. Decidí ser frontal:

—Usted me ayudó a viajar en el tiempo.

Heinlein levantó la cabeza como un gato.

—¿Cómo dice?

—Que me ayudó a viajar en el tiempo.

—¿Hacia el pasado?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo…? —Heinlein se puso de pie.

—¿Cuánto tiempo qué?

Heinlein se arrimó: su proximidad invadía mi espacio personal. Parecía olfatearme, enfocando sus ojos —aumentados por los lentes culo de botella— muy cerca de mi rostro.

—¿Cuánto tiempo viajó hacia el pasado?

Me erguí, separándome del muro, apartándome de Heinlein.

—Tres meses —le dije—. Hoy es el día de mi entrevista como administrador.

Heinlein se llevó las manos a la cabeza, luego cubrió su rostro con las palmas. Se puso en cuclillas, lánguido. No decía nada, sus manos impedían que viera la expresión de su cara. Me puse nervioso.

—¿Se siente bien? —le pregunté.

Él abrió sus palmas lentamente, como si fueran dos compuertas oxidadas.

—Funciona… —dijo con los ojos llorosos—. De verdad funciona.

Me explicó, en palabras simples, el procedimiento: quien viajó hacia el pasado no fue mi cuerpo físico, sino mi conciencia. Mi yo del presente se movió a través del sueño hasta alcanzar a mi yo del pasado. Entonces, ambas conciencias se hicieron una sola. Me preguntó, preocupado, si ya había actuado de forma distinta, si ya había cambiado elementos del presente —de este presente, quería decir—. Le dije que el hecho de haberle contado a él sobre el viaje en el tiempo ya era una novedad para esta fecha. Aturdido, aseveró crípticamente:

—Usted ha creado una nueva línea temporal.

Su comentario no me apocó. Traté de no pensar en las consecuencias filosóficas del caso y le dije lo que pensaba: que alguien me había tendido una trampa.

—¿Una trampa? —dijo él.

—Así es. Alguien, en los siguientes tres meses, falsificará mi firma y provocará que los fondos millonarios de la construcción del nuevo edificio municipal desaparezcan.

Se quedó pensativo. Ajustándose los lentes, dijo:

—Debe ser mi padre.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque la malversación de fondos es una práctica en la que ha incurrido desde hace años. Antes solía ser más astuto; después de la muerte del administrador municipal, que lo acompañó toda una vida y que manejaba sus finanzas con firme precisión, dejó de ser cuidadoso. Su forma de proceder es culpando a los nuevos administradores de los fondos desfalcados. ¿Por qué cree que hay tanta rotación en el cargo?

Me sorprendió que fuera tan honesto respecto de las malas prácticas de su padre, pero más me indignó saber que yo sería, en los siguientes tres meses, víctima de una estafa del viejo Fritz. Sentía la cara caliente y la respiración agitada.

—Trate de calmarse, por favor… —dijo Heinlein, pero yo no lo escuché. En cambio, di un manotazo en la mesa de su escritorio, que hizo saltar su taza de café hasta quebrarse.

—¡No dejaré pasar una afrenta así! —exclamé, temblando de rabia. Heinlein me miraba horrorizado—. ¡Ahora mismo iré a hablar con su padre!

—No sea tonto, él todavía no sabe que usted… —dijo Heinlein, pero yo lo dejé hablando solo; rápidamente salí, pulsé el botón que cerraba la puerta del sucucho y bajé corriendo las escaleras hacia la alcaldía.

La secretaria de Fritz Heinlein trató de detenerme, pero yo abrí la puerta de su oficina de una patada al tablero. Pillé al viejo Fritz con la botella de licor pétreo en la mano, a medio camino de servirse un cortito. Tenía la piel colorada y los ojos levemente enrojecidos.

—¡Usted…! —chillé, enajenado—. ¡Usted está robando fondos municipales!

Fritz Heinlein, mansamente, muy dueño de sí mismo, dejó la botella en el escritorio, bebió al seco su cortito de LP y sonrió a su secretaria.

—Cierre la puerta, por favor —le dijo.

Ella, asustada, salió de la oficina y pulsó el botón del tablero por fuera. La puerta se deslizó suavemente a mis espaldas.

El alcalde se puso de pie y, sin dejar el área de su escritorio, me miró fijamente. Su inmensidad, alta, oronda, logró amilanarme un poco. Junté coraje para volver a decir:

—Usted está malversando fondos y quiere culparme por ello, ¿no es así?

El alcalde sonrió.

—¿Sabe por qué mi escritorio mira hacia la puerta?

—¿Qué?

—Si sabe por qué mi escritorio mira hacia la puerta.

No contesté. Él ignoró mi silencio y prosiguió:

—Porque mis antepasados, los primeros colonos orgánicos, nunca le daban la espalda al acceso. Verá… —dijo, y abriendo un cajón de su escritorio, sacó un enorme revólver piroclástico de seis balas y lo dejó sobre la mesa—, en aquel tiempo, mis antepasados se enfrentaban continuamente a la amenaza de un ataque por parte de las grotescas alimañas que solían poblar este asteroide. ¿Usted sabe algo de ellas?

—No…

—Por supuesto que no —dijo gesticulando con el revólver en su mano flácida, como si fuera un cigarro—, usted ni siquiera había nacido. Esas bestias ya llevan más de un siglo de extinción; en ciertas excavaciones mineras se han encontrado fósiles. Pero mis antepasados convivían con ellas, quiero decir: las cazaban. Eran criaturas estúpidas, al menos en un comienzo. Luego aprendieron a abrir puertas. ¿Ve ese cuadro?

Miré al retrato de un hombre de barba rubia y figura oronda, tan voluminosa como el mismo alcalde, colgado a un costado de la puerta.

—Mi antepasado —indicó—, el comodoro Theodore Heinlein, quien falleció cumpliendo su deber, atacado por la espalda por una de esas criaturas.

Lo miré interrogante, esperando que terminara de hablar.

—Por eso, en homenaje a ese valiente orgánico que colonizó esta roca muerta que llamamos Ceres, yo jamás le doy la espalda a la puerta. Porque uno nunca sabe cuándo puede entrar una alimaña... —dijo sonriendo, y luego alzó el revólver, apuntándome.

—¿Cómo piensa justificar esto? —le dije—. Será arrestado.

—Se equivoca —levantó un poco la voz—. Esta colonia me pertenece. No sabe la cantidad de gente que hice desaparecer durante la erupción del volcán. Y todavía sigo aquí.

Resignado, negué con la cabeza.

—Haga lo que tenga que hacer —le dije.

Fritz Heinlein amartilló el revólver piroclástico.

La puerta se abrió a mis espaldas.

—¿Qué haces acá? —dijo el alcalde, mirando por sobre mi hombro.

Ni siquiera lo pensé: me abalancé sobre el escritorio, agarrando el revólver. El alcalde sostenía con firmeza la culata: comenzamos a forcejear. Había logrado que una mano suya se desprendiera del arma cuando oí la voz de Heinlein hijo exclamando:

—¡Deténganse! —pero ambos lo ignoramos. Tres segundos después, el ruido de un balazo piroclástico dejó en silencio la oficina.

Fritz Heinlein yacía de panza sobre el escritorio. Debajo de él, una poza de sangre se escurría por el borde de la mesa, dejando caer gruesas gotas escarlatas sobre el piso de elastómero. Ofuscado, dejé caer el revólver al suelo y miré mi mano vacía, temblorosa. Christopher Heinlein se acercó al cadáver de su padre.

—¿Qué ha hecho? —me dijo.

Levanté la vista. Las manos me temblaban.

—Hay que arreglarlo —le dije, tratando de calmarme.

—¿Arreglarlo? ¿Cómo?

—Tengo que viajar otra vez. Al pasado.

—No…

—O al futuro —insistí—. Tengo que enmendar este desastre.

—Así no funciona el viaje en el tiempo —dijo sin dejar de mirar a su padre, que parecía una gigantesca nave varada—. Cambiar un hecho no es solo eso; es anular sus consecuencias, que tienden a ser infinitas. En otras palabras, es crear dos líneas de tiempo distintas. Y si usted viaja nuevamente, lo único que logrará es que mi padre siga muerto en esta temporalidad; mientras tanto, usted ya habrá escapado a otro espacio temporal.

Me detuve a pensar por un par de segundos. La adrenalina me tenía muy excitado.

—Viajemos juntos, entonces —le dije con una sonrisa nerviosa, y abriendo la

palma de mi mano hacia él, lo alenté—: viaje conmigo.

Se quedó pensativo.

—No lo sé… —murmuró, y entonces levantó la vista. Se ajustó los lentes culo de botella y me miró—. No lo sé —repitió.

—Es nuestra única oportunidad.

—La suya, querrá decir… —no había rabia en sus palabras.

—Puede ser —dije, y avivándome, agregué—: ¿pero acaso usted no se considera una suerte de científico?

Heinlein alzó una ceja, interrogante.

—Vi su reacción cuando le comenté que yo había viajado en el tiempo. Era la emoción de alguien que ha logrado comprobar empíricamente que su experimento, su máquina —me corregí— funciona. Si no me equivoco, usted nunca ha viajado en el tiempo. No todavía.

Asintió, desconfiado.

—¿No la ha probado? —dije dando un paso hacia él.

Negó, contrariado.

—¿Por qué no? —dije, acercándome un poco más.

Heinlein inhaló una gran bocanada de aire, antes de contestar.

—No me he atrevido —dijo, y suspiró—. Me aterran sus consecuencias.

Estábamos muy cerca el uno del otro. Le puse una mano sudorosa en el hombro.

—Es hora de probar la máquina de Heinlein —le dije, exhortándolo con mi mano.

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE
NEO-CERIO

ORD. Nº _____
ANT: Ord. 5031. Solicita restitución de recursos.
MAT: Informa viaje en el tiempo.

DE: Fritz Heinlein S.
Alcalde Colonia Neo-Cerio
A: Davor Posavac S.
Intendente Asteroidal de Cerealia

Junto con saludarlo cordialmente, y en respuesta a su solicitud de restitución de recursos, le informo que, debido a algunas discrepancias entre los cargos directivos de este municipio, no se podrán rendir las obras del proyecto en ejecución, ya que el alcalde que suscribe este oficio ha fallecido. Esta desdichada noticia nos obliga a la realización de un viaje en el tiempo, enviando a mi hijo Christopher y al funcionario que me ha asesinado hacia el pasado, una vez más, de manera de poder redimir las infortunadas consecuencias que se han producido debido a las diferencias de opinión sobre el manejo de los fondos del proyecto en ejecución.

Atentamente se despide,

fritz heinlein s.
alcalde colonia neo-cerio

Pd. Favor hacer caso omiso a las manchas rojas.

FHS / WMM / chs
Distribución
Destinatario
Archivo

La manga de la chaqueta del viejo Fritz había salpicado bastante sangre en el papel. Heinlein, sosteniendo nerviosamente la pluma estilográfica en la mano inerte de su padre, terminaba de trazar la firma tiritona que sellaba el oficio que anunciaba nuestro viaje.

—Todavía no puedo creer que haya que enviar esta estupidez —le dije.

—Usted mismo comentó que había funcionado cuando viajó al pasado —observó Heinlein, dejando caer la mano de su padre.

Solté un bufido.

—Que lo haya dicho no significa que me parezca sensato.

Heinlein se ajustó los lentes. De su pelo al rape le caían gruesas gotas de sudor, que corrían por su nariz. Me miró fija, incómodamente, con sus enormes ojos azules.

—¿Desde cuándo la idea de viajar en el tiempo le parece sensata? —dijo, irónico.

No le respondí. En cambio, miré el oficio manchado de sangre y dije en tono criticón:

—Le falta el timbre de alcaldía.

Esa noche viajé en el tiempo por segunda vez, ahora acompañado por Heinlein.

Ambos figurábamos con los parches y cables en nuestras cabezas, reclinados en nuestras sillas. Las luces estrafalarias de los computadores nos envolvían, generando contrastes intensos; el sucucho parecía una discoteca cíborg de la capital. Minutos antes, Heinlein había insertado las coordenadas en la máquina —me fijé minuciosamente en las teclas que presionaba—. Después de atravesar con mucho cuidado la espesura de cables enredados, retiró algo de un cajón debajo del monitor holográfico de cámaras de seguridad, y regresó a la silla que estaba a mi lado con dos jeringas llenas del líquido ambarino, una en cada mano.

—Primero usted —me dijo.

Yo asentí, sombríamente.

—No miremos la respuesta, sino repitamos la pregunta —dijo Heinlein—. ¿Qué sucedió con la pregunta? Se ha transformado. La cuestión de…

—Ya sé, ya sé —lo interrumpí. Él me miró perplejo, quizás un poco ofendido. Luego, sin ningún tacto, me ensartó la jeringa en el cuello.

Perdí el conocimiento.

Abrí los ojos. En el sueño, seguía sentado en la misma silla donde había caído dormido. Heinlein no estaba a mi lado, pero yo todavía tenía los cables pegados en la cabeza. Tiraba de los cables, y pedazos de mi piel se desprendían con ellos. No importaba: salía al pasillo y buscaba las escaleras. Las líneas del pasillo se deformaban con cada paso que daba y la luz alicaída del municipio empezaba a volverse fosca. De pronto, el espacio se volcaba, literalmente giraba en 180 grados, el techo quedaba en el suelo y el suelo se convertía en techo. Me veía caminando al revés por los pasillos municipales que, en ese momento, se habían transformado en un mundo oscuro, de colores invertidos: el techo y el suelo eran negros, las paredes eran negras, unas pequeñas luces de colores —como pepitas celestes, diminutas— eran lo único que resaltaba en la oscuridad.

Me dirigía ciegamente a esas luces.

Ellas me guiaban hasta la oficina del alcalde, donde el cuerpo todavía cálido del viejo Fritz seguía echado sobre el escritorio. Tenía que levantar la vista para verlo: el escritorio se mantenía anclado en el suelo firmemente mientras yo seguía parado en el techo. En ese momento entendí a qué correspondían las luces: eran gotas de sangre. El charco se había expandido considerablemente, como si después de un par de horas el alcalde se hubiera desangrado por completo y se hubiera formado una película celeste en todo el suelo de la alcaldía —que yo veía, en el sueño, sobre mi cabeza—. Desde allí se desgajaban pequeñas gotas cerúleas que, al desprenderse, flotaban en el aire formando una lluvia detenida en el tiempo y el espacio de ese mundo de colores invertidos. Tímidamente, daba un salto hacia las gotas, hacia el alcalde, tratando de alcanzarlo. Mis pies se despegaban del techo y entonces me veía levitando, ligero, como si el ambiente fuera de agua, en medio de las pepitas celestes que parecían adherirse suavemente a mi cuerpo.

Yo era la sangre.

Lentamente, me acercaba al cuerpo azulino del viejo alcalde. Cuando estaba a punto de tocarlo, una mano se posaba sobre mi hombro y, apretando con inusitado ímpetu, me frenaba. Yo sentía que el hombro se me partía y trataba de volverme para confrontar a mi agresor, pero la mano, presionando con más y más fuerza, no me permitía darme vuelta. Entonces oía una voz lejana, omnipotente, que decía:

—Es hora de probar la máquina de Heinlein.

Y volvía a abrir los ojos.

Desperté con un punzante dolor en el hombro.

Me encontraba en mi cama, desnudo.

Lo primero que hice al levantarme fue darme una ducha caliente. Me tambaleé hasta el baño, apenas tuve fuerzas para encender la llave del agua. Tiritaba.

En mi cama había un terno gris, doblado ordenadamente, con una corbata morada. Me vestí y bajé, agotado, al primer piso. Miré la hora: era mediodía. Había dormido toda la mañana.

Desayuné solamente un café. En el camino al trabajo evité toparme con las personas. Me sentía débil, vulnerable, enfermo. A pesar de que era un día soleado, hacía bastante frío.

Al entrar a la municipalidad, me dirigí directamente al sucucho de Heinlein.

Me topé con Heinlein padre, el alcalde.

(La imagen de él vivo no debería haberme sorprendido; empero, logró conmocionarme.)

—¿LP? —me dijo.

—No... gracias.

—Tome asiento, por favor.

Me senté. Él bajó los pies de la mesa y se giró hacia mí. El viejo Fritz parecía ralentizado en sus movimientos. Me fijé que detrás de él la cortina estaba cerrada.

—Usted está postulando al cargo de administrador municipal.

—Eso creo…

—Imagino que está preparado para enfrentar los retos.

—Claro…

—Disculpe que le pregunte esto, pero… no entiendo la razón por la cual usted llegó a este espacio en vez de dirigirse a la alcaldía para su entrevista.

Sabía qué palabras debía decir, pero estas no salieron de mi boca. El alcalde me miró interrogante, socarrón, esperando una respuesta. No dije nada.

—Bueno —dijo al fin, satisfecho consigo mismo por haber demostrado su superioridad—. Estando ya aquí… podríamos hacer la entrevista ahora mismo.

—No —respondí tajante—. Prefiero los canales formales. Que sea en su oficina, a la hora señalada.

Fritz Heinlein sonrió.

—Un hombre de carácter —dijo—. Me parece bien —tomó el resto de su trago, lentamente, saboreándolo, y dejó el vaso muy cerca del borde de la mesa, alejado de la botella. No me miraba: tenía la vista fija en el muro, detrás mío, lleno de archivadores. Parecía cansado, como si el cuerpo le pesara en exceso. Suspiró profundamente, y luego dijo:

—La vocación municipal es una de las cosas más dignas que hay. Pero un exceso de vocación… puede llevar a un hombre a la locura.

Entonces el viejo Heinlein se levantó, agarró el vaso a punto de caer, se puso la botella de LP bajo la gruesa aleta de un brazo y salió sin decir nada más, sin dar ninguna explicación de qué cosa hacía o esperaba allí, en ese sucucho olvidado.

Apenas salió, descorrí la cortina.

Todos los computadores estaban apagados. También la pantalla holográfica de las cámaras de seguridad. Sin embargo, me fijé que el anticuado computador de Heinlein era el único encendido. Me senté en el escritorio, abrí uno de los cajones y encontré un montón de jeringas llenas de líquido ambarino. Cerré el cajón; luego miré con curiosidad la pantalla encendida del computador. Había una carpeta abierta en el escritorio: MÁQUINA, se llamaba. Hice clic. Dentro de la carpeta, más carpetas: “oficios”, “calendario”, “escritorio”. Abrí esta última: me encontré con muchísimos videos. El primero era de mi lugar de trabajo, mi escritorio. El segundo también. Y el tercero y el cuarto. Y así el resto. Estaban grabados desde una cámara escondida en algún lugar de mi oficina. Mi escritorio tenía pequeñas variaciones día a día, a veces una taza de café estaba en la esquina derecha, otras veces en la izquierda; a veces había una columna de carpetas, otras veces la torre de mi computador se llenaba de papelitos de colores, con recordatorios. Heinlein había grabado videos diarios de mi escritorio, formando así un registro fidedigno de la sutileza de sus cambios en el tiempo.

Entonces lo comprendí.

Otros hombres, que yo no conocía, se sentaban en los distintos videos de mi escritorio. Porque en ese entonces no era mi escritorio: era el escritorio de los otros administradores que me habían precedido.

Me quedé un rato observando en busca de algo, no sabía bien qué. Pronto di con ello: esporádicamente, Heinlein hacía una aparición en los videos, cuando los administradores no se encontraban en el escritorio. Solía mirar a la cámara de reojo —sus ojos enormes amplificados por los lentes culo de botella—, muy consciente de la ubicación desde donde era grabado, y luego sacaba o volvía a meter papeles en los archivadores que se apilaban sobre las columnas de carpetas. En un video determinado, lo pillé mirando fijamente a las firmas de un oficio y luego imitando una de las firmas en otro oficio que, escurridizo, guardó en uno de los archivadores sobre el escritorio.

Retrocedí, bufando, a la carpeta principal.

Vi la carpeta “oficios”. Posé el cursor en ella, sin abrirla.

Tuve miedo de encontrarme con lo que intuía que contenía la carpeta.

La abrí y leí el primer oficio. Sentí la sangre caliente subirme por la cara.

(El paso del tiempo se sentía como una gelatina ardiente dentro de mi cuerpo —una gelatina casi líquida, que se agitaba intensamente en mi torrente sanguíneo.)

Abrí el programa de composición, y usando la base del oficio, redacté uno nuevo. Me costó escribirlo con un sistema tan anticuado como el teclado —estaba acostumbrado a los sistemas holográficos táctiles—, pero esa lentitud me ayudó a pensar bien en las palabras del oficio. Lo había mandado a imprimir cuando oí una voz desde la puerta:

—Así que ya sabe la verdad.

Miré hacia Heinlein. Estaba de pie a la entrada del sucucho. Me miraba impávido, indescifrable, sin demostrar ningún tipo de emoción.

—Usted robó los fondos del nuevo edificio municipal —le dije.

—Así es.

—¿Por qué?

Heinlein se sacó los lentes empañados. Con una tela que retiró de su bolsillo, comenzó a limpiar los gruesos vidrios. Entonces dijo:

—Mi padre no quería financiar mi máquina. Él… —bajó la vista—. Él no me creía capaz de construir algo así.

Asentí.

—Usted es un genio —le dije—. Pero también es igual de inescrupuloso que su padre.

Heinlein no contestó. Agarré el oficio y me puse de pie.

—Déjelo —dijo, seguido de un suave gemido. Se veía más infantil que nunca —. Vuelva a Cerealia. Por favor.

—No —le respondí—. Voy a ir a hablar con el alcalde.

Y rodeándolo, evitando sus ojos, salí del apretado sucucho.

Entré a alcaldía y le dije a la secretaria que tenía entrevista con Fritz Heinlein. Ella me hizo tomar asiento. Mientras esperaba, leí y releí el contenido del oficio que había redactado. No sé cuánto tiempo pasó —algo en mí ya no sabía contabilizarlo—, pero rápidamente fui llamado a la oficina del alcalde.

—Pase, pase —dijo el viejo Fritz. Su oficina rebosaba olor a licor.

—Gracias —respondí, y me senté en la silla frente a él.

—¿Está listo para su entrevista, entonces?

—Dispare —le dije.

El alcalde sonrió.

—Vamos, hombre —dijo amablemente—. Usted sabe que es el más calificado dentro de todos los currículos que hemos recibido. No es habitual que alguien de la capital quiera venirse a trabajar a esta colonia al otro lado del asteroide. La distancia y la centralización de Cerealia hacen que la vida acá sea material de mitos y leyendas ridículas.

Asentí con seriedad.

—¿Quiere el trabajo o no? —me dijo.

—Lo quiero —respondí.

—Bien —dijo, y alzó un brazo. Los números se proyectaron holográficamente desde su reloj de pulsera.

—Estamos pasados de la hora de almuerzo. Acá las horas extras no se pagan, por lo que, si bien hay que asumir siempre una posición más allá de la línea del deber, poner el pecho a las balas, ese esfuerzo extra no será recompensando, al menos no por los canales convencionales —agregó, guiñándome un ojo.

Sonreí.

—Antes de que se vaya a almorzar —le dije—, necesito que me firme un oficio.

Me miró extrañado.

—¿Ah, sí? ¿De qué sería?

—Es sobre los fondos del nuevo edificio municipal. Ya lo tengo redactado… —me puse de pie, bordeé su escritorio y deposité el papel ante sus ojos.

—Qué eficiente —dijo mientras se ponía unos lentes de lectura—. No había tenido todavía su entrevista y ya estaba redactando oficios de… —se puso a leer.

Pasaron unos segundos de silencio tenso.

Me acomodé a su lado estratégicamente, acercando mi mano al cajón de su escritorio.

—¿Qué mierda significa esto? —prorrumpió con un rugido indignado.

Abrí el cajón y saqué el revólver piroclástico.

—Fírmelo —le dije presionando el cañón en su cuello.

—¿Que firme esta ridiculez? —bramó—. ¡Ni siquiera sé qué significa!

—Cállese. Si quiere saber qué significa, pregúntele a su hijo. Y ahora —apreté el cañón con fuerza entre los gruesos pliegues de su cuello—, fírmelo.

La puerta se abrió y la secretaria, boquiabierta, se quedó mirando la escena.

—¡Llame a seguridad! —dijo el viejo Fritz, y la secretaria salió corriendo. Le pegué un culatazo en el cráneo: una mancha de sangre cubrió de rojo un mechón de su cabello inmaculadamente cano.

—Ya va a ver… —dijo, amenazante—, nadie viene a mi oficina y…

—Fírmelo —dije amartillando el revólver.

Fritz Heinlein firmó el oficio.

—Y póngale el timbre —agregué.

De mala gana, resoplando agitado, estampó el timbre de alcaldía en el papel.

Corrí por los pasillos de la municipalidad, con el oficio sacudiéndose en mi mano.

Balas piroclásticas pasaron por sobre mi cabeza; los muros metálicos se

abollaban con cada detonación. De las oficinas se oían gritos despavoridos de las secretarias y otros funcionarios. Los pasillos se oscurecían cuando un impacto de bala destrozaba las cenefas de luz. De vez en cuando, atrincherado contra la esquina de un cruce entre pasillos, disparaba un balazo de advertencia para que desistieran en la persecución. Pero los guardias municipales del viejo Fritz eran inclementes. De lejos oía su vozarrón:

—¡Que no salga vivo de este edificio!

Ignorando las balas, corrí desesperadamente hacia mi objetivo.

Pronto llegué al sucucho de Heinlein.

Él estaba sentado en su escritorio, cabizbajo, mirándose las manos. Apenas me vio entrar, se despabiló.

—¿Qué…?

—¡Trabe la puerta! —le dije.

—¿Por qué…?

—¡Trábela! —lo apunté con el revólver. Él pulsó un código en el tablero de la puerta: el panel metálico se cerró, deslizándose con un crujido oxidado. Del otro lado se oían los bramidos de su padre y los balazos de sus guardias.

—¿Qué está pasando? —dijo Heinlein.

—Voy a viajar por tercera vez —le dije pasándole el oficio—. Ajuste la máquina.

—No lo haga —me dijo, nervioso—. Con cada viaje, la mente se deteriora. Usted debe sentir ya las consecuencias.

La adrenalina escondía los dolores, pero era verdad: tenía el hombro rígido y la cabeza se me partía. Pero ya era demasiado tarde.

—No importa —le dije—. Tengo que salir de aquí. Envíeme a otro lado: a mi pasado, en la capital, o a donde sea.

Al otro lado del panel se oyó la voz de Fritz Heinlein, seguida de unos fogosos golpes sobre el metal:

—¿Christopher? ¡Hijo! ¿Estás bien?

Miré a Heinlein: había un dejo de pena en sus ojos. Dejé el revólver sobre el escritorio y levanté ambas palmas vacías.

—Apúrese, por favor —le dije.

Él asintió.

Nerviosamente, descorrió la cortina que escondía su máquina: un montón de computadores apilados y cientos de cables enredados que parecían un enorme árbol cibernético. Me alcanzó un par de parches.

—Póngaselos en la cabeza —me dijo. Y luego comenzó a teclear las coordenadas en su arcaico computador.

—¡Hijo! Muévete hacia el fondo —dijo el alcalde. Un par de segundos después, se oyeron tres balazos en la puerta. Estaban tratando de volar el tablero. Me puse los parches en la cabeza y me recliné en la silla desocupada.

Escuché dos, tres balazos más.

—¡Si le hace algo a mi hijo…! —decía el alcalde. Me tapé los oídos y cerré los ojos, tratando de desaparecer.

Sentí que Heinlein se acercaba a mí. Abrí los ojos: tenía una jeringa en la mano.

—No lo olvide —me dijo—. ¿Soy *yo* mi tiempo?

Asentí.

—No lo olvidaré.

La puerta se abrió de golpe: habían logrado anular el tablero. Mis ojos se toparon con los ojos grises del viejo alcalde, unos ojos presionados con furia por sus cejas blanquecinas.

—Mátenlo —ordenó, al mismo tiempo que su hijo me inyectaba la jeringa en el cuello.

Perdí el conocimiento.

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE
NEO-CERIO

ORD. Nº _____
ANT: Ord. 5031. Solicita restitución de recursos.
MAT: Informa viaje en el tiempo.

DE: Fritz Heinlein S.
Alcalde Colonia Neo-Cerio
A: Davor Posavac S.
Intendente Asteroidal de Cerealia

Junto con saludarlo cordialmente, y en respuesta a su solicitud de restitución de recursos, le informo que el Sr. Christopher Heinlein Schmidt, hijo del alcalde que suscribe este oficio, es el principal y único responsable de la desaparición de los recursos recibidos por parte de su entidad, cuyos fondos han sido desfalcados por él para financiar su máquina del tiempo. Además, se le acusa al Sr. Heinlein de haber falsificado oficios y decretos con la firma de este alcalde y de otros administradores, razón por la que se ha procedido a enviar a través del tiempo al actual administrador municipal, pues él nada tiene que ver con este embrollo de los fondos extraviados.

Atentamente se despide,

Fritz Heinlein s.
Alcalde colonia neo-cerio

ILUSTRE MUNICIPALIDAD
ALCALDE
NEO-CERIO

Walter Molina

FHS / WMM / wmm
Distribución
Destinatario
Archivo

Soñaba.

En el sueño, contemplaba desde una cámara de seguridad —como si mis ojos fueran la cámara— mi propio fusilamiento. Las balas, innumerables, me atravesaban, abriendo cruentos boquetes en mi pecho, en mi cuello, en mi boca, en mis ojos, en mi frente. La sangre que manaba de mi cuerpo se acumulaba en una poza espesa, rojiza, bajo mis pies. Pero yo estaba solo: no había nadie más en el sucucho de Heinlein.

Dejaba a mi cadáver allí y —¿mi mente? ¿Mi espíritu?— comenzaba a saltar intermitentemente de cámara en cámara. Veía todas las oficinas del edificio municipal vacías, sin funcionarios ni secretarias, y cada vez que parpadeaba, cambiaba de posición, cambiaba de cámara. Me movía de una cámara a otra por los pasillos y oficinas del municipio, hasta llegar a una cámara que estaba en el balcón de mi oficina.

Entonces saltaba.

No era un salto físico: era un salto metafísico, un parpadeo que, después de una imagen completamente negra, me posicionaba en una cámara de seguridad en la calle principal de la colonia. Ante cada parpadeo avanzaba una cuadra, recorriendo todas las calles vacías de Neo-Cerio hasta alcanzar el edificio del juzgado. En ese momento me preguntaba si volvería a ver mi cuerpo otra vez, si volvería a tener una presencia física en el espacio y tiempo universal. Lloraba, me sentía llorar, sentía que las lágrimas caían desde algún lugar oscuro, sombrío, al interior del juzgado.

Yo era las lágrimas.

Desperté con un punzante dolor en los ojos.

Me encontraba en mi cama, desnudo.

Lo primero que hice al levantarme fue darme una ducha caliente. Me tambaleé hasta el baño, apenas tuve fuerzas para encender la llave del agua. Tiritaba.

En mi cama había un terno gris, doblado ordenadamente, con una corbata morada. Me vestí y bajé, agotado, al primer piso. Miré la hora: era mediodía. Había dormido toda la mañana.

Desayuné solamente un café. Mientras lo bebía a sorbos cortos, tratando de no quemarme la lengua, me fijé en el papelito que había sobre la mesa. Era una citación a declarar en el juzgado por el caso de malversación de fondos del

nuevo edificio municipal.

Entonces entendí dónde —cuándo— estaba en el tiempo.

Decidí pasar por la municipalidad antes de ir a declarar.

En el camino evité toparme con las personas. Me sentía débil, vulnerable, enfermo. A pesar de que era un día soleado, hacía bastante frío.

Llegando al municipio, Olga, mi secretaria, me saludó con indiferencia, levantando un poco el mentón como una leve reprobación. No la saludé de vuelta.

Ordené las cosas de mi despacho, los pocos documentos que pude recabar, con cierto nerviosismo. Antes de salir, antes de tener claro qué iba a decir en mi declaración, llamé a Olga al despacho.

—¿Qué necesita? —me dijo, indiferente.

La miré como quien mira una reliquia a punto de desmoronarse.

—Fritz Heinlein, el padre de Heinlein… —le dije, y me detuve por unos segundos. Ella me observó con más atención. Dije entonces—: ¿Él va a abogar por su hijo en el juicio?

Olga asintió.

—Por supuesto —dijo.

—¿Pero por qué? —dije, sin saber si la pregunta iba dirigida a Olga o a mí mismo. Como Olga no respondió, agregué—: Creía que él lo odiaba. Aún más después de que actuara a sus espaldas, robándose los fondos del nuevo edificio.

Olga sonrió. No supe decir qué clase de sonrisa era: melancólica, insidiosa o compasiva.

—Oh, se equivoca usted —me respondió—. Fritz Heinlein... él ama a su hijo.

Saliendo del juzgado, después de dar mi declaración, me encontré con Christopher Heinlein en la antesala, esperando su turno para testificar.

Me acerqué. Estaba sentado en el borde del zaguán, tieso, con ambas manos apoyadas en los muslos, en una silla alejada del resto. Él no me veía: miraba por la ventana en dirección al volcán Ahuna Mons, que soltaba una nube de vapor. Me puse a su lado.

—¿Va a declarar en mi contra? —le dije—. ¿O va a decir la verdad?

Él no se inmutó, no me miró. Su cara, atenta a los movimientos del vapor sobre el volcán, no cambió de expresión: era como si la pregunta no le pareciera lógica. Pero entonces abrió la boca y, taciturno, la mantuvo así unos segundos.

—Esta colonia... —dijo—, esta colonia es muy aburrida.

Suspiré. Me senté a su lado, abatido. Me dolía el cuerpo, la mente, pero sobre todo me dolía algo inasible, que hacía que me sintiera desfasado de mí mismo.

—Supongo que la vida no sería tan aburrida si usted tuviera una máquina del tiempo —le dije, sarcástico.

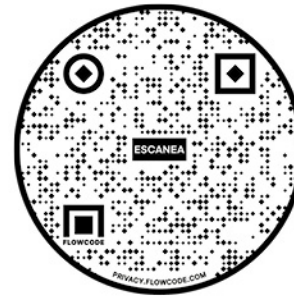
Los ojos azules de Heinlein se expandieron.

—¡Pero…! —dijo atónito—. ¡Pero si yo tengo una máquina del tiempo!

Pensé en mandarlo a la mierda. Quería mandarlo a la mierda, pero no lo hice.

Sonriendo, con tristeza, dije en cambio:

—¿Y funciona?



EL LIMPIADOR

1

Y fue otro día, muchos años después, cuando yo sentí que esa cámara volvía a acecharme.

Eran los años en que trataba de sobrevivir en Cerealia.

Buscando en los avisos de la Noósfera, logré conseguir un trabajo de limpiador. No era la primera vez que me tocaba ese quehacer: hacía menos de una semana me habían despedido de una empresa que se encargaba del aseo en un torreón del centro. Me habían descubierto bebiendo a destajo el licor pétreo de una de las oficinas que tenía que limpiar —aunque, para ser franco, mi trabajo consistía en limpiar los baños, es decir, mi presencia en las oficinas no se justificaba—. Por eso, el jefe me llamó una noche a su despacho, en el subterráneo del torreón, y me dijo: estás despedido. Yo estaba borracho en LP de la mejor calidad, y me reí a carcajadas.

Usé como referencia mi trabajo de limpiador de oficinas (no de baños de oficinas) para conseguir el nuevo empleo. El tipo que habló conmigo a través de la Noósfera tenía un fuerte acento de otro planeta: apenas entendí lo que me decía. Quedamos en que me pasaría a buscar en su aeronave cerca de la estación central. Crucé a pie las sórdidas vías del centro: la luz violácea palpitaba en el metal frío de las calles, y las personas —inorgánicos, en su mayoría— pasaban golpeándose de tanto en tanto, soltando chasquidos oxidados cuando sus partes metálicas se tocaban. Buscar un respiro en esa muchedumbre no era cosa fácil: si uno miraba hacia arriba, por sobre el mar de cabezas, las luces fluorescentes de los edificios creaban una densa neblina añil, una suerte de contaminación lumínica azulada que no permitía ver el final de las torres de Cerealia, mucho menos los rayos del sol.

Me interné en la estación, abriéndome paso hacia los módulos de Noósfera, donde contacté al tipo. Me preguntó, con su acento anómalo retumbando en mi cabeza, dónde estaría esperándolo; le dije que me encontraría en uno de los paraderos del piso 77. Me recogió media hora después: su aeronave era pequeña, estrecha, de un color naranja agrietado. Los asientos traseros estaban llenos de papeles, folletos y pedazos de una especie de máquina elastómera, parecida a un androide desensamblado, o al menos a como yo pensaba que se vería uno. Me senté, entonces, adelante, a su lado, y le di un fuerte apretón de manos, diciendo en voz alta mi nombre. Ānzhuō, respondió él. Era un orgánico moreno, de aspecto sucio, tendría unos treinta y tantos. Su pelo era corto y anaranjado, teñido de forma irregular, igual de resquebrajado que la pintura de su aeronave. Tenía buen humor: piloteaba su cacharro por entre los torreones más altos del centro. Era muy extrovertido y siempre decía las cosas riendo o gritando, o riendo y gritando al mismo tiempo. Tanto la luz del sol —que apareció apenas la aeronave rasgó la neblina azul de los pisos inferiores— como el entusiasmo exacerbado de Ānzhuō generaban mucho calor en la cabina.

Cinco minutos después de conocernos, Ānzhuō ya me había contado todo su plan de vida (su acento espeso me permitió entender solo la mitad de lo que dijo). Oriundo de Deimos, una luna de Marte, había llegado a Ceres escapando de no sé qué guerra entre las lunas, buscando mejores oportunidades: como muchos, había oído los rumores que se decían en todo el sistema solar respecto al crecimiento económico del planeta enano, impulsado por la industria extractiva de hielo, que había alcanzado su nivel más alto en esos años. Actualmente tenía dos trabajos: juntaba dinero con su emprendimiento de limpieza y arreglaba calzado puerta a puerta. Ānzhuō llevaba muchos años ahorrando para poder llevar a cabo una *Idea* con mayúscula —así la llamaba él —, una idea infalible que lo haría millonario. No dudaba de su éxito: se trataba de un explorador de la Noósfera que funcionaría con filtros específicos para dar con la mejor pornografía sensorial del mercado. Quería proporcionarle al usuario una experiencia rápida, fluida y precisa, que le permitiera diluir su conciencia en imágenes quiméricas pero palpables de pornografía inorgánica. ¿Y por qué inorgánica? Porque los cíborgs —explicaba Ānzhuō— son los principales consumidores de ese tipo de experiencias pues, según él, habían ido abandonando su defectuosa humanidad para abrazar cada vez más su lado cibernético. Es más; Ānzhuō apostaba que serían la población predominante de Ceres en los años venideros. La declaración me pareció absurda, pero me quedé callado, porque su *Idea*, por supuesto, no terminaba ahí. Una vez que Ānzhuō se hiciera millonario con ese emprendimiento, solo entonces estaría más cerca de realizar su verdadero sueño: comprar a los Yunques de Cerealia. Ānzhuō era un fanático del zaibol, sobre todo de las ligas inorgánicas, porque eran más violentas, y su máxima aspiración era llegar a ser el presidente de los Yunques, el equipo de zaibol más importante de Ceres. Y mientras me decía esto, yo

observaba de arriba a abajo su camisa abierta hasta el ombligo, sus pantalones grasientos, su cabello que parecía un helecho anaranjado, y su rostro sudoroso y anhelante. En ese momento quise reírme a carcajadas, pero me contuve. Y si no me reí no fue porque necesitara el trabajo —lo necesitaba más que a nada en el planeta; no había comido en un día y medio—, sino porque reírme en su cara hubiera sido como reírme de mis propias y distantes ambiciones.

2

Después de una hora de atravesar torres y torres, los grandes edificios de la capital comenzaron a dispersarse. Los nuevos ricos de Cerealia ya no preferían vivir en los pisos superiores: habían construido un nuevo barrio, libre de la contaminación lumínica de la ciudad, un barrio de lindas casonas metálicas, suburbanas, que se extendían por encima de los muros acantilados del cráter Occator, pero todavía dentro del perímetro de la cúpula atmosférica, recibiendo de lleno la luz del sol. No tardamos en llegar a un predio cerrado por muros altísimos, llenos de cámaras de seguridad: desde afuera parecía una cárcel de otro planeta, pero por dentro, la terraformación del predio permitía que el condominio tuviera parques llenos de frondosos árboles cuya multiplicidad de colores —rojos, violetas, verdes, amarillos— contrastaba violentamente con el gris del paisaje exterior.

Mientras aterrizaba la aeronave, Ānzhuō me echó un vistazo invasivo, acercando su cara a mi pecho, buscando señales de algo en mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Tenía la cara ligeramente ensombrecida, algo poco común con la actitud que había tenido en la hora previa.

—¿*Eles cíbolg*? —preguntó con su pastoso acento deimita.

—¿Cíborg? —dije.

Ānzhuō asintió.

—Tengo algunos implantes —respondí desconcertado.

Ānzhuō volvió a asentir.

—*Asegulate* de *escondel* tus *pueltos* —me dijo indicando con el mentón las entradas cibernéticas de mis antebrazos—. *Coloner* odia a *cibolgs* y *andloides*.

Me bajé las mangas de la camisa, sin comprender, un poco avergonzado.

Antes de descender de la aeronave, Ānzhuō me explicó que hoy tenía que lucirme porque limpiaríamos el patio trasero de la casa de una persona muy

importante en la jerarquía de poder de Cerealia: un coronel retirado, que ejercía un cargo de senador vitalicio en el Congreso. Desde la cabina, me fijé en la casa: era —¿cómo decirlo?— moderna, simple pero moderna, de dos pisos, de revestimiento metálico negro con terrazas habitables, y con un gran cubo de bio-resina roja sin ventanas que sobresalía de la fachada, lo que le daba un aspecto muy innovador al conjunto. Se notaba que era una casa que había costado mucho dinero, no solo en su construcción sino también en su diseño. En el frente, como dando cuenta de su riqueza, dos lujosas aeronaves descansaban bajo el sol. Un poco más allá se podía ver un patio adornado con varias deidades paquidérmicas de porcelana meditando, además de un par de autómatas metálicos que sonreían, recibiéndonos con sus antenas paradas quisquillosamente.

Bajamos de la aeronave y el coronel, un hombre viejo, sin implantes, que cargaba orgullosamente un frondoso bigote encanecido, nos recibió y nos hizo pasar de inmediato a la parte trasera de la casa, a través de la entrada de aeronaves. El acceso estaba recubierto de pastelones de elastómero hexagonales, y se extendían hasta el patio mismo, el cual desembocaba en una laguna de agua verde añil. El ventanal que daba a la casa miraba al estar y, dentro de este, pude ver un elegante módulo de Noósfera para orgánicos, con agregados de armas piroclásticas de juguete y manubrios de simulación.

—Para mis nietos —dijo el coronel, bonachón, cuando pasamos frente al ventanal. Luego cruzamos la línea de elefantitos que meditaban en el patio—. Caprichos de mi señora —añadió, negando con la cabeza en evidente desaprobación.

Se oía un leve ruido de agua corriendo desde la laguna, como si alguien meara constantemente. El ventanal del estar se abría a una terraza y esta a su vez miraba a la laguna y al patio, en el lado norte. En el lado oriente estaba la entrada de aeronaves por donde habíamos ingresado. El suelo de la terraza, que había sido despejado para la limpieza, era de baldosas rojas muy llamativas. La señora del coronel (en un comienzo pensé que era su hija, pero luego noté cómo el viejo la trataba con una actitud muy lasciva) nos trajo limonada, mientras Ānzhuō me hacía cargar las piezas del robot elastómero desensamblado, que estaban en la parte trasera de su aeronave, hacia la terraza. Estas piezas, como era de suponer, terminaron siendo la máquina de limpieza (“*hidlovapolizadola*”, le había llamado Ānzhuō).

Los dueños de casa no tardaron en salir y dejarnos solos. Ānzhuō me enseñó a usar la máquina: parecía una enorme aspiradora y se usaba igual que una, solo que, en vez de succionar, la manguera disparaba un líquido jabonoso a gran velocidad, lo que permitía sacar las manchas de suciedad en las baldosas sin mucho esfuerzo. Una vez que me explicó lo que tenía que limpiar, Ānzhuō

también se retiró de la casa, no sin antes dejarme muy claro que ese trabajo tenía que hacerlo en cuatro horas, pues no me pagaría horas extras si me demoraba más, ya que él en la noche debía reparar calzados en las casonas colindantes.

—Y no *entles* en la casa —fue lo último que me dijo antes de subirse a la aeronave.

Me pareció negligente de su parte dejarme haciendo ese trabajo solo, sin experiencia previa de cómo usar la máquina de limpieza. Sin embargo, no tardé en agarrar el ritmo del trabajo: lo único duro, aparte del fuerte olor a aceite quemado que arrojaba el motor de la máquina, era el sol que me llegaba en la cara. Los rayos en las afueras de Cerealia eran más vigorosos, más precisos, que los que se percibían desde la ciudad, difuminados por la contaminación. Parecían seguirme adonde fuera que estuviera trabajando: no había lugar donde el sol no me alcanzara.

Sentía una insolación inminente.

Recuerdo haber limpiado primero la terraza y luego todo el borde de la laguna; una vez listo, me encargué de limpiar los pastelones hexagonales de la entrada de aeronaves. El jabón discurría desde la entrada hacia el portón que daba al antejardín. Fue en ese preciso momento, mientras contemplaba las burbujas fluyendo en un leve torrente blanquecino, cuando volví a sentir la extraña sensación de la cámara acechándome.

3

Cuando era niño, solía creer que mi vida era una panoserie donde yo era el protagonista. Sentía como si, constante y sigilosamente, una cámara estuviera siguiéndome, como si la gente conectada a la Noósfera pudiera observarme desde allí. Todo aquello que pasaba era parte de un elaborado guion del que yo no tenía conciencia aparente, conciencia que, en cambio, sí poseían todas las personas que me rodeaban: mis padres, mis compañeros de colegio, incluso el vendedor de repuestos cibernéticos de la esquina. Todos los acontecimientos, por muy mínimos e insignificantes que fueran, eran escenas de esta panoserie. Pero el guion tenía algo de flexibilidad en cuanto a que, a pesar de que los personajes que me rodeaban debían llevarlo a cabo al pie de la letra, los resultados finales de las escenas dependían, en última instancia, de mí, el protagonista.

La primera vez que me di cuenta fue una noche en que, siendo todavía un muchacho, llegué de una fiesta drogado en petreamina. Mi madre solía despertarse cada vez que llegaba de parranda, y yo tenía que pasar a saludarla y decirle buenas noches. Ella nunca se percataba de mi estado, mucho menos

intuía las cosas que yo había vivido. Esa noche, sin embargo, me hizo ciertas preguntas, preguntas específicas. Mamá sabía, no sé cómo, ciertos detalles de la juerga. Su tono era vago, como haciéndose la tonta, pero los detalles eran demasiado precisos. Fue en esa situación, según creo recordar, que sentí por primera vez la presencia de la cámara. Esa noche, cuando mi madre me interrogaba, yo miraba para todos lados, paranoico, buscando la cámara que quería dar cuenta de mi caída. Esa noche peleamos a gritos; dimos un buen espectáculo.

Tiempo después, el doctor le llamó algo así como trastorno esquizotípico de la personalidad, una enfermedad mental que, al igual que la depresión, era cada vez más habitual en los orgánicos que residían en Ceres. Por supuesto, yo sabía que mi caso no era tal, que lo mío no era algo que pudiera solucionarse simplemente con implantes cibernéticos. Pero el doctor me operó la cabeza, instalando los chips antipsicóticos que dejarían de hacerme sentir que estaba siendo filmado. Me dijo, sonriendo:

—Si sientes de nuevo la cámara acechándote, o si empiezas a ver cosas raras, ven a verme otra vez y yo te colocaré más implantes.

Mi madre, por lo mismo, se preocupó de preguntarme con regularidad sobre mi estado de conciencia. Y a pesar de sus esfuerzos, la sensación se mantuvo conmigo durante mucho tiempo. Pero yo, por miedo a convertirme en un cíborg con tanto implante, preferí no decir nada. En ese tiempo tener implantes ya había dejado de ser mal visto entre buena parte de los orgánicos, sobre todo si eran internos —pupilas aumentadas o estabilizadores neuronales que no estuvieran a la vista—, pero entre los muchachos de mi barrio convertirse en un cíborg era lo más cercano a ser un paria.

Mi adolescencia transcurrió así, siempre creyendo que la cámara me seguía, incluso en los momentos más íntimos. En la ducha, para hacer más interesante todo el show, cantaba y bailaba; en las peleas, buscaba las palabras y frases más hirientes. Los hipotéticos espectadores de la panoserie me habrán visto también en momentos de bajeza pura, derrotado, pateando basureros en la calle o llorando debajo de mi cama. Solía reponerme rápidamente, pues tenía presente que estaba siendo observado en todo momento.

Con el tiempo esta sensación se fue desvaneciendo, o yo me fui acostumbrando a ella. No sé si fueron los implantes que hicieron su efecto: un día, sencillamente, dejé de sentirla. Me percaté de que la cámara ya no estaba ahí conmigo. Como si me hubiera abandonado. Como si me hubieran despedido de la panoserie, de mi propia panoserie. Para mí, esto significaba una sola cosa: libertad. ¿Cómo actuar ahora frente a la vida? Ya no tendría que ser un personaje ante una cámara. Pensé: si peleo con mi madre, en vez de responder con insultos, puedo ser más criterioso, más pacífico en la resolución del

conflicto. ¿Sería capaz de cambiar el patrón? Ya no respondía a un público, solo respondía a mi persona. Desde ese momento en adelante, podía ser yo. Pero, era lícito preguntarme: ¿quién mierda era yo?

4

Estaba de vuelta, de eso no tenía duda. Aunque se trataba de una sensación confusa, no tan familiar como yo la recordaba. Era una sensación etérea, como si fuera parte del sueño de otro, como si todos los objetos que me rodearan se estuvieran derritiendo y fueran de un carácter volátil e intangible. Primero pensé que alguien me estaba observando. Una persona, el dueño de casa, quizás. Apagué la máquina y me puse a buscar si había un tercero en los alrededores. Pero no: no había nadie. Después pensé que, tal vez, la cámara estaba escondida en alguno de los paquidermos o en los autómatas sonrientes de la terraza. Pero no: no había ninguna cámara. Me dirigí al portón de acceso vehicular, pensando que a lo mejor Ānzhuō nunca se fue y me estaba vigilando desde allí. Tampoco era él. Me puse nervioso. Me dolía la cara, quemada por el sol, y sentía como si tuviera la cabeza llena de helio. Traté de ignorar la sensación y decidí continuar con mi trabajo. No me quedaba otra: necesitaba el dinero. Pero me sentía incómodo, observado.

Me había sacado las zapatillas y arremangado los pantalones para no mojarlos con la hidrovaporizadora. Trabajaba por inercia, absorto en mis pensamientos, cuando pasó. Primero fue sutil: un ruido suave detrás mío, desde la terraza. Era el sonido hecho por el contacto de algo con la baldosa. Miré hacia allá. Como no vi nada, seguí trabajando. Segundos después, escuché el mismo ruidito. Corto, seco, parecido a las palomas cuando picotean migas sobre las azoteas metálicas de los edificios del centro. Un esporádico *clac*. Molesto, miré nuevamente en esa dirección. Entonces lo noté: eran piedritas rojas, o, más bien, pedacitos de bio-resina, que caían desde el cielo hacia las baldosas de la terraza. Levanté la vista: el cubo de bio-resina roja, sin ventanas, retumbaba sutilmente. Algo lo golpeaba desde el otro lado, provocando que pequeños fragmentos se desprendieran de sus muros. La cámara está ahí, pensé como en un acto reflejo.

Entonces abrí el ventanal del estar principal y entré en la casa del coronel.

Más allá del módulo de Noósfera se abrían ante mí espacios amplios y oscuros —las persianas holográficas estaban en modo opaco—, como el comedor, la cocina y una habitación con olor a antigüedad, como a polvo, pero sin la presencia de motas en el aire. Había estanterías repletas de cajitas minúsculas que protegían microtarjetas de música clásica, un formato en desuso que solo usaban los coleccionistas. Busqué una escalera: tuve que volver sobre mis pasos hacia el living, donde, a la derecha, pillé una que llegaba al segundo

piso. Una vez arriba empecé a abrir puertas: habitaciones, baños, un escritorio de trabajo y una especie de sala de hospital, blanca e higienizada, con instrumentos de cirugía cibernética sobre un mesón de acero inoxidable. Esto me desconcertó, no por lo inusual de encontrar una sala de hospital en una vivienda unifamiliar, sino porque en la puerta de esa habitación había una placa que decía: SALA DE REFACCIÓN.

Ignoré la habitación y bajé al primer piso.

En un nicho al lado de la cocina encontré otra escalera, justo antes del baño de empleadas. Subí. Era una escalera caracol, que atravesaba toda la casa hasta la cubierta. A medida que ascendía, volví a escuchar los golpeteos en la bio-resina de los muros, sumado a un nuevo ruido: el de unos gemidos en aumento, unos gemidos sordos, que parecían ser de una mujer. No era placer lo que desprendían esos gemidos: era angustia, eso me pareció. Una vez arriba, la cubierta tenía dos espacios bien diferenciados. Por un lado, una suerte de terraza con reposeras, donde asumí que el coronel y su mujer tomarían baños de sol; hacia el otro lado, un pasaje que daba a una esquina donde resaltaba un colgador con ropa húmeda. Al final de este pasaje estaba la puerta del cubo de bio-resina: los ruidos provenían de su interior. Me acerqué lentamente, indeciso; detrás de la puerta se oían los gemidos cada vez más agudos, como de un animal herido. Con mi mano sudorosa pulsé el botón para abrir la puerta, pero tenía cerradura digital. Era una puerta rara, como de un acero muy voluminoso: se veía pesada, sólida en exceso. Comencé a pulsar más botones, al azar, buscando dar con la combinación correcta; en ese momento el ruido se silenció, de golpe, consciente de mi presencia.

Me alejé de la puerta y subí la escalerilla de la terraza. En una de las reposeras había un trago a medio tomar. Lo zampé al seco: LP mezclado con gaseosa, algo desvanecida. Dejé el vaso donde estaba antes, como si nada hubiera pasado, y entonces me fijé en el llavero de tarjetas. Estaban tiradas en el suelo de la terraza, entre ambas reposeras. Eran tres tarjetas grandes, de esas que se usan para chapas de alta seguridad —como la del cubo, pensé mientras las recogía—. Volví a la puerta de acero y acerqué una de las tarjetas. Se oyó un pitido desagradable, que indicaba código erróneo. Probé con otra: respondió un timbre más agudo, de afirmación, seguido de la cerradura liberándose. Al otro lado, silencio. Temeroso, tratando de no hacer ruido, pulsé el botón. La puerta se deslizó hacia arriba, de golpe. Adentro estaba oscuro, así que me asomé lentamente a la habitación. En ese momento recordé las últimas palabras de Ānzhuō ("no *entles* a la casa") y retrocedí; no tenía sentido andar curioseando en donde no debía. Ya había perdido un trabajo por mal comportamiento; no quería volver a perder uno, mucho menos en el primer día. De modo que iba a presionar el botón del panel para volver a cerrar la puerta, cuando oí el gemido de nuevo, a menos de un par de metros, pero contenido en algún rincón de la

oscuridad. No pude evitarlo: empecé a meter la cabeza en el cubo cuando, de un empujón, algo me arrojó hacia afuera, al suelo.

La imagen que vi a continuación, no la entendí.

Arrastrándose grotescamente, vi un cuerpo bañado en sangre sintética verde, un cuerpo descompuesto, lleno de largas cicatrices zurcidas por todo el torso. Le faltaba la parte inferior: no tenía piernas, solo la cabeza, brazos y un torso desgarrado que dejaba entrever sus circuitos internos. Su cabello era largo y rubio, pero le faltaban varios mechones. Su cara era un tejido desfigurado entre retazos de placas cibernéticas y pedazos de piel. Gemía mientras me miraba fijamente con sus ojos sin párpados, agarrándome las piernas, tirando de ellas. Empecé a patalear, mudo de espanto, tratando de meter esa aberración de vuelta al cubo. Pero sus dedos tenían garras filosas de metal que lograron hacerme algunos tajos en las piernas. Entonces me aparté de un salto, cayendo de espaldas sobre la terraza: el monstruo —no tengo otra manera de llamarlo—, viendo el camino libre, se apoyó sobre sus manos y, traqueteando por el pasillo, se arrojó escaleras abajo. Lo último que alcancé a ver antes de que desapareciera por las escaleras entre horribles aullidos, fueron los largos cables de colores que colgaban de su cintura como tentáculos, y que dejaron un rastro caótico de sangre verdosa en la superficie elastómera del pasillo.

Entre aturdido y agitado, me puse de pie y miré dentro del cubo de resina: había una lavadora que estaba teñida con las marcas verdes de palmas ensangrentadas, como una pintura rupestre inorgánica. El suelo estaba empapado de este fluido; también un montón de ropa desparramada. Al costado, en el muro que daba hacia el patio, la mitad de una pierna cibernética desmembrada yacía en el suelo. El muro de bio-resina tenía una pequeña grieta: había sido resquebrajado a golpes con la pierna, aplicada a modo de bate.

Salí del cubo: mi cabeza se sentía ligera en extremo. Asustado, despavorido, me puse en cuclillas y esperé, respirando pesadamente, escuchando con atención a medio metro del vano de las escaleras. Cuando pude calmar mi respiración, cerré la puerta del cubo de bio-resina, dejé tirado el llavero exactamente donde lo había encontrado y bajé las escaleras cuidadosamente.

5

Los escalones, el suelo de la casa, estaban repletos de hilos de sangre verdosa.

En el aire había una estela putrefacta de plástico quemado —carne sintética descompuesta—. Me sentía mareado, acalorado. ¿Qué había pasado? ¿Insolación? ¿Mis implantes estaban fallando? El patio estaba hecho un desastre. Manchas de sangre sintética, deidades paquidérmicas quebradas en el suelo y

agua por doquier mezclándose con todo. Para qué mencionar las piezas metálicas esparcidas en la entrada —un pedazo que contenía la cara de un autómata me miraba, sonriendo, cerca de mi pie izquierdo—. Fui hasta el borde de la laguna y me senté. Mientras dejaba que el agua calmara las heridas en mis pies, terminé de tomar la limonada que había dejado a medias. Estaba tibia, aguachenta. Parecía meado.

Al menos ya no sentía la presencia de la cámara, ni de nadie, acechándome.

Ānzhuō no tardó en llegar. Cuando vio el panorama del patio, comenzó a gritarme en su lenguaje nativo, histéricamente. Por supuesto, yo no entendía qué cosas me gritaba, así que esperé. Cuando se calmó, aunque no del todo, empezó a gritarme en el lenguaje asteroidal. Se atragantaba con las palabras, con una mala pronunciación. Me preguntó qué había pasado. Me detuve a pensarlo bien. Me quedé varios segundos sin responder, mirándolo perplejo, sopesando el incipiente dolor de cabeza que comenzaba a sentir. Le contesté una de las varias posibilidades que se me ocurrieron: ladrones inorgánicos, le expliqué, que entraron violentamente y ensuciaron y destruyeron gran parte del patio. Por eso la sangre sintética en el lugar, agregué, por eso las heridas en mis piernas: porque me enfrenté a ellos, como un valiente. Ānzhuō arqueó una ceja, incrédulo. Le dije que había intentado espantarlos, disparándoles agua y jabón con la hidrovaporizadora, y que me costó una enormidad sacarlos de allí.

—Pero lo logré… —concluí con falso orgullo.

Ānzhuō me miraba fijamente, con una expresión vacía. Luego bajó la vista al suelo. Su mirada parecía pérdida, buscando algo entre las baldosas y la sangre verde clara. Entonces se echó a llorar. Puso el dorso de una mano sobre su cara, escondiéndola, y su cuerpo se agitó en un espasmo continuo. Sus hombros subían y bajaban, dejando salir frases entrecortadas al ritmo del oleaje de su espalda. Decía algo de lo mucho que le había costado conseguir a este cliente, un hombre de gran influencia.

—Tranquilo, Ānzhuō… —le dije, palmoteándole el hombro. Él, sin dejar de gimotear, todavía mirando al suelo, levantó su mano derecha, donde colgaba una bolsa plástica, transparente: adentro había un par de paquetes de poliestireno y unos palillos de madera.

Ānzhuō nos había traído almuerzo.

Salimos de ahí, taciturnos, y nos sentamos a comer en su aeronave. Lo único que llenaba el abismo de silencio que había entre los dos era el ruido que hacíamos al masticar la comida. Era una especie de fritura agridulce con granos, muy aromática, muy sabrosa. Sentí cómo poco a poco me volvía el alma al cuerpo; la comida produjo en mí una sensación de calidez interior, pero también

me hizo sentir culpable por el pobre Ānzhuō y el caos del patio. De manera que, apenas terminamos de almorzar, comenzamos a limpiarlo. No quise mencionarle a Ānzhuō el desorden al interior de la casa —de alguna manera, sentí que era mejor dejarlo así.

Ānzhuō era un maestro limpiador, se notaba que llevaba años en el rubro. Se movía con rapidez felina: terminó de hacer, en una hora, lo que a mí me había tomado cuatro. Y una vez que el coronel volvió, Ānzhuō habló con él y con su mujer (al ser el limpiador de ellos durante algunos meses, algo de confianza le tenían), y les explicó la situación de los ladrones. Ellos no lo podían creer. El coronel dijo que revisaría las cámaras de seguridad.

—Este crimen no quedará impune —agregó, y yo empecé a ponerme nervioso. Quería salir de allí, rápidamente, pero Ānzhuō seguía dando explicaciones en su incómodo acento deimita y ahora les ofrecía pagar los adornos quebrados con mi sueldo. Ellos me miraron; yo puse cara de imbécil. El coronel, cándido, sonriendo bajo el frondoso mostacho, dijo que no era necesario. Supuse que en el fondo le habían hecho un favor rompiendo esos adornos esotéricos que tanto detestaba. Pero mis nervios no daban más: tiraba de la manga de Ānzhuō como un niño que tenía que ir al baño. Por suerte, el coronel y su mujer se sentaron en la terraza limpia a disfrutar del atardecer de Ceres. De todos modos, una vez en la aeronave, Ānzhuō decidió pagarme la mitad del sueldo prometido.

—*Pol hacelme pasal* un *mar lato* —dijo, mientras encendía el motor.

El sol ya se escondía mientras volábamos sobre calles estrechas, repletas de casas más simplonas que la del coronel. La aeronave tenía olor a jabón.

Pronto oscurecería.

Ānzhuō detuvo la aeronave frente a una hilera de viviendas metálicas. Mirándome con una ceja levantada, me preguntó si acaso me interesaría recuperar los créditos que había perdido ese día —los créditos que él había decidido no pagarme—. Solo tenía que acompañarlo a reparar, puerta a puerta, el calzado de todas las casas del barrio.

—*Dobralemos er dinelo* —dijo.

Por un momento, pensé en decirle que sí. Pero luego me acordé que estaba cansado y, más que cansado, aburrido, así que le hablé, en cambio, de mi sensación, la sensación de la cámara acechándome. Le hablé de ella porque ya empezaba a sentirla de nuevo, inminente, como una onda silenciosa que se acercaba desde la lejanía. Le conté todo: desde la primera pelea con mi madre hasta el último incidente en la casa del coronel. Al principio Ānzhuō se inquietó

—lo veía de reojo, moviéndose nervioso en su asiento, mirando constantemente el reloj de la aeronave—, pero luego logré captar su atención. Cuando le conté lo que había sucedido con el cuerpo ensangrentando del cubo de bio-resina, la cara de Ānzhuō se contrajo, no sabía si asombrada o perturbada, pero sí atenta a cada detalle de mi historia, arrugándose según la emoción adecuada. Al terminar mi relato, Ānzhuō se mantuvo en silencio, expectante, como si yo tuviera más cosas por contar. Pero eso era todo.

Me quedé mirando sus ojos: brillaban, formando pequeños reflejos amarillos ante el contacto con la luz cálida de los focos que iluminaban las calles suburbanas de Cerealia. Ānzhuō me dijo algo en su idioma: no le entendí. Luego se inclinó hacia mí, pasando su brazo por sobre mi espalda, y me abrazó. Fue un abrazo raro, no diría incómodo, pero sí sudoroso y más largo de lo que yo hubiera esperado. Luego me dio una palmada en el hombro izquierdo y, sonriendo, en un perfecto acento cerealino, me dijo:

—Bájate.

—¿Cómo?

—Bájate —repitió, sin dejar de sonreír.

Vacilante, abrí la puerta de la aeronave y me bajé. Él encendió el motor y aceleró, ascendiendo hacia el cielo brillante, repleto de asteroides, de Ceres, que solo podía verse en las afueras de la capital, y fue alejándose rápidamente, dejándome allí, zozobrado, en medio de la calle, pero no solo: acompañado por la cámara, ya presente, que ahora filmaba la escena que concluía un capítulo más de esa panoserie en la que volvía a ser el protagonista.

LOS ACTOS DE LA ARQUITECTURA

La fuerza de la realidad siempre termina
por causar el descalce entre
el proyecto (lo que se imaginó que habría de ocurrir)
y la vida (lo que de hecho ocurre).

ALEJANDRO ARAVENA

Obra

Visto en retrospectiva, el trabajo del arquitecto Sago Emjen ha estado marcado por el constante choque entre dos conceptos elementales: el de obra y el de vida. En este ensayo examinaremos tres casos de estudio que corresponden a proyectos paradigmáticos de Sago Emjen en sus distintas escalas: vivienda, edificio y urbe. La contraposición entre obra y vida se puede comprobar manifiestamente en estos tres proyectos.

Obra: Casa Verger

Proyecto de vivienda funcional, de estética sobria, muy propia de los suburbios de Cerealia. Estudiando los planos de la Casa Verger se puede observar claramente cómo en la primera planta los espacios comunes destinados a compartir, tales como el estar, el comedor, la cocina y la sala de música, se encuentran ubicados en el primer piso, mientras que los espacios privados, tales como habitaciones, baños, el estudio del coronel Verger —el cliente—, además de la *sala de refacción* (solicitada con ese nombre por el mismo coronel), se ubican en el segundo nivel de la vivienda, cuyo acceso está dado por una

escalera desde el estar; todos estos espacios se encuentran concentrados en la parte norte de la casa, para una mejor iluminación general.

Continuando con la subdivisión de los espacios, estudiando la planimetría del proyecto resalta de manera rotunda cómo los espacios para vivir del coronel Verger se separaban de los domésticos, de sus empleadas: mientras que los primeros dominaban la mayor parte del espacio al norte de la casa, la vida de las empleadas se daba en los espacios al sur, con muchísima menos luz (para el coronel, la carencia lumínica no era un impedimento para el buen desempeño de sus empleadas, ya que, como es sabido, tenía una clara preferencia por la contratación de empleadas androides o, en su defecto, empleadas pseudo-orgánicas).

La poca luz de las áreas domésticas es particularmente notoria en los tres pisos de la vivienda: en el primero, en la cocina, la bodega y el comedor de empleadas; en el segundo, en la habitación y baño de empleadas y, en el tercero, en la cubierta donde se encuentra la lavandería. Sago Emjen dispone esta lavandería —"el espacio doméstico por excelencia", según palabras del cliente— mediante una operación lógica, ya que inmediatamente al lado de este espacio, a través de un pasillo que remata en la parte norte de la cubierta, hay otro sector habilitado para colgar la ropa, el cual recibe sol durante las breves horas en que Cerealia enfrenta al astro, pero que, a la vez, mantiene su condición funcional quedando escondida por un desnivel de metro y medio, tanto del balcón del coronel Verger (parte norte) como de la fachada, cubierta por un cubo hermético de terminación en bio-resina roja que sobresale de la vivienda, otorgándole una plasticidad única al proyecto. Al explicar en sus conferencias la función de este espacio doméstico interior versus su evidente expresión plástica exterior, Sago Emjen solía repetir crípticamente: "Los trapos sucios, muchachos, se lavan en casa".

Vida: Casa Verger

Por lo general, se atribuye el incidente de la Casa Verger al carácter sádico del cliente, el coronel Verger. Sin embargo, estudios posteriores indican que la distribución espacial de la casa, de alguna manera, también propició el suceso.

Ocurrió una tarde en que el coronel y su mujer habían salido de casa.

En ese momento se encontraban dos limpiadores que realizaban el aseo mensual de las terrazas exteriores de la vivienda. Según un informe del detective Tavo Zelán de la Policía Asteroidal de Investigaciones (PAI), de donde se han obtenido las declaraciones que se citan a continuación, uno de los limpiadores —un deimita de nombre Ānzhuō Kang— salió de la casa minutos después que el coronel y su mujer, dejando a cargo al otro limpiador, un joven llamado Valdo

Nilón.

Casi tres horas más tarde, después de haber limpiado todo el patio de la vivienda, Nilón declaró haber escuchado ruidos extraños en la terraza. Cuando comenzó a buscar el origen del ruido se dio cuenta de que había pequeños pedazos de bio-resina que caían desde el cielo hacia las baldosas elastómeras. Al levantar la vista notó que provenían del cubo de la lavandería; extrañado, decidió ir a investigar.

Quince minutos después, el hombre se encontraba ya en la terraza del tercer piso. Técnicamente no estaba en la terraza, sino en el pasillo que se formaba un metro y medio más abajo, entre la terraza y el espacio de lavandería. Nilón declaró haber escuchado gemidos que provenían desde allí; declaró, además, haber subido a la terraza y haber encontrado entre las reposeras la tarjeta que abría la gruesa puerta metálica del cubo. Al abrirla, Nilón vio aparecer algo que le pareció "un sueño o una alucinación": "arrastrándose grotescamente —dijo Nilón en su declaración—, vi un cuerpo bañado en sangre sintética verde, un cuerpo descompuesto, lleno de largas cicatrices zurcidas por todo el torso. Le faltaba la parte inferior: no tenía piernas, solo la cabeza, brazos y un torso desgarrado que dejaba entrever sus circuitos internos. Su cabello era largo y rubio, pero le faltaban varios mechones. Su cara era un tejido desfigurado entre retazos de placas cibernéticas y pedazos de piel. Gemía mientras me miraba fijamente con sus ojos sin párpados, agarrándome las piernas, tirando de ellas. (…) Lo último que alcancé a ver antes de que desapareciera por las escaleras entre horribles aullidos, fueron los largos cables de colores que colgaban de su cintura como tentáculos, y que dejaron un rastro caótico de sangre verdosa en la superficie elastómera del pasillo".

A estas alturas es de conocimiento público el caso del coronel Verger, quien había prestado servicios a la Central Asteroidal de Inteligencia (CAI) durante los años de dominio jupiterino en Ceres; Verger, en este periodo, destacó por ser un joven y respetado oficial que, mediante una serie de operaciones de contrainteligencia, habría mantenido a raya los constantes embates de Marte, quienes buscaban recuperar a toda costa la exclusividad de la explotación minera en el planeta enano. El conflicto de poder entre Júpiter y Marte duró casi treinta años y terminó siendo un mal negocio para ambas facciones, por lo que finalmente se firmaron acuerdos de explotación; Júpiter mantendría los derechos de extracción de los cráteres Azacca, Dantu y Occator, donde ya se perfilaba una densa urbanización vertical en lo que sería la ciudad de Cerealia; Marte, por otro lado, podría extraer el hielo de los cráteres Oxo, Kerwan y también lo que pudieran encontrar en las faldas del volcán Ahuma Mons. Y si bien en los registros el coronel nunca formó parte oficial del plantel de agentes de la CAI —pues estaba por encima de ellos—, sí realizó ciertas asesorías voluntariamente. Por lo mismo, cuando el coronel mandó a diseñar su casa con el arquitecto Sago

Emjen, las especificaciones que pidió de los espacios estaban directamente relacionadas con los trabajos que él llevaba a cabo entonces para el organismo. Su casa, como se habría de descubrir ese día, había sido un centro de torturas durante los últimos años del dominio jupiterino. Todas las operaciones se llevaban a cabo en la privacidad del segundo nivel: las torturas, en específico, se realizaban en la "sala de refacción", la cual había sido habilitada como un espacio de hospital, higienizado, con mesones de acero inoxidable y gabinetes donde se guardaban los instrumentos lacerantes. La lavandería, por su parte, era una especie de prisión, aislada herméticamente de todo el resto de la casa y del exterior mediante los gruesos muros de bio-resina que la contenían.

Con el regreso de la República en Cerealia, el coronel Verger mantuvo su posición de privilegio a través de un puesto vitalicio en el Senado. Conocidas fueron sus declaraciones racistas en la prensa, sobre todo cuando se discutían los pormenores de la Ley de Migración Inorgánica hacia la colonia de Neo-Cerio. Hoy sabemos que eran un indicativo de eso que urgía por ser descubierto: la tortura de cíborgs y androides en su propio hogar, brutal vicio que se extendió durante años, incluso después de que la era oscura del dominio jupiterino llegara a su fin.

Estudiando los informes de la PAI se pueden observar dos aristas más del caso que vale la pena mencionar:

1. En distintos periodos el coronel Verger habría denunciado la desaparición de tres empleadas androides y dos empleadas cíborgs —buscando prestar, precisamente, apoyo a los familiares de las mujeres desaparecidas—. Consultado en una investigación posterior realizada por el detective Zelán, el arquitecto Sago Emjen habría declarado: "Ninguna de estas operaciones era de mi conocimiento. Al diseñar la Casa Verger seguí al pie de la letra los requerimientos particulares del coronel, y jamás me cuestioné que aquellos espacios serían usados de forma tan macabra por parte del cliente".

2. El limpiador llamado Ānzhuō Kang habría sido la última víctima del coronel, el mismo día en que este fue arrestado. Aparentemente, habría recibido un mensaje donde se le pedía que se apersonara en Casa Verger —esto, un día después del incidente de Nilón y la empleada cíborg desmembrada—. Kang, quien durante meses había limpiado el patio del coronel, no tenía ninguna razón para desconfiar de él. Y, sin embargo, al llegar a Casa Verger fue apresado, amarrado a una mesa de acero inoxidable y mutilado miembro por miembro. Si Kang logró sobrevivir fue gracias al limpiador que lo acompañó el día anterior, Valdo Nilón, quien habría hecho la denuncia en la PAI por lo que había visto (o creyó haber visto) en Casa Verger. La policía habría arribado a la vivienda justo para detener la vengativa tortura del coronel. Poco más se sabe de Kang: dicen que en el hospital donde fue tratado se le hicieron múltiples implantes

cibernéticos. El detective Zelán menciona en su informe que se habría radicado en la colonia de Neo-Cerio, cuando se abrió el paso a formas de vida inorgánica. Nilón, a su vez, habría declarado: “De verdad no comprendo por qué decidió volver al lugar de los hechos: antes de bajarme de su aeronave, yo le había comentado el horror que enfrenté en esa casa”.

Obra: Torre Varlotta

El complejo comercial y de oficinas Torre Varlotta fue financiado por el conocido empresario Paul Varlotta (dueño del holding Varlotta), implicando una inversión de CC$300M —trescientos millones de créditos de Ceres—.

Corresponde a la torre más alta de la ciudad de Cerealia y, si bien no es el primer proyecto de edificio diseñado por Sago Emjen, lo hemos tomado como caso paradigmático por dos razones: primero, por ser la primera torre diseñada por él que lleva al extremo sus ideas estéticas y sustentables; y segundo, por el enorme tamaño del proyecto, tanto en términos económicos como en escala de construcción (lo que, de alguna manera, también se traduce en una mayor escala de sucesos posteriores).

El proyecto, de cien mil metros cuadrados, contempla un mall de doce niveles con más de seiscientos locales comerciales, seis supermercados, treinta y seis salas de panocine y doce estacionamientos de aeronaves. Posee además una gran torre, que supera los mil doscientos metros de altura con doscientos cuarenta pisos, y alberga principalmente a oficinas de las más importantes empresas privadas de Ceres y a sucursales mineras de tres planetas del sistema solar. Esto genera una población flotante diaria de doscientas mil personas en diez hectáreas de terreno. Ubicado en pleno sector financiero de Cerealia, el holding Varlotta financió también CC$60M en obras de vialidad aérea, para la descongestión aeronáutica del entorno urbano en los niveles superiores del proyecto.

La propuesta arquitectónica consistió en diseñar un edificio en el que se pudieran verificar a lo menos dos formas de vida: una matriz de doble entrada en que, por una parte, estuviera el trabajo propio de las tiendas, oficinas y otros servicios, y otra en donde se produjera el encuentro colectivo. Es por ello que Sago Emjen multiplicó en todo el edificio los lugares donde la gente pudiera reunirse: desde la pequeña escala, en el hall de los ascensores, hasta la escala mayor del proyecto: un gigantesco vacío que cruza los doscientos cuarenta pisos del edificio, una suerte de cilindro de aire gigantesco, un “atrio central transparente que permite ver lo que los demás están haciendo mientras se circula por toda la torre, desde los pasillos radiales del mall hasta las plazas elevadas ubicadas afuera de las oficinas”.[1]

Al proyectar una planta libre, el arquitecto reemplazó el típico núcleo central opaco de los primeros edificios construidos en el centro de Cerealia por un vacío monumental —como lo llamaba él—, estructurado mediante una gruesa masa mineral con aperturas estratégicas en el perímetro exterior. Con esta forma no solo respondía al programa del mall y de las oficinas, sino también a su comportamiento medioambiental: el edificio tenía que cumplir con lo solicitado por Paul Varlotta, quien había exigido que la torre fuera "el hito definitivo, que superara en todo sentido a otras torres de Cerealia, desde su altura hasta su aspecto exterior, además de su posición como edificio líder en términos sostenibles".

La búsqueda de Sago Emjen, entonces, fue evitar la tendencia de las torres coetáneas; en otras palabras, rehuir de una torre de acero y cristal que, debido a la amplificación que se produce en los rayos solares al atravesar la cúpula de terraformación en los niveles superiores, generara un enorme efecto invernadero en su interior, consumiendo una cantidad ridícula de energía para acondicionar el edificio. Sago Emjen planteó que "para evitar ganancias térmicas indeseadas solo bastaba con colocar la masa mineral del edificio en el perímetro, incorporando ventanales retranqueados para prevenir la radiación solar directa y, de esa manera, permitir que existiera una eficiente ventilación cruzada, una corriente de aire que cruzara verticalmente todo el atrio central". Pero, además, la razón para rechazar una fachada de cristal no solo respondía a la responsabilidad arquitectónica de evitar un comportamiento sustentable extremadamente pobre, sino también a la búsqueda artística de una forma concreta, de geometría estricta y materialidad monolítica, para un edificio de consumo masivo, un edificio de expresión escultórica en su exterior, un edificio que —en palabras de su arquitecto— "invitara a contemplar el vacío".

Vida: Torre Varlotta

"El edificio invita a contemplar al vacío". Fue, quizás, este último concepto lo que llevó eventualmente a la cadena de tragedias en sus primeros años de uso.

Tres meses después de la inauguración del centro comercial ocurrió el primer suicidio. Se trataba de un operador del circuito cerrado del mall, un orgánico que fue encontrado a la hora de apertura en el centro de la losa del gran vacío central, reventado. La PAI barajó la posibilidad de un asesinato, pero luego de revisar la grabación holográfica de una cámara de seguridad, esta posibilidad fue descartada: las imágenes mostraban claramente al operador arrojándose desde el piso 33 de la torre.

A menos de un mes de la muerte del operador, una mujer orgánica de 34 años se lanzó desde el patio de comida, ubicado en el duodécimo piso, a una

altura de alrededor de sesenta metros. Dejó una carta de despedida en una de las mesas, habiendo tomado esa decisión luego de la muerte de su hijo de cuatro años en una operación de implantes cibernéticos mal ejecutada en el Hospital General de Cerealia. El hecho ocurrió al atardecer, causando sorpresa y conmoción entre los clientes que se encontraban entonces en el centro comercial. “La mujer se lanzó al espacio central”, declaró el comandante de la 19ª Comisaría de Cerealia, encargado del procedimiento; “algunos testigos mencionaron que la vieron cayendo; otros, que oyeron el golpe. Al llegar vimos que personal del mall estaba tratando de reanimarla. Cerramos el lugar. Luego llegaron los paramédicos, quienes también probaron con reanimación. Pero estaba muy dañada, le brotaba sangre de la boca y la nariz. Falleció a los pocos minutos”.

Seis meses después, efectivos policiales lograron disuadir a un sujeto que prometía lanzarse desde uno de los balcones. Se trataba de un hombre de mediana edad, orgánico, que se subió arriba de la baranda, haciendo equilibrio, gritando que se arrojaría. El hombre miraba fija, intensamente, al vacío. Después de varios minutos de discusión, el hombre depuso su actitud pidiendo cigarrillos a sus interlocutores, y posteriormente fue retirado del lugar, cigarro en boca, por agentes de la policía asteroidal.

Pronto vendrían más suicidios.

Tres meses después, una mujer orgánica se arrojó hacia el vacío central desde el cuarto piso, falleciendo después de varios minutos de reanimación por parte del personal de emergencia. La policía realizó pericias, acordonó el sitio y trasladó a los clientes del primer piso al subterráneo. Al día de hoy no se establece si fue un accidente o un salto intencional (las cámaras no lograron captar el momento del suceso).

Menos de una semana después vino el cuarto caso. Un joven orgánico se lanzó desde el piso 26 de la torre, pasada la hora de almuerzo. Había mucha afluencia de público: el suicidio fue visto por cientos de personas que se encontraban en las cercanías. El sujeto se lanzó envuelto en una sábana donde estaba escrito el mensaje “Amor y paz entre orgánicos e inorgánicos”. Según datos de la PAI, que participó en el operativo, el joven gritó consignas anti-varlottianas, no se sabe si contra el holding o contra el empresario, antes de su salto mortal al centro del primer piso de la torre.

Después de cinco meses los suicidios se reanudaron, minutos antes de la hora de almuerzo, cuando una mujer orgánica se tiró desde el tercer piso, convirtiéndose en la quinta persona fallecida desde la apertura del centro comercial. Según informaron los medios de comunicación, tras una caída de aproximadamente 17 metros, personal del recinto intentó labores de reanimación, pero finalmente no pudieron revivir a la mujer, que cayó sobre el

balcón del segundo piso, para luego dar contra la losa del primer nivel. Al ser consultado por la presencia de alguna carta de suicidio, el comandante a cargo del operativo aseguró que lo único que la mujer había dejado sobre una banca habían sido sus lentes ópticos. “Era raro”, declaró el comandante, “porque ese tipo de lentes ya casi ni se ven; si hoy tienes la vista mala, te haces implantes y ya está”.

El último suicidio registrado ocurrió casi un año y medio después de la apertura del mall, cuando un hombre orgánico se arrojó desde el sexto piso —del patio de comida, nuevamente—. Aunque en un comienzo la policía no catalogó el caso como suicidio, los testigos del lugar captaron el momento en que el hombre se quitó la vida arrojándose por el gran vacío central de la torre. Rápidamente, la policía cambió la conclusión del procedimiento.

La construcción que corona el moderno centro comercial del holding Varlotta se ha convertido en un espacio recurrente para este tipo de fatales decisiones. Esto ha generado una discusión crítica en torno al estado de la salud mental de los seres orgánicos en Ceres (“¿por qué no se implantan chips contra la depresión?”, es una frase recurrente en los debates), pero también se discute si los suicidios de Torre Varlotta son catalizados por la configuración arquitectónica que Sago Emjen proyectó en el edificio. El principal defensor de esta tesis ha sido el detective Tavo Zelán, el mismo que llevó la investigación de Casa Verger. Zelán elaboró un documento que buscaba unir los suicidios de Torre Varlotta con las torturas de Casa Verger: el nexo entre ambas obras era la figura de Emjen, o, para ser más precisos, la vida que se daba dentro de los proyectos de Emjen. Zelán argumentaba que “si hay vida propuesta en estos proyectos, es una vida truncada, una vida tocada por la naturaleza del mal”. Sin embargo, a pesar de su acucioso análisis, el caso terminó por ser catalogado como obra del azar por parte de sus superiores.

Obra: Neo-Cerio

Podemos calificar el caso de la colonia de Neo-Cerio como una suerte de proyección de los incidentes previos, pero llevados a la escala urbana.

Neo-Cerio fue el primer proyecto de urbanismo de Sago Emjen. El 70% de los edificios, además del trazado urbano y vial, fueron proyectados por él. El objetivo del proyecto era generar una colonia al sudeste de Ceres, con todos los servicios necesarios para albergar las viviendas de los miembros de la comunidad orgánica que se habían hastiado de su vida junto a pseudo-orgánicos y androides en la capital. El encargo del proyecto fue impulsado por Fritz Heinlein, un reconocido orgánico, descendiente de colonos marcianos en el planeta enano y eventual alcalde del municipio de la colonia.

En primera instancia, la Intendencia Asteroidal de Ceres (IAC) realizó un estudio respecto del territorio disponible para la ubicación de la colonia. Mediante registros históricos, se comprobó que la ubicación en las faldas del volcán Ahuna Mons —un antiguo macizo de seis kilómetros de altura y quince kilómetros de base— no era peligrosa, puesto que el cráter se encontraba totalmente inactivo. La colonia, por ende, fue ubicada en una cuenca contenida entre el volcán y los terrenos más elevados de sus alrededores. El centro y todos los edificios públicos se ubicaron en un reticulado ortogonal de seis por seis cuadras, cerca de los faldones del volcán, mientras que las viviendas propuestas en el plan original fueron emplazadas a lo largo del borde del lago artificial diseñado por Sago Emjen, y construido sobre el cráter noroeste de Ahuna Mons. Las obras también incluían el proceso de terraformación mediante una cúpula energética que funcionaría de forma permanente, y que proporcionaría una variedad climática que incluía elementos que no se veían en la capital (como las nubes y la lluvia, por ejemplo).

La forma de la colonia era una línea curva (aquel trazo, recordemos, no era ajeno a la obra de Sago Emjen: el gran vacío central de Torre Varlotta era un círculo perfecto), mientras que la estética de la colonia utilizaba un material nativo visto por Fritz Heinlein en otros planetas: la madera. Para obtenerla se plantaron miles de árboles de distintas especies, aplicando un fermento catalizador que les permitió alcanzar alturas de hasta treinta metros en menos de un mes. Las especificaciones técnicas exigían que las construcciones tuvieran esa terminación, o en su defecto tejuelas metálicas de elaboración artesanal, aun cuando su estructura fuera levantada en un material distinto —la municipalidad, por ejemplo, poseía una estructura de masa mineral, pero su terminación exterior era de tejuelas de alerce—.

En la búsqueda de una forma de vida que difiriera de sus anteriores proyectos, Sago Emjen estudió cómo era la vida en otras colonias más pequeñas de Ceres, en su mayoría emplazamientos mineros a algunos kilómetros de distancia de los principales sectores de explotación del hielo: Azacca, Dantu, Oxo y Kerwan (a estas alturas Occator ya no poseía gran valor extractivo, pues no solo el hielo que se sacaba de allí era cada vez más escaso, sino que la extensión urbana de Cerealia había colmado toda la superficie del cráter). El arquitecto observó que la vida de las colonias era pausada, meditabunda y serena; aquello lo llevó a diseñar sus edificios usando como base los actos contemplativos de la vida. Esto se traduce, por ejemplo, en pequeños detalles arquitectónicos como la forma de subir la escalera del edificio de la Municipalidad de Neo-Cerio: la medida usual para subir una escalera, dimensión universal originada por el propio cuerpo orgánico, consiste en una huella de treinta centímetros (donde uno pone el pie) y una contrahuella de dieciocho centímetros (la altura del escalón). Sago Emjen proyectó una escalera que buscaba la lentitud del paso para acceder al edificio sosegadamente, alargando la medida de la huella y

acortando la medida de la contrahuella de la escalera, de manera que el cuerpo orgánico se adecuara a un estado más pausado. Este principio de la escalera se aplicó también en otros detalles de la gran mayoría de las construcciones, desde ventanas que enmarcaban un paisaje terraformado particularmente contemplativo, hasta la sutil modificación de las medidas antropométricas de los espacios en sí mismos: oficinas, habitaciones, incluso baños.

Debido a esto, en el primer año de funcionamiento la vida de la colonia fue tranquila, amena; sin embargo, a medida que el interés de privados por la nueva urbanización empezó a aumentar, la colonia inició un proceso de crecimiento hacia los terrenos más elevados de la cuenca de Ahuna Mons, transformándose lentamente en una suerte de mancha extendida entre el volcán y el lago. Las personas con mayor ingreso de la zona —muchos de ellos descendientes de colonos del planeta enano, como el propio Fritz Heinlein—, al enterarse de que Neo-Cerio era promovido como un santuario para los orgánicos, decidieron invertir en el lugar, lo que se tradujo en una explosión inmobiliaria de edificios privados. Por ello, el municipio licitó el desarrollo de un plan regulador, el cual fue adjudicado —como era de esperar— por Sago Emjen. Además del plan, la oficina de arquitectura de Emjen también quedó a cargo de otros importantes encargos de privados, como el Gran Hotel de Neo-Cerio y el casino local. Debido a la desaforada inversión de privados, la colonia no tardó en sobrepasar los límites de su idea inicial, llegando a convertirse rápidamente en una colonia turística —el atractivo paisaje de su contexto favorecía esta disposición—. La imagen era sobrecogedora: los edificios y casas de madera, rodeados de frondosos bosques que se reflejaban en el lago, eran dominados por la imponente presencia del kilométrico volcán.

Sago Emjen priorizó, en el plan regulador, la ubicación de las viviendas residenciales de la colonia por sobre la inversión privada. Por diversos comentarios en entrevistas podemos deducir que si optó por priorizar estas viviendas, fue debido al hastío acumulado en su experiencia previa con clientes pudientes y proyectos ligados al modelo económico propio de Cerealia. El arquitecto, entonces, ubicó más cerca del centro de la colonia a las viviendas, y empujó a la periferia los proyectos de hoteles, edificios de departamentos y otros servicios turísticos de privados. En una decisión osada, Sago Emjen quiso invertir el modelo urbano típico, el cual solía empujar a las viviendas hacia las afueras de las colonias (en el caso de la capital: densificando verticalmente con torres), generando guetos poblacionales y diferencias sociales extremas entre sus habitantes. Priorizó, entonces, a los habitantes por sobre los turistas. Esta decisión provocó un fenómeno curioso en la forma de Neo-Cerio: los grandes edificios, digamos, los edificios de mayor altura, quedaron ubicados en ambos extremos de la cuenca del territorio, generando una suerte de muralla de edificios privados en los límites de la colonia, que contenían a las pequeñas edificaciones del centro entre el lago y el volcán. Este fenómeno, como veremos

a continuación, sería determinante en los acontecimientos posteriores a la erupción de Ahuna Mons.

Vida: Neo-Cerio

Es difícil medir los resultados de la vida en Neo-Cerio, puesto que, a los tres años de funcionamiento, su desarrollo se vio truncado por la erupción volcánica. Y si bien la erupción destruyó gran parte de la colonia y produjo durante meses una situación de caos confusa e irrefrenable, fueron los acontecimientos ocurridos en los días previos a la erupción los que desencadenaron los actos de violencia que se desataron durante el periodo en que Neo-Cerio estuvo aislado del resto de Ceres.

Recapitulemos.

Una semana antes de la erupción, en la madrugada, se encendió una señal sísmica de tremor continuo en el volcán Ahuna Mons (asociada con el movimiento de fluidos al interior del edificio volcánico), acompañada por la aparición de incandescencia en el cráter principal, fenómeno que no se había registrado nunca en su historia geológica: Ahuna Mons solía ser, hacía millones de años, un criovolcán, por lo que no tenía sentido alguno ese indicio de ignición. Las autoridades, si bien comunicacionalmente trataron de mantener la calma, estaban desconcertadas. Durante ese día, la actividad sísmica continuó aumentando a valores no habituales, configurando una inestabilidad en la dinámica del sistema volcánico, por lo que el Servicio Asteroidal de Geología (SERAGEOL) decidió modificar el nivel de alerta volcánica de verde a amarillo. Esto marcó un hecho sin precedentes para un volcán que, como hemos dicho, se consideraba inactivo.

Mientras las autoridades de la capital se encontraban deliberando sobre si evacuar o no a los habitantes de Neo-Cerio, Fritz Heinlein inició una campaña para sobrellevar la emergencia de manera independiente a la Intendencia. El alcalde, quien tenía fama de implacable, en una entrevista con medios locales denostó directamente a las autoridades y al urbanista del proyecto por la mala elección del emplazamiento de la colonia. Si bien era cierto que había estudios que avalaban la inactividad volcánica, Heinlein no escatimó en críticas, apuntando con el dedo públicamente a los agentes que, a su juicio, eran los responsables de la situación (más adelante se verificaría que gran parte de la responsabilidad le correspondería a la cúpula energética de terraformación, que habría catalizado una suerte de resurrección geológica del macizo, además de una asombrosa y veloz transformación a un volcán activo).

Esa semana, el volcán estuvo arrojando fumarolas constantes desde el cráter. El vapor ascendía espeso, como una columna de humo inclinada, y luego de

golpearse contra la cúpula energética que mantenía el ambiente terraformado, caía sobre el lago, al atardecer, provocando una suerte de clima neblinoso en la colonia. Los habitantes de Neo-Cerio empezaron a incomodarse. Corrían rumores. En la neblina, decían algunos, se veían figuras extrañas. La gente tenía miedo. Pero los más racionales, como Heinlein, desatendían estos cotilleos. Su figura totémica era sin duda un alero bajo el cual ciertas personas privilegiadas, cercanas al entorno municipal, podían descansar.

Pero no todos estaban contentos con su liderazgo. Existía un grupo lejano a la influencia de Fritz Heinlein —el alcalde, después de todo, era un conocido racista; despreciaba a cualquier persona que tuviera implantes, despreciaba a todo aquel que no fuera un orgánico en estado puro—. Y en la colonia, irónicamente, había un grupo de pseudo-orgánicos que habían escondido sus partes cibernéticas y logrado colarse en ella. Dentro de esa agrupación se alzó la figura de Lorenzo Tello, un chofer pseudo-orgánico del taller municipal que poseía labia y una actitud determinada frente a las circunstancias. Tello respondía al clamor popular de aquellos que no sabían adónde ni a quién acudir, mareados por los confusos mensajes de los medios y de las autoridades, y por la densa neblina que cubría a la colonia. Al caer la tarde, cuando el ambiente se cerraba en una bruma vaporosa, las personas se congregaban en la Plaza Central y Tello, con gritos de predicador, los conminaba a empoderarse. Su primer llamado fue a adquirir víveres de supervivencia y otros elementos, de manera de estar listos ante la emergencia. La gente, por ello, acudió en masa a los supermercados. En muy poco tiempo, todos los bienes disponibles en las dos únicas tiendas de abarrotes de Neo-Cerio se agotaron.

Fue entonces cuando empezaron los desbandes.

Grupos encapuchados que saqueaban tiendas, independiente si eran de comestibles o de turismo, además de violentos enfrentamientos entre grupos en la costanera del lago o en la plaza central, marcaron las jornadas de ese día en Neo-Cerio. Estos desórdenes ocurrieron al atardecer, cuando la neblina cayó sobre la colonia. Esa misma tarde, el aumento sostenido de la actividad sísmica de Ahuna Mons (un incremento de hasta tres veces en comparación con el escenario de dos días antes), llevó al SERAGEOL a elevar la alerta a nivel naranjo. A raíz de la ocurrencia de explosiones superficiales al interior del cráter y de emisiones débiles de cenizas, el organismo fijó un radio de un kilómetro alrededor del volcán como zona de alto peligro. Pero los habitantes de Neo-Cerio hicieron caso omiso del llamado —la mayoría de la gente no quería abandonar sus casas, no querían irse a la capital—.

Al final del día, cuando ya había anochecido, una turba de saqueadores tuvo un enfrentamiento con la policía colonial enfrente de la municipalidad. Se dice que la turba era liderada por Tello, encapuchado; no hay pruebas que lo

demuestren. Los saqueadores superaban con creces en número a los policías. Durante el enfrentamiento —una verdadera batalla campal en medio de la niebla—, cinco hombres agarraron a un policía, lo llevaron hasta las filas del grupo de saqueadores y lo descuartizaron. Un encapuchado que se rumoreaba era Tello, alzó en alto la cabeza decapitada del policía, apuntando a la fachada de la municipalidad. Fritz Heinlein, de pie, con los brazos detrás de la espalda, miraba imperturbable la escena desde el balcón de su oficina.

Dos días antes de la erupción, la IAC decretó estado de emergencia en Neo-Cerio y las fuerzas militares entraron en la colonia. Rápidamente se sometió a los grupos que vagaban por las calles, causando desórdenes. Las autoridades fijaron un toque de queda a partir del atardecer, apenas el vapor ceniciento del volcán caía, espeso, sobre las viviendas.

Al final de ese día, la colonia ya estaba bajo control. El mismo Heinlein se paseaba en aeronave, escoltado por militares, por las calles de Neo-Cerio. Fue entonces que la IAC decidió que era hora de actuar: se realizaron los preparativos para llevar a cabo una evacuación masiva la mañana del día siguiente. El punto de reunión sería la Plaza Central.

La mañana previa a la erupción se intentó aplicar el plan de evacuación. Sin embargo, el protocolo fracasó: Tello y sus seguidores habían organizado un contraataque, y apenas los militares se congregaron en la Plaza Central, fueron apedreados por una multitud de encapuchados. Era tan grande la masa de atacantes, que parecía como si todos los habitantes de la colonia estuvieran ahí, combatiendo: los militares abrieron fuego.

El motín dejó sesenta personas heridas y tres muertos.

Desde su oficina de la municipalidad, Fritz Heinlein solicitó más refuerzos a la capital, pero estos no alcanzaron a llegar —ese mismo día, al atardecer, Ahuna Mons tuvo su primer pulso eruptivo—. La erupción fue precedida, un par de horas antes, por un enjambre sísmico en la zona del volcán (los sismos no se habrían sentido en la colonia debido a los combates). Cuando los últimos rayos del sol bañaban las casitas y edificios de Neo-Cerio, se generó una columna eruptiva de color gris que alcanzó una altura de 15 kilómetros. La fase más enérgica se prolongó por media hora, seguida de un tremor armónico que dio paso a una gigantesca emisión de lava desde el cráter principal. La columna eruptiva se tiñó de rojo, cayendo como un látigo ancho y pesado sobre Neo-Cerio.

Los habitantes no alcanzaron a evacuar.

La lava corría como un río que nacía del cráter, y era acompañada de considerable material incandescente con comportamiento balístico, es decir,

rocas gigantescas que el volcán escupía de tanto en tanto y que provocaron el derrumbamiento de los edificios que se situaban en la periferia de la colonia —edificios que el plan regulador de Sago Emjen había situado allí, y que quedaron reducidos a una gigantesca muralla de escombros imposible de sortear—. Esto sumado a las características particulares de la cuenca donde la colonia estaba emplazada, y a la densa humareda contenida por la cúpula de terraformación, dejó a Neo-Cerio completamente aislado del resto de Ceres. A partir de ese momento, y durante un periodo de dos meses, no hubo información alguna respecto de lo que sucedía en su interior.

Tiempo después se sabría que los dos bloques que se enfrentaban previo a la erupción se habrían consolidado: por un lado, los militares, liderados por el alcalde, Fritz Heinlein; por el otro, los saqueadores, liderados por Lorenzo Tello, el chofer municipal.

Durante ese tiempo hubo dos erupciones más, las cuales terminaron por destruir lo poco que quedaba de Neo-Cerio: la primera fue a casi un mes de la primera erupción, durante la noche. El nuevo pulso eruptivo fue aún más enérgico que el primero: su intensa actividad se extendió por seis horas, generando también una columna eruptiva de 15 kilómetros de altura, acompañada por una continua emisión de fragmentos de roca incandescente. Tras un sobrevuelo al volcán, por sobre la cúpula energética, las aeronaves militares enviadas desde Cerealia observaron al menos seis centros de emisión de lava en el domo. Luego trataron de divisar a la colonia, pero fue imposible: estaba totalmente cubierta por humo y ceniza.

Debido al pronóstico de precipitaciones terraformadas por la cúpula energética, SERAGEOL advirtió sobre una alta probabilidad de que se registraran lahares secundarios, es decir, aluviones causados por la remoción del material en las laderas de Ahuna Mons. Y así fue: Neo-Cerio fue golpeado, esta vez, por ríos de sedimento volcánico. De la ceniza, la colonia pasó a una morfología de calles deformes, torrentes de lava seca que atravesaban la cuenca de lado a lado, hasta llegar al borde del lago artificial.

Exactamente un mes después de la segunda erupción, comenzó una tercera, tras una nueva fase de inestabilidad aguda marcada principalmente por un movimiento de magma en el cráter. Su columna eruptiva se alzó esta vez hasta los cinco kilómetros y se dispersó principalmente hacia el sudeste. Ante este tercer evento los geólogos determinaron la posibilidad de que el ciclo eruptivo se extendiera por varios meses. Y si bien es cierto que Ahuna Mons estuvo activo durante casi un año, no volvieron a registrarse más emisiones.

Es difícil saber qué pasó durante el mes en que la colonia estuvo aislada. Los sobrevivientes, por lo general, suelen prestar escuetas declaraciones. Hay una especie de pacto de silencio, algo innombrable, que los obliga a callar. Los

expertos hablan de un severo trauma colectivo. Fritz Heinlein optó por decir que era por respeto a las víctimas.

Se sabe que el alcalde trató de imponer orden, apoyado por los militares. Se sabe que hubo guerrillas entre los bandos involucrados. Durante ese periodo, se declaró Estado de Excepción Constitucional, Zona de Catástrofe y Alerta Sanitaria en las zonas aledañas a Neo-Cerio. Recién a los tres meses de la primera erupción se pudo abrir un paso a la colonia, mediante una apertura producida por máquinas de minería a través de los escombros de los grandes edificios. A los dos días, después de un diagnóstico de la situación, se iniciaron las labores de limpieza, las cuales permitieron remover más de cien mil toneladas de material volcánico. Esa misma semana se evacuó al resto de los sobrevivientes.

Poco más podemos agregar respecto de los acontecimientos en Neo-Cerio.

A un año de la erupción, la alerta del volcán Ahuna Mons bajó a nivel verde. A partir de esa fecha, la Intendencia inició los preparativos del plan de reconstrucción de la colonia de Neo-Cerio. Se buscaba una respuesta rápida ante la catástrofe; por ello, debido a su conocimiento de la colonia y por la relación de trabajo formada tres años antes, Sago Emjen fue elegido como el arquitecto encargado de la reconstrucción. La conclusión definitiva sobre este proceso está por ser estudiada: el plan actualmente se encuentra en desarrollo, con algunos edificios en etapa de construcción. Pero la pregunta que queda en el aire —la pregunta que concierne a este ensayo— sería: ¿cuánto de responsabilidad hay en la configuración urbanística de Sago Emjen con respecto a los acontecimientos ocurridos en Neo-Cerio?

Vida

El arquitecto Yan Burches, uno de los maestros de Sago Emjen, postulaba que la verdadera materia de la arquitectura estaba en los actos. La obra de arquitectura, para Burches, era un artefacto capaz de intensificar dichos actos. Si tomamos, por ejemplo, el diseño participativo realizado para elaborar el plan de reconstrucción de Neo-Cerio, había una pregunta que la gran mayoría de los habitantes —aquellos que sobrevivieron a la erupción— contestaron de manera similar. La pregunta era si estaban satisfechos con el diseño y uso cotidiano de ciertos edificios públicos, durante los tres años previos a la erupción. Y sus respuestas siempre apuntaban a lo mismo: que los edificios “eran bonitos”, pero que, de alguna manera, generaban “una forma de aturdimiento”.

Williams Agurto, arquitecto de la Secretaría Comunal de Planificación de la Municipalidad de Neo-Cerio, hizo un diagnóstico más elaborado. Agurto dijo: “Esto pasa, generalmente, cuando vienen arquitectos de Cerealia, que no

conocen o idealizan las condiciones de construcción de las colonias. El problema de los edificios de Sago Emjen en Neo-Cerio era que sus dimensiones espaciales, las cuales, según él, propiciaban la contemplación, lo que en realidad propiciaban era una inducción al aburrimiento". Según Agurto, "el tedio exacerbado de la vida en sus edificios, mezclado con los días enrarecidos previos a la erupción, llevaron al extremo del delirio a los habitantes de esta colonia". Agregaba, además, que "esto podía verse en particular en ese templo del tedio que era el ayuntamiento de Neo-Cerio".

Los extractos anteriores fueron obtenidos de una entrevista realizada por el ya mencionado detective Tavo Zelán, quien, después de la destrucción de Neo-Cerio, próximo a su retiro de la PAI y actuando más bien por una suerte de obsesión personal, volcó nuevamente su atención hacia Sago Emjen y su arquitectura. Hemos mencionado el nexo al que Zelán había apuntado respecto de los casos de Casa Verger y Torre Varlotta: ahora Zelán estudió a fondo el caso de Neo-Cerio, pero, más que los acontecimientos sucedidos durante el periodo de las erupciones, Zelán estudió los meses previos, es decir, estudió la vida que se llevaba en la colonia antes de su destrucción.

Sus resultados, aunque sesgados, no dejaban de ser interesantes.

Desde su primera investigación, Zelán planteaba que el ser orgánico poseía un componente inherentemente mórbido en su interior, y que las obras de Sago Emjen potenciaban, de hecho, esa forma del mal que todo ser orgánico llevaba consigo, estimulándola de manera inconsciente. Zelán coincidía con Agurto en el diagnóstico de que la colonia de Neo-Cerio, al intensificar la contemplación, lo que en realidad había provocado era un aburrimiento furtivo que resentía el espíritu de sus usuarios, al punto de acumular en su interior una forma de violencia subyacente que solo pudo ser expresada en su máxima ostentación una vez que Ahuna Mons hizo erupción.

Desde cierto punto de vista, nos parece que la tesis del detective Zelán es bastante exagerada, pues busca en todo momento, obsesivamente, poner el foco en el *mal*, en que la obra arquitectónica de Sago Emjen lo propicia. Lo que favorece, en nuestra opinión, es otra cosa: decía Burches que "la obra de arquitectura es un artefacto, no una obra de arte, y en obras de arquitectura una nada separa al artefacto de la obra de arte, y esa nada es inconmensurable". ¿Y qué es esa nada a la que Burches se refiere?

La vida.

La vida, o más bien, los actos de la vida. Eso es lo que llenaría de sentido el soporte arquitectónico. Porque si algo es descrito por una obra de arquitectura, es la naturaleza de la vida. Para nosotros, la obra de Sago Emjen no reproduce una naturaleza perversa, sino una naturaleza *delirante*, pues, ¿no es el ser

orgánico delirante por esencia?

La arquitectura de Sago Emjen lleva al extremo de concreción los deseos y anhelos ocultos de sus usuarios, a través del choque constante entre los dos conceptos elementales que hemos estudiado en este ensayo: el de obra y el de vida. La invariable tensión de estos dos conceptos, el resultado entre la visión de sus proyectos versus la vida que finalmente terminó por darse en ellos, es su gran obra. Que el proyectar un espacio en contra de los actos que eventualmente se darían en el mismo fuera una cuestión voluntaria o involuntaria por parte de Sago Emjen, no es algo que nos concierna —por eso desechamos la tesis paranoide de Zelán—. Lo que nos convoca a escribir este ensayo, y lo que realmente importa en la obra de Sago Emjen, es experimentar el resultado de la forma y luego entregarse. Recomendamos el ejercicio: visitar, de ser posible, alguna de sus obras. Encerrarse en la prisión doméstica de bio-resina en Casa Verger, apoyarse en la baranda del último piso de Torre Varlotta y contemplar el espacio vacío, caminar por las calles de la devastada colonia de Neo-Cerio, antes de que termine su reconstrucción. Sentir, en definitiva, la algarabía del delirio abriéndose paso, escarbando lentamente desde el interior, en esos minutos de tensión extática, el cuerpo rígido ante un hermético encierro; la cabeza ligera inclinándose hacia la oquedad, los pies alelados, trastabillando con la roca volcánica que cubre aquellas calles contemplativas hasta el hartazgo. Ser parte de la obra, sentir el cuerpo transmutando y vibrando, plásticamente, como una escultura de metal al rojo vivo, en pleno proceso de conformación.

Ser, aunque sea por unos minutos, el acto, la vida, la obra de arte.

---

1. La cita es de Sago Emjen: estas se han obtenido de conferencias del arquitecto y, en parte, del libro holográfico disponible en la Noósfera sobre la retrospectiva de su obra, del cual se desprende también el título de este trabajo.

SUEÑOS DE CRX

Primera semana: campaña

Una nave alegórica abre el paso lánguidamente con sus motores en modo crucero: la batahola de turbinas y sintetizadores que la acompañan espanta a las palomas desnutridas que pululan entre las cornisas metálicas de las torres. Una sobrecargada comitiva de aeronaves sobrevuela el nivel C75 del centro de Cerealia a casi 350 metros de separación de la calle inferior, que apenas se divisa por el resplandor de los letreros holográficos. Los cerealinos y cerealinas —una abigarrada multitud de orgánicos y pseudo-orgánicos— observan serios, indiferentes, apretujándose en los balcones y plataformas que miran hacia la aerocalle cerrada por donde transita el vehículo del candidato, una suerte de nave modificada con ornamentos verdes que la hacen parecer un enorme dragón. Más atrás, dos vehículos más pequeños, con una separación de quince metros entre uno y otro, alzan dos artefactos escarlatas, brillantes, que se miran como espejos, proyectando un lienzo tridimensional en letras rojas que parecen rayos láser:

VERGER ~ VIVAMOS JUNTOS ~ NO EXPIREMOS SOLOS

Aldo Verger, un hombre orgánico de treinta y tantos años, vestido con impecable terno plateado, monta el asiento dispuesto en la parte superior de la nave: da la impresión de comandar el dragón de metal con sus piernas. Mantiene sus manos en el aire, agitándolas de un lado a otro, tratando forzosamente de no perder la sonrisa amable que arroja a la multitud, quienes observan el desfile con más indiferencia que interés. En el microaudífono de su oreja izquierda oye la voz de Rama, su jefa de campaña, que le dice:

No permitas que la apatía del público contagie tu sonrisa.

Verger intenta relajar los músculos de su cara y luego contraataca; la sonrisa

se expande hasta revelar unas encías brillantes que contienen una dentadura impecable y blanquecina. Entonces, como tratando de abstraerse de la parafernalia del desfile, el candidato cierra los ojos y aprieta la mandíbula; la sonrisa se apaga por un segundo. Sin embargo, al no poder ignorar el nuevo regaño de Rama en su oído, no tarda en volver a sonreír, y unos dientes sublimes, bellamente alineados, asoman una vez más aureolando su pulcro rostro orgánico.

Los ojos del público, inapetentes, se aferran a duras penas a esa cansina sonrisa.

.

No expiremos solos, dice Rebeca burlonamente, y luego bufa, sin dejar de apoyar la cabeza en uno de los formidables pilares metálicos que estructuran la torre del laboratorio JOLX. El lienzo tridimensional, pasando por fuera del ventanal de la sala de espera, se aleja suavemente siguiendo la cola metálica del dragón de Verger. A mí me gusta, dice Serge a su lado; es el único candidato que apela a cíborgs y androides. No seas ingenuo, dice Rebeca; Verger no tiene monos que pintar en estos niveles. Después, echando un vistazo a la secretaria del laboratorio, una inorgánica de cuerpo completamente metálico a excepción de su cara humana que, como si hubiera sido programada para ello, no quita los ojos de su escritorio, agrega: Verger no tiene monos que pintar en esta elección.

Serge no responde.

Ambos vuelven a sentarse silenciosamente, dando la espalda al desfile.

Cinco minutos después, la secretaria androide alza la vista del mesón y anuncia: señorita Mara, señor Cohen. El doctor Jolx los espera. Adelante, por favor.

Rebeca y Serge, nerviosos, se levantan y avanzan por la planta libre del enorme hall iluminado por reflectores que emulan la luz solar, produciendo sombras cálidas y bien definidas sobre un elegante piso elastómero color beige. Una puerta mineral roja de tres por tres metros se abre ante ellos, deslizándose, y ambos entran juntos al despacho.

El Dr. Jolx los recibe amablemente, ofreciéndoles un vaso de agua. Es un hombre de sesenta años, quizás más, de ceño arrugado y frondosa barba nacarada, que viste una túnica tan blanca como su pelo. A pesar de una avanzada edad, no parece tener implantes, al menos ninguno que salte a la vista.

Después de entrevistarlos durante cinco minutos, el Dr. Jolx cambia el tono afable de su voz y les dice gravemente: Este es un trabajo que implica completa

devoción. ¿Lo entienden? Rebeca y Serge asienten con la misma solemnidad que transmite su interlocutor. Requiere, sigue diciendo, de una mente firme y determinada, dispuesta a pasar toda una vida buscando el conocimiento. Pero, además, hay que ganarse el puesto. Aquí, más allá de su currículo científico, la meritocracia sí que vale. ¿Lo entiende… —se fija discretamente en la chapita con el nombre de Rebeca—, señorita Mara? Claro, lo entiendo, dice Rebeca. ¿Y usted —se fija en la otra chapita—, señor Cohen? Por supuesto, dice Serge. Bien, dice el Dr. Jolx y luego apunta con el índice hacia el suelo: Porque ambos partirán de abajo. Como practicantes observadores. Y tengan en cuenta que pueden durar años en el puesto… El hombre suspira como recordando tiempos pasados, como dándose un descanso necesario antes de continuar con su discurso: Pero esos años de aprendizaje, dice, de sacrificio, valdrán la pena. Porque desde este mismo laboratorio el destino de los ciudadanos de Cerealia estará determinado por nosotros. Y eso, muchachos, no es poca cosa.

El Dr. Jolx deja de hablar y los mira, esperando una reacción. Serge, incrédulo, pregunta: ¿De *todos* los ciudadanos? El Dr. Jolx suelta una carcajada, mientras enciende un cigarrillo. No, señor Cohen, no, dice, soltando una bocanada de humo: de los ciudadanos inorgánicos, aclara. Y luego, con arrogancia inesperada, remata: Sin nosotros, su existencia carecería de sentido.

.

El detective Zelán mira su reloj de bolsillo con cierta nostalgia: la hora se proyecta en números tridimensionales ante sus ojos. Solo le quedan unos pocos días de servicio, así que el cadáver a sus pies también forma parte de esa despedida. Ha pasado la mitad de su vida investigando los crímenes cometidos en las calles del sector C05 de Cerealia, la planta baja, un sector de una pobreza inorgánica que a cualquier cerealino de los niveles superiores le daría asco. El detective cierra la tapa de su reloj y lo guarda en un bolsillo de su abrigo negro. Luego da una calada profunda al cigarro que cuelga de sus dientes chuecos, tratando de ignorar el frío y el olor a podrido, y levanta la vista. A más de trescientos metros de altura se ve otra ciudad, una urbe indefinida, más burguesa, diferente a la de las calles. Un desfile de aeronaves, como insectos apenas perceptibles, atraviesa las torres monótonamente, promoviendo la campaña del candidato de turno. Los insectos voladores que conforman la caravana de aeronaves son iluminados por tonalidades de alto contraste, expelidas por las imágenes holográficas del comercio legal. Los colosales torreones de Cerealia, contra el cielo violeta oscuro, no parecen tener fin.

Entonces baja la vista.

Ante él, un callejón vacío, sucio y poco iluminado. Y el cuerpo —un androide

hombre, lleno de extrañas llagas verdosas en su piel sintética— que yace de lado, con la espuma maloliente todavía brotando de su boca. Sobredosis, dice el detective en voz alta y, con su linterna, acercándose, alumbra los ojos del cadáver: las pupilas están dilatadas y el olor de la espuma rancia lo golpea como una patada, provocándole arcadas. Se pone de pie abruptamente, intentando abstraerse del hedor, aspirando a bocanadas el aire de la noche, pero el aceite orinado en el callejón le pica en las fosas nasales con una acidez profunda. Se apoya en un muro, para no caer, tratando de apaciguar la náusea; no lo logra y, arqueándose, deja salir un chorro de vómito hacia el muro metálico. Cuando ya se siente mejor, apoyándose con aun más fuerza contra el murallón pringoso, grisáceo, vuelve a enderezar su vieja columna y le da un par de palmadas amistosas al objeto estructural que lo ayudó a soportar su propio peso. Sí, piensa, esos abrumadores muros metálicos son peores que una prisión, pero también han sido mi hogar durante cuarenta años.

Zelán hace el llamado correspondiente a la central para que vengan a recoger el cadáver. Luego enciende otro cigarro —le cuesta, el encendedor apenas suelta un par de chispazos— y comienza a escudriñar el callejón. Alumbra con la linterna, buscando pistas: una rata muerta, un rayado con algún oscuro significado, un charco de aceite. Nada sospechoso. El pucho le provoca náuseas nuevamente, y Zelán lo escupe al suelo, pero no hace amago de apagarlo: el charco de aceite salobre, putrefacto, se encarga de ello. Entonces sale del callejón y camina mansamente, ignorando a las prostitutas androides que lo llaman, que lo invitan agitando sus miembros chirriantes de metal oxidado a pasarlo bien por precios irrisorios. No les muestra la placa: lo suyo es la investigación, y si bien sabe que el conducto regular indica que debería interrogarlas, también sabe que las respuestas se encuentran en otra parte. Y hacia allá se dirige: hacia el único cartel holográfico que ilumina la cuadra entera, tiñendo de un tono azul eléctrico el deslucido rostro de piel sintética de las viejas putas inorgánicas.

A unos metros del cartel, el detective se fija en las aparatosas letras holográficas que, dando lentas vueltas en 360 grados, anuncian con el ímpetu del neón el nombre del local: GOLDIE. Debajo, ensombrecido por el alero de la marquesina, un musculoso androide de dos metros y medio vigila la entrada fumando aburridamente un cigarro, que en sus formidables manos se ve tan pequeño como un alfiler. Aun en la oscuridad puede percibirse el grueso calibre de sus brazos, y la brasa del pucho le ilumina intermitentemente una gruesa nariz de toro, donde le cuelga un arete metálico.

El detective Zelán palpa su revólver piroclástico debajo del abrigo antes de acercarse.

Ambos hombres se saludan —no sin cierta simpatía— con un apretón de

manos, pero el rígido y helado toque metálico del guardián le provoca al detective un sobresalto. Se conocen: el androide se llama Segovia, y apenas suelta la mano orgánica del detective le comenta que él creía que se había retirado. Zelán responde que no, que él tiene chispa para rato, pero al intentar prender el pucho le falla el encendedor. Aunque no se me note, agrega Zelán, y Segovia, riendo cordialmente, acerca el dedo índice de su mano derecha. La yema metálica se abre, soltando una pequeña llama azul; el detective agradece y aspira profundamente el humo.

¿Y qué te trae por aquí, Zelán?, pregunta Segovia. El detective, retórico, escupe una gruesa bocanada antes de responder con otra pregunta: ¿Ya viste el cadáver de un androide que hay a la vuelta de la esquina? Segovia niega con la cabeza. El detective vuelve a preguntar: ¿Tú no sabrás nada de eso, verdad? Segovia vuelve a negar con la cabeza. ¿Seguro?, insiste. Segovia sonríe. Su dentadura metálica punzante le provoca escalofríos. Zelán, dice Segovia, y espera un momento antes de hablar: Acá los androides mueren todos los días, eso tú lo sabes mejor que nadie. Zelán, quemando tabaco, asiente. Es verdad, afirma, pero había algo distinto en este androide. ¿Distinto cómo?, pregunta Segovia. Zelán no dice nada.

Por un momento, ambos hombres permanecen callados.

Los niveles inferiores son un área oscura, de poca luz, incluso durante el día. Sus basamentos —colosales fundaciones de las torres de Cerealia— apenas permiten el paso de los rayos del sol, considerablemente más notorios en el espacio aéreo de los niveles superiores. Envueltos en esa oscuridad, Zelán y Segovia fuman en silencio, como si esperaran algo, sin saber bien qué. Entonces el detective dice: Me gustaría pasar al local. No, dice Segovia, no quiero que alborotes a la clientela con interrogatorios. Zelán replica: ¿Me vas a hacer pedir una orden? De ser necesario, responde Segovia, claro que sí. El detective Zelán sonríe, el pucho agarrado firmemente en los dientes torcidos. Insiste: Quiero entrar, pero no para lo que tú crees. ¿Para qué, entonces?, dice Segovia. Por Ruth, dice el detective, y dándole otra calada al cigarro, pregunta: ¿Se encuentra hoy? Segovia, extrañado, levanta una ceja. Para qué quieres hablar con ella, le pregunta. El detective mira el letrero de neón durante un segundo. En unos días más, explica, ya no estaré vigilando estas calles de mierda, y quería verla para despedirme. ¿Entonces es verdad que te retiras?, dice Segovia. No, dice Zelán, levemente irritado; me han ascendido. Segovia alza una comisura por sobre su afilada dentadura inorgánica, y presiona su gruesa y morada lengua contra un grotesco canino metálico. Pensativo, suelta un chasquido al separar la lengua del diente, y dice: Bueno, puedes pasar. Pero nada de escándalos, ¿eh, Zelán? El detective, arrojando el pucho al suelo y apagándolo con la punta de su bota, dice: No, Segovia. Nada de escándalos.

.

El escenario está oscuro, brumoso de neblina artificial, cuando se encienden los focos. La luz violeta barre la neblina y la envuelve como un manto suave, mientras Ruth aparece difusa, volátil, por entre la bruma. Viste unos pantalones negros ajustados y una camisa blanca y sencilla; mueve su cabello rubio, terso, de un lado al otro, mientras pestañea imperceptiblemente al ritmo de los sintetizadores que suenan de fondo. Entonces, como si oyera a alguien en el público susurrando su nombre, comienza a cantar con voz etérea:

Sueño

Llévame

Sueño

Llévame contigo

Por última vez

Los focos ahora iluminan a la banda, pero nadie se fija en ellos. Ruth domina el escenario y los ojos magnetizados del público se cuelgan de ella. Mientras canta y baila lenta, orgánicamente al ritmo de las palabras, se fija que el detective Tavo Zelán acaba de entrar al local. Ruth mantiene su seriedad impostada, pero un leve gesto incómodo se dibuja en sus labios, dejando entrever dos incisivos grandes y chuecos. En ese momento, ceñida de una suave luz violeta, canta la siguiente estrofa en un tono ligeramente más alto:

Volamos en tu cosmonave por la noche

Pretendiendo que nos vamos de Cerealia

Contemplamos cómo se alejan los neones

Y nos transformamos en el sueño de un androide

Por última vez

El detective Zelán se sienta en la barra y enciende un cigarro. Ruth se fija en la seña sutil que le hace al barman, que le sirve un corto de licor pétreo. La banda sigue tocando durante tres canciones más, y Ruth percibe, sin dejar de cantar, cómo el detective la observa fijamente mientras va bajando cortitos de LP. Entonces, apenas termina su presentación, se baja del escenario y, rauda, se acerca a la barra.

¿Qué haces aquí?, le dice al detective. Él sonríe, un poco tieso, y saca un nuevo cigarro de la cajetilla. Venía a ver el espectáculo, responde, incrustando el

pucho en sus labios. No nos hemos visto en casi un año, dice Ruth, ¿y justo hoy tenías ganas de venir? Zelán no responde. Apuesto que estás buscando a Goldie, le dice Ruth sin verlo a los ojos. Zelán entonces levanta la vista de su vaso, sonriendo. Detrás de él, en una esquina del bar, una pantalla holográfica proyecta imágenes del desfile del candidato de turno. Eres un hijo de puta, dice Ruth; era obvio que no venías a verme. Te equivocas, dice el detective, y le hace una seña al barman para que encienda su cigarro. Vine por ti, dice, acercando el cigarro a la mecha, pero también quiero hablar con Goldie. Ruth suelta un chistido mordaz antes de decir: Y yo soy la excusa, ¿no? Seguro le dijiste a Segovia eso. Porque sabías que si preguntabas por Goldie…

El detective Zelán hace un movimiento de mandíbula, tenso, corriendo el pucho encendido de un extremo de la boca al otro. Toma asiento, le dice a Ruth, indicando el taburete a su lado. Ella niega con la cabeza. Por favor, insiste. Ruth vuelve a negar. Zelán inspira profundamente y soltando la fumarada esboza una mueca irónica. Bueno, dice, si no quieres hablar conmigo, ¿podrías decirle a Goldie que me reciba? Ruth, sarcástica, sonríe exponiendo sus paletas torcidas, y negando cáusticamente con la cabeza le dice: Nunca aprendes. Dispuesta a marcharse, le da la espalda al detective. Él le dice: Es una bella sonrisa, la tuya. Y revelando una oblicuidad similar en su propia dentadura incómoda, agrega entonces: Bella, pero triste. Es una sonrisa horrible, dice Ruth volviéndose hacia él con los labios cerrados, formando una línea horizontal, y remata: De las cosas que heredé de ti, mi sonrisa es la que más detesto.

El detective Zelán, resignado, deja un billete en el mesón.

Bueno, hijita, dice poniéndose de pie; cuando veas a Goldie, ¿le darías un recado de mi parte? Ruth, seria, no responde. Dile que ya sé sobre su nueva droga, dice Zelán apagando el pucho en un cenicero y luego, furtivamente, desliza una dócil mano sobre el tenso puño de Ruth. Ella lo retira bruscamente y el detective, reservado, se despide entonces con un educado movimiento de cabeza. Ruth lo ve desaparecer en medio de la neblina violeta que cuelga por entre las mesas, como si la visita de su padre hubiera sido solo materia de un sueño inducido, que ella desearía no haber experimentado.

Segunda semana: financiamiento

No es posible, dice Verger. Rama, su jefa de campaña, se acomoda en el borde del escritorio. Es posible, afirma; claro que lo es. Verger se mantiene pensativo; sus manos entrelazadas sobre su regazo; sus ojos, azules y distantes, enfocados en las difusas aerocalles por fuera del ventanal de su oficina, en el nivel C150 de la Torre Varlotta, el edificio más alto de Cerealia. ¿Aldo?, dice Rama. Verger no reacciona. Aldo, insiste Rama, ¿qué pensaste que iba a suceder? Verger,

incómodo, gruñe como un perro. Molesto, responde: Pensé que ellos me financiarían de todas formas. Rama resopla, irónica, y dice: Representas políticas diametralmente opuestas a las de tu padre. No puedes esperar...

Yo no soy mi padre, dice Verger, girándose en la silla, enfrentándola.

Sé que no lo eres, dice Rama. Por lo mismo, ¿esperabas que ellos, leales al coronel, financiaran una campaña que se basa en un discurso pro-androide? Verger no responde. No seas imbécil, dice Rama (nunca ha tenido problemas para poner a un candidato en su lugar). Ese último comentario termina por dejarlo callado; Verger se queda mirando por el ventanal, contemplando el cielo violáceo por encima de las torres policromas: es probable que a esa altura se encuentre más cerca de la cúpula atmosférica que del nivel inferior de la ciudad. Bueno, dice Verger, despabilando: ¿y qué hacemos? ¿Cómo nos financiamos ahora? Rama presiona su labio inferior sobre el superior. Es una mueca que ejecuta cuando se siente incómoda y que Verger conoce muy bien. ¿Qué sucede?, pregunta él. Tengo una solución, dice ella, pero no te va a gustar. ¿Qué cosa?, insiste Verger. Rama suspira y dice, sin pestañear: Goldie.

Un silencio flota en la oficina, invadiendo el espacio de muros metálicos atravesados por delicadas líneas amarillas que, entrelazadas como finos riachuelos cibernéticos, la iluminan con un estilo cálido y matizado. No, dice Verger, después de un momento de reflexión; por ningún motivo. Es nuestra única opción, dice Rama. Tiene que haber otra, dice Verger; un camino que sea, a lo menos, legal. No lo hay, dice Rama, no a estas alturas del partido. Verger se pone de pie, dándole la espalda a su jefa de campaña. Mira fijamente el ventanal enfrente de él. Le mentiste a tus financistas, dice Rama; nunca les hablaste del detalle de tu programa. Y ellos confiaron en ti, ciegamente, solo por tu apellido. La espalda de Verger no se mueve. Está quieto, tieso, como si observara detenidamente los contornos de Cerealia, los nombres de las miles de empresas que promueven sus productos cibernéticos, los inmensos edificios iluminados que vigilan la ciudad, que nunca duerme. En realidad no contempla las torres, sino su propio rostro: un rostro guapo, de mandíbula firme, pómulos marcados y dientes perfectamente alineados, que se refleja en el ventanal. ¿De dónde viene el dinero de Goldie?, pregunta Verger en un tono distante, impersonal. De una nueva droga, dice Rama, una droga experimental que están empezando a probar en el mercado; Goldie ha recibido una cantidad monstruosa de créditos de un laboratorio para repartirla en las calles del sector C05. Su intención, dice, es hacer uso de ese dinero en una inversión futura —Rama titubea, y aclara de inmediato—: una inversión política, que le pueda rendir frutos en el largo plazo. ¿Y qué consecuencias puede tener esta droga?, pregunta Verger. Rama empieza a explicar los efectos, pero Verger la interrumpe: no me refiero a lo que produce, dice; me refiero a si es mortal. Su jefa de campaña bordea el escritorio y se pone a su lado, hombro con hombro. Juntos, contemplan los miles de carteles

holográficos y las naves planeando indiferentes por entre los edificios afilados como lanzas. Por supuesto que puede ser fatal, dice Rama; ¿por qué crees que la están estudiando?

Verger no dice nada.

Por un momento, el violento tono verde-lila de la noche cerealina se siente agobiante. No lo sé, dice al fin. Va contra mis principios, agrega, contra lo que yo quiero lograr en esta ciudad. Siempre habrá sacrificios que hacer, dice Rama, especialmente con ideas tan revolucionarias como las tuyas; la buena noticia es que solo afecta a androides y a algunos pseudo-orgánicos que posean más partes cibernéticas que orgánicas a estas alturas. Silencio, otra vez: Rama sabe que ha puesto al candidato entre la espada y la pared. Entonces, porque comprende que solo necesita un pequeño empujón, lo presiona: ¿Quieres ganar la elección o no?, le dice. Verger, una vez más, no responde. Ante su silencio impreciso, Rama lo mira, aguda, desafiante, y le dice: La única forma de impartir tu verdad es destruyendo primero la verdad de tu tiempo.

Por fin, Verger asiente. Y luego, no sin un dejo de reticencia, le dice a Rama: Entonces agenda una reunión con Goldie.

.

Es su segunda semana en el laboratorio. Rebeca observa un poco aburrida la columna de vapor que asciende desde su taza de té y, detrás de ese vaho, la enorme pantalla holográfica sobre su escritorio. Sentada cómodamente en su silla ergonómica, sintiendo un agradable calorcillo en la espina dorsal, apenas puede creer la distancia —¿física, metafísica?— que hay entre su oficina en el nivel C75 y las escabrosas calles del sector C05 proyectadas en múltiples imágenes tridimensionales ante ella. Antes de empezar la observación, Rebeca revisa los lineamientos de las actas que, por órdenes del Dr. Jolx, anotó el día de inducción en el nanopad que lleva anexado a su brazo izquierdo, una superficie lisa y luminosa incrustada en la piel de su antebrazo desde donde se proyectan los apuntes ante sus ojos en pequeñas letras holográficas:

- *La cronología de los hechos observados debe narrarse abstrayendo la figura del practicante a cargo de la observación.*
- *Por lo mismo, no deben emitirse juicios de valor ni detenerse en aquellos aspectos que resulten evidentes a los ojos del observador.*
- *Las actas son un traspaso fidedigno de los hechos; no obstante, se debe poner especial énfasis en los sujetos observados y en sus respectivas reacciones al CRX, tanto físicas como neurológicas.*

Rebeca bebe un primer sorbo de té —está caliente, le quema un poco la lengua— y empieza a tomar vagas notas introductorias en la primera página del acta de ese día. En una semana ya ha sido testigo de veinticuatro víctimas por sobredosis de CRX. Desde las distintas ventanas holográficas de su pantalla ha podido examinar no solo las consecuencias corporales evidentes en la piel y el cuerpo de los androides, sino también el estado de sus signos vitales y las ensoñaciones forjadas en su sistema nervioso artificial. Esto es posible gracias a una cualidad propia de la droga que, al ser inyectada cibernéticamente, no solo afecta la psiquis del consumidor, sino también se convierte de inmediato en una suerte de sistema de posicionamiento físico, permitiendo una observación casi omnisciente, por dentro y por fuera, del androide en cuestión. Pero también ha sido posible gracias al extenso alcance que el Laboratorio JOLX posee, pues dispone de cámaras no solo en las calles del sector, sino también en el interior de algunos edificios públicos, como el Mercado Inorgánico, y en otras zonas intersticiales donde suelen reunirse los adictos al CRX.

Rebeca nota en una de las pantallas inferiores un mensaje de Serge, ubicado en otra oficina del laboratorio: ¿Estás? Rebeca escribe una respuesta: *Estoy ocupada.* Serge responde: *¿Tienes un minuto para hablar?* Rebeca titubea antes de escribirle: *Dime*. La respuesta de Serge se demora en llegar. Rebeca bebe un segundo sorbo de té, cuidadosamente, evitando otra quemadura. La respuesta de Serge llega al fin: ¿Crees que nosotros también somos parte del experimento de observación? ¿Que otro practicante en este mismo laboratorio nos esté observando, llenando un acta con nuestras actividades? Rebeca, nerviosa, responde: *No lo creo.* Luego nota en una de las cámaras a un sujeto que camina nerviosamente por uno de los callejones del sector C05. Parece alterado y pronto se detiene detrás de un contenedor de basura. Entonces le escribe a Serge: *Tengo que irme*, y comienza a tomar notas en la segunda página del acta:

- *Sujeto observado: Vagabundo Androide #25 (en adelante "VA25").*

Acción: VA25 es poseedor de un vial de CRX, el cual consume escondido detrás de un contenedor de basura. En ambos brazos posee puertos cibernéticos —por lo menos cuatro en cada uno—, e inserta la boquilla del vial en uno de esos puertos (el segundo del brazo izquierdo). El CRX tarda un par de segundos en hacer su efecto, y las reacciones exteriores son evidentes: VA25 se sacude ligeramente mientras su rostro se enerva, mostrando una relajación inusual en los músculos de la mandíbula. Luego de dos minutos, en sus brazos y en su cara comienzan a esbozarse las llagas propias de la canalización de la droga. Las llagas se hacen progresivamente más notorias, y al igual que otros sujetos observados, tras siete minutos VA25 abre la boca excesivamente, como si bostezara o pretendiera atrapar una gran bocanada de aire, revelando su dentadura, un ferrocarril de metal cariado. A los ocho minutos se ve cómo un grito aparece en el rostro del sujeto cuando la mandíbula ya casi se desencaja, y las piezas dentales empiezan a tiritar, sin tocarse del todo. Pronto se le

afloja la boca en un gesto flácido, y sus ojos acuosos se mantienen abiertos, sin pestañear y sin mirar a nada en específico. Lo que ve no son los muros que lo rodean, sino el "sueño del CRX", en este caso un sueño que descomprime y exporta los deseos irrealizados más profundos de VA25. Diez minutos. Ahora, mientras las imágenes se reproducen, a ratos ininteligibles y a ratos nítidamente sobre una ventana holográfica lateral, el androide comienza a llorar. VA25 cuenta, es evidente, con lágrimas artificiales incorporadas en su programa. Tras dos minutos de proyección, fallece: sus funciones vitales se apagan, y desde el borde inferior de sus ojos, ahora una masa de repugnantes llagas, las lágrimas acumuladas se desbordan mansamente; mientras la boca, con los labios, también heridos y henchidos de espuma, esboza una sonrisa sencilla, que expresa satisfacción y paz.

Proyección: sueño, al menos inicialmente, en blanco y negro. Una aeronave sobrevuela el paisaje artificial de Ceres, que ha sido arrasado por un diluvio. Los cráteres ahora son gigantescos pozones de agua y la ciudad de Cerealia ha desaparecido bajo el lago del cráter Occator (la punta de la Torre Varlotta apenas se asoma por sobre el agua). Interferencia. Al interior de la aeronave, en el asiento trasero, una mujer de cabello salvaje e intensos ojos verdes —el único elemento a color del sueño— está a punto de parir. La pantalla se va a negro. Lo que se observa ahora es un resplandor al final de un túnel, y una voz masculina a lo lejos diciendo "puja". La luz comienza a expandirse a medida que la imagen avanza a través del túnel: entonces unas manos cubren la imagen y se oye el llanto de un bebé. La mujer de ojos verdes lo arropa con sus manos y lo acoge entre sus pechos.

Interpretación: Se hace evidente que el recién nacido es VA25. Él, un ser artificial, gracias al sueño del CRX ha podido convertirse en un ser orgánico, no nacido de la tecnología, sino de la naturaleza. La sonrisa final resulta asimismo bella por el simple hecho de esconder sus espantosos dientes de metal corroído.

.

Hasta que lo lograste, viejo, dice Segovia, agitando inútilmente su manota metálica, como tratando de espantar a una mosca invisible en el holograma de la orden policial que se proyecta desde el reloj de bolsillo del detective Zelán. Me tomó una semana, dice el detective; los periplos burocráticos, de aquí a Neptuno, siguen siendo los mismos. Segovia, a regañadientes, se hace a un lado. Pasa, le dice, ya sabes dónde queda su oficina. Zelán guarda el reloj y, esbozando una sonrisa mordaz, vivaracha, traspasa el antro ensombrecido, escoltado por el ampuloso contorno de dos metros y medio que es Segovia.

El local está abarrotado. Hay androides harapientos tomando aceite sin refinar y algunos pseudo-orgánicos aquí y allá, con sus dedos firmes y pegajosos en los vasos de LP. La luz es azulina en el sector de la barra y rojiza en el sector

de las mesas metálicas, empotradas en un suelo elastómero de color indistinguible —las luces contrastantes de los focos tiñen implacablemente todo el lugar—. Hay androides asexuados y aburridos apoyados en los pasillos y puertas, esperando que la banda suba a tocar al escenario —una tarima circular en medio del bar, atravesada por un cilindro cristalino de luz verdosa—, pero no hay indicios de que eso vaya a suceder aún. Algunos ven pasar al detective Zelán, que avanza cuidadosamente entre las mesas hacia la oficina de administración. Hay una pseudo-orgánica que, al cruzar sus ojos con los de él, le sonríe, pero es una sonrisa refractaria, a medio camino entre la humorada y el desprecio. El ruido de la música, riffs distorsionados de guitarras e impetuosos sintetizadores, no le permite a Zelán oír sus propios pensamientos. Apenas franquea los baños, accede al frío de la parte trasera del local, un espacio de aire viscoso y luz tétrica donde solo brilla una gran puerta metálica. El detective se detiene y mira por sobre su hombro a la silueta titánica detrás de él. Adelante, dice Segovia; ya le avisé de tu visita a través de mis transmisores. El detective asiente y presiona el botón de apertura en el panel iluminado. La puerta, tan gruesa como la mano de Segovia, se desliza hacia un lado.

Entonces la ve.

No tiene piernas: sus cuatro tentáculos metálicos, que sobresalen por debajo de su ceñida cintura, actúan de soporte, elevando su torso liso por encima de un amplio escritorio mineral. Viste una chaqueta de cuero blanca y ajustada sobre sus pechos planos, y su cuello, alto y esbelto, soporta una cabeza manifiestamente ovalada que luce un orgulloso rostro de piel rugosa, oscura, con templados ojos verdes y labios retranqueados, chupados por la falta de dentadura. Su cabello —de un ligero tono ámbar, casi blanco— lo lleva peinado hacia atrás, rígidamente, ajustado por un cintillo metálico que remata en un severo moño de abuela. Al verlo entrar, sus tentáculos se apoyan ansiosos, ligeros, en el suelo, alzándola por sobre él, como si fuera una reina antiquísima, una deidad prehistórica, un ángel caído de la raza inorgánica.

Hola, Goldie, dice el detective.

Tavo, querido, dice ella. Ven, toma asiento.

El detective se deja caer en la silla ante ella. Se siente —es inevitable— disminuido, como un animal temeroso a punto de ser regañado por su amo. ¿Qué te trae por acá?, dice ella, casual. Tú sabes a qué vengo, Goldie, responde el detective. Ella sonríe. Es, por supuesto, un decir: Goldie no tiene sonrisa. Sus encías cauterizadas son una goma negra sin dientes, que se asoman por debajo de sus labios arrugados. Goldie deja escapar un chillido que pretende ser una risita, y luego, divertida, comenta: Claro que lo sé, querido. Pero eso no quita que tú debas decirlo de todos modos. Zelán saca su cajetilla. ¿Puedo?, pregunta asomando el filtro de un cigarro. Tú sabes que no me gusta el humo, dice Goldie;

sin embargo, la pregunta denota sometimiento, y eso parece agradarle. Entonces, con un manotazo al aire muy femenino, le dice: Adelante, querido, pero no arrojes el humo cerca de mi cara. El detective enciende el cigarro; luego deja el encendedor y la cajetilla encima del escritorio mineral, de un tono tan blanco como la chaqueta de cuero de Goldie. ¿No le vas a pedir a tu lacayo que vaya por un trago?, dice Zelán arrojando el humo hacia Segovia, parado a un costado de la puerta. Goldie suelta otro chillido festivo, pero Segovia, rígido, deja salir un gruñido reprobador. Segovia, querido, dice Goldie, tráele un vaso de licor pétreo a Tavo, y un vasito de aceite refinado para mí. Segovia vuelve a rezongar, pero el detective escucha cómo sus grotescas pisadas metálicas se alejan por el pasillo, chasqueando.

Sin la presencia de Segovia, el detective se siente un poco más tranquilo, pero no del todo. ¿Ya llegaste al punto en que debes beber aceite?, le pregunta a Goldie. Hace años que mi cuerpo es más máquina que carne, responde ella. Y ahora, querido, te repito la pregunta: ¿qué te trae por acá? Zelán le da una calada al pucho y suelta de inmediato el humo. Tu nueva droga, dice entonces; ya he encontrado veinticinco cuerpos, entre androides y pseudo-orgánicos. Se está transformando en un problema, Goldie, dice el detective. Un problema, replica ella, que en apariencia nada tiene que ver conmigo. Sus labios rugosos se contraen ligeramente: quiere sonreír, pero se contiene. La situación, es evidente, la divierte muchísimo. Tiene que ver, dice Zelán, un poco encrespado, porque me llenas de trabajo a mí y estos son mis últimos días en terreno. Oh, exclama Goldie, y deja pasar unos segundos. Sus tentáculos se mantienen firmes en el suelo cuando pregunta: ¿Te retiras? No, no: me han ascendido, dice el detective, más rápido —se da cuenta apenas pronuncia las palabras— de lo que hubiera querido, y luego aspira el cigarro hasta que crepita. Goldie, avivada, esbozando media sonrisa, le dice: Tavo, querido, eso no es lo que yo he oído.

Ambos permanecen en silencio por un momento, muy atentos a las reacciones del otro. El detective apaga el pucho en su bota (no hay cenicero en la oficina de Goldie) y luego guarda la colilla en uno de los bolsillos de su abrigo. Se oyen los enérgicos pasos de Segovia por el pasillo, y Zelán palpa suavemente el revólver piroclástico debajo de su sobaquera. Goldie, dice el detective: no sigas distribuyéndola. Te lo pido como un favor. ¿O sino qué?, dice ella en un tono ligero, ameno. O sino vas a obligarme a intervenir, responde Zelán. Goldie suspira —es un suspiro meditado, casi teatral— y dice: Tavo, querido, ¿qué importancia tiene para ti? ¿Si ya vas de salida? Segovia entra en la oficina y su enorme brazo deposita dos vasos sobre el ancho escritorio, uno de un líquido muy claro y otro de un líquido oscuro y vaporoso. Me importa porque me molesta, dice Zelán cogiendo el vaso de LP y, acercándolo a su rostro, agrega: no me gusta que expongas a Ruth a ese tipo de cosas.

Ahora Goldie suelta un chistido más explícito y uno de sus tentáculos se

despega del suelo. Se mueve con la gracia de una abultada serpiente cibernética, reptando en el aire hasta alcanzar con sus garras metálicas el vaso de aceite depositado por Segovia. El detective mantiene el vaso de LP cerca de los labios, sin beber, estudiando los movimientos de Goldie. Te recomiendo, dice ella, con una mesura escalofriante, que dejes a Ruth fuera de esta conversación. Al decir eso, su tentáculo se levanta, ondulando suavemente, y alza el vaso por encima del escritorio. Por otro lado, continúa Goldie, también te recomiendo que dejes ir esta investigación. Zelán no dice nada. Ella sigue hablando: Has envejecido mal, Tavo; tus obsesiones te han consumido, y mientras dice esto otro tentáculo se separa del suelo, serpenteando hacia el rostro de Zelán. Ahora Goldie queda soportada por sus dos tentáculos traseros, que se extienden a los lados formando un arco, y las garras del tentáculo que sostiene el vaso de aceite se aprietan, ligeras, hasta que el cristal comienza a trizarse. No me gustaría que nada malo te sucediera, dice Goldie; ya sabes… por los viejos tiempos. En ese momento, las garras del otro tentáculo alcanzan el mentón arrugado del detective y, como si fueran la lengua de un perro, lo saborean fríamente. Ambos —Zelán, Goldie— se miran, inmutables: es una mirada llena de información, de años de mutuo conocimiento.

Entonces el vaso se quiebra.

Desde la garra de Goldie se escurre un líquido denso y viscoso, que deja una oscura mancha caliente en la superficie mineral del escritorio blanco. ¡Pero qué torpe!, exclama ella; debe estar mal calibrado. Una sombra enorme cubre al detective: Segovia se ha arrimado por sobre él y restriega torpemente los restos gelatinosos del aceite con un paño sucio. Zelán, inconmovible, todavía siendo acariciado por las gélidas garras de Goldie, se zampa al seco su vaso de licor pétreo y, poniéndose de pie, apartándose del tentáculo, dejando a propósito el encendedor y la cajetilla encima del escritorio, a un lado de la mancha pegajosa, se despide: Ha sido un placer, Goldie. Ella, aleteando su tentáculo juguetonamente mientras el detective se aleja por el pasillo lóbrego, responde levantando la voz: Te equivocas, querido; el placer ha sido todo mío.

.

Hoy estuve con tu padre, cariño.

La voz de Goldie suena distante. Ruth, indiferente, mira por fuera de la ventana polarizada. La aeronave, conducida por Segovia, sobrevuela el edificio de la TMI, la Torre del Mercado Inorgánico, uno de los sectores más populares de Cerealia, por encima del nivel C15. El área de exhibición se despliega sobre un amplio atrio en medio de la torre y también en los balcones que sobresalen como voladizos, revelando los tupidos puestos de feria, imposibles de ubicar en

las herméticas calles inferiores. Estos puestos —brillantes muretes reticulados, colmados de máquinas y microchips, prótesis metálicas y puertos cibernéticos de repuesto— son abordados por miles de androides y no pocos pseudo-orgánicos. A la distancia, para Ruth todos parecen iguales: se le hace imposible reconocer a qué género pertenecen, si emulan ser hombres, mujeres, hermafroditas o qué.

Míralos, dice Ruth; se mueven inconscientes de su propia condición de insectos.

Goldie la ignora y continúa hablando: Se veía viejo, tu padre, poco sano... te mencionó, ¿sabes? Ruth, haciendo una mueca incrédula, deja de mirar por la ventana durante un breve instante. ¿Ah, sí?, dice. Sí, dice Goldie; estaba preocupado, tu padre. Ruth emite una exhalación incrédula. Por favor, dice. En serio, responde Goldie. Él cree que no deberías inmiscuirte en mis negocios. Ya, dice Ruth. ¿Y tú qué crees? Goldie acomoda sus tentáculos, entrelazándolos por debajo del asiento de cuero mineral: Yo creo que si vas a ser mi sucesora, tienes que acompañarme en reuniones como esta.

A medida que la aeronave comienza a descender, se perciben con mayor nitidez los desaliñados androides de los barrios marginales y los cíborgs angustiados que abordan los puestos en busca de implantes cibernéticos que puedan satisfacer sus carencias instintivas. Van usualmente solos, o a veces acompañados por mohosos androides proletarios, los cuales se sientan a esperar en bancos herrumbrosos, hablando entre ellos de asuntos abstractos, distraídamente, con voces distantes y metálicas que comparten la aspereza del contexto que los rodea, como si las palabras, a medida que salieran de sus bocas oxidadas, se fueran derritiendo en el aire como pedazos de acero al rojo vivo. Algunos se mantienen solos, haciendo un esfuerzo chirriante por quedarse inmóviles, otros expresan una laxitud inorgánica que los hace parecer como si nunca más fueran a moverse. Los puestos de Noósfera, atestados, se ven como pequeñas cajas negras sobre un tablero cuadriculado, ocupando los extremos del edificio: la población de industriosos androides se para en fila, aburridamente, a esperar su turno para escapar de la sucia realidad material y abstraerse en las ficciones de la realidad cibernética.

Segovia aterriza el vehículo en medio del espacio abierto. La multitud, reconociendo a sus ocupantes, se hace a un lado temerosamente. Segovia baja de la aeronave, con un maletín metálico en una mano, y abre una puerta trasera con la otra. De ella se asoma un grueso tentáculo que se apoya con fuerza en el suelo de acero desnudo. Tres tentáculos más brotan por completo y, como una araña que emerge de su guarida nocturna, el cuerpo de su dueña asciende por sobre la masa inorgánica. Lleva lentes fotocromáticos y su cabeza se yergue en alto como si transportara el peso de un cántaro mineral invisible. Desde la multitud pavorosa se oyen voces, susurros apagados que dicen: *Es Goldie*. Ruth,

impresionada por el efecto que produce la reina de los tentáculos, desciende por la misma puerta, pero a pesar de su belleza pseudo-orgánica, es ignorada por la muchedumbre de cíborgs y androides. Pronto son escoltadas por Segovia hacia una oficina en el extremo norte de la torre, y la multitud se va abriendo paso a medida que avanzan. Segovia va adelante, y si algún desafortunado inorgánico no se percata de la comitiva, recibe un impetuoso manotazo que llega a desestabilizar sus circuitos internos.

El ambiente de la oficina difiere del ajetreado mundo del mercado: es, se diría, elegante, pero solo en comparación con el burdo espectáculo exterior. Contiene un tosco mobiliario metálico que se va formando mediante pliegues en el suelo y en los muros, y sus ventanales le dan la espalda a la feria y miran hacia las torres adyacentes. El candidato Verger, sentado junto a su jefa de campaña, espera inquieto en uno de los sillones metálicos más amplios, agitando una pierna impacientemente. Está rodeado por tres guardias de seguridad, todos armados con rifles piroclásticos. Apenas Segovia entra en la oficina, los guardias no dudan en apuntarle al coloso de metal; solo bajan tenuemente sus armas cuando ven pasar a Ruth —que, vestida con un traje elastómero blanco y ajustado, produce el golpe de efecto que antes había fallado en la multitud inorgánica—. Sin embargo, cuando Goldie hace su ingreso, los guardias, pavorosos, vuelven a levantar sus rifles; uno de ellos incluso quita el seguro.

¿Esta es la manera apropiada de recibirme, querido?, dice Goldie.

Verger, un poco abochornado, hace un gesto con la mano para que los guardias bajen las armas. Por un momento, las partes reunidas se amoldan, todos incómodos, alrededor del mobiliario de la habitación. Goldie se mueve con un meneo insectil y se detiene a la altura de un ventanal que mira a las torres del nivel C15. Su perfil, contra el sol radiante que golpea a la roca mineral de los edificios, se dibujaba como la silueta de una elegante tarántula de cuatro patas. Verger se desabotona la chaqueta y dice: Quiero oír tu propuesta, Goldie. Es difícil discernir la expresión facial de ella contra el resplandor difuso del sol, pero su voz suena aparatosa y decepcionada cuando dice: Después de todos estos años, ¿te diriges así a mí, directo al grano? Los soldados se balancean inquietos sobre sus botas; Rama cruza las piernas; Segovia se para detrás de ellos mientras Ruth se mantiene de pie, a la derecha de Goldie. Verger, tenso, se aclara la garganta antes de decir: Disculpa. ¿Cómo has estado, Goldie? Ahora se oye una risita divertida, y el torso oscuro contra el fondo blanco se mueve al ritmo de la risa. He estado como me ves, dice Goldie, abriendo un poco los brazos, indicando su aparatoso cuerpo. Luego pregunta: ¿Y tú, querido? Verger, todavía sentado, vuelve a abotonarse la chaqueta. Acá, dice, lidiando con un problemita económico. Goldie hace un gesto hacia Segovia y este deposita en la mesa el maletín metálico. La solución a tu problemita, indica Goldie, y Verger, inclinándose hacia la mesa, lo abre, examina cuidadosamente su contenido y

luego, evidentemente satisfecho, lo cierra. Pero su expresión aliviada pronto transmuta en unos labios encogidos y unos ojos entornados. ¿Y qué quieres a cambio?, pregunta. Los tentáculos de Goldie comienzan a avanzar con un movimiento elegante y mecánico, y se acercan al candidato. Los guardias vuelven a levantar las armas, y ella, deteniéndose ante Verger, un poco por encima de él, comenta: Diles que si vuelven a apuntarme, será la última vez. Verger, manteniendo la calma, vuelve a hacer el gesto para que bajen las armas. Entonces Goldie dice: Me gustarían dos cosas. Verger, atento, asiente. Primero, dice Goldie, me gustaría que, en caso de que ganes, hagas la vista gorda a algunas de mis inversiones en los niveles superiores, particularmente mis negocios con el Laboratorio JOLX. Verger asiente de nuevo y dice: Puedo hacer eso. Bien, dice Goldie. Segundo, me gustaría que, en el debate de la próxima semana, reconozcas públicamente los crímenes de tu padre.

Hay un silencio tenso, que Rama decide quebrar: Eso es complejo, dice; sería intervenir directamente en nuestra estrategia de campaña. ¿Y qué estrategia es esa?, pregunta Goldie en un tono festivo y jactancioso. Si bien queremos evitar nombrar al coronel, dice Rama, no nos gustaría distanciar demasiado la figura de Aldo de la de su padre. Después de todo, agrega, estamos apelando a los votos orgánicos tanto como a los inorgánicos. Goldie suelta una carcajada aguda, como un relincho, y dice: Pero qué visión más limitada. Y mirando a Verger, dice: Es evidente que los otros candidatos van a golpearte por ahí en el debate, ¿no te parece? Todos guardan silencio. Goldie, alborozada, remata: Deberías haberme contratado a mí como jefa de campaña, querido. Por un momento Verger, que había mantenido una actitud tensa y constreñida, se relaja y suelta una risotada. Y ese relajo contagia al resto, quienes ríen forzosamente con él. Entonces pregunta: ¿Por qué, Goldie? ¿Por qué quieres que hable de mi padre?

Goldie dobla sus articulaciones, sosegadamente, y se pone a la altura de él. Se quita los lentes fotocromáticos, revelando unos límpidos ojos verdes, y mira a Verger cara a cara. Siempre tuviste lindos dientes, le dice, y ante la mirada perpleja del candidato agrega, suspirando: qué corta, qué ingrata es la memoria. Dice esto con voz más grave, una inflexión menos aguda que la habitual, y con ese mismo tono prosigue: Te conozco desde que eras bebé; yo cambié tus pañales, estuve ahí cuando diste tus primeros pasos, cocinaba los platillos que te gustaban cuando no querías comer el menú del día. Por las noches, cuando tenías miedo, tocabas mi puerta y yo te acogía en mi cama, y dormíamos juntos, abrazados, hasta el amanecer. Entonces, todavía dormido, yo volvía a dejarte en tu habitación, para que el coronel no se enfadara porque habías pasado la noche conmigo. Él era… —por un momento la voz de Goldie se quiebra, revelando una insólita fragilidad—, era muy severo. Verger, evidentemente conmovido, le dice: Él era un cabrón hijo de puta. Goldie asiente y, mientras lo hace, sus tentáculos comienzan a serpentear. Los guardias se ponen nerviosos cuando sus tentáculos se tensan y ella asciende por sobre el candidato. Pero mírame ahora, Aldo, dice

ella. Verger no puede, no quiere levantar la vista. ¡Mírame!, chilla Goldie, exponiendo abiertamente sus encías negras, desdentadas, y al mismo tiempo que Verger alza los ojos, un alterado guardia apunta hacia ella con el rifle. Grave error: uno de los tentáculos de Goldie, casi por acto reflejo, atraviesa su rostro, hundiéndose como una lanza en la carne blanda; luego el tentáculo lo zamarrea y azota su cabeza contra el maletín en la mesa. Entonces las garras metálicas se abren, de golpe, y la parte trasera del cráneo, soltando un crujido repugnante, explota encima del maletín, dejando la superficie metálica colmada de grumos ensangrentados y pedacitos de una repulsiva masa orgánica.

Apenas sucede todo esto, enormes brazos metálicos arrancan los rifles piroclásticos de las manos de los dos guardias restantes. Segovia, cual gorila primitivo, los apalea contra el suelo como si fueran de juguete, y los rifles, estropeados, quedan torcidos sobre sí mismos a la manera de modernas esculturas de acero. Inmediatamente después, Segovia agarra por el cuello a ambos guardias y, subyugándolos, los obliga a ponerse de rodillas mientras que Rama, espantada, se pone de pie y se aparta de Verger y del maletín salpicado de sangre. El candidato, por su parte, sigue mirando hacia arriba, hacia Goldie, quien, en un tono ingrávido, libre de afectación, le dice: Tu padre me convirtió en lo que soy, ¿y tú me preguntas por qué quiero que hables de él en el debate?

Verger, indeleble, recoge el maletín. Los grumos orgánicos, como pedazos de crema roja, cuajada, se deslizan hacia el suelo. Haciendo un gesto a Rama, anunciando su salida, responde: Está bien, Goldie. Segovia afloja sus gruesas manos y los dos guardias, tosiendo, sofocados, se alejan del titán. La comitiva del candidato —menos el guardia de la cabeza reventada— se retira de la sala. Entonces Ruth, que había permanecido apartada de la escena, todavía cercana al ventanal, se acerca a la tarántula metálica que, satisfecha, examina el resultado de su intervención. Mamá, dice Ruth, ¿era necesario tanto escándalo? Goldie vuelve a ponerse sus lentes fotocromáticos y responde: Claro que lo era, cariño; hay que mantener intacto el miedo que nos tienen los orgánicos. Si no, ¿cómo vamos a esperar que respeten nuestros acuerdos?

Tercera semana: debate

Visto a la distancia, el Estadio de Zaibol de Cerealia fulgura como un diamante.

Ubicado en el nivel C70 —lo más bajo que algunos candidatos han descendido en su vida—, el estadio corona la azotea de una de las torres más antiguas de la ciudad. Está, por primera vez, lleno: más de cincuenta mil espectadores se reúnen en sus butacas de elastómero azul, y la cancha de zaibol ha sido modificada instalando una extensa plataforma metálica con un fondo mineral dorado, donde se ubican los cuatro candidatos, todos orgánicos, todos

mayores de setenta años, a excepción de Verger, que se planta nerviosamente detrás de su estrado en el extremo izquierdo de la tribuna.

Este es su punto de vista: adelante, miles de rostros indistinguibles de orgánicos y pseudo-orgánicos con implantes básicos —entradas de puertos cibernéticos y una que otra prótesis, que perfectamente los harían pasar por orgánicos en cualquier otra muchedumbre—; a los costados, por sobre cada rampa de acceso, tres vastas plazas abiertas que revelan frondosos jardines, inconcebibles en los niveles inferiores, colmados de arbustos otoñales y espesas selvas frutales donde los orgánicos, bajo sombras rojizas, se reúnen a esperar el inicio del debate fumando sus cigarros de tabaco perfumado; arriba, hologramas oscilantes con imágenes fantasmales de los cuatro candidatos, todos sonrientes, todos con dientes perfectos, vagando indiferentes en el cielo, por sobre la multitud, en medio de las luces añiles de los focos, que encandilan a Verger con el mismo resplandor difuso que unos días antes envolvía el cuerpo arácnido de Goldie. Más allá de todo, la silueta borrosa, apenas visible, de los edificios más altos de Cerealia, lujosas torres de alturas misceláneas, algunas cuadriformes, otras tubulares, unas pocas puntudas, con forma de estalagmitas, pero todas intentando alcanzar vanamente las estrellas intangibles de la noche cerealina.

En el microaudífono en su oreja izquierda, Verger oye la voz de Rama, más grave de lo normal, que le dice: No permitas que esa abrumadora visión apoque tu carisma. Verger asiente, agitando impasiblemente la cabeza, sin saber si lo hace en respuesta a Rama o para darse ánimo a sí mismo.

Una banda sonora de bajos y sintetizadores da a entender que el espectáculo está por comenzar. Los orgánicos en las plazas aplastan sus cigarros y, sin recogerlos, se dirigen como una masa uniforme hacia sus puestos en las butacas. Los candidatos se miran de reojo, algunos sonríen sarcásticamente; Verger, en cambio, se mantiene serio, apretando la mandíbula. La moderadora —una periodista orgánica de tez negra y traje plástico rojo— se planta delante de ellos y, a través de un potente micrófono de solapa, anuncia en tono enfático, grandilocuente, el comienzo del debate. Luego presenta uno a uno a los candidatos, amplificando el tono ampuloso, como buscando transmitir subrepticiamente que ella posee una superioridad moral mayor que la de los políticos interpelados. Al presentar a Verger, la multitud reacciona con la misma indiferencia que él sintió el primer día de campaña, cuando atravesaba con su nave alegórica el nivel C75 —solo cinco niveles, veinticinco metros, por encima de donde se encuentra ahora—.

Si bien el debate inicia con una breve ilusión de compadrería, con bromas amenas entre uno y otro candidato, la acidez de los más viejos no tarda en expresarse, borrando toda moción de deferencia con una violencia corrosiva. No pasan ni cinco minutos antes de que el candidato de la PLOC —el Partido Liberal

Orgánico de Cerealia— introduzca, durante la respuesta a su primera pregunta, el asunto del coronel Verger. Y si bien la moderadora tira de las riendas ("limítese a contestar la pregunta, candidato Mafud"), a medida que transcurre el debate, cada uno de los candidatos le pega, a su manera, una puñalada furtiva a Aldo Verger. La figura de su padre cuelga durante todo el debate, como la amenaza de una tormenta a punto de reventar, y aunque su voz se oye inflexible, casi flemática durante todas sus respuestas, Verger se siente extenuado, sudoroso, desfasado de su cuerpo. Cada vez que menciona sus planes de formar programas en apoyo a una mejor calidad de vida inorgánica, se oyen risotadas señoriales de sus pares y algunos chiflidos esporádicos desde la multitud. Apenas logra escuchar la voz de Rama, que suena como un zumbido molesto y lejano en su oído izquierdo. Entonces, laxo, entregado, se saca el microaudífono y respira una profunda bocanada de aire. Todos los ojos están sobre él y la moderadora, levemente irritada, le dice: Es su última pregunta, candidato Verger. ¿La va a responder o no? Con una confusión —casi un golpe de adrenalina— que lo encrespa, Verger dice: ¿Podría repetirme la pregunta? Oye de nuevo las risotadas de sus pares, pero a estas alturas de la noche ya le resbalan y, concentrado, con el ceño fruncido, escucha las palabras de la moderadora, que dice una vez más: El número de ciudadanos inorgánicos sube vertiginosamente, mientras el nivel de satisfacción de los orgánicos baja en picada; la división entre ambos grupos es, por primera vez, alarmante. ¿Qué opina usted de este dilema?

Por un instante, Verger se sorprende por la ligereza de su mente, por la distancia inexacta que hay entre él y la efervescente multitud. Sabe, con una claridad que lo estimula, que quieren ver sangre correr, y por eso, abandonando todo atisbo de apariencia y de virtud ficticia, apoyándose con ambas manos en el metal frío de su estrado, se planta firme ante su propia desidia y, en un tono de inquietante certidumbre, con potencia inequívoca, dice: Yo no veo una división entre orgánicos e inorgánicos. (Se oyen risas, sí, pero él ya no las escucha: solo la inflexión de su propia voz reverbera en su cabeza, en todo su cuerpo, y así es precisamente como continúa declamando): la división que yo veo es entre los orgánicos e inorgánicos que quieren ver a Cerealia dividida, y el resto de nosotros, que buscamos el sentido cada día, que tratamos de prevalecer por sobre nuestras propias limitaciones. Lo veo en las promesas demagógicas de mis pares, acá al lado, dándoles su palabra descaradamente para mantener el estado de las cosas; y lo vi de igual forma hace una semana, durante el desfile de mi campaña, en los rostros orgánicos aburridos, afligidos por las mismas promesas vanas de siempre: son los mismos rostros que hoy veo ante mí. Lo vi, sin ir más lejos, hace unos días, cuando visité el Mercado Inorgánico y observé las filas interminables que hacían los androides y cíborgs para poder abstraerse, aunque sea por unos minutos, en los módulos de Noósfera y con las drogas cibernéticas que corren descaradamente por las calles de los niveles inferiores.

Díganme ustedes —interpela con una mano extendida a la muchedumbre, aprobando el silencio deferente que ahora se ha posado sobre el estadio— si no se han sentido así alguna vez, como un inorgánico, haciendo esa fila, siendo aplastado durante el día, o todos los días, por el peso de las gigantescas torres de Cerealia sobre sus cabezas, que no es otra cosa que el peso de su propia interioridad siendo despojada por una entidad invisible. Díganme si no han sentido la impotencia de que nadie, ¡nadie!, pudiera ayudarlos, sacarlos de su hastío, porque están solos, completamente solos, casi muriendo de soledad, porque son parte de una aglomeración sin nombre, sin precedentes, una masa orgánica anónima que sufre por la misma causa que sufren sus pares inorgánicos. Nuestros antepasados vinieron a este planeta enano, a este *asteroide,* como le llaman despectivamente algunos orgánicos poderosos, expandiendo sus horizontes galácticos, fundando con sangre, sudor y lágrimas esta ciudad, ¿y qué hacemos nosotros? Vivimos con una creciente sensación de rabia asalariada que se acumula en la boca del estómago, mientras nuestras vidas transcurren en una falsa calma exasperante. Todos ustedes —y vuelve a levantar la mano, vuelve a llamar al público sacudido por sus palabras—, orgánicos e inorgánicos, luchan sus pequeñas batallas personales, íntimas, diariamente, tratando de subsistir. Todos ustedes —y ahora baja las manos, baja los ojos, porque sabe que los ojos de la multitud ya se aferran magnéticamente a él—, todos ustedes saben lo que hizo mi padre, el coronel Alex Verger. Todos ustedes saben que él torturó durante años a empleadas inorgánicas y pseudo-orgánicas en la privacidad de nuestro hogar, y que ese hombre, mi padre, lo hizo porque se sabía amparado por su posición de privilegio. Muchos me han preguntado si yo sabía algo al respecto, y yo les respondo ahora lo mismo que he dicho siempre: no, yo no sabía. No tenía cómo: era solo un niño. Pero ese niño que creció con esas mujeres, luego mortificadas, y que consideraba a una de ellas como su propia madre… —y acá su voz se quiebra y adquiere una inflexión emotiva que, juicioso, contiene, aclarándose la garganta—, ese niño ahora es un hombre, el mismo hombre que se para hoy ante ustedes y les dice: yo no soy mi padre. Yo no soy ni seré uno de los que depreden y despojen salvajemente a esta ciudad y a sus ciudadanos, independiente de su condición, sean orgánicos o inorgánicos. Yo soy uno de miles, de millones, que busca edificar el futuro de Cerealia, el cual solo podrá ser construido si dejamos de lado nuestras diferencias, si dejamos de lado nuestra individualidad y acogemos al pseudo-orgánico que nadie quiere contratar en los niveles superiores porque tiene implantes cibernéticos; al inorgánico de dientes metálicos que, al igual que ustedes, solo busca un abrazo incorpóreo en los circuitos virtuales de la Noósfera; al orgánico que día a día recibe la burla jocosa, en forma de indiferencia, por parte de los poderosos. Para ellos, para gente como mi padre, para gente como los candidatos de aquí, a mi lado, que durante todo este debate se han burlado del coronel, pero hace solo unos años todavía le palmoteaban extáticamente la espalda, en medio de puros y licores y risotadas, en el Senado o en las oficinas

de sus partidos políticos, para ellos, tengo un mensaje: retírense, son una especie en extinción. ¡El futuro de Cerealia ya está aquí, y somos nosotros!

Por un instante, dos o tres segundos, hay un silencio estupefacto en la multitud. Y durante ese breve momento, Verger puede oír el ruido de su propia respiración agitada dentro de su cabeza. Entonces, los llama: levanta las manos, como un predicador, con la vista borrosa por el sudor, sintiendo el delirio contenido en sus caras atónitas, desfiguradas, sintiendo los ojos difusos, deslumbrados, fijos en él. Y, en ese momento, el silencio se quiebra, como una fisura violenta, como si el despertar de los aplausos se hubiese endurecido aun más en el frágil cristal del mutismo, y boquiabierto ante el esplendor, ante la sublimación del momento, el candidato Verger se entrega a los gritos y ovaciones que lo envuelven estruendosamente, y lo acunan, al igual que Goldie lo acunó alguna vez en el calor de su seno, cuando todavía era un niño pequeño.

.

Desde la pantalla holográfica, la imagen del candidato Verger se proyecta en tres dimensiones por encima del fino escritorio de metal bruñido. El Dr. Jolx, echado hacia atrás en su asiento de goma mineral, acariciando su tersa barba blanca, escucha con atención el cierre final del candidato. Rebeca, de pie al otro extremo del escritorio, observa alternadamente la imagen de Verger —un intenso holograma de un metro y medio de altura— y al Dr. Jolx, lacónico, esperando que se digne a dirigirle la palabra. Solo una vez que el discurso concluye, el Dr. Jolx apaga la pantalla con un gesto irreverente, no muy propio de su estilo parsimonioso, y mirando a Rebeca, le dice: Tome asiento, señorita Mara.

Rebeca se acomoda en la silla de goma mineral, que rechina sordamente cuando ella hunde ambas manos en el regazo de su falda azulina. El Dr. Jolx, pensativo, junta ambas manos sobre su boca, apoyando el mentón entre los pulgares e índices, y la mira fijamente. ¿Me mandó a llamar, doctor Jolx?, dice ella. El doctor asiente. Quería discutir con usted un par de cosas, dice, alejando las manos —todavía unidas— de sus labios y dejándolas quietas sobre el escritorio. Rebeca mantiene una actitud serena cuando responde: Usted dirá, doctor. Desde el contorno del ojo, ella puede percibir la estela fantasmal que dejan las aeronaves al pasar velozmente por fuera del amplio ventanal de la oficina. El Dr. Jolx pregunta: ¿Cuál es su relación con el Sr. Cohen? Sin titubear, Rebeca dice: Somos amigos; estudiamos juntos en el Instituto de Farmacología Cibernética de Cerealia. El Dr. Jolx asiente. Supongo, dice, inclinándose hacia ella, que habrá oído los rumores de su desvinculación. Ella mueve su cabeza en señal de aprobación. ¿Ha podido comentar con su amigo las causas de su despido?, pregunta el Dr. Jolx. Rebeca niega con la cabeza. No, dice, la verdad

es que no he podido ubicarlo en ningún lado. Es como… como si se hubiera ido de la ciudad sin avisar. El Dr. Jolx, manteniendo una seriedad impostada, dice: Debe ser la vergüenza, señorita Mara, de haber sido despedido del laboratorio farmacéutico más importante de todo Ceres. Rebeca no responde. Ante su silencio, el Dr. Jolx se permite seguir hablando: Lo cierto, dice, es que el señor Cohen fue despedido por poner en duda el mismo trabajo para el cual había sido contratado. ¿Entiende lo que quiero decir, señorita Mara? Rebeca vuelve a negar con la cabeza. Me temo que no, doctor, dice ella. Él, haciendo un gesto paciente con la mano —un leve aleteo hacia ella con la palma abierta—, le dice: Permítame explayarme. El señor Cohen vino hace unos días, nervioso, incómodo, comentando que estaba teniendo dudas éticas respecto del trabajo de observación que él realizaba. Para ser más preciso: dijo que se le retorcía el estómago cada vez que veía a un androide falleciendo por consumo de CRX. Ahora —el doctor se reclina a gusto en su silla de goma mineral—, yo puedo entender esas dudas, pero, lamentablemente, no las puedo tolerar. Porque, como usted sabe, parte esencial del trabajo es poder abstraerse de tales impresiones emocionales… todo en pos de la investigación científica, por supuesto. En ese sentido, el señor Cohen se parece mucho a usted, pero de forma inversa. ¿Me comprende?

Rebeca, pasmada, se queda mirando al doctor sin comprender lo que quiere decir.

Déjeme ilustrar mi punto, dice el doctor, y pulsa un botón a un costado de su escritorio. Un albor se enciende en la superficie metálica: miles de diminutas pepitas luminosas se desprenden de la base, levitando, y al igual que la imagen del candidato Verger unos minutos antes, ahora la imagen de una de las actas de Rebeca se proyecta en el aire. El Dr. Jolx dice: Tanto el Sr. Cohen como usted han escrito sus actas en un tono de excesiva emocionalidad, contradiciendo los lineamientos que les dicté en el día de su inducción. Es imperativo, y esto debo recalcarlo, no emitir adjetivaciones innecesarias ni tampoco juicios de valor, y sin embargo, usted se da el lujo de anotar: “VA25 abre la boca excesivamente, como si bostezara o pretendiera atrapar una gran bocanada de aire, revelando su dentadura, un ferrocarril de metal cariado…” —e indicando con un dedo a la frase mencionada, las letras que la componen se remarcan de inmediato en negrita—. El doctor prosigue leyendo: “Desde el borde inferior de sus ojos, ahora una masa de repugnantes llagas, las lágrimas acumuladas se desbordan mansamente.” Ante la cara de obstinado estupor de Rebeca, el doctor insiste en su lectura: “La sonrisa final resulta asimismo bella por el simple hecho de esconder sus espantosos dientes de metal corroído”.

El Dr. Jolx baja la vista del documento proyectado a los ojos de Rebeca, y permitiéndose un momento de silencio reflexivo, espera unos segundos antes de decir: ¿Lágrimas que se desbordan *mansamente*? ¿Sonrisa *bella*? ¿*Espantosos*

dientes de metal corroído? (Al leer la palabra “espantosos”, su tono denota una ligera irritación.)

Rebeca, sobrecogida, permanece en silencio.

¿Entiende mi punto, señorita Mara?, pregunta el Dr. Jolx. Ella asiente, sin decir nada. De igual manera, prosigue el doctor, también este problema se puede encontrar en otras de las actas escritas por usted. Su tono, permítame decírselo, es demasiado afectado. Así que le vuelvo a repetir: debe remitirse solo a los hechos, a las acciones. Si usted —la apunta, inquisidor, con un dedo— hace sus anotaciones de la forma en que lo hace, no solo está inventando información, sino que también suceden dos cosas: uno, se pierde el foco objetivo de los resultados, y dos, usted misma se involucra emocionalmente con el destino de los consumidores de CRX.

El doctor vuelve a pulsar el botón a un lado del escritorio, y las pepitas de luz desaparecen, como aquietándose en la indiferencia del aire acondicionado. Luego se levanta de la silla, pinchándose el tabique de la nariz con el índice y el pulgar, y arruga la frente. Exuda, de pronto, un cansancio inesperado. Entonces abre los ojos y mira a Rebeca. El señor Cohen, dice con voz templada, hacía exactamente lo mismo que usted en sus actas, pero la diferencia radicaba en la connotación emocional. Usted, evidentemente, desprecia a los androides. Y aunque no lo crea, puedo comprenderlo: yo mismo, sin ir más lejos, siento desprecio por ellos. Pero el señor Cohen, por su parte… —y con un gesto didáctico, abriendo y cerrando la palma de una mano, acariciándose la yema de los dedos, el Dr. Jolx intenta encontrar las palabras adecuadas—, el señor Cohen sentía una empatía, un apego vehemente por las formas de vida inorgánica. Por ende, sus actas derrochaban adjetivos melancólicos, que en última instancia insinuaban sutiles pero contraproducentes juicios éticos hacia nuestra investigación del CRX. ¿Comprende usted ahora —el doctor proyecta ambas manos hacia Rebeca, como ofreciendo un anhelo invisible— lo que quiero decirle, señorita Mara? ¿Comprende usted las razones de la desvinculación del señor Cohen?

Rebeca, abochornada, asiente con la cabeza.

Unas horas después, ya más calmada, observa a duras penas las soporíferas cámaras de observación. Una desgreñada androide, escondida al interior de un módulo de Noósfera en medio de una concurrida calle del sector C05, se inyecta un vial de CRX. La calma con que la androide se hunde en la oscuridad del módulo contrasta con las luces exacerbadas de la calle, que se encrespan cada vez que son atravesadas por el baile frenético de los hologramas.

Rebeca, apagando el monitor, decide ignorarla.

Aburrida, busca una bolsa de té en uno de los cajones de su escritorio metálico negro. Entonces se fija en la notita, un papel amarillo con letra escrita a mano —se le hace raro ver una letra manuscrita en ese ambiente tan cibernético — que dice: *Examina el contenido en tu consola personal*. El papel está pegado sobre una cajita plástica color café y, en su interior, un minúsculo microchip descansa en el centro del receptáculo.

De noche, en su acotado cuchitril de tres por tres metros, ubicado en una torre de departamentos del nivel C55, Rebeca inserta el microchip en la consola acoplada a su antebrazo. Entonces oye la voz de Serge: *Me están buscando, Rebeca.* El audio se corta abruptamente, dejando en el aire un vestigio de respiración agitada, y da paso a un listado de tres archivos. Rebeca pulsa el primero. Las pepitas de luz holográfica se elevan desde su antebrazo y proyectan la imagen —grabada por una de las cámaras de observación del laboratorio— de una grotesca figura de cuerpo arácnido, con cuatro tentáculos metálicos en vez de piernas, discutiendo con el candidato Verger y una comitiva de cinco personas más en una oficina del Mercado Inorgánico de Cerealia.

.

El detective Zelán, meditabundo, turbado, mantiene su ceño fruncido durante casi un minuto. Las pepitas holográficas están pausadas en la imagen de Goldie, atravesando con un tentáculo la cabeza reventada de un guardia. Más atrás, en la misma imagen, de pie junto al ventanal, se ve su hija Ruth contemplando impávida la escena.

¿Qué opina?, pregunta Rebeca. Ha pasado todo el día recorriendo los burocráticos niveles del edificio de la PAI —la Policía Asteroidal de Investigaciones—, tratando de encontrar el departamento indicado. En el mesón de informaciones habló con un policía de menor jerarquía, quien la envió a conversar con su sargento y este, por su parte, la llevó al Departamento de Evidencias, donde le dijeron que primero tenía que registrar la información en la Unidad de Delitos Económicos y Políticos; allá, sin embargo, le dijeron que antes la información debía ser procesada en la Unidad de Antinarcóticos y Crimen Organizado, y fue ahí, precisamente, donde por fin dio con un operativo que la escuchó con atención: el detective Zelán, quien ahora se acaricia la barba de tres días, una lija que exfolia la piel añeja de su mano, y que dice: Esta es la pieza que faltaba en mi investigación.

Rebeca, aliviada, asiente.

Con esto, dice ella, usted tiene pruebas suficientes para vincular al Laboratorio JOLX con el candidato Verger y también con esa mujer —Rebeca indica tímidamente a Goldie en el holograma—, la jefa de la mafia inorgánica.

El detective mueve la cabeza en señal de aprobación. Luego, suspirando, abre la cajetilla y enciende un cigarro. El humo se esparce en el aire invadiendo el holograma, dándole a la imagen una cualidad vaporosa, casi terrorífica. Chasqueando los labios, el detective le dice: Gracias por su colaboración, señorita Mara; de aquí en adelante me encargo yo. Gracias a usted, dice ella, y levantándose, se dispone a partir, pero el detective la ataja diciendo: una cosa más, ¿tiene dónde esconderse? Rebeca, interrogante, levanta una ceja. ¿Qué quiere decir?, pregunta. Quiero decir, explica Zelán, que debería permanecer oculta durante unos días. Ya sabe: mantener un bajo perfil. Si lo que me dice es correcto, entonces su amigo Serge Cohen duerme con la chatarra.

Rebeca, espasmódica, lo mira sin comprender.

Es… es un dicho callejero, dice el detective. Quiere decir —y acá recula, pasándose la lengua por las grietas de sus labios resecos, intentando encontrar las palabras adecuadas, pero en el último instante decide que la frontalidad simplifica las cosas—; quiere decir que su amigo ha sido asesinado.

Oh, dice ella, y luego baja la vista, echando un vistazo a sus manos. ¿Entonces?, dice Zelán, ¿tiene dónde esconderse? Rebeca niega con la cabeza. El detective vuelve a suspirar. Tome, dice metiéndose la mano al bolsillo del abrigo negro, retirando una tarjeta de circuito impreso; acá está la llave de mi habitación. Tendrá que disculparme: no es muy glamorosa. Queda en el nivel C25, la dirección sale escrita en el extremo inferior de la tarjeta. Yo… no paso mucho tiempo ahí; es un cuartucho que ocupo de vez en cuando. Pero tiene un televisor holográfico antiguo y, bueno, ahí estará segura, de eso le doy mi palabra. Ella coge la tarjeta, asintiendo con la cabeza, y dice: Muchas gracias. Y luego, aturdida, se da media vuelta y avanza un par de pasos lelos hacia la salida. Pero antes de retirarse, se detiene ante el vano de la puerta. Mirando hacia atrás, casi de reojo, agrega tímidamente: Por favor, detective, encárguese de hundir a esos hijos de puta del laboratorio. Él asiente, y apagando el pucho en un cenicero metálico, responde: Deje todo en mis manos, Srta. Mara.

Apenas Rebeca sale, el detective recopila toda la información del caso en un microchip y, trémulo, corre a la oficina del director general. Este lo recibe de mala gana: a priori la aparición de Zelán tan temprano en la mañana le parece inoportuna. El detective inserta el microchip en la consola y la pantalla holográfica proyecta en imágenes sincopadas los distintos documentos de la investigación, que ocupan casi todo el espacio de la oficina. El director general, con el entrecejo plegado, observa las distintas letras y frases que levitan en el aire delante de sus narices. Expláyese, Zelán, dice en un tono de fastidio, y acercando la pipa electrónica a sus labios blandos, agrega: y sea conciso.

El detective se toma su tiempo: expone un despliegue cronológico de los hechos, un soliloquio de cuarenta minutos que termina por enervar al director

general. Nada del caso pareciera sorprenderle, como si el financiamiento corrupto de la campaña de Verger, el origen inclemente de la droga en el Laboratorio JOLX y las casi cincuenta víctimas inorgánicas del CRX fueran algo esperable, casi predecible. Como un envite morboso, solo el hecho de que Goldie esté involucrada en la distribución del narcótico pareciera llamar su atención. Y no duda en expresarlo: ¿Así que tu ex está metida en este caso, eh, Zelán? El detective ignora el comentario insidioso y, como un hábil jugador de zaibol, le pasa la pelota con un tiro certero: ¿Cuándo podemos empezar a hacer arrestos?

El director general apaga el proyector de la consola y las imágenes holográficas se desvanecen en el aire. No vamos a hacer arrestos, responde, dándole una calada profunda a la pipa electrónica. *No podemos* hacer arrestos, aclara, soltando una bocanada nebulosa de vapor. El detective, impertérrito, lo mira sin decir nada. Está esperando que el director general exponga las razones de su negativa, pero como no le explica nada, pregunta: ¿Cuánto le están pagando? Su jefe suelta una risotada y dice: Vamos, hombre, no se lo tome tan a pecho… este es su último mes en esto; mi recomendación es que deje que esta investigación se pierda en la vorágine administrativa de los archivos policiales. El detective respira agitado, como al borde de un ataque al corazón. Cálmese, Zelán, dice el director general; no es para tanto. Tratando de controlar su respiración, el detective retira el microchip de la consola y, cáustico, escupe: Váyase a la mierda, director. Su jefe suelta otra risotada, un poco más impostada en esta ocasión, y en un tono de venenosa calma le responde: Por favor, Zelán; cuide su lenguaje. Esa actitud obsesiva, exacerbada, es la misma que lo llevó a su retiro forzado.

Cuando sale de la oficina, el detective se siente débil y avejentado. Quizás el director tiene razón, piensa, quizás lo mejor es dejar ir este asunto. Pero apenas apoya un hombro, para no desfallecer, en los fríos y burocráticos muros del pasillo, el detective recupera su temple característico. Se acuerda de Rebeca, quien probablemente ya va en camino a su covacha y espera que se haga justicia, y sobre todo se acuerda de Ruth, su hija. Entonces, con un impulso irreflexivo pero diáfano, entiende lo que tiene que hacer. Irguiéndose, enderezándose el abrigo negro, el detective se palpa el microchip en el bolsillo izquierdo y, acomodando el revólver piroclástico en su sobaquera, con una tozudez incisiva, comienza a correr por el pasillo de la placentera oficina del director general, buscando la salida.

.

¿Qué es lo que quieres?, pregunta Ruth a la imagen proyectada de su padre en la llamada holográfica. Necesito reunirme contigo, le dice el detective y, como si no fuera evidente por la urgencia de su tono, precisa: lo antes posible, hija.

¿Dónde?, pregunta ella, reticente. En la vieja Plaza de Torremolinos, dice Zelán; nivel C10, cuadrante A25V.

Media hora después, Ruth camina por un amplio ensanche al interior de una torre a cincuenta metros de altura del nivel inferior de Cerealia. Parece una monumental estación abandonada, maloliente, donde se oye el minúsculo chillido de las ratas que cruzan de un extremo de la polvorienta plaza al otro, y el susurro de algunos yonquis inorgánicos que se esconden en el oscuro regazo de los abrumadores pilares. Sus tacos resuenan como un eco ahogado en el cielo, un domo de enormes vigas metálicas donde terminan por disiparse los pocos ruidos atmosféricos que emite el lugar. Las escasas luces que se cuelan desde los ventanales quebrados del perímetro alumbran a duras penas el suelo de concreto agrietado y las jardineras repartidas aquí y allá con árboles muertos, y revelan un denso granulado de motas de polvo que, apáticas, insistentes, se mantienen estancadas en el aire como si el tiempo se hubiera detenido. En medio de la plaza, como un triste oasis en el desierto, se ve un destrozado conjunto de juegos infantiles cuya silueta pequeña y ennegrecida contrasta de inmediato con la colosal bóveda del domo. Encogido, sentado en un oxidado columpio al lado de otros columpios desvencijados, el detective Zelán la espera fumando.

Hola, hija, dice el detective cuando la ve llegar hasta los juegos.

Ella responde con un frío movimiento de cabeza, a modo de saludo.

Tu madre y yo te traíamos a estos juegos cuando eras más pequeña, dice el detective, con un tono que no chorrea excesos de añoranza, pero sí un dejo de melancolía. Ella dice: ¿Me pediste que viniera para darme un mísero paseo por la nostalgia de lo que ya no fue? Él sonríe. Siempre fuiste una maestra del sarcasmo, responde. Y apagando el pucho con el talón de goma de su bota, con las manos firmes en las cadenas enmohecidas del columpio, agrega: No, no te pedí que vinieras para eso. Quería advertirte que pronto se destapará la olla con respecto a lo del CRX, y no quiero que te veas involucrada en las consecuencias de lo que pueda suceder. Qué noble de tu parte, dice ella. En serio, dice él; aléjate de Goldie, por favor. Van a rodar cabezas y yo… yo modifiqué la imagen de una grabación donde ustedes salen reunidas con el candidato Verger. ¿Modificaste? ¿Cómo?, pregunta ella. Te corté de la imagen, dice él; te borré de las evidencias. Ruth suelta un chistido y dice: El sheriff Tavo Zelán, ¿alterando evidencias? Eso sí que es novedad, agrega alzando involuntariamente una comisura de sus labios rojizos, como dando a ceder —pero solo por un instante — la actitud distante que mantiene ante su padre. Y, sin embargo, un par de segundos después, un arrebato del pasado vuelve a inundarla, como una ola brutal que se rompe en esquirlas de espuma corrosiva, y entonces, acercándose al detective, pinchándolo en el hombro con un dedo mordaz, le dice: ¿Vas a meter a mamá en la cárcel? ¿Qué, acaso no te bastó con habernos abandonado?

Por unos segundos, el detective Zelán baja la vista y se mantiene taciturno, aferrándose con fuerza a las ásperas cadenas del columpio, como si tratara —con un esfuerzo enorme— de no caer, pero en seguida levanta los ojos y dice: Lo que pasó entre tu madre y yo es cosa de nosotros, y no tiene nada que ver con el caso de ahora. Tiene que ver, dice ella, claro que tiene que ver: nos dejaste por tus putas obsesiones, esas investigaciones perpetuas que seguías día y noche como un perro sin olfato; ahora quieres que una más de ellas se encargue de hundir a mamá. No, hija, no, dice el detective, no se trata de eso. No me importa de qué se trate, dice Ruth; quiero que te vayas y nos dejes tranquilas. Estuvimos bien sin ti todos estos años, y seguiremos estándolo si te cuelgas de una viga o te pegas un tiro en la sien.

El detective Zelán, estoico, recibe el impacto de sus palabras como si hubiera recibido un balazo piroclástico, pero inevitablemente el ramalazo termina por carcomerlo y lo lleva a ceder la fuerza de sus manos. Entonces se suelta del columpio, dejando que su cabeza se derrumbe sobre sus hombros, hundiéndose bajo su propio peso y, como si recitara en voz baja los versos de un libro holográfico, comienza a murmurar: a mí no me importaba que ella tuviera la mitad de su cuerpo, ni que fuera casi inorgánica en su totalidad. Tampoco me importaba que ya no hubiera sexo entre nosotros. Pero la imagen de lo que tu madre había sido antes del incidente se transformó en un ácido virulento, y ya no podía mirarla a la cara. Su cuerpo deforme, que se iba llenado de más y más implantes cibernéticos, me producía un rechazo visceral, porque ese cuerpo anómalo representaba mi propio fracaso como esposo, como hombre, porque yo no pude evitar que le sucediera lo que le sucedió, porque yo no pude estar ahí para protegerla. Y es curioso —y una gota de sudor que podría ser una lágrima se escurre rápidamente por su mejilla—, es tan curioso que después de todos estos años ella no me guarde rencor por lo que pasó, y sin embargo tú, mi propia hija, sí. Pero entiéndelo, Ruth, dice, levantando los ojos acuosos hacia ella: no es necesario que me cuelgue de una viga o que me pegue un tiro en la sien. El recuerdo de lo que quise ser, el acto de permanecer ante el cual me rendí, el fuego que dejé apagar… ya son castigo suficiente para mí.

El silencio que se posa en la bóveda de la Plaza de Torremolinos se oye como un zumbido agudo, casi un pitido, que se ve interrumpido cuando el detective Zelán hunde su cara en la palma rugosa de su mano y comienza a sollozar. Sus hombros se mueven suavemente de arriba abajo, y el gruñido manso que se destila por entre la rendija de sus dedos se condice con el temblor incomprensible en las rodillas de Ruth que, estupefacta, boquiabierta, se acerca un poco a él, más para apaciguar la inquietud que le producen sus sollozos que para calmar a su padre. Se ve tan resignado, tan devastado e indefenso; pero si bien por un momento ella extiende el brazo para acariciar sus cabellos grisáceos, la mano se detiene sola, a medio camino, y queda suspendida en el aire: Ruth no puede tocarlo, no es una posibilidad para ella, porque ya no sabe cómo hacerlo.

Entonces le dice:

Lo siento, papá.

El detective, ante las palabras de su hija, resopla y se calma un poco, volviendo abatidamente a su centro. Pero al retirar la mano y descubrir su rostro húmedo comprende, como una revelación, a qué se refería ella con sus palabras, cuando ve aparecer la figura titánica de Segovia que, desde el otro extremo de la plaza, como un toro desbocado que busca arrasar a toda velocidad con un pequeño manto rojo, avanza dando grandes trancos en dirección a ellos.

Cuarta semana: elección

El candidato Verger, de pie ante el ventanal de su oficina, no se mueve. Enfrente de él, miles de torres gigantescas se elevan como dioses indiferentes, sin interesarse en la vida insectil que yace a sus pies. Una voz distante, femenina, que apenas escucha, lo llama por sobre su hombro:

Aldo.

Él mira de reojo, con una mueca en los labios: no le gusta que lo hayan sacado de sus pensamientos. ¿Qué pasa?, pregunta. Rama espera un momento antes de decir: Ya llegaron los cómputos finales y… hemos ganado. Verger, con cierto estupor reservado, asiente. ¿Me oíste, Aldo?, dice su jefa de campaña; ganamos. Te oí, dice Verger. Ella lo mira interrogante. No pareces contento, dice. El alcalde electo vuelve sus ojos al ventanal, a la ciudad de Cerealia que ahora estará bajo su mandato, y dice: ¿No te molesta, Rama? Ella, sutil, se acerca y apoya una cadera en el borde del escritorio. ¿Qué cosa?, pregunta. Que allá, abajo, dice Verger, haya androides muriendo por el CRX.

Rama, de espaldas a él, niega con la cabeza.

¿Querías ganar, no?, pregunta. Sí, responde él, claro que quería ganar. Rama le pone una mano en el hombro y dice: Entonces ignóralos, como lo has hecho hasta ahora, como lo has hecho toda tu vida. Los androides, Aldo, caen como moscas todos los días.

Una hora después, sentado laxamente en la parte trasera de su aeronave alegórica con forma de dragón, Verger se dirige a la Plaza Cívica de Cerealia, donde sus partidarios lo esperan reunidos para celebrar la llegada de los tiempos de unión entre orgánicos e inorgánicos que él mismo proclamó con insistencia durante toda su campaña electoral. Debido a ello, y por orden expresa de él, un par de dirigentes de los niveles inferiores ha reunido una masa de veinte mil androides, para llenar la mitad del espacio con población inorgánica. Y mientras

la aeronave cruza el nivel C75 del centro de Cerealia, atravesando los espectros multicolores en forma de hologramas que nacen desde las marquesinas de las torres adyacentes, el alcalde electo es vitoreado por los mismos espectadores orgánicos que un mes atrás lo habían observado pasar apáticamente, y que ahora, eufóricos, lo aclaman desde los balcones y plataformas que se proyectan hacia la aerocalle. Pero él, oculto en la opaca seguridad de la aeronave, los ignora: en su cabeza, en cambio, con una voz mental que le parece ajena y automatizada, repite una y otra vez su discurso de victoria.

.

Rebeca raspa la espátula en la superficie del sartén, tratando de obtener hasta la última migaja de la tortilla que acaba de preparar. Lleva una semana en el cuchitril del detective Zelán —una habitación de veinte metros cuadrados sin tabiques interiores, con el baño y la cocina a la vista— y no ha tenido ninguna noticia respecto de la investigación. El detective no la ha llamado ni se ha aparecido, y ella no sabe muy bien cuánto más debiera esperar para poder salir a la calle. El lugar no ayuda: es oscuro, no recibe mucha luz durante el día y la única vida existente (aparte de ella) en el recóndito espacio interior es la del televisor holográfico, uno de los primeros modelos del mercado, que apenas alcanza a proyectar treinta centímetros de imágenes desteñidas, en baja resolución, hacia el turbio aire del cuartucho. Lo ha mantenido encendido todos los días, en busca de noticias que le permitan saber si la evidencia que entregó tuvo su efecto, pero nada ha sucedido hasta ahora: más bien lo contrario. Las noticias han transmitido todo el día los pormenores de las elecciones, y ya se ha dado a conocer el inminente triunfo del candidato Verger.

Su tortilla, es inevitable, tiene un gusto insípido, carente de sazón.

Ahora los canales transmiten la llegada de Verger a la Plaza Cívica de Cerealia, una kilométrica plataforma cuadrada, abierta, que es resultado de la unión entre dos enormes torreones que rematan al final del eje principal que cruza el nivel C75. Las cámaras —miles de drones volantes que cubren el lugar desde todas las perspectivas imaginables— enfocan el vehículo, una ridícula aeronave verde metálico cuyas ventanas polarizadas no permiten ver todavía al nuevo alcalde electo. La plaza está llena: miles y miles de orgánicos, pseudo-orgánicos e inorgánicos se reúnen, quizás por primera vez, en ese recinto, y si bien en un comienzo es difícil discernir cuál es cuál entre la masa, si uno se fija en el detalle es posible reconocer las prótesis metálicas que brillan de forma intermitente en medio de la exultante muchedumbre.

Ahora el dragón de Verger desciende sobre el centro de la plataforma, las turbinas echando chorros verticales de aire y fuego mientras aterrizan

suavemente en la tarima dispuesta por sobre las cabezas de la multitud. Entonces el alcalde electo hace su entrada: de traje gris cromado, peinado hacia atrás con gomina, un poco pálido quizás, Verger se planta en medio del escenario y abre ambos brazos hacia la multitud. La pantalla holográfica se divide en dos imágenes: una muestra el plano general desde su espalda, los brazos extendidos como buscando atajar un tiro de zaibol y el horizonte ante él hinchado de personas, un desconcierto brillante de cabezas y miembros metálicos que parecen una sola aglomeración sin principio ni fin; la otra imagen muestra un primer plano de Verger, donde una sonrisa enorme, eléctrica, domina su rostro de —el plano lo delata— rictus intenso, como buscando desesperadamente cortar el aliento de la masa hipnotizada por medio de su más atractivo rasgo facial, que se repite hacia el fondo de la imagen en las gigantescas pantallas holográficas que se han instalado en todos los perímetros de la plaza.

La sonrisa de Verger, una y otra vez, replicándose en todo Cerealia.

Rebeca, con la misma indiferencia con que lo vio pasar el primer día de campaña por fuera de las oficinas del Laboratorio JOLX, se acomoda en el suelo con la espalda pegada a los pies de la cama de una plaza, el plato de tortilla en el regazo de la falda azul, y enfoca sus ojos apáticos en la sonrisa blanca, radiante e infinita del nuevo alcalde electo.

.

Zelán despierta con el ruido de la algarabía.

Ante él, el rostro de Verger y su insoportable sonrisa se proyectan en un holograma de colores saturados. El detective, evitando la imagen, entornando los ojos, baja la vista: unas piernas metálicas, encima de una espesa mancha de aceite que se acumula en el suelo de elastómero, oscilan flácidamente por debajo de su cadera.

Las piernas metálicas destilan el aceite que se forma en esa poza.

Las piernas metálicas, Zelán tarda en entenderlo, son las de él.

El detective intenta moverse, pero sus brazos también están amarrados, extendidos de lado a lado. Son, al igual que las piernas, brazos cibernéticos. Zelán quiere gritar, pero los ruidos desconcertantes del holograma —miles y miles de voces alborozadas que gritan consignas vergeristas— no le permiten oír su propia voz. Una puerta se abre de pronto y un rectángulo amarillento ilumina un extremo de la habitación. En el reflejo luminoso del muro metalizado, el detective reconoce su rostro gastado en un cuerpo que desconoce y que, apoyado

en su espalda por una suerte de cruz de acero, e inyectado con cientos de cables rojos y azules que nacen del techo y se conectan por detrás de su nuca, le transmite la sensación de estar suspendido en el aire. Entonces la razón, como una patada dolorosa en sus sienes, comienza a funcionar, y el detective comprende qué ha sucedido: su cabeza ha sido cercenada y reinsertada toscamente en un cuerpo de androide recién aceitado.

Una voz femenina y ajada que él conoce muy bien le dice: Ahora eres como nosotros.

D-d-dónde estamos, pregunta Zelán. Su voz se oye como un quejido débil y ronco. En mi local, dice Goldie, su silueta arácnida dibujándose contra el resplandor de la puerta. ¿P-p-p… —el detective tartamudea de dolor—, p-por qué, Goldie? Ella se acerca a él, atravesando el rostro holográfico de Verger, socavando sus hermosos dientes cuando sus tentáculos pasan por encima de la boca. Las pepitas proyectadas presentan una leve estática durante un par de segundos y luego vuelven a recomponerse en la sonrisa del alcalde electo. Bueno, Tavo, dice Goldie, avanzando hasta quedar cara a cara con él; yo te dije que dejaras ir la investigación. Aunque, si puedo ser completamente franca contigo, no voy a negar que hay un cierto placer morboso en mí, que se deleita con el hecho de que por fin puedas entenderlo. ¿En-n-tender q-q-qué?, dice el detective, a duras penas soportando el dolor que taladra su cráneo. Goldie, deslizando una uña metálica desde el hombro hasta la mano derecha del detective, le dice: Lo que se siente, querido, ser un monstruo inorgánico.

Ahora Segovia entra a la habitación, y mientras revisa los signos vitales de Zelán en una consola contigua, Goldie lame lascivamente el aceite acumulado por debajo de su uña. El detective siente las perlas pringosas de sudor que caen desde su pelo, pero no las gotas de aceite caliente que se filtran por todo su cuerpo metálico hacia la goma del suelo. Quiere hablar más, quiere preguntar por Ruth, pero el suplicio en su cabeza y el delirio de la fiebre no le permiten decir nada. Apenas es capaz de soltar unos gruñidos intermitentes, como dando a entender que le duele hasta el pensamiento.

Está rechazando los implantes, dice Segovia.

Quizás deberíamos haberle hecho caso a Ruth, dice Goldie.

Ambos se miran en silencio, por unos segundos, mientras el enorme holograma del alcalde Verger comienza a declamar su discurso de victoria: una voz operática resuena en toda la habitación, con una cadencia populista que termina por irritar a Goldie. Baja el volumen, dice ella, y Segovia pulsa un botón que hace que el firme ardor en la voz del alcalde electo se vea silenciado repentinamente. En ese momento, el detective Zelán comienza a convulsionar, chorreando por su boca una mezcla de sangre orgánica roja con sangre

inorgánica verde. Segovia pulsa botones en la consola, tratando de calmar la situación, pero nada de lo que hace parece dar resultado. ¿Qué sucede, Segovia?, dice Goldie, y él, indicando hacia los cientos de cables conectados en la nuca de Zelán, responde: Nos está fallando el cordón umbilical. El detective —más bien el cuerpo metálico— se sacude salvajemente, y los cables echan chispas desde su espalda, algunos incluso se desprenden de un tirón; sin aquellos hilos esenciales el cuerpo empieza a perder su soporte y, flácido, explicita su cualidad de títere sin un amo. Goldie, plantada frente a la cara del detective, observando detenidamente sus labios trémulos, ensangrentados de rojo y verde, y sus ojos tan dilatados que han empujado a la periferia el blanco del contorno, pregunta: ¿Hay esperanza para él? Segovia, desconcertado, echa un vistazo al detective, luego a la consola y finalmente a Goldie, y sintiendo un golpe en el orgullo reconoce: Me temo que no. Uno de los tentáculos eslabonados de Goldie acerca su garra al rostro de Zelán; amable, delicadamente, lo coge del mentón, arrimándolo a su cara. Es una lástima, dice ella; de haber asimilado los programas, hubiera sido una gran adquisición. Y soltándolo con la misma suavidad con que lo había cogido antes, se da vuelta y le dice a Segovia: Avísale a Ruth antes de que salga al escenario. Pregúntale si quiere despedirse de su padre.

.

Ruth, parada entre el holograma de Verger —que mueve su boca silenciada— y el cuerpo cibernético, crucificado, de su padre, observa detenidamente al detective Zelán, quien todavía escupe sangre, sacudiéndose.

¿Papá?, dice ella.

Como si hiciera un esfuerzo desaforado ante la inminencia de la muerte, el detective alza apenas la cabeza y, enfocando sus pupilas dilatadas, reconoce a su hija ante él.

¿R-r-uth?, dice.

Sí, papá, responde ella.

Luchando por atravesar el gemido abrasante que domina cada neurona enervada de su cabeza, el detective logra decir, antes de perder el conocimiento en una nueva convulsión:

P-p-perd-d-dón…

Ruth no reacciona. Todavía mirando al detective Zelán, que ahora tiembla en un trance despojado de sentido, sus ojos cerrados y su cabeza gacha, el mentón hundido en el pecho metálico, le pregunta a su madre, le pregunta a Segovia:

¿Está agonizando? Goldie, a su izquierda, responde: Sí, querida. ¿Está sufriendo?, vuelve a preguntar Ruth. Segovia, a su derecha, le dice: Así es. ¿Qué podemos hacer para facilitar su muerte?, dice Ruth. Segovia responde: A estas alturas, lo mejor sería pegarle un tiro. Ruth lo mira y dice: ¿Como a un perro? Segovia asiente: Como a un perro. Silencio: el holograma de Verger, extático, vibrante, modula los labios enérgicamente, dejando entrever sus dientes perfectos mientras declama las palabras que nadie escucha en esa habitación con olor a aceite, cargada de muerte inorgánica.

No, dice Ruth.

Goldie y Segovia se miran, la miran.

No podemos permitir que muera así, dice Ruth. Es... es inhumano. ¿Y qué propones, querida?, dice Goldie. Ruth responde: Dejemos que se diluya en la felicidad sempiterna del CRX. Y, reticente, como si le diera vergüenza reconocerlo, agrega: Es la muerte más digna que podemos darle.

Goldie se queda callada por un momento, antes de decir: Segovia, anda a buscarlo. El gigante inorgánico cruza la habitación, cortando por la mitad el rostro holográfico de Verger, y cuando madre e hija se quedan a solas ante el moribundo detective, Goldie le dice a Ruth: Creía que lo odiabas. La hija, con los puños crispados pero el rostro carente de emoción, responde: Sí, lo odiaba. Pero eso no quita el hecho de que sea mi padre.

Segovia vuelve con un pequeño frasquito de líneas cibernéticas, una minúscula tarjeta de circuitos que coge entre su pulgar y su índice como si fuera un insecto, y la extiende hacia ambas mujeres. Pregunta: ¿Quién va a…?

Ruth, sin titubear, arrebata el CRX de sus dedos.

No hay solemnidad ni palabras de despedida cuando, como lanzando una puñalada, lo inserta en uno de los puertos cibernéticos del antebrazo izquierdo de su padre. El detective tirita un poco y su rostro se achata rápidamente: el dolor evidente en su expresión facial desaparece, dando paso a un aflojamiento que permite florecer a un conjunto de llagas verdosas que comienzan a dibujarse en todo su rostro.

Entonces el narcótico hace su efecto.

Como una inyección de adrenalina, el detective Zelán abre sus ojos, dilatados y enrojecidos, y expande su boca en un grito sin voz. La boca intenta cerrarse, sus dientes chuecos comienzan a rechinar como si la habitación hubiera bajado de temperatura abruptamente; pero su gesto exaltado no tarda en diluirse cuando la droga, por fin, penetra en sus circuitos del sistema nervioso central, y el detective y su cuerpo metálico se entregan a la dulce persuasión del CRX. Una

expresión de pacífica lasitud se apodera de su rostro y sus ojos cansados se quedan mirando más allá de Ruth, más allá del holograma de Verger, contemplando el horizonte infinito que se vuelve real en su mente narcotizada. Ruth le pasa una mano por delante de los ojos lánguidos, que no pestañean, pero el detective Zelán ya no reacciona a estímulos de esa realidad material.

Déjalo, dice Goldie. Ahora descansa en el sueño del CRX.

Ruth, inexpresiva, asiente.

En el bar, los aburridos parroquianos —un variopinto grupete de pseudo-orgánicos e inorgánicos— esperan soporíferamente a que la banda salga a tocar mientras observan, con una desgana precavida, el discurso de Verger en las distintas pantallas holográficas repartidas en el local. *Vamos a hacer de Cerealia una ciudad unida*, dice el holograma del alcalde electo, *erradicando la pobreza inorgánica, con oportunidades que aseguren una vida digna para todos. Una ciudad sin abusos y discriminaciones arbitrarias: ¡nuestra administración será una que perseguirá grandes sueños!*

De pronto, la voz del holograma comienza a apagarse a medida que la matizada luz azulina da paso a unos focos violetas que alumbran intensamente el escenario. La multitud despierta, aplaudiendo, y una nube vaporosa asciende desde las mesas hacia la tarima donde se iluminan los instrumentos. Los sintetizadores, como un desconcierto brillante, son una fuerza que arranca reacciones eléctricas en el público del bar cuando Ruth, difusa, fantasmagórica, aparece en medio de la neblina violácea. Entonces, con los ojos húmedos, muy abiertos, se detiene en medio del escenario, volviéndose real apenas canta:

Sueño

Llévame

Sueño

Llévame contigo

Por última vez

Nadie en el público lo nota, porque todos se encuentran hipnotizados por la tersa textura que sugiere la voz melancólica de Ruth, pero la pantalla holográfica empieza a proyectar imágenes inesperadas. El holograma ahora se divide en dos: por un lado, el alcalde electo continúa recitando su discurso y, por otro lado, las noticias transmiten las imágenes de Verger reunido con Goldie, recibiendo el dinero que ha financiado su campaña. Un tercer holograma se proyecta ahora, mostrando los documentos que incriminan también al Laboratorio JOLX. Entonces, mientras Ruth sigue cantando y el público

deslumbrado del bar rechifla y vitorea, el holograma del rostro de Verger se descompone repentinamente cuando nota que en los gigantescos muros holográficos de la Plaza Cívica comienzan a proyectarse las noticias que lo delatan. Nadie sabe cómo empieza, pero la multitud reunida, como si de pronto saliera del difícil trance de un túnel oscuro hacia la luz de la verdad que ciega, que quema, comienza a enfrentarse a golpes. Los orgánicos e inorgánicos se pegan, se azotan metálicamente unos con otros, con un clamor indistinguible compuesto por aullidos desesperados y ruidos inclementes, que acompañan la batahola del combate. En el cielo aparecen fogonazos repentinos y la cámara lejana de un dron muestra a vuelo de pájaro cómo Verger, atónito, es evacuado justo a tiempo en su vehículo dragontino antes de que la masa proceda a lincharlo. Las cámaras deciden evitar los planos cercanos de la histérica muchedumbre, que de lejos se ve como un hormiguero en llamas, o como un cuadro de puntos brillantes que se agita en un vórtice despiadado, porque si se acercaran lo suficiente los ciudadanos de Cerealia verían desde la comodidad de sus pantallas holográficas charcos de sangre, roja y verde, desmembramientos de prótesis metálicas, cuchillazos que rajan torsos y vientres, ropas rasgadas y rostros machucados, crueles violaciones que no discriminan edad ni género; el odio profundo, visceral, que siempre ha estado sumergido en la grieta insondable que separa a orgánicos de inorgánicos.

La ligera melodía de los sintetizadores y la cualidad aterciopelada de la voz de Ruth ahora envuelven a la audiencia del bar, totalmente inconsciente de las cruentas imágenes que proyectan los hologramas. Una lágrima repentina cae por la mejilla de Ruth, sin afectar la inflexión de su voz; en ese mismo instante, el detective Zelán se entrega al sueño eterno, mientras la última imagen que ve en el túnel de su mente es, precisamente, esa lágrima, que en la idílica alucinación del CRX ha sido derramada en honor a él. Lo último que el detective oye, antes de fallecer, es la dulce voz de Ruth cantando:

Volamos en tu cosmonave por la noche

Pretendiendo que nos vamos de Cerealia

Contemplamos cómo se alejan los neones

Y nos transformamos en el sueño de un androide

Por última vez.

Encuéntranos en...

ÍNDICE

LA GARGANTA DE OCCATOR

ESTUDIO DE LAS SOMBRAS

LOS ESCOMBROS

EL ANDROIDE

EL CUERPO DE PAUL VARLOTTA

LA MÁQUINA DE HEINLEIN

EL LIMPIADOR

LOS ACTOS DE LA ARQUITECTURA

SUEÑOS DE CRX

ENCUÉNTRANOS EN...